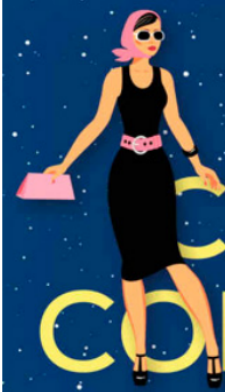
SUSAN ELIZABETH PHILLIPS

Traducción de Xavier Beltrán



CUANDO COLISIONAN LAS ESTRELLAS

Una novela de la serie Chicago Stars

Thaddeus Walker Bowman Owens, el «quarterback» suplente de los Chicago Stars, es un jugador con mucho espíritu de equipo y aún más talento para chupar banquillo, modelo ocasional de ropa interior y con una bajísima tolerancia a las divas.

Olivia Shore, cantante de ópera y superestrella internacional, es una diva perfeccionista, con un gran sentido de la justicia, demasiados secretos y un resentimiento monumental contra el deportista egoísta, vulgar y mediocre con el que se ha visto irremediablemente atrapada.

No es de extrañar que cuando ambos se embarcan en la gira publicitaria de una marca de relojes de lujo se produzca una auténtica explosión, en la que no falta ni el sarcasmo ni las pullas, con unas dosis de drama entre bastidores y algún que otro pase de balón.

Susan Elizabeth Phillips

Cuando colisionan las estrellas

Chicago Stars - 9

ePub r1.1
Titivillus 16-10-2023

Título original: *When stars collide*
Susan Elizabeth Phillips, 2021
Traducción: Xavier Beltrán

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para los profesores de todo el mundo que siguen
dejándose la piel con sus alumnos.
Os damos las gracias de corazón.

«No puedes llevar una corona con la cabeza gacha».
Beyoncé

Capítulo Uno

Olivia Shore miró por la ventanilla tintada de la limusina hacia el *jet* privado estacionado en la pista. A eso se reducía ahora su vida, a volar por los Estados Unidos con un deportista cortito que ganaba más de lo que merecía y con demasiados malos recuerdos…, y todo para promocionar una marca de relojes de lujo.

Iban a ser las cuatro semanas más largas de su vida.

Thaddeus Walker Bowman Owens se inclinó hacia la ventanilla del *jet* y miró hacia la limusina que acababa de detenerse junto al avión. Llegaba treinta y ocho minutos tarde, para ser exactos. Un chófer descendió del vehículo y sacó una maleta del maletero, luego una segunda y después una tercera. Acto seguido, aparecieron un portatrajes y una cuarta maleta. Thaddeus apartó la cabeza de la ventanilla.

—¿En qué mierdas me he metido?

Cooper Graham se movió un poco para ver qué observaba su compañero y dedicó una semisonrisa a los pantalones de lana virgen de Thad, hechos a medida, y a su jersey de cachemira.

—Por lo visto, vais a tener que competir para saber quién viste mejor.

Thad le frunció el ceño al hombre que era a la vez su mejor amigo y una espina perpetua clavada en su piel.

—Me gusta la ropa de calidad.

—Y casi siempre pareces un pavo real.

—Solo si se me compara contigo. —Thad lanzó una mirada a los pantalones y a la sudadera con capucha de Coop. Cruzó las piernas y se apoyó uno de los pies, enfundado en un botín italiano con un suave forro interior, en la rodilla contraria—. Pero bueno, ha sido un detalle que vinieras a despedirme.

—Era lo mínimo que podía hacer.

—Pensabas que no iba a venir, ¿verdad? —Thad se recostó en el asiento de cuero.

—No te negaré que se me pasó por la cabeza esa posibilidad.

—Dime cómo lo has hecho.

—¿Cómo he hecho el qué?

—Cómo te las has ingeniado para convencer a los de Relojes Marchand, perdón, a los de Relojazos Marchand, de que contar conmigo como embajador de su marca sería lo mismo que contar con el legendario Cooper Graham.

—Ni que fueras un don nadie, tío —dijo Graham con amabilidad.

—Coño, ya lo sé. Y para demostrarlo tengo el Heisman. El único trofeo que no adorna tus estanterías.

Graham sonrió y le dio una palmada en la espalda.

—Tu falsa modestia es lo que más admiro de ti.

—Y como los Marchand son los relojes oficiales de los Stars y no iban a tenerte a ti, querían a Clint Garrett, ¿verdad?

—Puede que mencionaran su nombre.

Thad soltó un bufido de repulsa. Clint Garrett era el *quarterback* joven, egocéntrico, talentosísimo e imbécil al que habían fichado los Chicago Stars para sustituir el vacío que habían sido incapaces de llenar cuando Coop se retiró. El mismo Clint Garrett al que en teoría Thad debía transformar en un mejor jugador y… sí, sustituirlo, si el niñato idiota se lesionaba.

Cuando dieciséis años atrás Thad salió de la universidad con el trofeo Heisman en su haber, se vio a sí mismo como un nuevo Coop Graham o Tom Brady, no como un tío que acabaría pasándose la mayor parte de su carrera en la NFL como el suplente de los *quarterbacks* titulares de cuatro equipos profesionales diferentes. Pero así era como habían ocurrido las cosas. Lo consideraban un estratega brillante y un líder inspirador, pero contaba con una debilidad casi insustancial en la visión periférica que lo separaba de la grandeza. Siempre la dama de honor, nunca la novia.

Un revuelo en la zona delantera del avión atrajo su atención hacia La Diva, que por fin los honraba a todos con su presencia. Vestía una gabardina marrón sobre unos pantalones negros y llevaba unos zapatos de tacón de aguja de color azul Klein que añadían unos doce centímetros a su altura, ya de por sí

impresionante. Unos cuantos mechones de pelo oscuro sobresalían por los lados de un pañuelo estampado que le cubría la cabeza y que a Thad le hizo pensar en las fotos antiguas de Jacqueline Kennedy. Además del pañuelo, las gafas de sol gigantescas que se apoyaban en su alargada nariz hacían que pareciera una persona de la alta sociedad de la década de los sesenta, o quizá una estrella de cine italiana. La mujer lanzó una gigantesca bolsa de tela de diseño en la que cabría un golden retriever y tomó asiento cerca de la cabina sin siquiera saludar a ninguno de los dos.

En cuanto un ligero aroma a perfume de lujo, cultura elitista y pura arrogancia llegó hasta el fondo del *jet*, Coop se levantó del asiento.

—Llegó la hora de marcharme.

—Qué suerte tienes, cabrón —masculló Thad.

Coop conocía lo suficiente a Thad para saber que La Diva no era la única responsable del mal humor de su amigo.

—Eres justo lo que necesita el chaval —le dijo—. Clint Garrett cuenta con el talento para llegar muy lejos, pero no lo hará sin que el viejo lo lleve hasta allí.

Thad tenía treinta y seis años. Solo era viejo según los parámetros del fútbol americano.

Coop se dirigió a la cabina del avión. Se detuvo al acercarse a La Diva y asintió.

—Señorita Shore.

La mujer inclinó la cabeza y saludó a duras penas al hombre que había sido uno de los mejores *quarterbacks* de la NFL. Thad tenía todo el derecho del mundo a criticar y descalificar a Coop tanto como quisiera, pero aquella cantante de ópera intelectualoide no.

Graham le lanzó a Thad una mirada divertida y abandonó el avión como una rata huyendo de un barco que se hunde. Thad dudaba de que Coop se lo hubiera pensado dos veces antes de rechazar la lucrativa oferta de Marchand de erigirse en embajador de la marca para el nuevo reloj masculino Victory780. Al *exquarterback* no le gustaba separarse de su familia, y era evidente que no necesitaba el dinero. Por lo que respectaba a Clint Garrett… El joven Clint estaba demasiado ocupado persiguiendo a mujeres y conduciendo coches superrápidos para perder el tiempo representando una empresa de prestigio como Marchand, el reloj

oficial tanto de los Chicago Stars como de la Ópera Municipal de Chicago.

A pesar de lo que le había dicho a Coop, a Thad no le sorprendía del todo que Relojes Marchand lo hubiera querido a él para promocionar el Victory780. Necesitaban a un jugador de los Stars y Thad sabía dar buenas entrevistas. Además, gracias al viejo trofeo Heisman, con los años había ganado bastante popularidad. Aun así, cualquiera con ojos en la cara era consciente de que no era el poderoso lanzamiento de Thad ni su labia los que habían sellado el pacto con Marchand. Sino su cara bonita.

—Eres incluso más guapo que Dean. —Coop lo pellizcó el día que se conocieron; se refería a Dean Robillard, el gran *quarterback* de los Stars.

El físico de Thad era una maldición.

Una de sus exnovias favoritas le había dicho: «Tienes la nariz de Liam Hemsworth, los pómulos de Michael B. Jordan y el pelo de Zac Efron. Y esos ojos verdes… Igualitos a los de Taylor Swift. Es como si los famosos más atractivos te hubieran vomitado en la cara».

Echaba de menos a Lindy, pero la pobre se hartó de sus problemas con el compromiso. Cuando ella lo dejó, Thad le mandó de regalo un portátil nuevo para que supiera que no le guardaba ningún rencor.

Con los años, había hecho lo imposible por endurecer su apariencia. Se había dejado barba un par de veces, pero entonces la gente empezó a decirle que se parecía al tío de *Cincuenta sombras de Grey*. Lo intentó con un bigote de actor porno, y entonces las mujeres comentaron que le daba un aspecto distinguido. Hasta había probado durante un tiempo con uno de esos ridículos moños con el pelo rapado a los lados. Por desgracia, a él le quedaba bien.

En el instituto, a todo el mundo le salían granos, menos a él. No necesitó ponerse ortodoncia ni pasó por una fase desgarbada. No se había partido la nariz ni tenía una de esas cicatrices en la barbilla que sí lucían otros jugadores de la NFL. No se le había empezado a caer el pelo. Tampoco tenía barriga.

Thad culpaba a sus padres.

Pero uno de los beneficios de su físico, además de poseer un cuerpo esbelto de un metro noventa, era el dinero extra que le

permitía ganar. Y le encantaba ganar dinero. En los últimos años, había cedido su rostro a una colonia para hombres, su culo a una marca de calzoncillos y su pelo a una línea de caros productos de cuidado personal que jamás se molestó en usar. Y ahora esto.

Cuatro semanas de viaje para promocionar el nuevo Victory780 de Marchand. Unas cuantas sesiones de fotos y entrevistas, además de aparecer como invitado y broche de oro en la gala de la Ópera Municipal de Chicago. Pan comido. Salvo por un problemilla. No era el único embajador de Marchand. Mientras él promocionaba el Victory780, Olivia Shore, la superestrella de la ópera, publicitaría el reloj femenino, el Cavatina3.

—¡*Bonjour! ¡Bonjour*! —Henri Marchand apareció junto a la cabina del avión con los brazos extendidos. Rezumaba acento francés igual que la Nutella rebosa de una crep caliente. Llevaba engominada hacia atrás la larga cabellera castaña, que le caía por detrás de los hombros. Aunque no portara una boina en lo alto de la cabeza, traía consigo el aire del Viejo Continente. Era delgado, mediría uno ochenta y tenía la cara fina y los rasgos afilados. El impecable traje de sastre de corte ancho de lana gris era de un color típicamente europeo, ese que los norteamericanos eran incapaces de lucir, si bien Thad tenía un pañuelo de cuello a rayas de tono similar que se ponía a veces cuando viajaba a Europa porque… ¿por qué no?

Marchand se acercó a La Diva.

—Olivia, *ma chérie*.

La mujer le tendió la mano. Él se la besó como si fuera la mismísima reina Victoria, aunque Thad se había enterado de que la tipa había crecido en Pittsburg y que era la hija única de dos profesores de música ya fallecidos. Había hecho los deberes, sí.

Henri dirigió la mirada hacia el final del avión y extendió los brazos de nuevo.

—¡Y Thaddeus, *mon ami*!

Thad lo saludó como si fueran colegas de toda la vida y contempló la posibilidad de arrancarle el nombre de su sastre.

—Menuda aventura vamos a vivir juntos. —Más gestos con los brazos—. Primera parada, Phoenix, donde tú, *madame*, pusiste voz a una arrebatadora Dulcinea en *Don Quijote*. Y donde mi amigo Thad lanzó un pase de setenta yardas para hacer *touchdown* contra

los Cardinals de Arizona. Días gloriosos, ¿sí? Y la gloria sigue brillando con fuerza.

Para La Diva, quizá, pero no para Thad.

Henri se giró hacia la joven que lo había seguido a bordo.

—*Mes amis*, os presento a Paisley Rhodes, mi asistente. —¿Era imaginación de Thad o la exagerada sonrisa de Henri se había atenuado?

Paisley parecía una muchacha a punto de cruzar el campus de la universidad para asistir a la primera clase de Psicología: tenía una larga cola de cabello rubio y liso, una nariz demasiado perfecta y una silueta delgada que vestía una corta falda, una blusa metida por dentro con pliegue francés y botines. También se la veía aburrida, como si subirse a un *jet* privado supusiera un gran esfuerzo.

—Paisley nos echará una mano durante toda la gira. Si necesitáis algo, lo que sea, decídselo a ella.

Una parte de Thad esperaba oír un «pues eso» de los labios de Paisley, porque era imposible que se la viera menos interesada en echar una mano a nadie. Thad sospechaba que alguien debía de haber pedido un favor para que la contrataran.

Los ojos de la chica se posaron en él y Thad vio un primer destello de interés. Ignorando a La Diva, la joven se sentó en el asiento que quedaba a su derecha.

—Me llamo Paisley.

Él asintió.

—Mi padre es superfan del fútbol americano.

—Qué bien. —Era la respuesta estándar de Thad.

Cuando el avión despegó, la muchacha procedió a resumirle toda su vida —aunque no de forma demasiado resumida—. Acababa de finalizar una carrera de comunicación en una universidad del sur de California. Hacía nada que había roto con su novio. Era un alma vieja en un cuerpo joven, en palabras de ella, no de él. Su objetivo era convertirse en la asistente personal de un famoso, cualquiera le servía. Y, cómo no, su abuelo era un buen amigo de Lucien Marchand, lo que explicaba cómo había conseguido el trabajo.

Miró el reloj que llevaba en la muñeca, uno de los modelos más sencillos de Marchand.

—Nunca llevo reloj. —Dio un golpecito a su móvil—. O sea,

para qué, ¿no? Pero es que me obligan a llevar un Marchand, y también durante la gira, flipa.

—Qué cabrones —respondió Thad con una expresión totalmente impertérrita.

—Ya ves. Pero mi abuelo dice que por algún sitio tengo que empezar.

—Los abuelos sí que saben.

—Si tú lo dices.

Había que reconocerle que, poco después del despegue, lo dejó a solas para concentrarse en su móvil. Thad se recostó en el asiento, cerró los ojos y se entregó a su fantasía favorita, una en la que Clint Garrett lanzaba tres intercepciones, se rompía la tibia y se perdía el resto de la temporada. Thad se encargaba del equipo y Clint, el pobre imbécil, terminaba viendo desde el banquillo cómo él llevaba a los Stars hasta la Super Bowl.

El suave acento francés de Henri Marchand interrumpió su fantasía.

—Confío en que hayas tenido tiempo de leer los materiales que te mandé acerca del Victory780.

Thad abrió los ojos a regañadientes. Tenía buena memoria y no le costaba nada recordar los detalles del reloj para cuya promoción lo habían contratado. Sin embargo, Henri Marchand no quería correr ningún riesgo.

—Llevamos unos diez años desarrollando el Victory780. —Se acomodó en el asiento contiguo—. Es un reloj cronógrafo de última generación, pero aun así refleja nuestra clásica herencia Marchand.

—Y cuesta la friolera de doce mil dólares —observó Thad.

—El prestigio y la precisión tienen un precio.

Mientras Marchand se afanaba en explicarle el movimiento integrado de reloj de cuerda automática con un mayor muelle en espiral del 780, Thad contempló el reloj que llevaba ahora en la muñeca. Tenía que admitir que era precioso, con esa pesada correa de acero, una estructura de platino y el engaste de cerámica negra. El reloj contaba con un cristal de zafiro, una esfera azul metálico y tres subesferas montadas que le servirían para cronometrar sus carreras o para ver cuánto tiempo lograba aguantar Clint Garrett sin decir «tío».

—Esta noche cenaremos con cinco de nuestros mejores clientes

—lo informó Marchand—. Por la mañana, harás varias entrevistas en la radio, en emisoras deportivas y en programas de tertulia, mientras que *Madame* Shore visitará la emisora de música clásica.

Así dejaban que La Diva pudiera relajar sus valiosas cuerdas vocales y él iba de culo de acá para allá.

—Después, entrevistas con periódicos. Y con algunos blogueros importantes. Luego un evento público en Scottsdale con sesión de fotos.

Thad ya había hecho promoción de otros productos y sabía cómo funcionaban las cosas en ese mundillo. Su nombre y el de Shore despertaban el interés de más entrevistas de las que Marchand conseguiría concertar solo con el nombre de la marca. A Thad le preguntarían por su carrera, por el estado del fútbol americano profesional y por las últimas polémicas de la NFL. Entre respuesta y respuesta, se esperaba de él que hablara del reloj.

Marchand se excusó por fin y regresó al lado de La Diva. Paisley reapareció y se sentó en el asiento delante de él. Thad reparó en que la joven no se había acercado aún a La Diva. Solo a él.

—Henri me ha pedido que te dé esto. Es vuestra ruta actualizada. —Le entregó una carpeta negra estampada con el logo de Marchand.

Thad conocía el horario de antemano. A lo largo de casi todo el mes siguiente, él y La Diva Desagradable recibirían un buen pastón por viajar por el país y promocionar la marca. Al final, terminarían donde habían comenzado, en Chicago. Mientras Thad se tomaba un par de semanas de descanso, La Diva ensayaría para la producción de *Aida* de la Ópera Municipal de Chicago. La noche de domingo tras el estreno, Relojes Marchand patrocinaría una gala benéfica juntamente con la Ópera. Y en ese momento finalizarían las obligaciones de Thad.

—Te he escrito mi número en la primera página —le dijo Paisley—. Escríbeme en cualquier momento. En cualquiera.

—Así lo haré. —Su respuesta fue brusca y rozó lo grosero, pero debía cortarlo de raíz antes de que fuera más allá. Ya se enfrentaba a suficientes dificultades por tener que bregar con La Diva y no deseaba complicaciones con la asistente de Henri. Además, a él habían dejado de atraerle las muchachas de veintiún años el día que cumplió veintidós.

—Va en serio. —Paisley sacudió la larga cola—. Quiero que sepas que puedes contar conmigo.

—Entendido. —Y se puso los auriculares. La chica por fin interpretó las señales y lo dejó solo. Thad se quedó frito con la música de Chet Baker.

La Diva se sentó en el rincón opuesto de la limusina. Todavía llevaba las gafas de sol y apoyaba la mejilla en la ventanilla. Hasta el momento, la única comunicación que había mantenido con Thad había sido una mirada de intensa hostilidad cuando bajaron del avión. Los pulgares de Paisley se movían a toda prisa por la pantalla de su móvil —era más probable que estuviera escribiendo a una amiga que trabajando—. Henri también estaba enfrascado en el suyo, inmerso en una enérgica conversación. Como Thad solo se sabía en francés los platos de las cartas de los restaurantes, no supo descifrar de qué hablaba. La Diva, en cambio, lo entendió. Abrió los ojos y agitó una mano.

—*C'est impossible*, Henri.

La manera en que pronunció el nombre de Marchand… El «Anguí» salía de las profundidades de su garganta. Cuando Thad lo decía en voz alta, le costaba la vida convertir la e en una vocal nasal y la erre en un sonido gutural. Nada de profundidades ni de garganta.

Las frases que intercambiaron a continuación La Diva y Marchand no arrojaron ninguna luz sobre qué era eso tan imposible, pero cuando llegaron al hotel, Anguí se lo contó:

—Ha habido un ligero cambio de planes. Hay que adelantar las entrevistas de hoy justo después de hacer el *check-in*. Es un fastidio, pero son cosas que pasan, como seguro que comprenderás.

Al cabo de menos de diez minutos, La Diva y él fueron escoltados hasta la *suite* presidencial del hotel, seguidos de Henri y Paisley. Además de una sala de estar muy lujosa, la *suite* contaba con comedor, cocina, un gran piano y enormes puertas francesas que daban a una extensa terraza. En la alargada mesa de centro situada en medio de la sala, había bandejas con pastas y un gran surtido de botellas de vino y agua mineral.

—Disponéis de unos minutos para refrescaros antes de que lleguen los periodistas —les dijo Henri—. Paisley los acompañará.

Paisley desprendía soberbia, como si aquello no fuera parte de

su trabajo. Por lo visto, Henri no se fijó. O quizá sí y fingió que no.

La Diva desapareció en el cuarto de baño. Mientras Henri comprobaba por segunda vez el refrigerio que habían preparado para los reporteros, Thad caminó hacia la terraza embaldosada para disfrutar de las vistas de Camelback Mountain. Ojalá hiciera la gira de promoción con una estrella del *rock*, en lugar de con una estirada cantante de ópera. Las cuatro semanas que se extendían delante de él como una carretera interminable no llevaban absolutamente a ningún lugar.

En el cuarto de baño, la estirada cantante de ópera se apoyó en la puerta, cerró los ojos e intentó respirar. La situación la superaba. Que la obligaran a viajar con un animal como Thad Owens era la guinda que adornaba el desastre de calamidades de las últimas semanas. Costara lo que costara, no pensaba permitir que él detectara ni una sola debilidad en ella, ni una sola vulnerabilidad que creyera poder explotar.

De haber sabido lo que iba a ocurrir, ni se habría planteado aceptar el contrato con Marchand. En su vida había rescindido un contrato, pero era incapaz de imaginar cómo sobreviviría al próximo mes. Debía sonreír. Hablar. Ser agradable. Y asegurarse de que no se quedaba a solas con él.

El móvil, que llevaba en el bolsillo, vibró. Se quitó las gafas de sol y echó un vistazo a la pantalla. Era Rachel, que quería saber qué tal le iba. Rachel, su querida amiga de toda la vida que la entendía mejor que nadie. Olivia volvió a guardar el móvil en el bolsillo sin responder. Estaba nerviosa, desconcentrada y demasiado sensible como para hablar con ella.

Se desató el pañuelo. Su cabello era un caos. Le traía sin cuidado. En lugar de peinarse, se sentó en la taza del váter y cerró los ojos. Llevaba todo el día reproduciendo en su cabeza el «*Pour mon âme*» de Donizetti. El aria de *La hija del regimiento*, con nueve altísimas notas C, era una prueba de fuego para los mejores tenores del mundo. Adam no era uno de ellos, pero eso no impidió que su exprometido intentara cantarla.

Olivia parpadeó con fuerza. El Cavatina3 de su muñeca llamó su atención. Una correa de acero inoxidable y oro, una esfera de marfil con diamantes junto a los números. Cavatina. Una melodía sencilla sin segunda parte y sin repetición. En música, una cavatina era un

aria directa y simple, a diferencia del lujoso reloj Cavatina3 y de su vida, llena de complicaciones.

Su mirada se clavó en el sobre blanco que había encontrado esa mañana en el buzón de su piso. Se dirigía a ella con las mismas letras mayúsculas y pulcras que adornaban la primera nota que recibió dos días antes. Se obligó a abrirlo. Le temblaban las manos.

Solamente cinco palabras. «TÚ ME HAS HECHO ESTO».

Tragándose un sollozo, hizo añicos la nota, lanzó los trocitos al váter y tiró de la cadena.

Paisley entró con dos reporteros de sendos periódicos y desapareció en un rincón con su móvil. Curiosamente, el crítico de música era gigantesco y corpulento, mientras que el periodista deportivo era bajito y nervudo. La editora de la sección de moda llegó poco después, una mujer de mediana edad con el cabello corto engominado y varios *piercings* en las orejas.

Thad nunca había conocido a nadie de prensa a quien no le gustara la comida gratis. Cada uno de los periodistas se zampó un par de *cannoli* y media docena de galletas de limón, mientras la editora de la sección de moda sorbía una copa de chardonnay y picoteaba unas cuantas almendras. Thad habló con ellos de cosas sin importancia; ocultaba la irritación que le provocaba el hecho de que La Diva siguiera encerrada en el cuarto de baño. En el momento en que se dispuso a golpear la puerta y preguntarle si se había caído dentro del retrete, la mujer se dignó a honrarlos con su presencia.

Se había quitado la gabardina, así como el pañuelo y las gafas de sol, y caminó hacia los periodistas con el taconeo de sus zapatos, ignorándolo a él deliberadamente. Se había recogido el pelo en uno de esos moños que quedan un poco sueltos. Ese peinado y los taconazos azules la alzaban hasta medir casi lo mismo que él. Su silueta era formidable: hombros anchos, cuello largo, columna recta y cintura esbelta, todo ello acompañado de unas piernas largas de modelo. No era una mujer esquelética ni rechoncha. Más bien… Thad buscó la palabra correcta, pero la única que se le ocurrió fue *intimidante*.

Junto a los zapatos de tacón y a los pantalones negros de vestir, el cuello abierto de su blusa blanca dejaba al descubierto un collar de oro con una piedra en forma de paloma, del tamaño de un huevo, que parecía un rubí gigantesco. Llevaba numerosos anillos,

un par de pulseras y el Cavatina3. A él le gustaban las mujeres bajitas y tiernas. La que tenía delante se asemejaba a una tigresa que acabara de asaltar una tienda de Hermès.

Los hombres se levantaron al verla aproximarse. Henri hizo las presentaciones. Olivia les tendió la mano y los miró con los labios curvados en una regia sonrisa.

—Caballeros. —Saludó a la editora de moda con un apretón de manos y una amable sonrisa antes de sentarse en la silla enfrente de Thad con las piernas cruzadas, tiesa como si le hubieran metido una escoba por el culo.

Él se despatarró a propósito en su asiento y extendió las piernas para ponerse cómodo. El crítico de música fue el primero en tomar la palabra, pero en lugar de dirigirse a La Diva, se giró hacia Thad.

—¿Es usted un fan de la ópera?

—No he ido demasiado —respondió.

—¿Qué me dice usted, señorita Shore? —terció el periodista deportivo—. ¿Ha asistido a partidos de fútbol?

—El año pasado vi uno entre el Real Madrid y el Manchester United.

Thad a duras penas logró disimular un bufido.

El periodista deportivo intercambió una mirada divertida con él antes de girarse hacia ella.

—Eso son equipos europeos de fútbol, señorita Shore, no de fútbol americano.

Olivia hizo una mueca que venía a decir: «Las mujeres, ya se sabe», mueca que Thad no se tragó en absoluto.

—Por supuesto. Qué tonta soy.

Esa mujer no tenía ni un pelo de tonta. Tanto la resonancia de su voz como el perfil de su silueta le indicaron a Thad que sabía perfectamente que no eran equipos de fútbol americano. O quizá no lo sabía. Por primera vez, había despertado su curiosidad.

—¿Nunca ha visto jugar a Thad Owens?

—No. —Miró directamente a Thad por primera vez, los ojos tan fríos como una noche de enero—. ¿Tú alguna vez me has oído cantar?

—No he tenido el placer —dijo arrastrando las palabras lo mejor que supo—. Pero los treinta y siete están al caer ya, y me encantaría oír una ronda de *Feliz cumpleaños* para celebrarlo.

La editora de moda soltó una carcajada, pero La Diva ni siquiera amagó con sonreír.

—Tomo nota.

El crítico de música clásica se lanzó a preguntar acerca de un concierto que La Diva había dado el año pasado en Phoenix, y siguió interesándose por teatros de ópera de Europa. El periodista deportivo le preguntó a Thad acerca de su dieta y su rutina de ejercicios, y le comentó lo que pensaba de las posibilidades de los Cardinals para la siguiente temporada.

Paisley había regresado a su coma telefónico. Marchand ofreció más vino a los presentes.

—Nos sentimos muy afortunados por contar con dos personas de tanto éxito como la señorita Shore y el señor Owens como nuestros nuevos embajadores de Marchand. Los dos marcan tendencia.

La editora de moda se fijó en los pantalones grises de Thad y en el jersey de cachemira de color frambuesa con cremallera.

—¿Cuál es su filosofía con las prendas de vestir, señor Owens?

—Busco calidad y comodidad —contestó.

—Pocos hombres serían tan valientes como para llevar ese color.

—Me gustan los colores —dijo—. No me interesa qué está de moda y qué no, y el único complemento que llevo es un reloj estupendo.

—¿Tal vez se pondrá algún día un anillo de boda? —La mujer ladeó la cabeza.

—No le deseo a nadie que se case conmigo. —Sonrió—. En mí no se puede confiar demasiado. Pero hablando de confianza —extendió la muñeca para ganarse el sueldo—, en esto sí que confío sin fisuras. Hace años que llevo relojes Marchand. Por eso me atrajo su propuesta. Con el Victory780 se han superado a sí mismos.

Henri resplandecía. La editora de moda se dirigió a La Diva.

—¿Qué me dice usted, señorita Shore? ¿Cómo describiría su filosofía con la ropa?

—Busco calidad e incomodidad. —Lo sorprendió quitándose los zapatos de tacón.

La mirada de la editora viajó del jersey frambuesa de Thad al conjunto blanco y negro de La Diva.

—Por lo visto, prefiere los colores neutros.

—Creo firmemente en la elegancia. —Observó a Thad con claro

desdén. ¿Qué cojones le pasaba a esa tía?—. El rosa intenso queda mejor en el escenario —añadió—. Tan solo hablo por mí, por supuesto.

Su jersey no era rosa. ¡Era frambuesa!

—Soy muy selectiva —prosiguió, de nuevo concentrada en la editora de moda—. Por eso el Cavatina3 es el reloj perfecto para mí. —Se lo quitó y se lo entregó a la mujer para que lo examinara de cerca—. Tengo un horario muy exigente. Necesito un reloj del que me pueda fiar, pero también uno que combine bien con mi fondo de armario y con mi estilo de vida.

Fin del anuncio.

Respondieron a unas cuantas preguntas más. ¿Dónde vivía la señorita Shore? ¿Qué hacía el señor Owens durante la pretemporada?

—Necesitaba descansar un poco de Manhattan —contestó La Diva—, y ya que me gusta Chicago y la ciudad se encuentra en el centro del país, hace varios meses alquilé un piso allí. Me facilita mucho la vida con los viajes cortos.

—Entreno y me ocupo de las cuestiones que durante la temporada me veo obligado a desatender. —Thad fue vago adrede.

Paisley no se enteró enseguida de que debía acompañar a los periodistas de vuelta al vestíbulo del hotel, pero al final captó el mensaje. En cuanto hubieron desaparecido, Marchand anunció que el equipaje de Olivia y de Thad se encontraba ya en los dormitorios enfrentados que se encontraban a ambos lados de la *suite*. Henri hizo un gesto que abarcó la sala de estar y el comedor, y también la pequeña cocina.

—Como veis, es un lugar bastante adecuado para las entrevistas y la sesión de fotos de mañana. El chef preparará la cena de los clientes de esta noche en la cocina privada.

La Diva levantó la cabeza y sus dramáticas cejas se unieron en un fruncido.

—Henri, ¿puedo hablar contigo un momento?

—Faltaría más. —Los dos se encaminaron hacia la puerta que daba al pasillo.

Thad estaba cabreado. Evidentemente, a ella no le gustaba la idea de compartir la *suite*. Muy bien. Que se fuera a otra habitación, porque él no pensaba ceder la gran terraza de ninguna de las

maneras. Desde que era pequeño, siempre se había sentido más cómodo en exteriores que en interiores, y estar enjaulado en habitaciones de hotel durante mucho tiempo, por más espaciosas que fueran, lo ponía nervioso. No se iría de allí por nada del mundo.

Olivia tan solo dio unos cuantos pasos antes de darse cuenta de que había cometido un error. Las puertas disponían de robustos cerrojos y, si insistía en cambiarse a otra habitación, Thad Owens sabría que le tenía miedo.

—Da igual, Henri. —Le rozó el brazo a Marchand—. Ya hablaremos luego. No es importante.

Mientras recogía los zapatos que había dejado en el suelo, Thad se movió detrás de ella.

—Una cosa… —le dijo—. No me gustan los visitantes nocturnos.

Olivia respiró hondo, le lanzó la mirada más fiera y gélida posible, y se encerró en su habitación.

Thad oyó el cerrojo que atrancaba la puerta de ella. Olivia lo había mirado con tanto desprecio que una parte de él esperaba que le soltara algo en plan ópera, como por ejemplo: «¡A la horca, sinvergüenza!».

—¡Menuda mujer! —Henri sonría de oreja a oreja—. ¡Es un portento! La Belle Tornade.

—Déjame adivinar. La Bella Turbada.

—*Non, non.* —Henri se echó a reír—. La llaman La Bella Tornado por el poderío de su voz.

A Thad no lo convencía lo de «bella», no con esas rayas oscuras por cejas y esa nariz tan alargada. En cuanto a lo de «tornado»… «Tormenta de hielo» le parecía más apropiado.

Thad hizo varias llamadas telefónicas y entrenó en el gimnasio del hotel antes de regresar a la *suite* y ducharse. Al otro lado de la puerta cerrada de su dormitorio, oyó la voz de La Diva, que cantaba escalas musicales. Se quedó escuchando cómo las notas subían y bajaban, cómo las vocales cambiaban de pronto de *ees* a *íes*, y luego algunas *aes*. Era hipnotizante. No había dudas: la tía sabía cantar. Cuando su tono cambió de agudo a grave, a él le entró un escalofrío. ¿Cómo era alguien capaz de alcanzar esas notas?

A medida que se acercaba la hora de la cena, los aromas que emergían de la cocina privada prometían un buen ágape. Se puso

una camiseta morada y una americana Dolce & Gabbana de color negro metálico que incluía grabado un pañuelo de bolsillo de color lavanda. Era un pelín excesivo, incluso para él, pero quería dejar las cosas claras.

Oyó la voz de Henri en la sala de estar. En cuanto salió de su habitación, los invitados empezaron a llegar. Todos eran clientes: uno era el propietario de una cadena de joyerías, había un par que trabajaba en grandes almacenes y unos cuantos joyeros independientes.

La Diva se presentó con un vestido de terciopelo negro, largo hasta el suelo. Lo primero que llamó la atención de Thad fueron sus pechos. No eran grandes, pero abultaban lo suficiente para tensar el escote del vestido. No se había puesto ningún collar que interrumpiera las vistas, solamente unos pendientes. Su piel lucía una palidez natural, pero comparada con el terciopelo negro aún se veía más clara. Portaba el Cavatina3 en una muñeca y un abanico de anillos en sus largos dedos. Se había arreglado el pelo despeinado de la tarde con un moño formal que quizá estuviera un poco pasado de moda, pero Thad debía admitir que encajaba con ella. Olivia tenía una gran presencia, eso era indiscutible.

Hizo su típica entrada ostentosa —el brazo extendido, la sonrisa distante y unos pasos ceremoniosos—, y él volvió a ponerse de los nervios. Deseaba arrugar esa imagen de perfección. Bajarla de su pedestal. Frotarle el lápiz de labios rojo intenso. Quitarle las horquillas que le sujetaban el pelo. Despojarla de esa ropa y meterla dentro de un par de vaqueros raídos y una vieja camiseta de los Stars.

Por más inabarcable que fuera su imaginación, sin embargo, era incapaz de visualizarla vestida así.

Thad detestaba las cenas formales casi tanto como detestaba que interceptaran un pase suyo, pero habló con todo el mundo. Le sorprendió ver lo bien que se desenvolvía La Diva. Preguntó a los asistentes acerca de sus trabajos, de sus familias, y miró encantada las fotos de los hijos. A diferencia de él, el interés de ella sí parecía auténtico.

Empezaron a cenar. Thad no solía beber demasiado, así que paró tras la segunda copa de vino. La Diva, en cambio, por lo visto tenía un estómago de hierro. Dos copas, tres, cuatro. Una quinta cuando

todos se marcharon y los dos se dirigieron a sus respectivos dormitorios.

El suyo tenía el techo muy alto y una puerta que conducía a la terraza. Fue desnudo hasta el cuarto de baño para cepillarse los dientes. Como de costumbre, evitó mirarse en el espejo. No había necesidad de deprimirse. A pesar del tamaño de la habitación, el dormitorio resultaba sofocante y limitado. Se puso unos vaqueros y abrió la puerta que llevaba a la terraza.

Una cristalera de vidrio templado le permitía disfrutar de las vistas de las luces de la ciudad, mientras que los árboles en macetas y los parterres de flores creaban la ilusión de un parque, con zonas con asientos colocadas estratégicamente para la comodidad de los huéspedes de la *suite*. El aire frío de la noche le sentó bien a su piel.

Pensó en el día que terminaba. En lo que lo aguardaba. En los cuatro meses que faltaban para volver al campo de entrenamiento y en cuánto tiempo jugaría. Cuando se encaminó hacia uno de los árboles para apreciar mejor la silueta de la ciudad, pensó en su futuro y en una carrera que no había llegado a cumplir sus expectativas.

El vino no le sentaba bien a su voz. El vino, la cafeína, el aire seco, las corrientes, los problemas…; nada de eso le sentaba bien a su voz, y por eso raramente tomaba más de una copa. Y, a pesar de ello, así estaba ella ahora: no un poco borracha, sino como una cuba. Con el paso inestable, con la mente inestable. Llevaba varios días al límite, con los nervios a flor de piel, a punto de estallar. Ahora una peligrosa energía, estimulada por el alcohol, hacía que quisiera recogerse el vestido por las rodillas, subirse a la barandilla de la terraza y utilizar la tela como barra de equilibrio, solo para ver si era capaz. No quería suicidarse. Eso se lo dejaba a otros. Lo que sí que quería era un reto. O, mejor aún, un objetivo. Algo que conquistar. Deseaba ser una superheroína, una protectora de los débiles, una activista ebria en busca de justicia. Pero lo único que hacía era pelearse con un fantasma.

Algo se movió detrás de ella. Demasiado cerca. Él.

Olivia se giró y atacó.

Capítulo Dos

Las mujeres se le habían lanzado a los brazos en el pasado, pero no estaba acostumbrado a que le clavaran un codazo en plena barriga. El golpe lo pilló desprevenido y soltó un gemido de dolor. Al mismo tiempo, levantó los brazos en un acto reflejo para defenderse.

Un gesto que empeoró las cosas.

Lo único que quería era un poco de aire y ahora estaba inmerso en un combate a muerte con una arpía vestida de terciopelo negro.

—¡Para! —Intentó agarrarla de los brazos—. ¡Tranquilízate!

A su edad, debería haber sabido que ese era un verbo que no había que utilizar con una mujer histérica, y ella le dio una patada en la espinilla. Por desgracia para Olivia, estaba descalza, y fue ella la que se hizo daño.

—¡¿Se puede saber qué coño te pasa?! —Le agarró los brazos y la empujó contra su cuerpo. Era alta y fuerte, pero él más. Soltó un grito y reinició el ataque.

Thad quería matarla, pero no quería hacerle daño. Hizo un movimiento con la pierna para hacerla caer al suelo.

Le quedaba el ápice justo de caballerosidad para llevarse la peor parte al aterrizar ambos sobre las baldosas de la terraza. Se golpeó el codo y la cadera, pero logró inmovilizarla al rodar por el suelo y aferrarle las muñecas.

La artista serena y perfecta se había esfumado. Estaba furiosa.

—¡Gilipollas! —le escupió—. ¡Gilipollas integral!

En lo que a insultos se refería, no tenía una gran variedad, pero ¡madre mía!, era fuerte. A Thad le costaba mantenerla quieta mientras ella se revolvía contra el agarre con que él le apresaba las muñecas.

—Estate quieta de una vez o voy a… ¡O voy a darte una hostia! —Jamás de los jamases pegaría a una mujer, pero Olivia estaba fuera de control y quizá esa amenaza la calmaría.

No fue así. Con la mandíbula apretada y los dientes a la vista, volvió a espetarle:

—¡Adelante, gilipollas! ¡Inténtalo!

Teniendo en cuenta que trabajaba rodeada de drama, Thad habría esperado más creatividad con las palabrotas y los insultos de una cantante de ópera. Probó una nueva técnica y suavizó el agarre un poquito, pero sin llegar a soltarla.

—Respira. Tan solo respira.

—¡Canalla!

Bueno, al menos iba ampliando su vocabulario. Se le había soltado el pelo y medio pecho sobresalía del vestido, justo a la altura del pezón. Thad apartó la mirada.

—Has bebido demasiado, querida, y necesitas respirar hondo.

Olivia dejó de agitarse, pero Thad no pensaba correr ningún riesgo. Se apartó un poco.

—Eso es. Sigue respirando. Estás bien. —«Como un cencerro, pero bien».

—¡Suéltame!

—Prométeme que no volverás a pegarme.

—¡Te lo merecías!

—Ese debate lo dejamos para otro día. —No le pareció que estuviera tan loca, así que se arriesgó y rodó del todo para salir de encima de ella, en alerta, eso sí, por si una rodilla se acercaba a sus ingles—. Pero no te abalances sobre mí, ¿vale?

Olivia se puso de pie no sin dificultad. Su pelo formaba una alocada maraña y su voz sonó rasposa al pronunciar una dramática amenaza:

—¡No vuelvas a hablarme en tu vida!

—No te preocupes.

Con paso tembloroso, cruzó la terraza hacia la puerta que conducía a su habitación. El cerrojo la bloqueó con fuerza tras de sí. Olivia tiró de las cortinas que se cerraban sobre la puerta y se sintió extrañamente orgullosa de sí misma. «¡Gilipollas! ¡Gilipollas! ¡Gilipollas!». Jamás olvidaría el aspecto de su amiga Alyssa la noche que Thad Owens la atacó. Por fin la gran estrella del fútbol americano había recibido un poco de su propia medicina.

Se apoyó en la cómoda de la habitación para mantener el equilibrio y logró quitarse el vestido. Ella, Olivia Shore, había

iniciado una nueva carrera como defensora de las mujeres. Esta noche, había impartido justicia y asestado un ligero golpe en toda la cara al desbarajuste que la rodeaba.

De la nada, su estómago se rebeló. Corrió hacia el cuarto de baño, se arrodilló junto a la taza del váter y vomitó la cena, así como la botella de vino que imprudentemente había consumido.

Acto seguido, se levantó sobre el suelo de azulejos. Le dolía el hombro en el lugar en que se lo había rascado. Se puso una toallita caliente sobre la piel; ahora ya no estaba tan orgullosa de sí misma. Estaba borracha, y se había comportado como una loca, y no debía actuar de esa manera. No cuando tenía otros tantos problemas. Y sobre todo no cuando había firmado un contrato que no podía rescindir y aún le quedaban cuatro semanas de gira con ese pedazo de canalla.

Se arrastró por la habitación, se quitó la ropa interior y al final localizó el pijama. Su rutina de antes de acostarse era muy pero que muy estricta. Por más tarde que fuera o por más cansada que estuviera, siempre la llevaba a cabo sin falta. Activaba los humidificadores. Se quitaba el maquillaje y, a continuación, se aplicaba gel de limpieza facial, loción tonificante, crema hidratante, contorno de ojos y su apreciado retinol. Se cepillaba los dientes, se pasaba el hilo y a veces utilizaba unas tiras blanqueadoras. Después, practicaba varias posturas de yoga que la ayudaban a relajarse. Esa noche, sin embargo, no hizo nada de eso. Con el rostro sucio, los dientes sucios, el espíritu sucio y la imagen del rostro petulante de Thad Owens cerniéndose sobre ella, se metió en la cama.

La mañana siguiente, Thad se levantó temprano para darle al pico con los locutores de la radio de deportes local. Por suerte para él, La Diva tenía otro compromiso, porque era la última persona a la que quería ver. Paisley, un poco perjudicada por lo que hubiera hecho la noche anterior, y que casi con toda certeza no incluía trabajar, lo acompañó. Para el desagrado de Henri, Paisley se presentó con un par de vaqueros deshilachados, un top con estampado animal y unos botines rojo intenso. No era precisamente la imagen de Marchand.

Se sentó al lado de Thad en el sofá de la sala de espera de la emisora de radio, aunque había otros dos asientos disponibles, y trasteó el móvil.

—¿Has echado un vistazo a las redes sociales de Marchand? O sea, qué cosa más básica. Como si no le importaran a nadie. Tienes que decirle a Henri que me deje encargarme de sus redes.

Le enseñó la pantalla del teléfono y Thad vio las fotos que le había tomado durante la cena de la noche anterior: su perfil recortado contra la luz de las velas, su mano sobre la solapa de la americana, su mandíbula, sus ojos. El Victory780 solamente salía en una de las instantáneas. No había ninguna de La Diva.

—Si quieres convencer a Henri de que utilice tus ideas —algo que dudaba seriamente de que fuera a suceder—, recuerda que en la gira hay dos embajadores de la marca. —«Uno de los cuales es una psicópata delirante».

—Tú eres más fotogénico.

—Ella es más famosa que yo. —Casi se atragantó al decirlo. Le devolvió el móvil a Paisley.

—Mi padre dice que es Henri el que quiere que Marchand entre en el siglo veintiuno, pero no lo parece. Ayer, antes de la cena, estuve mirado por internet y tal. Los viejos anuncios de relojes que hizo David Beckham son supersexis. ¿Tienes algún tatuaje?

—No me ha dado por ahí.

—Qué pena. —Metió el dedo con sumo cuidado en un agujero de sus vaqueros—. Mi padre no me cree capaz de hacer este trabajo, pero tengo un montón de ideas. Me fliparía tomarte algunas fotos en la ducha. Porque el Victory780 es resistente al agua y tal. Se me ocurre… Te podrías embadurnar de aceite para que el agua formase gotitas en tu piel. Sería una pasada.

—Ni de coña.

—Podrías salir en bañador y tal.

—Ni tú ni tu iPhone os vais a acercar a mi ducha, pero pregúntale a la señora Shore. Seguro que no le importa. Es probable que tenga algún tatuaje.

—Es que me da un poco de miedo. —Paisley lo observó titubeante.

—Me apuesto lo que quieras a que cuando la conoces bien es mansa como un gatito. —«De esos con uñas y dientes largos y afilados».

Se levantó en cuanto apareció el productor para acompañarlo hasta el estudio. De reojo vio que Paisley echaba una foto a lo que

sin ninguna duda era su trasero.

No volvió a ver a La Diva hasta esa tarde, cuando estaba programado que regresaran al hotel para la sesión de fotos que acompañaría a los artículos de los periódicos.

Olivia sorbía un poco de té en la *suite* cuando él llegó, y en ese momento encontró algo fascinante que contemplar en el fondo de la taza. La Diva sabía cómo salir bien en una fotografía. Se había recogido el pelo y se había colocado un chal estampado sobre los hombros. El ajustado vestido largo de color blanco dejaba a la vista sus brazos tonificados y las impresionantes piernas que la noche anterior habían intentado castrarlo.

Henri llegó con los fotógrafos. Mientras disponían el set para la sesión, se interesó por las joyas de Olivia. Ella ignoró a Thad a propósito y le enseñó a Marchand un enorme brazalete de oro mate con piedras engarzadas.

—Es la réplica de una pulsera egipcia de una amiga mía. Y este es uno de mis anillos de veneno favoritos. —Desplazó la parte superior para mostrarle un compartimento no demasiado secreto—. Resulta muy sencillo llenarlo de veneno y verter el contenido en la bebida de tu enemigo. —Le lanzó una sonrisa de clara advertencia a Thad.

—O para suicidarte —le devolvió él.

Sintió una gran satisfacción al verla hacer una mueca.

El fotógrafo ya estaba listo para ellos. Henri colocó a Thad detrás de La Diva, y luego a su lado en el sofá de la *suite*. La mujer apoyó la barbilla en los dedos para mostrar el reloj. Él mantuvo la muñeca visible en todo momento.

Se había pasado muchísimo tiempo al otro lado de los *flashes* y estaba comodísimo delante de las cámaras, pero La Diva parecía nerviosa: se removía, cruzaba y descruzaba las piernas. Uno de los fotógrafos hizo un gesto hacia el sillón que se encontraba cerca de las ventanas.

—Probemos unas cuantas allí.

La Diva se sentó en el sillón y Thad ocupó el lugar detrás de ella.

Marchand se toqueteó el pañuelo del cuello, que hoy era de seda.

—Thaddeus, ¿me permites sugerirte que pongas la mano sobre su hombro?

Así se vería mucho mejor el Victory780, pero Thad jamás había sido más reacio a tocar a una mujer.

Olivia se crispó, un gesto tan sutil que los demás difícilmente se habrían dado cuenta. Él no sabía qué había hecho para que lo odiara tantísimo. Era un tío agradable, directo cuando debía serlo, pero diplomático por lo general. Casi todo el mundo solía caerle bien y no tenía por costumbre coleccionar enemigos. Respetaba a las mujeres y las trataba bien. El problema lo tenía ella, no él. Aun así, debía admitir que experimentaba una perversa curiosidad.

En cuanto los fotógrafos se marcharon, Henri les propuso quedar a las ocho para cenar en el restaurante del hotel de cuatro estrellas. Thad había quedado con antiguos compañeros de equipo, así que declinó la invitación. La Diva alegó estar agotada y dijo que ya pediría algo al servicio de habitaciones más tarde. Henri no hizo extensivo el ofrecimiento a Paisley.

Thad se excusó diciendo que quería cambiarse de ropa para entrenar, pero al llegar al gimnasio de la segunda planta del hotel, se dio cuenta de que había olvidado el móvil. Le gustaba escuchar música mientras caminaba en la cinta, por lo que regresó a buscarlo.

Las puertas francesas dobles de la sala de estar estaban abiertas, y Olivia se encontraba junto a la barandilla de la terraza. Thad dudó. «A la mierda». Estaba harto de las memeces de la cantante y por fin tenía la oportunidad de hablar con ella a solas.

Se encaminó hacia las puertas abiertas, pero no salió a la terraza.

—Estoy detrás de ti y te agradecería que esta vez no me atacaras.

Olivia se giró. Se había quitado el gigantesco chal y había cambiado los zapatos de tacón por unas manoletinas, pero aún se la veía bastante elegante con el vestido blanco. ¿No tenía un par de vaqueros o qué?

—¿Necesitas algo? —Se dirigió a él como si fuera un criado que acabara de interrumpirla.

Habló con tal condescendencia que a Thad empezaron a hormiguearle los dientes.

—Creía que a lo mejor querías decirme algo.

—No se me ocurre nada, la verdad.

—Algo en plan: «Siento en el alma haberme puesto como una loca ayer por la noche, y gracias, señor Owens, por no haberme pegado por tonta». Algo que me habría sido muy fácil hacer.

—No tengo nada que decirte. —La expresión de iceberg de ella habría hundido un centenar de barcos.

Era evidente que no debía perder el tiempo con ella, y podría haberse alejado en ese momento. Sin embargo, iban a pasar un mes juntos y Thad necesitaba aclarar las cosas.

—Me has ninguneado desde el principio, señorita. ¿Siempre tratas a la gente como si fueran una mierda o es que yo soy un caso especial? Me la pela lo que pienses de mí, que conste. Pero es que tengo curiosidad.

Las aletas de su nariz se agitaron como si fuera la heroína de una ópera a punto de ordenar una decapitación.

—Los hombres como tú… lo tenéis todo. Dinero. Atractivo. Un público que os adula sin parar. Pero todo eso no basta, ¿verdad?

—Esa es la diferencia entre tú y yo. —Ahora sí que echaba chispas—. Si yo tengo un problema con alguien, voy de frente. No me escondo detrás de comentarios mordaces.

Olivia respiró hondo y se llenó los pulmones de tal manera que lo habría impresionado de no haber estado tan enfadado.

—¿Quieres que vaya de frente? —saltó—. De acuerdo. ¿Te suena de algo el nombre de Alyssa Jackson?

—Te mentiría si te dijera que sí.

—Total, es una víctima más, ¿eh?

—¿Una víctima? —Era muy difícil lograr que perdiera los estribos, pero nadie lo había mirado jamás con tanto desprecio—. ¿De qué clase de víctima estás hablando?

Olivia se aferró a la barandilla con la mano en que llevaba uno de sus anillos de veneno.

—Alyssa y yo compartimos piso una temporada en el Bronx. Cuando tú eras el flamante nuevo *quarterback* de los Giants, el único que no duró dos temporadas enteras. Pero eras el donjuán de la ciudad y todas las mujeres te deseaban. Salvo unas pocas que no, como Alyssa. —Sus labios se curvaron con desdén—. Y ni siquiera te acuerdas de su nombre.

—¿Qué te parece si me refrescas la memoria? —Cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Qué se supone que le hice exactamente?

—No sé cuál es la definición legal de acoso sexual, pero lo que hiciste se le acerca bastante. Le rogué que fuera a la policía, pero se negó.

—Eso sí que me sorprende. —Thad apretó los dientes para reprimir la creciente furia.

—Podrías haber estado con cualquier mujer que quisieras, pero las conquistas fáciles no eran aquellas que se sentían atraídas por ti. No eran las que te hacían sentir un auténtico dios.

Thad era incapaz de seguir escuchando más barbaridades, así que se giró, aunque se detuvo al llegar hasta la puerta.

—No me conoces de nada, señorita, y no tienes ni puñetera idea de cómo soy. Y tampoco conoces a tu vieja amiga Alyssa tan bien como crees. Ya puedes seguir ninguneándome, porque no tenemos nada más que decirnos.

Thad bajó a toda prisa las escaleras de servicio en dirección a la segunda planta. Sus zapatillas de deporte golpeaban los peldaños con fuerza. Nunca había necesitado tanto ir al gimnasio.

—¡Thaddeus Walker Bowman Owens! —Tenía doce años, estaba con su madre en el coche y era un engreído. Iban hacia el entrenamiento de baloncesto cuando llamó «puta» a Mindy Garamagus.

Su madre, una mujer de carácter afable y cariñosa, estacionó el vehículo en el arcén de la carretera y lo golpeó. Una bofetada que le cruzó la cara. La primera y la única vez que lo pegó.

—¡Nunca vuelvas a decir eso de una mujer! ¿Cómo llega una chica a convertirse en una puta? Pregúntatelo. ¿Crees que lo hace ella solita? —Se le llenaron los ojos de lágrimas al verla mirarlo como si su hijo fuera un gusano repugnante—. Los únicos hombres que utilizan esa palabra para insultar a una mujer son los hombres débiles que se sienten impotentes. No juzgues lo que no conoces. ¡No tienes ni idea de quién es!

Su madre llevaba razón. Hasta él sabía que el único problema que había con Mindy Garamagus era que hacía que se sintiera como el chaval inmaduro de doce años que era.

Esa noche, recibió una lección parecida de su padre. Fue antes de que la palabra *consentimiento* entrara a formar parte del espíritu de la época, pero el mensaje fue alto y claro.

Aun sin las lecciones de sus padres, no se imaginaba

aprovechándose de una mujer. ¿Cómo iba a ser divertido el sexo si uno de los dos implicados no tenía ganas?

Había vuelto a olvidarse el móvil, pero de ninguna de las maneras pensaba subir a por él.

Por más dinero que le hubieran ofrecido los de Marchand, Olivia jamás habría firmado el contrato de haber sabido que viajaría con Owens y no con Cooper Graham, como le habían dicho en un principio. Graham estaba casado, tenía hijos y contaba con una reputación intachable. Viajar con él habría sido una agradable distracción, algo que nunca había necesitado tanto como en ese momento de su vida.

El tenso dolor de cabeza que llevaba días al acecho había regresado. Se cambió el vestido blanco por unos pantalones negros de yoga y una camiseta blanca larga, se tumbó en la cama y cogió los auriculares con los que siempre viajaba. Al cabo de unos instantes, oyó la tranquilizadora música de «Peace Piece», de Bill Evans.

Intentó relajarse, pero ni siquiera las inspiradoras melodías del que había sido uno de los mejores pianistas de *jazz* de la historia lograban apaciguarla. Había algo en la forma impávida en que Owens la había mirado que la ponía nerviosa. Más que nerviosa. «No me conoces de nada, señorita, y no tienes ni puñetera idea de cómo soy». ¡Claro que sabía cómo era!

¿O no?

La incertidumbre la sobrepasaba. Apagó la música y fue a por el móvil. Alyssa respondió al segundo tono.

En el pasado, las dos fueron amigas muy íntimas, pero ahora que su antigua compañera de piso había sido madre, se habían distanciado, y hacía por lo menos un año que no hablaban.

—¡Ey, famosilla! —exclamó Alyssa—. Te he echado de menos. Hunter, ¡baja de ahí! Jesús… Este niño… En serio, Olivia, no tengas hijos. Solo este mes he tenido que ir dos veces a urgencias con él. No te imaginas la de cosas que un niño de tres años es capaz de meterse en la nariz.

A medida que Alyssa detallaba con precisión los objetos que Hunter se había introducido en la cavidad nasal, Olivia recordó cómo la hacía reír el sentido del humor irreverente de su amiga.

—¿Qué me cuentas? —le preguntó Alyssa—. ¿Dispuesta a

enfrentarte a *Tosca*?

La voz de *mezzosoprano* de Olivia no era adecuada para ese papel, pero Alyssa nunca había tenido más que unos conocimientos muy básicos de ópera.

—Estoy en una gira de varias semanas —le dijo Olivia—. Me han contratado para promocionar los relojes Marchand.

—¡¿Los Marchand?! Dime que te van a regalar unos cuantos.

—Por desgracia, no. Además… —Agarró el móvil con más fuerza—. Somos dos los que viajamos juntos para promocionar la marca. Voy con Thad Owens.

—¿El jugador de fútbol americano? Qué locura.

—¿Locura? —Un témpano de hielo le recorrió la columna a Olivia.

—La soprano y el *quarterback*. Menuda combinación, ¿no? ¿Sigue estando bueno? Ese tío estaba tremendo.

Olivia se puso de pie con el estómago revuelto por el temor.

—Alyssa, te hablo de Thad Owens. El jugador de fútbol que intentó violarte.

—Dios, Olivia. —Alyssa se echó a reír—. Ya sabías que era mentira. ¿No te acuerdas? Te lo conté todo.

—¡No me contaste nada de eso! —protestó Olivia—. Me dijiste que te siguió hasta el dormitorio. Que te obligó. Volviste a casa llorando. Y te pasaste semanas enteras hablando de eso.

—Solo me puse a llorar porque Kent nos pilló, y solo hablaba de ello cuando él estaba cerca. No olvides lo desconfiado que era. Me cuesta creer que no te acuerdes. —Se apartó el móvil de la cara—. ¡Hunter, basta ya! ¡Dame eso! —Volvió al teléfono—. Veamos… Conocí a Thad en una fiesta justo cuando Kent y yo empezábamos a ir en serio. Kent se fue a la piscina o algo, y Thad y yo nos pusimos a charlar. Una cosa llevó a la otra y nos liamos. Y entonces Kent nos pilló y tuve que inventarme una excusa deprisa. Te lo conté.

—¡No me dijiste nada de eso! —A Olivia le iba a dar algo—. Intenté que fueras a la policía.

—Ah, sí… Ahora me acuerdo. Me daba miedo decirte la verdad por si ibas con el cuento a Kent. Siempre fuiste la más honrada de las dos. —De fondo se oía el fluir del agua—. Toma, Hunter. Bebe un vaso. —El agua se detuvo—. ¿Te puedes creer que me alejara de la posibilidad de mantener una relación con Thad Owens porque no

quería que un idiota como Kent me dejara?

Olivia se sentó en el borde de la cama y hundió la mano en el colchón.

—La única idiota eres tú, Alyssa.

—¿Por qué te pones así? Nunca lo acusé de nada.

—Sí que lo acusaste. Conmigo.

—¿Le has dicho algo?

—Pues sí. Le he dicho demasiadas cosas.

—Mierda.

—Exacto, mierda. —En su precipitación para juzgar a Thad Owens y condenarlo, Olivia había olvidado que Alyssa era tan egocéntrica como manipuladora. Por eso precisamente nunca le cayó bien a Rachel. Olivia debería haberse fiado de la opinión de su mejor amiga. Se llevó una mano a la barriga—. Las acusaciones falsas tienen consecuencias, Alyssa. Justo por eso, las víctimas reales de violación tienen miedo de contarlo, porque no creen que nadie las vaya a creer.

—Cálmate, ¿quieres? No te pongas así.

—Lo que está mal, está mal. —A Olivia le temblaba la voz—. Y mentir como me mentiste tú supone traicionar a todas las mujeres que han sido víctimas de abusos.

—Por el amor de Dios, Olivia. Estás haciendo de un grano una montaña de arena. Siempre te creíste mejor que el resto.

—Adiós, Alyssa. Y borra mi número.

—Oye, que has sido tú la que me ha llamado.

—No volverá a suceder.

Olivia estaba furiosa consigo misma. Llevaba varios días con la mente un tanto apagada, pero eso no era excusa para la manera en que lo atacó. En menuda superheroína se había convertido. ¿En una defensora de la justicia? Más bien en una repartidora de injusticia. Sabía que no debía fiarse siempre de Alyssa, y aun estando borracha no debería haber atacado a alguien sin antes verificar los hechos. Adam apareció de nuevo en su conciencia, y no necesitaba otra falta que sumar a su lista de fechorías. Tenía que disculparse inmediatamente.

Caminó de un lado a otro de la sala de estar, a la espera de que Thad regresara del gimnasio. Al final, la puerta se abrió. Intentó elegir las palabras adecuadas, pero antes de que pronunciara la

primera, el tío pasó corriendo por su lado como si no existiera y se metió en su habitación.

Olivia empezó a caminar de un lado a otro de nuevo. Era una tortura. Apoyó la cabeza en la puerta de él y oyó cómo se detenía el agua de la ducha. Corrió a sentarse en el sofá más cercano, se quitó las manoletinas con un par de patadas y cogió una revista.

A nadie le gustaba admitir que se había equivocado, pero es que su error era de una magnitud colosal y debía ponerle remedio. En cuanto todo terminara, tan solo le quedaba rezar por que Thad no le guardara ningún rencor.

Se estiró los pantalones de yoga a la altura de la rodilla y pasó una página de la revista sin ni siquiera haber leído una palabra. La puerta de él se abrió al fin.

Cuando solamente lo veía como a un depredador sexual, su físico fuera de serie era un insulto. Pero ahora… Llevaba una americana azul marino y una camiseta gris; tal vez fuera el hombre más atractivo que había conocido. Un pelo espeso y oscuro, unos ojos verdes resplandecientes acompañados de cejas oscuras y pestañas largas, y unos pómulos que se encontraban en el punto ideal entre demasiado marcados y demasiado planos. Sus labios eran perfectos. Si ella hubiera nacido con el físico de él y no con los rasgos duros que le habían tocado en suerte, puede que los hubiera aprovechado mejor. Tanta perfección era un desperdicio en un hombre que se dedicaba a lanzar balones de fútbol americano.

Olivia había perdido unos segundos muy valiosos cavilando sobre lo que nadie podría cambiar, y Thad ya casi estaba junto a la puerta. Se levantó del sofá de un salto.

—Necesito hablar contigo.

Fue como si él no la hubiera oído.

—¡Espera!

La puerta de la habitación de hotel se cerró tras de sí. Olivia atravesó la sala a la carrera y salió al pasillo.

—¡Señor Owens! ¡Thad! ¡Espera!

Él siguió caminando hacia el ascensor.

—¡Thad!

Las puertas se abrieron y él entró en el habitáculo. Olivia consiguió meterse dentro antes de que se cerraran.

Thad apretó el botón de la recepción sin mirar en su dirección.

El ascensor comenzó a descender.

—Thad, quiero disculparme. Yo…

El ascensor se detuvo y entró una pareja mayor. Les dedicaron una sonrisa automática y la mujer se quedó mirando a Olivia con atención.

«Por favor, no».

—¡Olivia Shore! ¡Madre de Dios! ¿Es usted de verdad? El año pasado en Boston la oímos interpretar a la princesa de Éboli en *Don Carlos*. ¡Estuvo maravillosa!

—Gracias.

—«*O don fatale*» —intervino el marido. La nota era un alto si bemol—. ¡Inolvidable!

—¡No me puedo creer que la hayamos conocido en persona! —La mujer se ruborizó—. ¿Va a actuar aquí?

—No, no.

El ascensor se detuvo junto a la recepción del hotel. Thad echó a caminar con largas zancadas y dejó atrás a la pareja. Olivia era consciente de que se morían por mantener con ella una larga conversación. Se excusó a toda prisa y corrió detrás de él.

Cuando las baldosas frías del suelo del vestíbulo recibieron las pisadas de sus pies descalzos, recordó las manoletinas que descansaban junto al sofá de la *suite*. Era obvio que Owens no quería hablar con ella y que Olivia debería volver a la habitación, pero la idea de cargar más tiempo con ese peso era peor que la vergüenza que estaba sintiendo por perseguirlo.

Thad salió por la puerta central de la entrada. Los huéspedes se giraron para observar cómo ella atravesaba descalza el vestíbulo como alma que lleva el diablo. Ya en la calle, el primer taxi en la fila tenía la puerta abierta y Owens habló con el conductor al subirse. Olivia abandonó la poca dignidad que le quedaba, corrió hacia el coche, abrió la puerta, se abalanzó…

Y cayó justo encima de él.

Fue como aterrizar sobre un saco de cemento.

El portero del hotel no había visto el rarísimo salto de Olivia. Cerró la puerta del coche y le hizo un gesto al taxista para que se fuera y cediera su sitio al siguiente vehículo. El conductor los miró por el espejo retrovisor con unos ojos que indicaban que lo había visto todo, se encogió de hombros y arrancó.

Olivia salió de encima de Thad. Mientras se recolocaba en el asiento contiguo, él la miró como si fuera una cucaracha, antes de apoyarse en el respaldo y sacar el móvil. Empezó a deslizar el dedo por la pantalla como si ella no estuviera allí.

—Lo siento. Quiero pedirte perdón. —Dobló los dedos de los pies contra la alfombrilla áspera del taxi—. He cometido un error tremendo.

—No me digas —respondió Thad con total indiferencia, sus ojos clavados en la pantalla.

—He hablado con mi amiga. Con mi examiga. —Olivia apretó los dedos aún más contra la alfombrilla—. Me ha confesado que lo que me contó era mentira. Su novio os pilló a los dos y… Los detalles ahora dan igual. La cuestión es que lo siento.

—Ajá. —Se llevó el móvil al oído y empezó a hablar—. Oye, Piper. Parece que no hay manera de contactar contigo. He recibido tu mensaje y creo que ya habré vuelto a la ciudad para entonces. No te olvides de avisarme cuando estés dispuesta a engañar a tu marido. —Y colgó.

Olivia se quedó mirándolo. Thad se giró hacia ella.

—¿Hay algo que me quieras decir?

Ya lo había hecho, pero su venganza era más que merecida.

—Lo siento de verdad, pero…

—Pero qué. —Una de las cejas perfectas y oscuras de él se arqueó.

—¿Qué habrías hecho tú si pensaras que vas a pasar cuatro semanas con un depredador sexual? —Su estado de ánimo sacó lo mejor de sí.

—Tienes una curiosa idea de lo que significa una disculpa.

—Lo siento —repitió Olivia antes de añadir—: ¡No! No lo siento. O sea, sí que lo siento, pero… Teniendo en cuenta lo que creía, debía enfrentarme a ti.

—Puede que seas una gran cantante, pero eres pésima pidiendo perdón.

—Soy soprano. —Pensaba arrastrarse lo justo y necesario—. Las sopranos normalmente no pedimos perdón.

Thad soltó una carcajada.

—¿Una tregua? —le preguntó Olivia. Aunque no se la mereciera, cruzó los dedos.

—Me lo pensaré.

El taxi viró hacia una calle de un único sentido y se detuvo delante de un bareto de mala muerte con un neón en forma de cactus que brillaba en la ventana.

—Mientras te lo piensas —le dijo—, ¿te importaría dejarme dinero para volver al hotel en taxi?

—Quizá —contestó Thad—. O… tengo una idea mejor. Ven conmigo. Dudo de que mis amigos hayan conocido a alguna cantante de ópera.

—¿Pretendes que entre en ese espantoso garito?

—No es a lo que estás acostumbrada, estoy seguro, pero a lo mejor te iría bien mezclarte con la plebe.

—Otro día.

—¿En serio? —Thad entrecerró los ojos—. ¿Crees que basta con decir «lo siento» un par de veces para compensar el haber intentado destruir mi reputación? Las palabras se las lleva el viento.

—Es tu revancha, ¿verdad?

—Pues sí.

—Estoy descalza —remarcó con un evidente grado de desesperación.

—De lo contrario, no se me habría ocurrido proponértelo. —Se la quedó mirando con una ligera hostilidad—. Si hay muchos cristales rotos por el suelo, te llevaré en brazos.

—¿Tanto deseas vengarte de mí?

—Oye, que he dicho que te llevaría, ¿o no? Pero qué más da. Sé que no tienes agallas.

Olivia se rio en su cara. Un «¡Ja!» sonoro y teatral que salió directo de su diafragma.

—¿Crees que no tengo agallas? ¡Me abuchearon en La Scala de Milán!

—¿Te abuchearon?

—Tarde o temprano le ocurre a cualquiera que canta allí. A Callas, a Fleming, a Pavarotti. —Agarró la manecilla de la puerta, plantó los pies sobre el sucio asfalto y se giró para fulminarlo con la mirada—. Les hice la peineta y terminé la actuación.

—Ahora que lo pienso mejor… —Thad no se movió.

—¿Te da miedo que te vean conmigo?

—Me das miedo tú en general.

—No eres el primero. —Dicho esto, se encaminó hacia el potente cactus de neón.

Capítulo Tres

Las paredes del bar estaban cubiertas del humo fosilizado de varias décadas de cigarrillos y las baldosas negras y marrones del suelo daban fe de la abusiva cantidad de amianto con que se habían fabricado. Había amarillentos carteles de rodeos hasta el techo, frente a la barra se alzaban taburetes marrones de vinilo y sobre las mesas de madera pendían falsas lámparas Tiffany Michelob.

Olivia pensó en los pantalones de yoga que llevaba y en los pies descalzos.

—Suerte que siempre viajo con antibióticos.

—Me apuesto lo que quieras a que el barman tiene por ahí escondida una botella de
Boone's
Farm para animarte. Sé cuánto te gusta el vino.

—Qué considerado.

Uno de los cuatro gigantes sentados a una mesa del fondo alzó un brazo e hizo un gesto hacia él.

—¡T-Bo!

La mano de Thad se colocó en la espalda de ella para incitarla a avanzar. Los hombres se levantaron; en comparación con su altura, la mesa era para pitufos. A Thad se le ensombreció el rostro al ver al más joven, sentado al final.

—¿Qué pinta ese aquí?

El objetivo de su desprecio tendría unos veintipocos años, cara cuadrada y enorme, mandíbula firme, pelo castaño claro por los hombros y barba bien cuidada.

—No lo sé. Ha aparecido y ya. —El que hablaba era un hombre sumamente atlético con peinado degradado: rizos a lo afro en la parte superior y rapado por los lados, de manera que dejaba a la vista un tatuaje en el cuero cabelludo. Por encima del pecho al desnudo, cubierto por media docena de collares, vestía una

cazadora de cuero muy colorida con numerosos bordados.

—Joder, Ritchie. Ya me toca los huevos tener que soportar a Garrett durante la temporada —gruñó Thad—. ¿Lo tengo que aguantar también aquí?

—Díselo a él —respondió el tal Ritchie.

En lugar de mirar hacia Thad, el origen de su mal humor la observaba a ella, hecho que al parecer le hizo recordar a Thad que no se había presentado en el bar solo.

—Ella es Olivia Shore. Pero vosotros llamadla *Madame*. Es una cantante de ópera de primer nivel que está investigando un poco sobre la vida de los deportistas del vulgo.

Que quería avergonzarla estaba más claro que el agua.
Thad no tuvo ningún reparo en ponerla en ridículo. Olivia se lo merecía. Aunque, de hecho, no se la veía demasiado avergonzada. Se limitó a extender su real mano como si esperara que le besaran los dedos.

—*Enchantée* —dijo, con un acento francés tan cerrado que Thad temía que se atragantara con esos sonidos—. Y podéis llamarme Olivia.

El niñato imbécil al que en teoría Thad debía ayudar a convertirse en una estrella del fútbol americano señaló la silla vacía que estaba a su lado.

—Ven a sentarte aquí.

—Será un placer.

«Mierda». Thad intentó recordar por qué había creído que era una buena idea pedirle que lo acompañara. Porque… Bueno, tanto daba ya. Estaba ahí con él. En lugar de aparentar incomodidad, sin embargo, cualquiera diría que la tía tenía por costumbre salir por esa clase de tugurios.

—Ya que Thad no nos presenta, soy Clint Garrett, el nuevo *quarterback* de los Chicago Stars. —Clint le retiró la silla—. Thad trabaja para mí.

—Qué suerte tiene —susurró impresionada.

—Clint es joven y estúpido —terció Thad—. Pasa de él. El gigante que está en la otra punta de la mesa es Junior Lotulelei. A diferencia de Clint, es un jugador de verdad. Es un durísimo placador de los San Francisco 49 ers, pero los dos jugamos juntos en los Broncos. Es decir, en Denver —añadió para hacerla sentir

tonta—. Liv no sabe demasiado de fútbol americano. Le gusta más el otro tipo de fútbol.

—Olivia —lo corrigió sin ambages. Al mismo tiempo, observaba a Junior con curiosidad, algo nada sorprendente teniendo en cuenta que era una mole de ciento cincuenta kilos de puro músculo, con una cabellera tan pero tan larga que prácticamente vivía en otro país.

—Junior es el mejor jugador de la historia salido de Pago Pago.

—De Samoa Americana —aclaró Junior—. Es el campo de entrenamiento favorito de la NFL.

—No tenía ni idea —dijo Olivia.

Thad siguió con las presentaciones:

—Ritchie Collins está al otro lado de la mesa. —Hoy Ritchie llevaba un único aro de oro cerca del tatuaje de la cabeza—. Es el receptor más rápido que ha fichado por los Stars desde que Bobby Tom Denton se retiró.

—Ritchie es mi socio —dijo Clint—. Él y yo vamos a dominar el mundo.

—No hasta que aprendas a controlar la presión en la bolsa de protección, pequeña. —Thad vio con satisfacción cómo Clint hacía un mohín—. El engendro que está a su lado es Bigs Russo. —Bigs a veces se ofendía si la gente pasaba por alto su jeto horroroso, y a Thad no se le ocurrió ningún motivo para arriesgarse.

Bigs se había arreglado un poco los dientes desde la última vez que Thad lo vio, pero eso no cambiaba su nariz partida, su calva y sus ojillos diminutos.

—Aunque tenga pintas de boxeador profesional en horas bajas —dijo Thad—, es el mejor liniero de toda la Liga. Un liniero es un jugador de la línea defensiva.

El hombre asintió tan tranquilo, pero a Olivia le preocupó un poco que Thad hubiera herido los sentimientos de Bigs.

—Los tipos fuertes me parecen la mar de fascinantes —lo alabó—. Mucho más interesantes que los deportistas guapitos de cara que hacen de modelos de ropa interior en su tiempo libre.

Todos rieron a carcajadas, nadie más alto que Bigs. El rencor de Thad se esfumó. Debía reconocerlo: La Diva no iba a dejarse vencer sin luchar.

—¿Estáis juntos? —les preguntó Ritchie.

—Uy, no —respondió Olivia con énfasis—. Me odia. Y en parte con razón. Me ha traído aquí para ponerme en ridículo.

—Así no se trata a una dama, T-Bo —dijo Junior.

—Me insultó —se explicó Thad.

—Lo acusé de algo que no hizo. —Por lo visto, Olivia había decidido contarlo a las claras—. Esto es su venganza.

—Ya me había dado cuenta de que no llevabas zapatos —observó Bigs.

—Es una amante de la naturaleza —dijo Thad—. La mitad de las veces camina por ahí desnuda, pero esta noche se conforma con ir descalza.

—No es verdad —protestó Olivia—. Pero es una historia muy entretenida.

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó Ritchie—. Lo de acusarlo.

—Me habían informado mal.

—Cosas que pasan —asintió Ritchie.

—Cosas que no hubieran pasado si hubiera pensado en quién era mi fuente de información.

A Thad le gustaba el hecho de que La Diva fuera tan sincera. Quizá no fuera tan mala, después de todo.

El camarero se acercó para apuntar lo que querían beber. Thad vio cómo la mirada de Olivia volaba desde la suciedad que la rodeaba hasta la suciedad que asimismo cubría el mandil del barman.

—Yo quiero té helado. En botella. —En cuanto el camarero se alejó de la mesa, se explicó—. Soy alérgica a la bacteria E. coli.

A sus acompañantes les pareció bien su justificación.

—Supongo que todos sois escandalosamente ricos, así que… —Hizo un gesto hacia las paredes manchadas de nicotina y hacia las luces de Navidad medio fundidas que rodeaban los cuernos de una cabeza de toro—. ¿Por qué habéis venido a ese sitio?

—Lo eligió Bigs. —Ritchie acarició con los dedos la rosa bordada de su cazadora.

—Es importante tener los pies en el suelo —respondió el aludido.

—Pues menudo suelo nos ha tocado pisar. —Ritchie se echó hacia atrás en la silla.

A La Diva no pareció importarle que la conversación acabara

derivando en una charla sobre fútbol americano. Tratándose de alguien que se dedicaba a ser el centro de atención en un escenario, su disposición a quedar en un segundo plano sorprendió a Thad. A medida que sus compañeros de mesa desgranaban sus opiniones acerca de los locutores deportivos y los propietarios de los equipos, y hablaban de cuestiones generales, Olivia pasó del té helado y los escuchó con paciencia.

Clint, para sorpresa de nadie, intentó que la cantante se marchara con él.

—No llevo zapatos —dijo.

—Ya te compraré unos Manolo Blahnik por el camino.

Olivia se echó a reír.

Thad seguía sin saber por qué el niñato se había presentado en Phoenix, pero el hecho de que a La Diva pareciera caerle bien ese idiota dejaba su juicio en muy mal lugar. Aun así, su opinión sobre ella había cambiado. Él también había cometido unos cuantos errores y, a pesar de que le hubiera dicho lo contrario, Olivia le había pedido perdón de una forma estupenda.

La soprano le dio una palmada a Clint en el hombro y se levantó de la mesa.

—Si me disculpáis…

Cruzar las piernas ya no era una opción. Por más espantosa que fuera la idea de utilizar el lavabo de ese antro, necesitaba desesperadamente hacer pis. Atravesó el local de puntillas hacia el pasillo que había en el fondo, para que sus pies desnudos tocaran el mínimo suelo posible. Detrás de ella, oyó decir a Bigs:

—Tendrías que haberle traído unos zapatos, T-Bo.

«T-Bo». Por lo visto, era el apodo de jugador de Thad Owens. Si se lo hubieran propuesto a ella, Olivia lo habría apodado Tonto del Culo.

La puerta del lavabo de mujeres lucía una tímida sirena, mientras que en el de hombres había una dramática imagen de Neptuno. Una absoluta discriminación de género. Se cubrió la mano con la manga de la camiseta blanca y giró el pomo.

Era horrible. Peor que horrible. El agrietado cemento del suelo estaba mojado en algunas zonas y de un desagüe medio atascado surgía una cinta de papel higiénico empapado. Y apestaba. De ninguna de las maneras podría entrar descalza en ese basurero.

Pero es que, si no entraba, se mearía encima. Y ya se imaginaba cuánto se reiría Thad Owens de ello.

Con los pies sobre las baldosas del pasillo, sujetó el marco de la puerta con una mano y, estirándose todo lo que le permitía el cuerpo, llegó al oxidado dispensador de papel higiénico con la mano contraria. Extrajo una, dos…, seis toallitas de papel. Dividió el total por la mitad, se colocó tres debajo de un pie y tres debajo del otro, y procedió a entrar.

Los retretes dejaban mucho que desear y resultaban asquerosos. Cuando hubo terminado, se limpió dos veces las manos en el lavabo de porcelana descascarillada y arrastró los pies hacia la puerta. Las toallitas de papel se habían humedecido por el suelo mugriento y habían empezado a romperse en pedazos. Al abrir la puerta, vio que Thad se encontraba en el pasillo.

—Menuda porquería —comentó él al echar un vistazo al interior.

—Te odio. —Olivia se estremeció.

—No dirás lo mismo cuando veas qué le he comprado al cocinero. —Le mostró un par de Crocs blancas cochambrosas.

Después de deshacerse de las toallitas de papel, agarró las Crocs y, con un nuevo estremecimiento, metió los pies. Eran lo bastante grandes para su cuarenta y dos.

—No pienso comer aquí.

—Chica sensata —contestó Thad.

Cuando regresaron a la mesa, Bigs estaba en un rincón junto a una viejísima máquina de karaoke.

—Y la diversión de verdad empieza ahora —dijo Thad—. Te daré un consejo. Bigs no da ni una nota, pero no se lo digas.

—En serio —asintió Ritchie con un movimiento de cabeza.

Mientras Bigs valoraba sus opciones musicales, Clint Garrett intentó llevar aparte a Thad para hablar sobre una bolsa de protección —ella no sabía a qué se referían—, pero Owens se negó a cooperar.

—Me odia —le confesó Clint a Olivia con alegría cuando Thad se fue a la barra a pedir otra bebida—. Pero tiene una de las mejores mentes de toda la Liga y es un gran entrenador. —Al verla con expresión confundida, añadió—: Los mejores *quarterbacks* suplentes hacen lo imposible por qué el titular sea mejor de lo que

es.

—No parece que te esté ayudando demasiado.

—Me ayudará en cuanto empiece el entrenamiento. Y se pondrá a tope. Me sacará de la cama a las seis de la mañana para ponerme jugadas en la tele. Nadie arma una defensa como Thad Owens.

—Entonces… —Olivia jugueteó con la botella de té helado, que aún no había abierto—. Perdona que te lo pregunte: si es tan bueno, ¿por qué no es él el *quarterback* titular?

—Es complicado. —Clint se acarició la barba—. Debería haber sido uno de los mejores, pero tiene un problemilla con la visión periférica. En cualquier otro trabajo no sería importante. Pero en el nuestro sí.

Las canciones eran tan cursis como la máquina de karaoke, y empezó a sonar «*Achy Breaky Heart*», de Billy Ray Cyrus. Bigs cogió el micrófono y Olivia hizo un mohín al oírlo arrancarse con una versión ferozmente desafinada. A continuación, torturó «*Part-Time Lover*», de Stevie Wonder. Después, se tomó una pausa para beber un poco de cerveza y se acercó a Olivia.

—T-Bo dice que eres una cantante de ópera espectacular. Queremos oírte.

—Estoy descansando la voz.

—Esta mañana te he oído haciendo unos cuantos ejercicios de canto —dijo Thad con poco ánimo de ayudar.

—Eso es distinto.

Bigs se encogió de hombros y volvió a apoderarse del micro. Su «*Build Me Up Buttercup*» no sonó tan mal como «*Part-Time Lover*», pero su interpretación de «*I Want to Know What Love Is*» fue tan mala que hasta el resto de los clientes del bar protestaron.

—¡Cierra la puta boca!

—¡Apaga eso de una vez!

—¡Siéntate, capullo!

—Y ahora es cuando empieza —murmuró Thad con una mueca.

Bigs apretó los puños gigantescos y siguió cantando con el rostro colorado por la rabia.

—Si no le quitas el micro, T-Bo, el equipo tendrá que prescindir de él antes incluso de que comience la temporada —se preocupó Junior.

—Yo no pienso cantar —respondió Thad—. Canta tú.

—Ni de coña.

—A mí no me miréis —terció Ritchie—. Canto peor que él.

Clint había desaparecido, la muchedumbre se enfurecía cada vez más y los tres hombres se la quedaron mirando.

—Que estoy descansando la voz —repitió.

Los tres se levantaron al mismo tiempo. Thad le agarró un brazo, Ritchie se encargó del otro y la alzaron de la silla. Junior les abrió paso y la llevaron hasta el micrófono justo cuando aumentaban los gritos de los clientes y comenzaba a sonar «*Friends in Low Places*».

Thad le arrebató el micro a Bigs con suavidad.

—Liv ha cambiado de opinión. Es su canción favorita y le apetece cantarla.

—Olivia —siseó ella.

Para su consternación, Bigs aceptó que lo relevara.

Y ahí estaba ella, La Belle Tornade, la estrella de la Ópera Metropolitana, la joya de La Scala, el orgullo del Teatro Real de la Ópera, en un local atestado de borrachos con un micrófono pegajoso en una mano y una melodía de Garth Brooks repiqueteando en los oídos. No se esmeró en absoluto. No desafinó, pero cantó muy bajito. Nada de vocales abiertas ni redondas. Nada de notas altas ni graves potentes. Ni siquiera un poco de vibrato. Cantó lo más plano que pudo.

—¡Quítate la ropa! —chilló un hombretón del fondo del bar cuando terminó de cantar el último estribillo.

—¡A ver qué llevas debajo! —gritó otro.

Antes de que Olivia se diera cuenta, todo el bar, a excepción de los jugadores de fútbol americano, entonaba la misma palabra:

—¡Quítatela! ¡Quítatela!

El mal genio que la llevó a hacer una peineta a los odiosos *loggionisti* de La Scala sacó lo mejor de sí misma. Se quitó una de las Crocs, se la lanzó al gritón que tenía más cerca y después arrojó la segunda hacia el que la había interrumpido primero.

Thad apareció de la nada, la cogió por los hombros y la giró hacia la puerta.

—Y ahora nos largamos de aquí.

Al parecer, en opinión de Thad no avanzaba lo suficientemente rápido, porque levantó en brazos el casi metro ochenta y los sesenta y tres kilos de ella. La llevó en volandas hasta la calle sin que se

golpeara la cabeza con la puerta.

—¡Suéltame!

La dejó en el suelo, tiró de ella para cruzar la calle y volvió a alzarla para guiarla hacia un callejón.

—¿Qué…?

—Ratas.

—¡No! —Se aferró al cuello de él.

—Nos quedaremos un rato aquí hasta que se calme la situación.

—¡Me dan asco los roedores! —Olivia lo agarró con más fuerza. El callejón era estrecho; a los lados de los edificios de ladrillo había escaleras de incendios metálicas y varios contenedores que montaban guardia—. No me molestan los insectos y tuve una serpiente de mascota cuando era pequeña, pero nada de ratas.

—A mí no me gustan demasiado las serpientes. —Olivia lo notó estremecerse.

—Vale. Tú te ocupas de los roedores y yo me encargo de los reptiles.

—Trato hecho.

Olivia se quedó rígida con una mano en el pecho de él. Deseaba y no deseaba apoyar la cabeza en la americana azul marino de Thad mientras escudriñaba el suelo en busca de ratas.

—Peso demasiado.

—En el *press* de banca, levanto casi ciento cincuenta kilos. Tú pesas por lo menos setenta kilos menos.

Para cuando Olivia hizo la resta, Thad ya le sonreía. Lo fulminó con su mirada más gélida.

—¿Podemos irnos ya?

—Unos minutos más.

Thad se apoyó en la pared de ladrillos soportando en los brazos el peso de ella sin problemas. Olivia giró la cabeza. Su mejilla rozó el suave algodón de la camiseta de él. Olía bien. A limpio, a *aftershave* y un poco a cerveza. Se miró los pies sucios. Tenía algo asqueroso pegado en el empeine.

—Tengo que admitir que cantando me has decepcionado un pelín —le confesó Thad—. Sonabas bien, no me malinterpretes, pero no me has parecido una cantante de ópera de primer nivel.

—Ya te lo he dicho. Estoy descansando la voz.

—Si tú lo dices. Pero ha sido un chasco después de oír esos

ejercicios tan impresionantes que haces.

Olivia le respondió el «Mmm» más evasivo del mundo y rastreó de nuevo en busca de roedores.

—Mete la mano en mi bolsillo trasero —le dijo él— y saca mi móvil para que pueda llamar a un Uber.

Olivia se giró, el pecho apretado contra el de él, y alargó la mano más allá de la cadera de Thad. Con sumo cuidado, su mano se posó sobre la curva del que era, como ya se imaginaba, un trasero bien firme.

Estaba despatarrada en sus brazos con una mano en el culo de él, mientras que el suyo volaba por los aires.

—No puedo… —Notó el bulto del móvil en el bolsillo. Notó otro bulto. Enseguida apartó la mano—. No lo consigo.

—Estás consiguiendo otra cosa.

La estaba provocando otra vez. Olivia se giró para incorporarse un poco, sin el móvil.

—Necesitamos un nuevo plan. —Recordó las ratas—. Pero pobre de ti como me dejes en el suelo.

La depositó encima de la tapa del contenedor más cercano. Olivia enseguida se dio cuenta de que podría haberlo hecho desde el principio.

—No salgas corriendo —le dijo Thad.

Como si fuera a atreverse.

Al cabo de unos minutos, la llevaba desde el callejón hasta el Uber que los esperaba.

Durante el trayecto de regreso al hotel, ninguno de los dos pareció tener nada que decir. Thad miraba hacia delante con media sonrisa en la cara. Olivia giró la cabeza hacia la ventanilla y percibió la media sonrisa que amagaba con dibujarse en su propio rostro. A pesar de la suciedad, los borrachos, la amenaza de las ratas; a pesar del mismísimo Thad Owens, era la primera vez que se divertía en muchas semanas.

Su sonrisa desapareció al recordar a Adam, cuyos días de diversión se habían terminado para siempre.

La Diva soportó la caminata a través del vestíbulo resplandeciente del hotel con la barbilla levantada y expresión arrogante, retando a cualquiera que se atreviera a comentar que llevaba los pies descalzos y sucios. En cuanto llegaron al ascensor, un recepcionista

corrió hacia ella.

—Mientras estaba fuera han traído unas flores para usted, señorita Shore. Se las hemos dejado en la *suite*. Y tiene un mensaje.

Olivia aceptó con un elegante asentimiento el sobre que le entregó el muchacho, pero ya en el ascensor lo arrugó en la mano.

Thad abrió la puerta de la *suite* y entró tras ella. Los envolvió el agobiante aroma de demasiadas flores. Encima del piano había jarrones llenos con una docena de variedades diferentes.

—Otra vez Rupert —suspiró La Diva.

—¿Otra vez? ¿Es una costumbre?

—Flores, cajas de carísimos bombones, champán. He intentado disuadirlo, pero no ha funcionado, como ves. —Extrajo una tarjeta de floristería de uno de los arreglos florales, le echó un vistazo y la dejó sobre el piano.

—¿Rupert es uno de tus amantes?

—Uno de tantos.

—¿En serio?

—¡Pues claro que no! Tiene por lo menos setenta años.

—¿Soy el único que piensa que esto da un poco de miedo? —Thad observó la cantidad de flores.

—Debes entender a los amantes de la ópera. Creen que están en peligro de extinción, y eso los vuelve demasiado apasionados con sus cantantes preferidos.

—¿Los demás son como Rupert?

—Rupert es mi fan más entregado. Los demás… Depende del espectáculo. Los aficionados a *Carmen* me han mandado mantones, cajas de rioja y hasta jamón ibérico. Y cigarros, cómo no.

—¿Por qué cigarros?

—Carmen trabaja en una fábrica de tabaco.

—Ya lo sabía. —No lo sabía—. ¿Qué otros regalos extraños te han mandado tus perversos superseguidores?

—Son apasionados, no perversos, y me encantan todos y cada uno de ellos. Me mandaron tijeras de plata por *Sansón y Dalila*.

—No te acerques a mi pelo.

—Un montón de joyas egipcias, como pendientes en forma de escarabajo y pulseras, porque hice de Amneris en *Aida*. Es la villana, pero sus motivos tiene; es un amor no correspondido, ya sabes. Hasta me enviaron una cachimba de plata. —Al cabo de unos

segundos, añadió—: *Aida* está ambientada en Egipto.

—Ya lo sabía. —Eso sí.

—Los amantes de Mozart me han mandado más querubines de los que puedo contar.

—¿Y eso?

—Por Cherubino. A las *mezzosopranos* nos conocen por nuestros papeles con calzones.

—¿Mujeres que hacen de hombres?

—Sí. Como Cherubino, de *Las bodas de Fígaro*. Es un sátiro. Sesto, de *La clemencia de Tito*. Hansel, de *Hansel y Gretel*. Mi amiga Rachel interpreta a este último como nadie.

—Me cuesta imaginarte haciendo de tío.

—Son papeles de los que me siento muy orgullosa.

Thad sonrió. La pasión que mostraba Olivia por su trabajo y su lealtad para con sus seguidores eran inconfundibles. La pasión era lo que lo atraía a él: el entusiasmo de los demás hacia su trabajo o hacia sus aficiones, aquello que daba alegría y sentido a sus vidas, ya fuera elaborar una estupenda salsa marinera, coleccionar bates de béisbol de la marca Louisville Sluggers o cantar ópera. Nada lo aburría más que la gente insulsa. La vida era demasiado emocionante como para conformarse con una existencia anodina.

Olivia se rascó la pantorrilla con los dedos de uno de sus sucios pies.

—Seguro que a ti te hacen regalos.

—Conseguí un buen trato por un Maserati.

—Tendré que comentárselo a Rupert. ¿Algo más?

—El préstamo de una casa de vacaciones, además de más alcohol del que podré llegar a beber y demasiadas comidas gratis en muchos restaurantes. Es irónico cómo a menudo la gente que no necesita dinero es afortunada, mientras que esos a los que les iría genial una ayuda terminan con las manos vacías.

—No es precisamente el punto de vista que esperaría de un jugador privilegiado. —Olivia lo observó, pensativa.

—La genética tiene mucho que ver con la habilidad atlética. —Thad se encogió de hombros—. Tuve suerte.

Se lo quedó mirando unos segundos más de lo necesario antes de contemplarse los pies.

—Tengo que ir a la ducha. Nos vemos por la mañana.

Parecía el final de una cita estupenda y Thad sintió la loca urgencia de besarla. Un impulso que ella obviamente no compartía, porque ya se dirigía hacia su habitación.

Abrió las puertas de la terraza y salió. Estaba preocupado, nervioso. En su opinión, La Diva era demasiado indulgente con todos esos regalos. Él también había tenido que lidiar con un par de seguidoras apasionadas como Rupert, y una de ellas acabó siendo una acosadora. Dio golpecitos a la barandilla de la terraza antes de volver adentro y acercarse al piano. La nota que acompañaba las flores yacía boca arriba.

> La Belle Tornade, eres el regalo que me han hecho los dioses.
>
> Rupert P. Glass

Thad hizo una mueca. Junto a la tarjeta de la floristería estaba el sobre arrugado que el recepcionista le había entregado a Olivia cuando regresaron al hotel. Debía de haberse olvidado que lo había dejado ahí.

El sobre tenía el matasellos de Reno, Nevada. Thad no era propenso a abrir las cartas de los demás, pero su instinto le dijo que hiciera una excepción.

Sacó una única hoja de papel impresa con letras mayúsculas.

ES CULPA TUYA. QUE TE DEN.

—¿Qué haces? —La puerta de la habitación de La Diva acababa de abrirse.

—Abrir tu correo. —Thad levantó la nota—. ¿A qué viene esto?

—El mundo de la ópera está lleno de drama. —Olivia observó la hoja y se la arrebató—. No metas las narices en mi correo.

—Esta nota va más allá del drama —comentó.

—Es personal. —Alzó la barbilla, pero Thad vio que le temblaba la mano.

—No me digas.

—No es de tu incumbencia. —Se giró hacia su habitación.

—Ahora sí. —Thad le cerró el paso—. Si te relacionas con locos,

necesito saberlo por si en las próximas cuatro semanas nos cruzamos con alguno.

—No te preocupes. —La fuerte mandíbula de ella se apretó de tal manera que él supo que no iba a añadir nada más. Olivia rasgó la nota por la mitad, la tiró a la basura y se dirigió a su habitación.

Capítulo Cuatro

La mañana siguiente, cuando Thad volvió al hotel tras salir a correr, lo recibió el escándalo de los ejercicios vocales de La Diva al otro lado de la puerta cerrada de su habitación. Le costaba imaginar cómo era posible que un ser humano fuera capaz de producir unos sonidos tan extraordinarios. La noche anterior, Olivia dijo que estaba descansando la voz, pero él sospechaba que se había limitado a eludir el karaoke.

En la limusina que los llevaba al aeropuerto, le daba la sensación de que la noche en el bar no hubiera tenido lugar. Thad respondía a sus mensajes mientras La Diva y Henri parloteaban en francés. Paisley, por lo visto, intentaba dormir. Por más que le apeteciera hablar con La Diva sobre la nota que había recibido, Thad se contuvo. Por el momento, la vigilaría de cerca.

Paisley bostezó y se colocó las gafas de sol en la cabeza, encima de su larga cabellera rubia.

—Tu camisa mola un huevo. —Tenía los ojos enrojecidos y Thad intuía que se debía a haberse pasado otra noche de fiesta—. Podrías ser modelo.

—Ya lo ha sido —dijo La Diva con la sonrisa falsa que esbozaba para irritarlo.

La camisa de Thad que Paisley había alabado era de color salmón. Salmón, no rosa. En cuanto a La Diva… Debajo de su gabardina Burberry, le pareció ver que llevaba un aburrido jersey blanco y pantalones negros. Aun así, debía felicitarla por los gigantescos pendientes, que se asemejaban a unos cuadrados de papel de oro arrugado. Y cómo le gustaban los pañuelos dramáticos. Su ropa no tenía nada que ver con los vaqueros y la cazadora de cuero de Paisley.

Nada más embarcar en el avión que los llevaría a Los Ángeles para la nueva etapa de la gira, Henri le dio un golpecito en el

hombro.

—*Bon*, Thad. Esta mañana tengo una maravillosa sorpresa para ti. He invitado a alguien para que se nos una durante el día de hoy.

—¡Sorpresa! —El muy capullo se irguió de su asiento.

—¡Clint! —La Diva corrió hacia él.

—Para que los dos podáis hablar de fútbol americano, *oui*? —Henri le palmoteó en la espalda.

—La madre que lo parió, *oui* —masculló Thad.

En lugar de saludarlo a él, Garrett se centró en La Diva.

—Con esta ropa estás radiante, Livia.

—¿Qué estás haciendo aquí? —La cantante sonrió.

—A Henri le encanta el fútbol americano. Me ha invitado a pasar el día con vosotros para tener entretenido a T-Bo. —El imbécil por fin se dignó a mirar a Thad—. Ahora ya no va descalza. Al ingrato, con la punta del zapato, ¿eh?

Thad se levantó como un resorte, pero La Diva le bloqueó el paso.

—Calma, calma —le murmuró.

Clint sonrió. Thad era famoso por no perder nunca los nervios, y vio que Clint estaba orgulloso de haberlo provocado hasta tal punto. Su sonrisa le recordó nuevamente a Thad que el muy imbécil no era tan estúpido como hacía ver. Nadie llegaba a ser el *quarterback* titular de un equipo de la NFL siendo un estúpido.

Entre tanto, Paisley permanecía inmóvil en el pasillo con la mirada de asombro clavada en Garrett. Cuando se acomodó en su asiento habitual al fondo del avión, Thad se dio cuenta de que una vez más quedaba relegado a un segundo lugar, pero en esta ocasión nada lo hacía más feliz.

Para disgusto de Paisley, La Diva se sentó justo al lado de Clint, obligándola a ella a tomar asiento enfrente de él. Thad casi oía cómo giraba el engranaje mental de Paisley mientras intentaba pensar en su siguiente movimiento. La muchacha esperó hasta que hubieron despegado.

—¿Os importa que os eche un par de fotos para mandárselas a mis amigas?

—Claro que no —dijo La Diva.

Thad sonrió para sus adentros. Su compañera no tardaría en descubrir que era una intrusa inoportuna en la cámara del iPhone

de Paisley.

Cierto que Paisley convenció a Garrett para hacerse un selfi con ella, pero La Diva parecía más divertida que ofendida. Garrett se levantó del asiento. La pobre Paisley no estaba acostumbrada a recibir un rechazo masculino y fue incapaz de esconder la decepción al verlo encaminarse hacia Thad. Paisley no comprendía que ninguna mujer del planeta lograría llamar la atención de ese zopenco cuando el fútbol ocupaba su mente.

Cuando Clint se despatarró delante de él, Thad no se molestó en esconder su irritación. Los entrenamientos no empezarían hasta julio, y Garrett sabía perfectamente que Thad se esforzaría al cien por cien con él, así que ¿por qué tenía que tocarle los cojones justo ahora? Ni que pudieran hacer *touchdown* en el avión.

Un curioso gemido se adueñó de la cabina. La cabeza de Thad se irguió justo a tiempo para ver cómo Olivia se llevaba una mano a los labios. Su compañera estaba observando el periódico que debía de haber cogido de los ejemplares que habían dispuesto en el avión. Se desabrochó el cinturón y corrió hacia él con el diario en las manos.

—¡Mira esto!

Thad le echó un vistazo.

Las imágenes se encontraban en la segunda página de la sección de moda del *Examiner de Phoenix*: una de las fotografías formales para las que La Diva y él habían posado, acompañada de una robada de un *paparazzi* en que Thad la sacaba en brazos del bar.

> UNA CANTANTE DE ÓPERA Y UNA ESTRELLA DE LA NFL COMPARTEN MELODÍA.
>
> Anoche, la conocida *mezzosoprano* Olivia Shore y Thad Owens, el *quarterback* suplente de los Chicago Stars, se mostraron muy cariñosos. Al parecer, la estrella de fútbol americano y la cantante de ópera han ido más allá de la promoción de una nueva línea de relojes de la conocida marca francesa Marchand. En una entrevista que ofrecieron horas antes en el hotel, la reservada pareja no sugirió que su relación trascendiera lo

profesional, pero parece que se han adentrado en un territorio más personal.

—¡Es humillante! —exclamó.

—¿Humillante? —Thad contempló la fotografía—. Estás siendo un pelín dramática, ¿no crees? Ah, calla. Que eres una soprano. A ti se te permite ser…

—¡No somos pareja! —gritó—. ¿Cómo se les ocurre decir eso?

—A ver, es que te llevo en brazos. —Thad examinó la foto del *paparazzi* con más atención. Como siempre, él salía estupendo, pero a La Diva la habían pillado en un ángulo extraño y su culillo respingón parecía más grande de lo que era en realidad.

Olivia se desató el pañuelo de seda del cuello como si la estuviera estrangulando.

—¿Cómo ha podido pasar?

—Es un mal ángulo, nada más. Olvídalo.

Ella se lo quedó mirando, confusa, y Thad se retractó enseguida.

—Vale, admito que es bastante raro.

Recordó lo ocurrido la noche anterior. Nadie, él incluido, sabía que La Diva y él terminarían en ese bar, por lo que el fotógrafo debía de ser un transeúnte al azar. Y aun así…

—¿Hay algún problema? —Henri se les había unido. Paisley asomó la cabeza por encima del hombro de Marchand.

—¡Mira esto! —Olivia le lanzó el periódico.

—¡*Putain*! —Henri apretó los extremos de su pañuelo del cuello—. *Pardon* mi ordinariez, Olivia, Paisley.

Para tener cuarenta años, era un hombre de la vieja escuela.

—¿Es genial? —Paisley era una experta tanto en hablar con voz rota como en convertir sus afirmaciones en preguntas—. Muchísima gente lo verá. Es publicidad para la marca y tal.

—No es el tipo de publicidad que deseamos. —Henri respiró hondo y se encogió de hombros—. Pero bueno, son cosas que pasan.

—A mí no me pasan. —Olivia se giró hacia Thad—. Es culpa tuya. No ha habido ni un solo *paparazzi* que me haya seguido, ni una vez en toda mi carrera. Ha sido por ti. Por ti y por tu… tu… —agitó las manos en su dirección—, por tu cara, y por tu pelo, y por tu cuerpo, y por las actrices con las que sales…

Siguió y siguió. Thad dejó que se desahogara porque supuso que,

tarde o temprano, entraría en razón, por más que fuera una soprano.

Y supuso bien. Al final, Olivia se quedó sin combustible y se hundió en el asiento que quedaba al otro lado del pasillo.

—Ya sé que en realidad no es culpa tuya, pero… Es que nunca me ha ocurrido nada parecido.

—Te entiendo —respondió él con gran empatía.

Clint resopló.

Olivia se giró hacia Henri con una honda preocupación que Thad no compartía. A él le molestaba más que en el titular hubieran colocado el nombre de La Diva antes que el suyo.

—Disculpa, Henri —le dijo—. Sé que no es la imagen que queréis para Marchand. Te prometo que no volverá a pasar.

Henri se encogió de hombros de esa manera tan francesa que solo saben hacer los franceses.

—No te angusties. Phoenix está en el pasado y tenemos por delante un día entero en Los Ángeles, ¿sí?

Había que aplaudirle a Marchand que no les hubiera preguntado qué hacían anoche. En lugar de eso, le dio una serie de indicaciones a Paisley acerca del itinerario del día. Cuando la joven se retiró, solo tenía ojos para Garrett. En un momento dado, Olivia se trasladó a su asiento de la parte delantera y se puso los auriculares morados que extrajo de su bolso.

Garrett volvió a dirigirse a Thad.

—Mira, te voy a contar en qué estaba pensando, T-Bo. Cuando tuve aquel esguince. En el partido contra los Giants. En el tercer y en el cuarto bloque. La defensa de los Giants esperaba un pase pantalla, y tú echaste a correr por el centro. ¿Cómo supiste que esperaban un pase pantalla? ¿Qué te puso sobre aviso?

—Lo vi en los ojos de uno de los defensas. —Thad se rindió a lo inevitable.

—Pero ¿qué hizo exactamente? ¿Qué viste?

—Siempre hay que mirar hacia el defensa del medio, idiota. Y ahora déjame en paz para que me pueda suicidar a gusto.

Clint se inclinó hacia el pasillo para darle una palmada en la pierna.

—Sabes que me quieres, T-Bo, y los dos sabemos por qué. Soy tu última y mejor oportunidad de ser inmortal.

Dicho eso, el muy hijo de puta se fue a coquetear con Paisley. En Los Ángeles aparecieron más periodistas que en Phoenix, y, tras los primeros cinco segundos de la primera entrevista, Thad supo por qué.

La reportera era joven, de muy baja estofa. Se colocó la libreta sobre la rodilla de los pantalones cargo negros y formuló la primera pregunta.

—Los dos provienen de mundos muy diferentes, ¿no? Entonces, ¿cómo explican su atracción?

Thad se dio cuenta de que La Diva se moría por negarlo todo, lo cual no haría más que provocar más rumores, así que tomó la palabra antes de que dijera nada:

—Ay, solo somos amigos. —Y le lanzó un guiño conspiratorio a la periodista por diversión. En lo que a La Diva respectaba, ojos que no ven, corazón que no siente.

Henri se echó hacia delante desde la posición que ocupaba, detrás del sofá.

—Thad y *Madame* Shore tal vez provengan de mundos distintos, pero los dos aprecian la calidad.

Thad cumplió con su cometido. Exhibió el Victory780, y Olivia se animó lo suficiente para hablar sobre el Cavatina3. Henri ahondó en su discurso.

—En Marchand, comprendemos que los hombres y las mujeres quieren cosas distintas en sus relojes. Los roperos de los hombres son más conservadores, así que tienden a preferir relojes más ornamentados.

—A excepción de la compañía aquí presente —terció Olivia dirigiendo la mirada hacia la colorida camisa de Thad.

No le hacía ninguna gracia que Olivia no mostrara respeto alguno por su estilo personal. De todos modos, debía admitir que siempre estaba guapísima, incluso con el soso conjunto blanco y negro que llevaba en el avión. Con el reloj en una muñeca, pulseras en la otra y los pendientes de oro arrugado. No llevaba más complementos, a no ser que contaran sus brutales zapatos de tacón grises.

—El diseño más sutil del Cavatina3 —siguió Henri— encaja perfectamente con la vida de una mujer de éxito como *Madame* Shore. Es ideal para el día y para la noche. Para el trabajo y para el

gimnasio. Es clásico y deportivo al mismo tiempo.

Cuando la periodista intentó redirigir la entrevista hacia cuestiones personales, Olivia se puso tiesa como un palo.

—A Thad y a mí nos presentaron hace dos días. Apenas nos conocemos.

Puede que La Diva fuera una estrella en el mundo de la ópera, pero no tenía ni puñetera idea de cómo lidiar con la prensa del corazón, y lo que dijo era justamente lo menos adecuado. Thad sonrió.

—Hay gente que conecta enseguida.

—Profesionalmente —añadió La Diva, tan remilgada como una anciana victoriana tomando té.

—La foto en la que salen los dos da a entender que tienen algo más que una relación profesional. —La periodista se cambió la libreta de rodilla.

La Diva apretaba los labios y Thad supo que estaba a punto de negar la mayor de nuevo, así que decidió intervenir.

—Nos lo estábamos pasando en grande, por supuesto. Liv no creía que fuera capaz de levantarla como si estuviera en el *press* de banca, pero le pedí a un amigo que utilizara el cronómetro de mi Victory780 para demostrarle que se equivocaba. Un minuto coma cuarenta y tres segundos. Diría que quedó claro.

La incredulidad con que lo observaba La Diva tal vez bastara para confirmarle a la periodista que el jugador de fútbol americano estaba mintiendo.

—Vale. —La reportera se echó a reír—. Mensaje captado. No hay más preguntas.

Henri acompañó a Paisley para escoltar a la periodista fuera de la habitación, como si no se fiara de que su asistente llevara a cabo la tarea solita. Thad disponía de menos de un minuto antes de que apareciera el siguiente reportero. Agarró a Olivia, la sacó del sofá y la arrastró hasta la puerta más cercana.

—¿Qué…?

—¿Te quieres relajar y dejar de comportarte como si hubiera salido a la luz un vídeo sexual nuestro? —La empujó contra el lavabo del baño de señoras.

—¿Cómo me voy a relajar? Todo el mundo se pensará que tú y yo… estamos…

—¿Juntos? ¿Y qué? Somos adultos y, que yo sepa, ninguno de los dos está casado. Tú no estás casada, ¿no? Porque yo no me lío con mujeres casadas.

—¡Claro que no estoy casada! —escupió.

—Pues ya está.

—No, no está, y no estamos liados. Parece que…, da igual. Nos conocimos hace dos días.

—Ya lo entiendo. No quieres que Rupert piense que eres una mujer fácil.

—¡No soy una mujer fácil!

—Que me lo digan a mí. Haz el favor de tranquilizarte. Relájate y sonríe. —Cuando Thad la giró hacia la puerta del baño, sonrió para sus adentros. Echarle una bronca a una mujer no era propio de él, pero La Diva era una rival tan digna que no pudo resistirse.

Salieron juntos del baño y se toparon de bruces con el siguiente periodista.

Para sorpresa de Thad, La Diva esbozó una sonrisa.

—De nada, Thad. —Acto seguido, se dirigió al reportero—. No me creía cuando le he dicho que tenía media cena entre los dientes. Es una pena que un bocadillo de jamón eche a perder esa capa blanca resplandeciente. Seguro que le habrá costado una fortuna.

Sus dientes eran suyos del primero al último, pero en fin. La Diva le había arrebatado el balón y había echado a correr hacia la zona de anotación.

Aquella noche, después de la obligatoria cena con clientes, Thad quedó con algunos de sus amigos de Los Ángeles en la azotea del hotel para tomar algo. No le propuso a La Diva que fuera con ellos, aunque la zona del bar, cubierta de hiedra, y las espléndidas vistas eran más del estilo de Olivia que el antro de la noche anterior.

Hacía varios meses que Thad no veía a sus colegas, y debería habérselo pasado muy bien, sobre todo teniendo en cuenta que Garrett no apareció por allí. Después de la noche pasada en aquel bar mugriento, sin embargo, la velada se le antojó decepcionante, y se metió en la cama a las dos de la madrugada.

Cuando al día siguiente Rachel Cullen, la mejor amiga de Olivia, y su marido Dennis se sentaron bajo una sombrilla azul en la terraza del restaurante del hotel y se cogieron de la mano, Olivia los observó con melancolía.

—Dais un poco de asco.

—Estás taaan celosa. —Rachel le apretó la mano a su marido.

—Por decirlo finamente —respondió Olivia—. Encontraste al único hombre del planeta que nació para casarse con una cantante de ópera. —Si fuera capaz de encontrar al clon de Dennis, tal vez Olivia lograría tener una relación estable y duradera.

—Es el mejor trabajo del mundo —dijo el aludido.

—Te odio. —Olivia fulminó a su amiga con la mirada.

—Ya lo sé. —Rachel le lanzó una sonrisa engreída.

Con su cabellera de un sedoso rubio platino, sus curvas generosas y sus rasgos de una mujer del montón, Rachel habría pasado por la madre del futbolista más guapo del barrio, mientras que el pelo castaño y rebelde, la nariz grande y la constitución nervuda de Dennis hacían que el músico pareciera él y no su mujer, a pesar de que encadenaba contratos temporales en empresas informáticas.

Olivia y Rachel se conocieron diez años atrás en el Centro Ryan de Ópera, el prestigioso programa de desarrollo artístico de la Ópera Lírica de Chicago. En otros tiempos de rivalidad operística, dos *mezzos* que peleaban por los mismos papeles jamás habrían sido amigas íntimas, pero en ese centro no solo se fomentaba el apoyo y la colaboración entre alumnos, sino que incluso era lo esperado. Formaron un tándem muy unido que se ayudó y se compadeció mutuamente conforme avanzaban codo con codo en el repertorio de una *mezzosoprano*. Olivia era la cantante e intérprete de mayor talento, pero Rachel, en lugar de sentir celos, se convirtió en la animadora más entusiasta de Olivia.

A medida que pasaban los años, la carrera de Olivia subía como la espuma, mientras que Rachel adquirió un nivel de respetabilidad, pero esa diferencia no interfirió en su amistad. Olivia seguía recomendando a Rachel para algunos papeles. Reían y lloraban juntas. Olivia estuvo al lado de Rachel cuando murió su madre y Rachel cogió a Olivia de la mano durante el terrible y desgarrador funeral de Adam, algo que ninguna de las dos olvidaría jamás. Mientras estudiaba el menú, Olivia fingió no reparar en la mirada de preocupación de su amiga. Rachel era muy intuitiva y sabía que los problemas de Olivia iban más allá de lo que decía.

De pronto, apareció el camarero. Dennis pidió una ensalada *thai*

para Rachel y buñuelos de cangrejo para él.

—Si es que hasta pide por ti —comentó Olivia cuando se marchó el camarero.

—Sabe lo que me gusta mejor que yo.

Olivia tuvo un *flashback* que la llevó hasta Adam, quien solía pedirle a Olivia que escogiera por él porque era incapaz de decidirse. Estar junto a Dennis tal vez resultara doloroso. La dedicación que mostraba hacia la carrera de Rachel suponía lo contrario al resentimiento que Adam se esforzó tantísimo por reprimir. Dennis era el marido ideal de cualquier cantante de ópera.

—Cuéntame la historia de cómo os conocisteis Dennis y tú. —Rachel desdobló la servilleta.

—¿Otra vez? —se extrañó Olivia—. Te la he contado un montón de veces.

—Nunca me canso de oírla.

—Es como una niña —le dijo Olivia a Dennis. A continuación, se dirigió a Rachel—: ¿Empiezo antes o después de que me tirara los tejos?

Dennis gruñó.

—Antes —gorjeó Rachel.

—Veamos. —Olivia se acomodó en la silla—. Me acababa de venir la regla y tenía unos dolores menstruales horribles…

—Y antojo de azúcar —añadió Rachel.

—Es mi historia —protestó Olivia—. Pues eso, que decidí darme un capricho con un *frappuccino red velvet* de Starbucks.

Rachel, cuya pasión por lo dulce seguía engordando sus curvas, asintió.

—La mar de razonable.

—Estoy en la cola y este tío con pinta de músico intenta entablar una conversación conmigo.

—Le estabas tirando los tejos descaradamente. —Rachel le dio un codazo a su marido.

—Yo no estaba de humor para charlar, pero era muy insistente. —Olivia sonrió y prosiguió con la innecesaria historia—. Y bastante mono.

—Y no era cantante —terció Rachel—. No te olvides de la mejor parte.

—Era informático, como me enteré antes incluso de que el

camarero acabara de preparar mi *frappuccino*.

—Al que muy amablemente te invitó.

—Y por eso me vi obligada a hablar con él. Lo demás ya es historia.

—Te estás saltando lo mejor de todo. La parte en que le diste mi número de teléfono sin ni siquiera pedirme permiso. Mira que si hubiera sido un asesino en serie…

—Pero no lo era.

—Pero lo podría haber sido —dijo Dennis.

—Me cayó bien. —Olivia sonrió—. Por desgracia, no podía quedármelo, porque yo seguía bajo el hechizo de Adam. —El ambiente se enfrió y volvió a aparecer la mirada de preocupación de Rachel. Olivia esbozó una exagerada sonrisa—. En resumidas cuentas: que me encantó ser la dama de honor de vuestra boda el año pasado.

—Y cantaste la mejor versión de «*Voi che sapete*» que nadie haya oído jamás —asintió Rachel.

En ese momento, llegó la comida. Rachel estaba en la ciudad para presentarse al *casting* de un papel del invierno siguiente en la Ópera de Los Ángeles y comenzaron a contarse chismes operísticos: un tenor con demasiada voz de cabeza y un director que se negaba a dejar espacio para respirar en una obra de Rossini. Hablaron de la increíble acústica de la Filarmónica del Elba de Hamburgo y de una nueva biografía de Maria Callas.

Olivia envidiaba el orgullo que sentía Dennis por los éxitos de su mujer. La carrera de Rachel siempre era lo primero, y él acomodaba su trabajo al horario de ella. Qué diferente de su vida con Adam. Ahora se daba cuenta de que él había padecido una depresión. Le costaba mucho memorizar un nuevo *libretto* y sus períodos de insomnio se alternaban con noches en que dormía doce o trece horas. Sin embargo, en lugar de llevarlo al médico, rompió con él. Y ahora era el turno de la venganza de Adam.

ES CULPA TUYA. QUE TE DEN.

—¿Oíste a la tal Ricci cantando *Carmen* en Praga? —Rachel hizo una mueca—. La odio.

—Odiar es demasiado fuerte. —Olivia se concentró de nuevo en el presente.

Sophia Ricci era, de hecho, una persona encantadora, aunque Olivia había pasado una breve temporada molesta con ella porque había salido con Adam. Ese no era el motivo de la queja de Rachel, no obstante. Sophia era una soprano lírica, y siempre que una lírica se hacía con uno de los pocos papeles escritos para una *mezzo*, ese hecho despertaba rencores.

—A lo mejor pilla laringitis —comentó Olivia, pero enseguida se retractó—. Qué mala soy. Sophia tiene muchísimo talento y deseo que le vaya bien.

—Pero tampoco superbién. —Rachel apartó un anacardo de su ensalada—. Lo suficiente para que los críticos escriban algo en plan: «La *Habanera* de Sophia Ricci ha estado bien, pero no puede competir con la imponente sensualidad de la maravillosa *Carmen* de Olivia Shore».

Olivia sonrió con cariño a su generosa amiga. Ella comprendía mejor que nadie cuánto le gustaría a Rachel actuar en *Carmen* en un escenario de primer nivel como el de la Ópera Municipal, pero a ella nunca le llegaban esas propuestas.

—Me voy a encargar de las redes sociales de Rachel —le contó Dennis—. La visibilidad lo es todo. Fíjate en las *mezzos* de la música pop, como Beyoncé, Adele o Lady Gaga. Esas mujeres sí que saben utilizar las redes sociales.

En la terraza del restaurante apareció un rostro demasiado familiar para Olivia. Thad la vio y se dirigió hacia su mesa. Cuando Olivia los presentó, se dio cuenta de que Rachel mostraba la expresión medio deslumbrada que tantas mujeres parecían adoptar siempre que Thad Owens se cruzaba con ellas.

—Por favor. —Rachel le hizo un gesto hacia el asiento libre de la mesa—. Ya casi hemos terminado, pero pide lo que quieras.

—Acabo de cenar. —Thad miró a Olivia—. Con un par de periodistas deportivos.

Olivia sintió una punzada de culpa al saber que él trabajaba más que ella.

Dennis y Thad mantuvieron una charla superficial sobre fútbol americano antes de que la conversación volviera a girar en torno a la ópera.

—Lena Hodiak me contó que te cubrirá en *Aida* —dijo Rachel—. Te caerá bien. El año pasado en San Diego hizo de Gertrude en *Hansel y Gretel*, y es encantadora.

Thad le lanzó una mirada interrogativa.

—Significa que Lena es su sustituta —se explicó Rachel—. Cubrir a Olivia es un trabajo muy ingrato, como enseguida descubrirá Lena. Olivia nunca se pone enferma.

—Habladme del contrato que tenéis con Marchand —intervino Dennis—. ¿Cómo os ficharon para la gira?

—Yo fui por lo menos la tercera opción —confesó Thad sin ápice de rencor.

—A mí me llamó mi agente el pasado mes de septiembre —dijo Olivia—. Tenía un hueco en mi calendario y ofrecían muchísimo dinero. Además, creía que viajaría con Cooper Graham, el *exquarterback* de los Stars.

—Pero al final tuviste suerte —la pinchó Thad.

Olivia sonrió y echó un vistazo a su reloj.

—Ojalá pudiéramos hablar más rato, pero en breve nos toca sesión de fotos, y Thad necesita tiempo para asegurarse de que está bien peinado.

—Está celosa porque soy más fotogénico que ella. —Thad se levantó de la silla.

Rachel frunció el ceño, dispuesta a saltar en defensa de su amiga, pero Olivia se encogió de hombros.

—Triste, pero cierto.

Thad se echó a reír. Dennis también se levantó y sacó el móvil.

—Dejad que primero os haga un par de fotos para las redes sociales de Rachel. Os etiquetaré a los dos.

Olivia sospechaba que a Thad le interesaba tan poco como a ella que lo etiquetaran, pero le encantaba el entusiasmo de Dennis. ¿Cómo no iba a estar celosa?

Al abrir la puerta de la *suite*, vieron que Henri estaba enfrascado en una acalorada conversación con una mujer elegante que debía de tener más o menos su edad, quizá unos cuarenta y pocos. Muy arreglada y ataviada a la europea: un vestido ajustado totalmente negro con numerosas vueltas de un collar de perlas en el cuello. La melena escalada le llegaba justo hasta la mandíbula. A su lado, una intimidada Paisley parpadeaba muy rápido, como si intentara no

llorar. Olivia dedujo que la mujer no iba a ignorar la incompetencia de Paisley como Henri. Para ser justos, a pesar de que Paisley era una chica consentida, desorganizada y extremadamente inmadura, Olivia había visto las fotos de su iPhone y debía admitir que la joven sabía sacarle el mejor partido al culo de Thad Owens.

Henri interrumpió la conversación nada más reparar en ellos.

—Mariel, mira quién acaba de llegar. Olivia, Thad, os presento a mi prima Mariel.

Mariel les dedicó una sonrisa muy francesa, cordial pero contenida, y les estrechó la mano con seriedad.

—Mariel Marchand. Es un placer.

Era más atractiva que guapa; tenía una frente muy ancha, nariz aguileña y ojos pequeños que procuraba agrandar con un maquillaje muy atrevido.

—Mariel es nuestra directora financiera —los informó—. Ha venido a ver qué tal va todo.

Olivia había llevado a cabo una breve investigación y sabía que Lucien Marchand, el propietario de la marca, tenía más de setenta años y ningún descendiente. Mariel y Henri, sus sobrinos, eran sus únicos familiares de sangre, y uno de ellos se encargaría de la empresa familiar. Era fácil deducir que Mariel le llevaba ventaja al simpático de Henri.

—Confío en que mi primo no os esté haciendo trabajar demasiado —respondió Mariel con un acento un poco menos marcado que el de Henri.

—Solo a Thad —contestó Olivia con sinceridad—. A mí me aprieta menos.

—Asistí hace un par de años a una representación de *Electra* en la Ópera Bastille, en la que interpretabas a Clitemnestra. *Incroyable*. —Acto seguido, dirigió su atención hacia Thad sin esperar a que Olivia agradeciera el cumplido—. Vas a tener que explicarme cómo funciona ese deporte que practicas —le dijo.

—No hay mucho que explicar. Corres un poco, pasas el balón y procuras que los malos no te lo quiten.

—Qué interesante.

Olivia puso los ojos en blanco mentalmente y se disculpó con los presentes.

Esa noche, Mariel los acompañó durante la cena con los clientes.

Imprimió un toque de elegancia francesa a la velada y halagó a Thad de manera excesiva.

—Hay que estar fuerte para practicar ese deporte. Y ser ágil.

—Y tonto —masculló Olivia, porque… ¿cómo iba a resistirse?

Thad la oyó y se inclinó en la silla.

—Algunos de nosotros nacemos para ganar. —Le lanzó a Olivia una vaga sonrisa—. Otros se limitan a morir trabajando.

No le faltaba razón. Olivia había perdido la cuenta de las veces que la habían apuñalado en *Carmen* o había muerto aplastada como Dalila. En *Dido y Eneas*, fallecía por el peso de la pena que acarreaba y en *El trovador* a duras penas escapaba de las feroces llamas de una pira. Por no hablar de las incontables personas a las que había matado ella.

Al parecer, Thad no sabía gran cosa de ópera, así que Olivia no estaba segura de que estuviera al corriente de los papeles sangrientos que había interpretado, pero sospechaba que Google había intervenido. Ella también lo buscó a él y descubrió que casi todos los artículos acerca de Thaddeus Walker Bowman Owens mencionaban no solo sus habilidades físicas y su vida sentimental, sino también el respeto que le profesaban sus compañeros de equipo.

Olivia empezaba a comprender por qué, y las cuatro semanas que iban a pasar juntos ya no le parecían tan largas.

—No hacía falta que vinieras conmigo, ¿eh? —dijo Olivia en tanto subían el camino que llevaba hasta el observatorio Griffith, cerca del lugar donde los había dejado el Uber. Apenas eran las seis de la mañana y el aire olía a rocío y a salvia—. De haber sabido que ibas a ser tan cascarrabias, no te habría invitado.

—No me invitaste, ¿recuerdas? En la cena de anoche te oí decir que esta mañana ibas a hacer una caminata hasta aquí. —Thad bostezó—. No habría sido justo que me quedara en la cama mientras tú trabajas hasta la extenuación.

—No soy la única que lo da todo. Siempre que tenemos algo de tiempo libre, te veo con el móvil o con el ordenador. ¿Y eso?

—Soy un adicto a los videojuegos.

Olivia no lo creyó, aunque sí se había fijado en que nunca dejaba abierto el portátil.

—Dentro de un par de horas nos marchamos a San Francisco.

—Observó el cartel de Hollywood que se alzaba delante de ellos—. Este era el único momento que tenía para hacer un poco de ejercicio.

—Podrías haberte quedado en la cama.

—Para ti es fácil decirlo. Tú has entrenado en el gimnasio, mientras que yo no he hecho más que comer.

—Y beber —añadió él innecesariamente.

—Eso también. Por desgracia, la época de las cantantes de ópera obesas terminó. —Rodeó una montaña de excrementos de caballo—. En otros tiempos, lo único que había que hacer era subirse al centro del escenario y cantar. Ahora, tienes que parecer al menos un poco creíble. A no ser que aparezcas en el ciclo de *El anillo del nibelungo*. Si contara con la voz y el aguante para hacer de Brunilda, podría comer lo que se me antojara. Seamos claros. Es imposible cantar el grito de guerra de Brunilda si eres una sílfide.

—Me fío de tu palabra.

Olivia deseó ser capaz de entonar el célebre «¡Hojotoho!» de Brunilda allí mismo, en plena colina, para ver si así lograba sacar de sus casillas a T-Bo, pero no lo era.

Ascendían cada vez más y a un ritmo lo bastante rápido para que Olivia tuviera que mirar dónde ponía los pies. Recordó haber hecho esa ruta con Rachel unos años atrás. Siempre que se enfrentaban a una cuesta inclinada, Rachel, que estaba menos en forma, le formulaba una pregunta cuya respuesta era tan elaborada que Olivia tenía que pasarse todo el ascenso hablando, mientras que ella guardaba sus fuerzas. Olivia tardó una eternidad en darse cuenta de las tretas de Rachel.

—Ya basta de hablar de mí. —Le sonrió de oreja a oreja—. Cuéntame cosas de tu vida.

Thad mordió el anzuelo sin dejar de andar.

—Una infancia estupenda. Unos padres estupendos. Una carrera casi estupenda.

Comenzó a caminar más deprisa. Olivia le siguió el ritmo y, al mismo tiempo, se mantuvo a cierta distancia del barranco que quedaba a su izquierda.

—Quiero detalles.

—Soy hijo único. Mimado y consentido. Mi madre es asistente social jubilada y mi padre, contable.

—Y tú, cómo no, fuiste un estudiante de primera, el *quarterback* del equipo de fútbol americano del instituto y el rey de las reuniones de antiguos alumnos.

—Me robaron el título. Le dieron la corona a Larry Quivers porque acababa de romper con su novia y todo el mundo sentía lástima por él.

—Es el tipo de tragedia que forja el carácter.

—El de Larry, será.

Olivia se rio. El camino seguía ascendiendo, la ciudad quedaba debajo de ellos y, de nuevo, Thad incrementó el ritmo.

—¿Qué más? —le preguntó.

—Durante los veranos trabajé en una empresa de paisajismo. Jugué en el equipo de la universidad de Kentucky y me licencié en Economía.

—Impresionante.

—Me reclutaron los Giants y me ficharon. También jugué con los Broncos y con los Cowboys antes de mudarme a Chicago.

—¿Por qué tienes dos segundos nombres? ¿Walker Bowman?

—Mi madre quería honrar a su padre. Mi padre quería que el honor fuera a parar a su abuelo. Echaron a suertes para saber qué nombre iría primero y ganó mi madre.

Casi estaban trotando, y Olivia se regañó por la tarta de trufa de chocolate de varias capas que pidió de postre la noche anterior. Eso era lo que pasaba cuando salías de caminata con un deportista competitivo. Un tranquilo ascenso matutino se convertía en un concurso de resistencia. Uno que ella no pensaba perder.

Ni que decir tiene que el que estaba más fuerte de los dos era él. A Olivia empezaban a arderle los muslos y le estaba saliendo una ampolla en el dedo pequeño del pie, aunque Thad ya respiraba de forma más entrecortada que ella. En breve iba a enterarse del gran control de respiración que poseía una cantante de ópera tras años de entrenamiento y trabajo.

—¿Casado? ¿Divorciado? —le preguntó.

—Ni lo uno ni lo otro.

—Porque no has conocido a nadie tan guapo como tú, ¿verdad?

—No es culpa mía tener este físico, ¿vale?

Sonó molesto de verdad. Fascinante. Olivia iba a guardarse esa información como munición para el futuro cuando de pronto se

detuvo.

—Mira eso. —De reojo, había visto un agujerito en el suelo, debajo de un arbusto. Y justo encima del agujero…

Un brazo le rodeó el pecho y tiró de ella hacia atrás.

—¡Eh! —protestó.

—¡Es una tarántula! —exclamó Thad.

—Ya sé que es una tarántula. —Olivia se liberó de su agarre—. Es una preciosidad.

—¡Es una tarántula! —Thad se horrorizó.

—Y no le hace daño a nadie. Ampliemos nuestro pacto. Yo me encargo de los insectos y de las serpientes. Tú, de los roedores.

La tarántula se adentró en su hoyo. Thad empujó a Olivia para que ambos se alejaran del nido.

—¡Muévete!

—Gallina. —Cuando era pequeña, quiso tener una tarántula como mascota, pero sus padres, formales y conservadores, se negaron. La tuvieron a una edad bastante avanzada, dos músicos entregados que evitaron todo lo posible que les pusieran la vida patas arriba. Aun así, la amaron y Olivia los echaba de menos. Murieron con pocos meses de diferencia.

—Seguro que no sabías que las tarántulas hembra pueden llegar a vivir veinticinco años —dijo—, pero que el macho, cuando madura, tan solo vive unos cuantos meses.

—Y las mujeres os quejáis.

De repente, sonó el móvil de Olivia. No sabía de quién se trataba, probablemente fuera una llamada comercial, pero sus piernas necesitaban una pausa y descolgó.

—¿Diga?

—*Che gelida manina*… —Al oír esa música que conocía tan bien, se le cayó el teléfono de los dedos.

Thad, con sus reflejos de deportista, lo atrapó antes de que se estampara contra el suelo. Se lo llevó al oído y escuchó. Olivia oyó la débil música que salía de su móvil. Se lo arrebató de las manos, lo apagó y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Me vas a contar qué ha sido eso? —le preguntó Thad.

—No. —Aún no habían llegado a la cima, pero dio media vuelta y comenzó a desandar el camino. Y entonces, porque no debía mantener contacto visual con él, se explicó—: Es la canción de amor

que le dedica Rodolfo a Mimì en *La bohème*.

—¿Y…?

—*Che gelida manina*… significa «qué manita tan fría». —Olivia se estremeció—. Le dije que no la cantara.

—¿A quién?

El sol se estaba alzando, igual que la temperatura. Olivia clavó la mirada en el horizonte, en el observatorio. No tenía por qué responder. Podría cerrar el pico. Sin embargo, Thad era insistente y firme, y deseó contárselo.

—Es una pieza famosa en los *castings* de tenores, pero Adam era incapaz de controlar la nota C alta. Tenía que bajarla medio tono y la C alta pasaba a ser una B. Y eso lo único que muestra es debilidad. Intenté convencerlo de que no se presentara a los *castings* de esa canción, pero no me hacía caso.

—¿Adam?

—Adam Wheeler. Mi exprometido.

—Y ¿así es como te trata el muy capullo? ¿Te llama como un chalado cualquiera y…?

—No lo entiendes. —Olivia respiró hondo, nerviosa—. Adam está muerto.

Capítulo Cinco

Olivia se estremeció.

—Esa canción… Es una voz que viene de la tumba.

—¿Quieres contármelo todo? —Thad le dio forma de pregunta, pero sonó más bien a exigencia.

—No es una historia feliz.

—Sabré encajarla. —Llegaron a un banco del camino y Thad le hizo un gesto, pero Olivia no quería sentarse. No quería mirarlo a la cara. Sí que quería contárselo, sin embargo. Quería relajar el escudo de protección que sujetaba con tanta fuerza que empezaba a asfixiarla y contarle a ese hombre al que apenas conocía lo que solo había sido capaz de confesarle a Rachel.

Se alejó de él para no tener que establecer contacto visual.

—Adam era un buen tenor, pero no uno de los mejores. Se desempeñaba bien en los papeles de *comprimario* menos exigentes, en los papeles secundarios. Tenía voluntad, pero no el instrumento para interpretar a personajes más intensos.

—No como tú.

—No como yo. —También era cierto que ella trabajaba más que Adam, pero es que Olivia trabajaba más que casi cualquiera y no podía echarle la culpa a él por no seguirle el ritmo—. Compartíamos muchas cosas: la música, la dedicación a nuestra carrera. Adam iba a los institutos y hablaba de música a los alumnos. Se le daban genial los niños. Le encantaban los animales. Era un hombre sensible y agradable. Y me adoraba. —Se apartó de un área rocosa para caminar por una sección más plana del camino—. Cuando me pidió matrimonio, acepté.

—¿Lo amabas?

—Era perfecto. ¿Cómo no iba a amarlo?

—O sea, que no lo amabas.

—Yo era feliz —vaciló.

—Pero no a todas horas.

Pero no a todas horas. Olivia redujo la velocidad para evitar resbalar con las piedras de la senda.

—Sabía que le molestaba que me encontrara en un punto de mi carrera que él no alcanzaría jamás. —Le daba vergüenza admitir la de veces que procuró hacerse pequeñita para no herir los sentimientos de él. Rechazaba papeles que debería haber aceptado y, cuando un ensayo o una actuación le salía especialmente bien, le restaba importancia. Pero él siempre lo sabía. Y guardaba silencio. De vez en cuando, estallaba por cuestiones absurdas. Siempre le pedía perdón y achacaba su mal humor a la falta de sueño o a un dolor de cabeza, pero Olivia conocía el verdadero motivo.

Torcieron por una curva del camino.

—A mí no me gusta fracasar y terminé siendo una reina del autoengaño. Aunque poco a poco me volvía más infeliz, no me permitía admitir que había dejado de amarlo.

—Como ninguno de los anillos que llevas es de diamantes, deduzco que entraste en razón.

—Demasiado tarde. —Pensar en ello la avergonzaba—. Una semana antes de la boda, la cancelé. ¡Una semana antes! Fue lo más duro que he hecho nunca. Lo peor que he hecho nunca. Esperé demasiado tiempo y le rompí el corazón.

—Mejor eso que condenarlo a él a un matrimonio penoso.

—Adam no lo vio así. Estaba devastado y se sentía humillado. —No podía omitir lo que seguía, y finalmente lo miró a los ojos—. Se suicidó dos meses y medio después. Hace exactamente diecinueve días. —Se le formó un nudo en la garganta—. Dejó una nota de suicidio. Un correo de suicidio, en realidad. La modernidad, ¿eh? Me dijo cuánto me había querido y que le había arruinado la vida. Después le dio a «enviar» y se disparó.

—Madre mía. —Thad hizo un mohín—. Suicidarse es una cosa, pero culpar a otra persona… es una bajeza.

Olivia se fijó en el paisaje que los rodeaba, sin ver nada en absoluto.

—Era demasiado sensible. Yo lo sabía, y aun así… Tendría que haber ido con más cuidado. Tendría que haber anulado el compromiso en cuanto supe que no era lo que quería, pero fui demasiado terca.

—La llamada que acabas de recibir… La nota que te entregaron ayer… La historia no termina aquí, ¿verdad que no?

Thad era mucho más listo de lo que parecía.

—He recibido otras dos notas.

—La que vi decía: «Es culpa tuya. Que te den». ¿Las otras eran parecidas?

—La primera decía: «Nunca olvides lo que me has hecho». La mañana que empezó la gira, recibí otra: «Tú me has hecho esto». —Un helicóptero voló por encima de ellos—. Hasta ahora, creía que me había escrito notas antes de morir y había encontrado a alguien para que me las mandara en su lugar. Pero la llamada de teléfono… es una grabación suya.

—Es obvio que no era él el que te llamaba.

—Debe de haber sido la persona a la que convenció para que me enviara las notas. No lo sé. No lo tenía por alguien vengativo.

—Hasta que te envió el correo de suicidio.

—Era desgarrador. Y esas notas…

—O bien lo planeó todo antes de suicidarse y logró que alguien te mandara las notas y te hiciera la llamada, o bien tienes un enemigo que no se ha ido al otro barrio. ¿Alguna idea de quién puede ser?

Olivia dudó. Como ya había llegado allí, por qué no ir hasta el final.

—Sus hermanas quedaron devastadas y me culpan a mí. En su familia, solo estaban Adam, su madre y sus dos hermanas. Él era el favorito. Todas lo adoraban. Cualquier dólar extra que ganaban lo invertían en clases de canto para él. Tras la muerte de su madre, solo tenía a sus hermanas. Cuando yo entré en escena, no se pusieron demasiado contentas.

—¿Estaban celosas de ti?

—Más bien eran muy protectoras. Querían que saliera con una mujer que antepusiera la carrera de él a la suya propia. No querían a una cuya carrera fuera más exitosa que la de Adam. Si se enteraban de que le había salido mal un *casting* o de que no le daban un papel, la culpable era yo. Creían que no lo apoyaba como debía, que le daba más importancia a mi carrera que a la suya. Pero ¡no era así! —Lo miró a los ojos en desesperada busca de comprensión, y se detestó a sí misma por necesitarla—. Hice todo lo

posible por ayudarlo. Lo recomendaba para algunos papeles. Rechazaba oportunidades que me ofrecían para estar con él.

—Mujeres. —Thad meneó la cabeza—. ¿Cuántos hombres habrían hecho algo parecido?

—Adam era especial.

—Si tú lo dices.

Olivia se frotó el brazo y notó el polvillo arenoso del camino sobre la piel.

—Le hicieron la autopsia, así que el funeral se pospuso. No suelo mirar el correo de manera regular y no lo vi hasta una semana después de su muerte.

—¿El correo de suicidio?

—No tendría que haber ido al funeral. Se convirtió en una escena sacada de una obra de Puccini. Dos hermanas locas por la pena que me acusaban públicamente de haberlo matado. Fue horrible. —Parpadeó al percibir el escozor de las lágrimas—. Adam lo significaba todo para ellas.

—Eso no es excusa para que te culparan a ti.

—Creo que es lo que necesitaban para lidiar con la pena.

—Muy sacrificado por tu parte. Ahora resulta que viajo con la Madre Teresa.

—No es así.

—¿Seguro? Por lo que veo, da la impresión de que arrastras un camión lleno de culpa por algo que no hiciste.

—Pero obviamente sí que lo hice. Fui una cobarde. Acepté casarme con él, aunque en el fondo de mi corazón sabía que no era lo correcto. Y después esperé hasta que faltara solo una semana para cancelar la ceremonia. ¿No es de cobardes?

—Habrías sido más cobarde si hubieras seguido adelante con la boda. —Thad la agarró del brazo suavemente para que se detuviera—. Prométeme que me avisarás si recibes alguna más de esas sorpresas.

—Es problema mío. No hace falta que…

—Sí, sí que hace falta. Hasta que termine la gira, lo que te ocurra a ti me afecta a mí. Quiero que me des tu palabra de que me avisarás.

Olivia no debería haber asentido, pero había algo en él que invitaba a compartir confidencias. A regañadientes, aceptó.

De vuelta al hotel, buscó el número en el móvil e intentó llamar. Un mensaje automático la informó de que ya no estaba disponible.
Cuando regresaron a la *suite*, Henri les dio la bienvenida con la noticia de que había un aviso por el clima de San Francisco.

—Me lo ha comentado el piloto. Hay que irse enseguida o no llegaréis a las entrevistas de esta tarde.

Olivia se dio una ducha rápida, cogió unos pantalones de yoga limpios y se puso un jersey blanco largo. Ya se recompondría en el avión.
Thad no había visto nunca a Olivia sin maquillaje. Incluso la mañana que hicieron la caminata se había pintado los labios y quizá aplicado crema solar. Ahora, con la cara lavada y el pelo recogido en una coleta, parecía más joven. Era menos diva y más una camarera buenorra que trabajara en la barra de una moderna cafetería en que todas las tazas eran diferentes.

Mariel ya se encontraba a bordo del avión cuando ellos llegaron. Se llevó a Henri aparte para mantener una irascible conversación que insinuaba una relación muy poco amistosa. Paisley se sentía intimidada por Mariel y se pasó el trayecto hundida en su asiento con la intención de volverse invisible.

Poco después de despegar, Olivia salió de los lavabos del avión con uno de sus típicos conjuntos. Un ceñido vestido negro con cinturón morado entrecruzado y un par de sus gigantescas joyas. Era un atuendo estiloso, elegante y carísimo. Thad echó de menos a la camarera buenorra.

Mariel mandó a Paisley que se encargarse del equipaje y acompañó a Henri al directo de Thad y Olivia en los informativos del mediodía y en un programa de tertulia. A continuación, grabaron una entrevista para uno de los canales de televisión local. Durante la conversación salió a colación la fotografía en que Thad llevaba a Olivia en brazos, y esta vez ella le siguió la corriente en la historia acerca del *press* de banca. El presentador se rio, los focos se posaron sobre los relojes y todos se lo pasaron bien.

Todos menos Mariel.

—Olivia no debería ser tan frívola en las entrevistas —le soltó la francesa a Thad al cabo de unas horas, cuando lo acompañó a una emisora de radio, mientras Paisley se escondía y Henri iba con Olivia a una reunión de té y pastas a media tarde con un grupo de

blogueros de moda—. La marca Marchand se asocia con cierta dignidad.

—Ha dado una gran entrevista en la tele. —Los ademanes arrogantes de Mariel empezaban a irritarlo—. Intentáis llegar a consumidores más jóvenes, y para ellos la dignidad no cuenta mucho.

Mariel se encogió de hombros a su manera francesa. Era una mujer imponente, no cabía duda, pero Thad se alegró al ver que Henri lo aguardaba en el hotel de San Francisco.

Esta vez, La Diva y él ocuparon sendas *suites* más pequeñas y separadas, y la cena con los clientes tuvo lugar en el comedor del hotel. Poco a poco crecía la animadversión de Thad hacia esas cenas, que duraban una eternidad y requerían demasiada conversación intrascendental. Aun así, formaban parte del contrato y le pagaban demasiado como para quejarse.

Se dio cuenta de que, después del altercado de la terraza, La Diva se limitaba a beber una sola copa de vino. Mariel monopolizó la conversación con datos y cifras acerca de la marca Marchand, y Henri, que siempre era afable, parecía incluso un poco sobreactuado.

A las once de la noche, cuando por fin terminó la cena, Thad se dirigió al gimnasio en lugar de irse a la cama. Aunque entrenara bastante, le costaba dormir. No paraba de pensar en las inquietantes notas que había recibido La Diva.

Y también tenía la preocupante sensación de que Olivia no se lo había contado todo.

Tras darse una ducha por la mañana, Thad la llamó.

—¿Ya has desayunado?

—No pienso volver a comer jamás.

—Eso me parece un tanto problemático.

—¿No te fijaste en cómo arrasé con la *crème brûlée* de anoche?

—No es mi postre favorito. Demasiado dulce.

—No hay nada que sea demasiado dulce. ¿Se puede saber qué te pasa? Y ¿por qué me estás llamando por teléfono?

—Estaba a punto de pedir el desayuno al servicio de habitaciones, y no me gusta comer solo.

—¿Es una invitación?

—Lo era, pero estás de mala leche, así que olvídalo.

—Pídeme un café solo y dentro de media hora estoy allí.

—Espera. He dicho que ya no…

Olivia colgó. Thad sonrió y llamó al servicio de habitaciones: café y un par de huevos escalfados para él, café y un gofre belga para ella.

El carrito con la comida y Olivia llegaron al mismo tiempo. Estaba preparada para la sesión de fotos de la mañana: llevaba un vestido que dejaba las piernas al aire, zapatos de tacón y el collar de rubí en forma de paloma. Thad se había puesto unos vaqueros y un jersey multicolor con cuello chal.

—Qué cómodo te veo —le dijo Olivia con envidia.

—Un ejemplo más de la desigualdad de género. —Thad admiró el balanceo de su resplandeciente melena antes de conducirla hasta la mesa junto a la ventana y retirar las campanas que cubrían la comida para que no se enfriara.

—Eres un sádico —comentó Olivia al ver el gofre con nata y fresas.

—Ya me comeré yo lo que no quieras.

—Como toques el plato, estás muerto.

Thad se rio. Olivia le caía muy bien. Le gustaban su ingenio y su curioso sentido del humor. ¿Qué más daba que siempre estuviera con los nervios a flor de piel? Él también, solo que lo escondía mejor.

—¿Viste cómo me miraba extrañada Mariel anoche, durante la cena? —Olivia cogió el tenedor—. Y todo porque yo comía y no me limitaba a lamer la comida como ella.

—No lo vi. —Aunque sí que oyó a Mariel comentar a uno de los invitados lo afortunada que era Olivia por haber escogido una carrera en que no debía preocuparse del peso. Dado que el cuerpo de la soprano era tan espectacular como su voz, Thad sospechaba que Mariel le tenía celos.

—¿Te llegó bien el equipaje?

—¿A qué te refieres? —Tardó unos instantes en digerir el cambio de tema—. ¿Te han perdido una de tus trescientas cuarenta y dos maletas?

—No exageres. No, no me han perdido nada, pero… —Se encogió de hombros—. Hice las maletas muy rápido, pero me ha parecido que mis cosas estaban muy revueltas. —Agitó una mano

quitándole importancia—. Da igual.

—¿Crees que alguien ha metido las narices en tu equipaje?

—Seguramente esté paranoica. —Olivia apartó el plato cuando más de medio gofre seguía intacto.

—Que Mariel no te impida disfrutar de tu desayuno —le dijo Thad.

—Estoy llena. A diferencia de lo que opina ella, no tengo por costumbre pegarme atracones.

—¿Alguna noticia de Rupert? —le preguntó Thad mientras rellenaba las tazas de café.

—No, ¿por?

—Nada, quería saber si se le había ocurrido algo nuevo para llamar tu atención.

—¿Por qué te ha dado tan fuerte con Rupert?

—Una vez me acosaron. Una mujer a la que no conocía decidió que éramos almas gemelas.

—Rupert no es un acosador. Es un seguidor.

—Ella también lo era. Empezó a presentarse en todos los sitios a los que iba yo. Un día se metió en mi piso y todo. La policía tuvo que intervenir. Emitieron una orden de alejamiento. Fue muy feo.

—Y ¿qué ocurrió?

—Pasó una temporada en la cárcel y al final se fue a vivir a otro estado.

—Rupert no es así.

La experiencia que tenía Thad, sumada a la llamada de teléfono, las notas amenazadoras y ahora la posibilidad de que alguien hubiera husmeado en su equipaje, lo inquietaba. Por no hablar del misterio de quién tomó la foto fuera del bar de Phoenix, cuatro noches antes. ¿Fue el azar o quizá una acción más deliberada?

Esa mañana decidió hablar con Henri.

—Asegúrate de que a partir de ahora a Olivia y a mí nos dan *suites* contiguas, ¿quieres? Y si pudieras conseguir que el personal del hotel me cambiara de habitación antes de esta noche para estar cerca de ella, te lo agradecería.

—¿*Suites* contiguas? —Henri no pareció sorprenderse, pero claro, era francés—. Por supuesto.

Thad no veía motivos para decirle a Henri que era por seguridad, no porque fueran a follar, aunque su primitivo cerebro

no paraba de apuntar exactamente en esa dirección.

—Me han cambiado de habitación porque tenían que fumigar mi *suite* —le explicó a Olivia aquella noche cuando, al volver de la última cena con clientes en San Francisco, entró en la *suite* que se encontraba junto a la de ella.

—¿Fumigar? ¿Contra qué?

—Oye, la experta en insectos eres tú, no yo.

—Las cucarachas son una cosa y las chinches, otra muy diferente. ¿No lo has preguntado?

—Nah. —Lo último que necesitaba era que Olivia hablara con el director del hotel acerca de las chinches—. Creo que han dicho algo sobre unas cuantas hormigas.

—Qué raro.

—Las normas no las pongo yo. Solo las acato.

—Cuando te interesa.

—¿Qué quieres decir con eso?

—En esa carita tan bonita llevas escrito la frase «rompo las reglas». Solo que lo ocultas detrás de tu falso encanto. —Con un giro operístico, se encerró en su *suite*.

Thad se quedó mirando la puerta que Olivia había cerrado y que los separaba. Su instinto no fallaba a la hora de detectar problemas: un defensa que se inclinaba hacia la izquierda, un liniero que movía la mano con que se apoyaba en el suelo… Estar alerta entraba dentro de su trabajo, y quería tener cerca a La Diva. Ahora lo único que debía hacer era pensar una razón lógica para que dejaran abierta la puerta que comunicaba ambas *suites*.

Se desnudó, se cepilló los dientes y se puso un pantalón de chándal antes de tocar a la puerta que separaba ambas habitaciones.

—¿Qué quieres? —dijo Olivia desde el otro lado.

Thad volvió a llamar.

Por fin le abrió la puerta. No sabía con qué ropa esperaba verla, pero probablemente con un camisón de gasa negra y un elaborado antifaz para dormir. Lo sorprendieron la camiseta del festival de *jazz* de Chicago y los pantalones de pijama con dibujos de pepinillos.

—Mis ojos nunca serán los mismos —gimió él.

Olivia se permitió observar largamente el pecho desnudo de él.

—Los míos tampoco.

Que elogiara los músculos en que había invertido tanto tiempo y esfuerzo casi lo dejó sin palabras. Consciente de que le había cogido ventaja, Olivia sonrió.

—Me recuerdas a un museo de arte —le dijo—. Se mira, pero no se toca.

—Hay museos diseñados para ofrecer una experiencia más sensorial.

—Lo sé. —Era una mujer terca. Nunca perdía comba—. Ya he disfrutado de esa experiencia. Y no pienso repetir. ¿Qué pasa?

—Me da un poco de vergüenza. —Thad se frotó la barbilla.

—Mucho mejor.

—Preferiría que no se lo dijeras a nadie, pero… Cuando vayas a apagar la luz, ¿te importaría dejar abierta la puerta entre nuestras habitaciones?

—Ay, madre… ¿Te da miedo la oscuridad?

—Más bien… —pensó a toda prisa— tengo claustrofobia.

—¿Claustrofobia?

—Me ocurre de vez en cuando, ¿vale? Bueno, da igual. Ya sé cuánto os gusta quejaros a las mujeres de que a los hombres nos da miedo mostrarnos vulnerables, pero en cuanto uno os permite ver su lado sensible…

—De acuerdo. Dejaré la puerta abierta. —Olivia lo observó con suspicacia—. A lo mejor deberías hablar con un psicólogo.

—¿Crees que no lo he hecho ya? —improvisó—. Te lo resumo: la fobia a las puertas cerradas es muy pero que muy seria.

Olivia no era tonta y una de sus oscuras cejas se arqueó hasta llegarle a mitad de la frente.

—Es tu primer paso para intentar seducirme, ¿verdad?

—Si quisiera seducirte —Thad apoyó el codo en la jamba de la puerta y la repasó de arriba abajo con la mirada—, bonita, a estas alturas ya estarías desnuda y cachonda.

Ese comentario la puso nerviosa. Por desgracia, él se empalmó, así que no era Olivia la única nerviosa de la habitación.

Esa noche, tumbado en la oscuridad, oyó los acordes de «Peace Piece» de Bill Evans, que flotaban en plena negrura. A la tía le gustaba lo mejorcito del *jazz*.

La mañana siguiente, escoltó a La Diva hasta el vestíbulo del hotel,

donde Henri les dio la feliz noticia de que Mariel se había marchado a Nueva York.

—Afuera nos espera la limusina. —Echó un vistazo a su reloj y frunció el ceño—. Disculpadme, voy a ver por qué tarda tanto Paisley.

—Seguro que está escribiendo a sus amigas —murmuró Olivia mientras salían a la calle.

—Estás celosa porque yo le caigo muchísimo mejor que tú —la provocó Thad.

—Y Clint le cae muchísimo mejor que tú, abuelo. —La soprano sonrió.

—Menuda decepción.

—Hablando de amigas… —Olivia sacó el móvil y llamó a Rachel. Por desgracia para él, gran parte de la conversación giró en torno a algo llamado «voz de pecho», que precisamente le hizo tener ganas de contemplar esa área de la anatomía de Liv.

Nada más terminar, Paisley se introdujo en la limusina. El único maquillaje que llevaba eran los restos del de la noche anterior. No se había peinado ni se la veía arrepentida.

—Me he dormido.

Henri subió al vehículo detrás de ella con una sonrisa.

—Perdonad que os hayamos hecho esperar.

—*Pas de problème* —dijo Olivia.

Henri y Olivia entablaron una veloz conversación en *français*, que Paisley interrumpió.

—¡Flipad! ¡Salís en Cotorreo!

—¿Eso qué es? —preguntó Henri.

—Cotorreo. —Paisley bajó el móvil—. Es la web de cotilleos que lee todo el mundo. —Les mostró la pantalla, y ahí estaban ellos. Thad y Olivia. Regresaban al hotel tras la caminata de la mañana. El pelo de Olivia sobresalía de la cola y la mano de Thad estaba colocada en el hombro de ella. Parecían una pareja.

—¿Y? —dijo Henri—. Eso no significa nada.

—A la gente le encantan los cotilleos. —Paisley lo miró con condescendencia—. Ya te lo dije. Y Thad y Olivia forman una pareja glamurosa porque son superdiferentes. Salir en esa web es un *clickbait* en toda regla.

—¿Un qué?

—Que todo el mundo los verá —añadió Paisley, impaciente.

—Dudo de que la gente que visita esa página esté interesada en comprar un reloj Marchand. —Henri no estaba convencido.

—¿Estás de coña? Todos los famosos leen Cotorreo, y es justo el tipo de material que tenemos que publicar. O por lo menos sugerir a las webs de chismorreos.

—No sugeriremos nada a las webs de chismorreos —protestó Olivia—. Tengo una reputación profesional en la que pensar.

—Y ¿qué pasa con mi reputación? —Se molestó Thad—. ¿Crees que quiero que los tíos del vestuario piensen que estoy saliendo ni más ni menos que con una cantante de ópera?

Ante el comentario de su compañero, Olivia tuvo la decencia de aparentar vergüenza.

Capítulo Seis

Para alegría de Paisley y para desgracia de Thad, cuando se marcharon de San Francisco rumbo a Seattle Clint, Garrett estaba de nuevo a bordo de su avión.

—Que nadie se altere. —Clint sonrió a Thad—. Me ha invitado Livia.

—¿Por qué? —Thad fulminó a La Diva con la mirada y no le gustó el brillo malvado que vio en sus ojos.

—Porque me cae bien y, sobre todo, porque me encanta ver lo mucho que te fastidia.

—Ahora lo entiendo todo. —Clint se encogió de hombros.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir persiguiéndome? —le preguntó Thad.

—No mucho más. La semana que viene tengo cosas que hacer. —Clint ignoró el intento de Paisley por llamar su atención, sacó el portátil y puso un vídeo de la derrota de los Steelers—. Ya que tienes algo de tiempo libre…

Por suerte, en cuanto llegaron a Seattle, Clint se marchó, aunque Thad sabía que regresaría.

Esa tarde participaron en una sesión de fotos formal, que Henri pretendía utilizar como parte de la campaña de publicidad por todo el país. Acompañados de una fotógrafa, de su ayudante, una estilista y Paisley, se dirigieron al estadio de los Seahawks, donde fueron retratados durante un par de horas en distintos escenarios. La imagen favorita de Thad fue una en la que él y Olivia posaban junto a los postes de la portería, los dos vestidos de gala con los relojes bien a la vista. Thad llevaba un esmoquin y se apoyaba tranquilamente en uno de los postes; Olivia, con el pelo recogido en un elaborado peinado y rayas de pintura negra bajo los ojos, lucía un vestido negro y sostenía el balón como si fuera un micrófono y estuviera cantando.

Acto seguido, se encaminaron hacia el norte, rumbo a la Ópera de Seattle. En un escenario vacío, representaron varias escenas con claras referencias a *Carmen*. La estilista metió a Olivia dentro de un elegante vestido escarlata que le hacía un escote impresionante y le arregló el pelo para que cayera sobre sus hombros desnudos. A Thad lo metió en una camisa blanca que se abría a la altura del pecho, pantalones negros ajustados y botas de cuero hasta media pantorrilla. En la mejor instantánea, yacía tumbado de costado sobre el escenario con la cabeza recostada en la mano y el codo en el suelo, y su brazo contrario sujetaba el balón al mismo tiempo que exhibía el reloj. Olivia se cernía encima de él con la cabeza inclinada hacia atrás, el pelo ondeando fuera de cámara por el efecto de un ventilador y el brazo extendido con el Cavatina3. De fondo, Henri puso una grabación de su famosa versión de «Habanera» para dar ambiente.

Conforme la música sonaba y Olivia probaba diferentes posturas, Thad esperó que comenzara a cantar para acompañar su propia voz, pero para su decepción no lo hizo. En su cabeza, los ejercicios vocales que oía todas las mañanas se habían convertido en un *striptease*, y cada día estaba más obsesionado con la idea de verla cantar. Solo para él.

Henri estaba eufórico con las fotografías. Se alejaban mucho de las viejas campañas de Marchand, que se limitaban a mostrar imágenes en primer plano del reloj desde diferentes ángulos.

—¡Será extraordinario! Todo el mundo hablará de estas fotos. Va a ser nuestra campaña de más éxito hasta la fecha.

Thad dudaba de que Mariel Marchand estuviera de acuerdo con él.

Cuando volvieron al hotel, ya era casi medianoche. En su *suite*, sobre la mesa de centro del comedor, Thad encontró una cajita acompañada de una cinta de satén rosa. Abrió la tapa, observó lo que contenía y se dirigió a la puerta que conectaba las habitaciones de ambos.

—Abre.

—Déjame —respondió Olivia desde el otro lado—. Estoy demasiado cansada para discutir contigo.

—Ya somos dos, pero abre de todos modos.

Al fin abrió, pero frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa? —Se le había corrido el pintalabios y su melena estaba llena de grasa por todos los espráis, geles y pomadas que le habían puesto durante el día. A Thad le gustaba verla desarreglada. Resultaba menos temible. Más… manejable.

—Es solo una intuición, pero creo que esto va dirigido a ti, no a mí. —Le mostró la cajita.

Dentro había cuatro perfumes carísimos: el 24 Faubourg de Hermès, el Balade Sauvage de Dior, una edición limitada del Chanel N.º 5 y el Lost Cherry de Tom Ford. Olivia cogió la tarjeta.

—Rupert —dijo con un suspiro—. La mayoría de los perfumes me dan dolor de cabeza.

—Precisamente lo mismo que me provoca tu Rupert a mí. ¿No crees que se te está yendo de las manos?

—Los aficionados a la ópera son distintos de otros tipos de seguidores. —Olivia agarró la caja y se la llevó a su habitación—. Unas cuantas camareras del hotel se van a poner la mar de contentas mañana.

Thad sacudió la cabeza y fue a su cuarto, pero al quitarse los zapatos se fijó en que la bandolera que utilizaba como si fuera un bolso estaba abierta. En la bolsa llevaba lo de siempre: un par de libros, unos auriculares, unas gafas de sol de repuesto y el portátil. Pero ahora el ordenador, que él siempre guardaba en un compartimento separado, estaba entre el ejemplar de una novela de Jonathan Franzen que se prometió que leería algún día y el ensayo acerca del Desembarco de Normandía que estaba leyendo en realidad. Fue a echar un vistazo a su maleta y a su neceser. No parecía que nada estuviera fuera de sitio.

Thad llamó a la recepción. Como sospechaba por la errónea entrega de los perfumes, el hotel había confundido la *suite* de Olivia y la de él. Quienquiera que hubiera husmeado en su bolsa había creído que era de ella.

Durante el vuelo del día siguiente hacia Denver, repasó mentalmente la conversación que mantuvo con el director del hotel antes de marcharse. El botones que entregó la caja con los perfumes era un empleado que llevaba muchísimos años trabajando allí. Lo mismo sucedía con la camarera que se encargó de su planta. El director afirmó que los dos quedaban fuera de toda duda, y Thad no protestó. Las camareras y demás empleados de hotel que

toqueteaban lo que no debían no solían durar demasiado. Otra persona había entrado en su habitación.

Las grabaciones de las cámaras de seguridad resultaron infructuosas por culpa de una fiesta que se había celebrado en otra *suite* de la misma planta. Entre el vídeo borroso y la cantidad de personas que entraban y salían, era imposible ver nada que fuera útil. El director sugirió con sumo tacto que tal vez Thad había movido los objetos de su bolsa sin querer y que quizá no recordara haberlo hecho.

—Es posible, supongo —comentó Thad. Pero no era posible. Le gustaba que en su equipaje reinara el orden.

Poco antes de que el avión estuviera listo para aterrizar, se sentó al lado de La Diva.

—Ya que no hay ningún compromiso fijado hasta el lunes, ¿qué planes tienes en Denver?

—Dormir, entrenar y comer ensalada.

—Encomiable, pero se me ocurre una idea mejor. Uno de mis compañeros de equipo me va a dejar su casa en las afueras de Breckenridge. Es un lugar precioso, y si quieres ir conmigo, podrás caminar al aire libre y no en la cinta de correr de un hotel.

—¿Quién más estará allí?

—Solo yo.

—Y ¿al nene le da miedo quedarse solo?

—Vas a hacer que me sienta mal. —Lo cierto era que ahora mismo no quería quedarse a solas, y tampoco quería que Olivia estuviera donde él no pudiera vigilarla.

—Sé sincero, ¿a qué viene tu propuesta? —La soprano sonrió antes de ponerse seria.

—No me obligues a confesarte mis inseguridades otra vez.

—No tienes ninguna inseguridad. Eres lo más parecido que hay a un dios griego.

—Me lo tomaría como un cumplido si sonaras impresionada.

—Ya sabes lo que dicen. La belleza está en el interior.

Thad reprimió una carcajada.

—¿Quieres follar, que es algo que obviamente no va a ocurrir, o es que sigues obsesionado con Rupert? —Olivia lo miró entrecerrando sus preciosos ojos.

—Sí. Rupert, las notas y la llamada. Además, alguien ha

manoseado mi bolsa y me temo que también tu equipaje. En cuanto a lo de follar… ¿Por qué estás tan segura de que no va a ocurrir? Un tío atractivo y sensible como yo, y una cantante de ópera estresada como tú… Es posible.

—Imposible. Soy demasiado insegura para liarme con un jugador de fútbol tan guapo como tú. Aunque sí que me desagrada lo de estar encerrada en un hotel durante todo el finde. Y lo peor es que, antes de irse, Mariel me reservó dos noches en un *spa*.

—No suena tan mal.

—Pero es que es un *spa* y un campo de entrenamiento en el que te despiertan a las cuatro de la madrugada para hacer una ruta de diez millas, y después solo te alimentan a base de rábanos y de agua.

—Mariel es una auténtica mosca cojonera.

—En eso se transforman las mujeres que no comen.

Cuando Paisley se enteró de los planes que habían hecho, intentó que la invitaran a ir con ellos, pero Thad rechazó su compañía.

—Quién sabe si en la casa hay wifi. Es demasiado arriesgado.

Henri no se alegró al saber que los embajadores de su marca iban a escapar de su vigilancia de relojero suizo, pero cuando Thad le aseguró que llegarían a tiempo a los compromisos del lunes por la mañana, asintió de buena gana, como siempre.

Al cabo de una hora, Thad y La Diva se dirigían en un coche de alquiler en dirección al oeste, rumbo a Breckenridge.

La casita de piedra y madera del compañero multimillonario de Thad tenía cuatro plantas, un camino de entrada en forma de curva y grandes ventanales con maravillosas vistas a las montañas. Guardaron la comida que compraron antes de llegar y se cambiaron de ropa. Cuando se reencontraron en la cocina, Thad no pudo evitar clavarle la mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó Olivia.

—Llevas vaqueros.

—¿Quién no lleva vaqueros?

—No lo sé. ¿Tú?

—Qué idiota eres —se rio.

Tomaron prestados unos abrigos y botas de nieve de uno de los armarios y fueron a hacer una ruta a poca altura con la esperanza

de evitar la nieve profunda. Olivia se rodeó el cuello con una bufanda y se cubrió las orejas con una diadema. La cola de caballo se mecía a su espalda mientras su respiración llenaba el aire de vaho.

Tras una semana tan intensa, Thad no sintió la necesidad de hablar, y ella tampoco. Disfrutó escuchando el crujido de la nieve bajo sus botas, cómo el viento sacudía los álamos y el lejano murmullo de una cascada. En cuanto llegaron a un grupo de rocas heladas, le tendió la mano, pero Olivia ignoró su ayuda y caminó sobre las piedras con el paso seguro de una atleta. Teniendo en cuenta cómo ensayaba para bailar y moverse sobre el escenario, Thad supuso que sí era una atleta.

Cuando la nieve resultó demasiado compacta para avanzar, se quedaron un buen rato observando el paisaje montañoso. Thad no recordaba haber estado jamás tan cómodo en silencio con una mujer —no dejaba de ser irónico al pensar en la profesión de ella— y fue él quien acabó rompiéndolo.

—Si te apetece dejarte llevar y cantar una de tus arias favoritas, me encantará escucharte.

—El aire es demasiado frío. —Olivia se apretó la bufanda del cuello—. Tengo que proteger la voz a toda costa.

Él ya se había dado cuenta: bebía muchísima agua, pero siempre sin hielo, y colocaba un humidificador en su habitación. También consumía unos tés de hierbas asquerosamente repugnantes. Sin embargo, estaba obcecado con hacerla cantar para él. Escucharla en YouTube no estaba mal, pero quería asistir a una función privada.

—Voy a preparar una gran ensalada —anunció Olivia por la noche—. Si vas a comer otra cosa, sé bueno y no me dejes ver cómo te lo zampas.

La caminata le había abierto el apetito, pero tras una semana comiendo mucho, una ensalada le parecía perfecto, sobre todo tras haber metido a hurtadillas un pollo asado en el carrito de la compra. Aun así, el ego masculino lo obligaba a protestar.

—Eres una aguafiestas, ¿lo sabías?

—Si hubieras muerto en el escenario tantas veces como yo, tú tampoco serías el alma de la fiesta.

—No te falta razón. —Thad descorchó una botella de vino tinto y sirvió un par de copas—. Háblame de tu trabajo. ¿Qué te atrajo de

la ópera?

—Mis padres eran profesores de música a punto de jubilarse y yo crecí en una casa llena de música. —A medida que se agachaba para sacar de la nevera los productos que habían comprado, los vaqueros se le ajustaban para marcarle el culo. Tenía un culazo. La clase de culo que uno desea apretar con las manos. La clase de culo que…

Thad perdió el hilo de la conversación.

—Escuchaban *jazz, rock*, música clásica…, de todo. —Olivia se incorporó y él se quedó sin vistas—. Me encantaba reírme de los cantantes de ópera. Me ponía un disfraz divertido y fingía cantar exagerándolo todo: los gestos, el vibrato, el drama. Pero cuando tenía catorce años, dejé de burlarme y empecé a intentar imitar a los cantantes en serio. Fue entonces cuando empecé a ir a clases. Tuve unos profes estupendos y me enamoré de la ópera.

—Hay una cosa que no entiendo de la ópera… —Thad le tendió una copa de vino—. En Chicago, entre el final de las obligaciones de nuestra gira y el último acto, en la gran gala de la Ópera Municipal, tendremos dos semanas de descanso. O por lo menos yo tendré dos semanas de descanso. Tú estarás ensayando. ¿Las grandes producciones como *Aida* no requieren más de dos semanas de ensayo?

—Muchísimo más. Pero no para un intérprete consagrado. He hecho de Amneris en *Aida* tantas veces que no necesito seis semanas de ensayo. Me basta con dos para adaptarme al equipo y familiarizarme con cualquier cambio que haya en la puesta en escena. —Lo señaló con la copa de vino—. ¿Qué me dices de ti? ¿Qué te atrajo del fútbol americano?

Thad se acercó al grifo y limpió la lechuga bajo el chorro de agua fría.

—Siempre he practicado deporte y se me daba muy bien, aunque eso me causó serios problemas personales. Cuesta ser humilde cuando todo se te da genial.

Pretendía hacerla reír. Olivia, en cambio, se lo quedó mirando con algo parecido a la compasión.

—Pero a Clint Garrett se le da aún mejor.

—Siempre hay alguien mejor que tú, ¿no? —Thad no pensaba dejar que se entrometiera en su conciencia—. Hasta en tu caso.

—Me gusta la competición. Me lleva a trabajar más, y no solo con mi voz. Me gusta ser la mejor en todo: con los idiomas, con la danza, con la actuación. Soy la típica persona aplicada hasta el extremo.

Al admitir que era una mujer ambiciosa, sonó casi avergonzada, pero no había nada que Thad admirara más que una buena ética profesional. En cuanto se lo comentó, vio que Olivia se ponía rígida. Sostenía un tomate olvidado en una mano y tenía la mirada perdida con los labios apretados y los ojos apagados. Thad se preguntó si estaba pensando en su exprometido, el hombre que había sido incapaz de competir al mismo nivel que ella.

—Nunca hay que pedir disculpas por intentar ser el mejor —opinó.

—Nunca —asintió Olivia con una sonrisa poco convincente.

Cenaron en el sofá del salón con los platos sobre el regazo mientras observaban las estrellas que salían por encima de las montañas. Thad se había sentado muy cerca de ella. Olivia lo observaba a escondidas. No era el tipo de hombre que consideraba sexi clavar los ojos en el pecho de una mujer o barrerla con la mirada de modo zalamero. De hecho, se había recostado contra los cojines del sofá con su habitual elegancia innata, con un tobillo apoyado en la rodilla contraria y un brazo tendido sobre el respaldo del sofá. Olivia había conocido a un montón de tipos atractivos, pero no había pillado a Thad mirándose en el espejo ni una sola vez, y la intrigaba esa desconexión —a pesar de las ocurrencias con que se refería a su propio físico—.

En lugar de encender la televisión, hablaron cuando les apeteció y escucharon *jazz*. Olivia le dio a conocer a un nuevo cantante. Él le dio a conocer a ella a un saxofonista al que acababa de descubrir. Cuando Thad cambió de la lista de *jazz* al último álbum de Olivia, esta protestó.

—Apaga eso. Cuando me escucho, solo me fijo en mis errores.

Thad había leído las elogiosas críticas del disco, así que dudaba de que hubiera demasiados errores, pero había visualizado suficientes vídeos de sus propios partidos para comprenderlo. En lugar de sus éxitos, solo se fijaba en las oportunidades perdidas en el terreno de juego.

No fue hasta que Olivia se preparó para irse a la cama cuando la

situación empezó a volverse extraña. Thad no recordaba haber pasado tanto tiempo junto a una mujer tan atractiva sin acostarse con ella. En ella todo gritaba sexo. Su pecho, su culo, esa cortina de pelo oscuro y brillante. Por no hablar de su ingenio y su descaro. La deseaba. Follar con Olivia figuraba en su mente desde la noche que pasaron en el bar de Phoenix.

Le costaba muchísimo recordar la última vez que tuvo que dar el primer paso, pero en Olivia había algo que lo llevaba a meterse las manos en los bolsillos, en lugar de ponérselas a ella en la cintura. Era una mujer intensa y fuerte, dispuesta a hacer frente a una venganza y a dejar boquiabiertos a sus amantes egoístas con sus poderosas arias, pero Thad también había visto su lado vulnerable.

Un inquietante pensamiento le cruzó la mente, una idea que, hasta ese mismo momento, jamás pensó que valoraría. ¿Y si Olivia Shore estaba fuera de su alcance?

Qué tontería. Él era Thaddeus Walker Bowman Owens. Ninguna mujer había estado nunca fuera de su alcance. Era una estrella. ¿Y Olivia…?

Olivia Shore era una superestrella.

Tras un brusco «buenas noches», Thad subió las escaleras.

Después de cenar, Olivia encendió el *jacuzzi* del balcón privado al que se accedía desde el dormitorio principal en el que se había instalado, y ahora un velo de vapor se elevaba del agua hacia el frío aire de la noche. Los músculos le dolían de forma agradable por la caminata. Unos días atrás, sudaba como un pollo por el calor de Phoenix y ahora contemplaba la nieve. Qué país tan increíble el suyo.

Se desnudó, abrió la puerta y, con tan solo unas chanclas, caminó con cuidado sobre la helada madera y poco a poco se metió en el agua caliente.

El aire frío le abofeteaba en la cara, mientras que el calor le rodeaba el cuerpo. Observó el cielo oscuro, salpicado de estrellas. Si pudiera sacudirse de encima la culpa que se negaba a soltarla, ese habría sido un momento perfecto.

La escenita que tuvo lugar en el funeral de Adam fue tan dramática que merecía haberse desarrollado en un escenario. En cuanto las hermanas de él, vestidas de negro de los pies a la cabeza, hubieron colocado las dos últimas flores sobre el ataúd, Colleen, la

mayor de las dos, se dirigió hacia Olivia con el rostro demudado por la pena.

—Lo has matado tú. —Sus palabras no fueron más que un susurro, pero lentamente fue alzando la voz—. Le diste falsas esperanzas. Le hiciste creer que compartiríais el futuro, cuando lo único que te importaba a ti eras tú misma. ¡Es como si tú hubieras apretado el gatillo!

Los testigos se las quedaron mirando. Unos cuantos se apartaron. La mayoría se inclinó hacia delante para no perder detalle de la conversación.

Brenda, la otra hermana de Adam, corrió para ponerse al lado de Colleen; su rostro reproducía la misma pena que el de su hermana. Olivia se quedó paralizada, incapaz de defenderse de la verdad que desprendían esas palabras, hasta que Rachel tiró de ella para llevársela al coche.

—No dejes que te afecte —le dijo su amiga.

Pero ¿cómo no iba a afectarle?

Olivia se incorporó, sobresaltada, cuando las puertas del dormitorio se abrieron y Thad entró en la habitación.

—He llamado un par de veces, pero creo que no me has oído. —Llevaba una toalla alrededor de la cintura y unas zapatillas. Olivia miró su pecho desnudo.

—Vuelve a tu ordenador y a tus misteriosas llamadas de teléfono —le dijo—. Me estoy dedicando un rato a mí misma.

—Los que monopolizáis los *jacuzzis* no le caéis bien a nadie. —Se quitó la toalla y exhibió un bóxer azul marino—. Gírate si no quieres ver cómo cae al suelo.

Por supuesto que quería verlo y, de haber sido una mujer diferente con una profesión diferente, tal vez se hubiera permitido disfrutar de todo lo que aquel hombre sexi e irresistible tenía que ofrecerle, pero su relación con Adam ya había causado suficiente devastación en su vida. Por más que Thad Owens quisiera que el mundo lo viera como a un buen tío que vivía por y para el fútbol americano, a ella no la engañaba. Todos sus sentidos le decían que él no era para nada tan franco como fingía ser, y lo último que ahora mismo necesitaba en su vida era más problemas.

Esperó unos segundos a que Thad se metiera en el agua antes de abrir los ojos. Desde la mañana le había crecido una barba

incipiente y el resplandor de las luces del *jacuzzi* intensificaba el verde de sus ojos, mientras que las columnas de humo envolvían sus anchos hombros. La oleada de calor que le recorrió el cuerpo a ella no estaba causada por la temperatura del agua.

—Me iba a meter en la ducha cuando te he visto aquí. —Thad se apoyó en el extremo del *jacuzzi*.

La posibilidad de que la hubiera visto caminar desnuda por el balcón la puso nerviosa, aunque a ella le gustaba su cuerpo. Le gustaba su altura, que le daba presencia en el escenario, y también su fuerza, que le permitía soportar largas interpretaciones. Si bien las cantantes de música pop que confiaban en los micrófonos podían estar delgadísimas, las cantantes de ópera debían proyectar la voz hacia el público, y por encima de una orquesta. Aunque la era de las cantantes de ópera obesas había llegado a su fin, un cuerpo diminuto y malnutrido tampoco era apropiado. Y probablemente Thad Owens se daba festines con esos cuerpos enclenques.

Darse cuenta de que estaba pensando en cómo un atlético donjuán juzgaría su propio cuerpo hizo que se enfadara consigo misma. Pero también sintió curiosidad.

—¿Qué crees que es lo más atractivo de una mujer? ¿El cuerpo, el cerebro o el poder?

—Las tres cosas.

—¿Y si solo pudieras elegir una?

—Deja que puntualice que eres tú la que está reduciendo a las mujeres a un solo atributo.

—Hablaba hipotéticamente. —Olivia sonrió.

—¿Te parece bien que invirtamos la pregunta, pues? ¿Para ti qué es lo más atractivo de un hombre? ¿El cuerpo, el cerebro o el poder?

—Vale, lo pillo.

—Supongo que a todos nos atraen algunos aspectos físicos en particular.

«Un pelo espeso y oscuro, un pecho prominente, un perfil perfecto».

—Lo que de verdad me atrae es una persona que sienta pasión —dijo Thad—. Por su trabajo, por sus aficiones. Ya sea salvar tigres o preparar una estupenda salsa barbacoa. Me gusta la gente que quiere exprimir la vida al máximo.

Thad no paraba de sorprenderla. Olivia entendía perfectamente a qué se refería, porque ella pensaba igual.

—¿Cuál es tu pasión? —le preguntó—. ¿O la respuesta es demasiado obvia?

El modo en que dudó le hizo sospechar que iba a soltar una ocurrencia de las suyas, pero volvió a asombrarla.

—Ser el mejor. Justo lo que decías tú. ¿Qué otras posibilidades hay?

Olivia lo había visto con Clint Garrett. Había presenciado cuánto lo molestaba la compañía de ese joven, aunque había oído lo suficiente de sus conversaciones para saber que estaba dispuesto a convertir a Clint en un mejor jugador. Se preguntó cómo habría resuelto ese conflicto interior. Quizá no lo hubiera hecho.

Se hizo un silencio, pero este no resultó tan cómodo como en anteriores ocasiones. Tal vez fuera la oscuridad, el roce del agua contra su piel. Tal vez fueran las vistas de esos hombros musculosos que sobresalían del agua. Olivia se imaginó acercándose a él. Apoyándole las manos en el pecho. Las manos de él en sus senos. Se imaginó que…

—Voy a salir.

No había cogido una toalla, solo las chanclas. Él estaba mejor preparado. Olivia alargó un brazo y agarró la toalla que él había dejado en el suelo.

—Ahora te traigo una.

—Por mí no hace falta que te tapes.

—No me vas a seducir. —Nada más pronunciar esas palabras, deseó no haberlas dicho.

—Oye, que eres tú la que no para de referirse al sexo.

Se levantó en el agua y se rodeó el cuerpo con la toalla.

—Mentiroso. Tú lo sacas a colación siempre que bailas un vals delante de mí sin camisa.

—No he bailado un vals en mi…

—Y cuando me miras con esa cara. —Salió del *jacuzzi*.

—Es la única que…

—Y cuando pestañeas de forma coqueta.

—¡No he pestañeado de forma coqueta en mi vida! —Furioso, Thad levantó la voz.

Olivia tropezó con las chanclas en el suelo nevado del balcón.

—Y cada vez que… tú… —Agarró el pomo de la puerta que daba al dormitorio.

Estaba cerrada.

Capítulo Siete

Boquiabierta, Olivia se giró hacia él.

—¡Has cerrado la puerta!

—¿A qué te refieres? —Thad se incorporó por encima de las burbujas.

—¡La puerta! Al salir al balcón debes de haber corrido el pestillo.

—Yo al pestillo no le he hecho nada. Déjame ver.

Se levantó; en el frío aire de la noche, su cuerpo desprendía humo, una Afrodita macho que surgía de un mar artificial.

Como buen veterano de un centenar de vestuarios, la desnudez no lo cohibía, y Olivia debería haber estado demasiado preocupada por la puerta cerrada para echar más de un vistazo de pasada, pero no lo estaba.

Thad era glorioso, todas y cada una de las partes de su cuerpo lo eran. Los hombros y el pecho, las caderas marcadas, las piernas esbeltas y fuertes. Y… «Buf».

Se movió delante de ella y accionó la manilla.

—Tienes razón.

—¡Pues claro que tengo razón! —Olivia se obligó a concentrarse.

—¿Qué clase de idiota pondría un pestillo como ese en la puerta de un balcón?

—Son amigos tuyos, no míos.

Thad alargó la mano para tantear en el marco de la puerta.

—A ver si en algún lado encontramos una llave de repuesto.

No había muebles, no había sitios en los que mirar, pero Olivia buscó igualmente.

—Nada. ¿Por qué no hemos traído el móvil? Deberíamos haber invitado a Paisley.

—Qué idea tan deprimente. —Dejó la infructífera búsqueda por encima de la puerta y fue a recoger el bóxer del suelo—. Supongo

que en las clases de canto no aprendiste a forzar una cerradura, ¿verdad?

—Forzar una cerradura no es un requisito para cantar ópera, pero puedo pedir el postre en siete idiomas diferentes.

—Ahora mismo eso no nos ayuda, pero no deja de ser impresionante. Encontraremos otra manera de entrar.

—¡Estoy helada! —Como cualquier cantante de ópera rigurosa, Olivia se preocupaba muy mucho de evitar escalofríos gracias a las bufandas, los tés de hierbas y los suplementos vitamínicos, pero ahí estaba, congelada como nunca.

—Vuelve al agua.

Por más frío que tuviera, no podía permanecer en remojo mientras él se esforzaba en rescatarlos. No era tan desconsiderada. Entre temblores, bajó los escalones que llevaban al suelo helado para seguir a Thad. Las luces de seguridad, que se activaban al detectar movimiento, se encendieron. Olivia se apretó la toalla mojada con que se envolvía, pero era un gesto inútil que solo contribuía a mostrarse recatada.

—Por casualidad no dejarías las llaves en el coche, ¿no? —le preguntó.

—Qué pregunta tan tonta. Nadie que viva en Chicago deja las llaves en el coche.

Se encaminaron hacia la fachada de la casa. Thad estiró el cuello para mirar por las ventanas. A Olivia le castañeteaban tantísimo los dientes que él oyó el ruido que hacían.

—No es necesario que los dos nos pelemos de frío. Vuelve al agua.

—¿Y que te lleves tú todo el mérito del rescate? Ni de coña. Además, yo tolero el frío mejor que tú.

—Soy un deportista profesional. ¿Cómo estás tan segura?

—Porque tengo más grasa corporal.

La mirada de él se desplazó de las ventanas de la segunda planta al pecho de ella.

—En los lugares más adecuados.

—¿En serio? —Se le había escurrido la toalla y se la recolocó—. ¿Estamos a punto de morir de hipotermia y tú me miras las tetas?

—Eres tú la que las ha invitado a la fiesta.

Si no tuviera tanto frío, se habría echado a reír. Sin embargo, se

dejó llevar por una falsa rabia.

—En cuanto termine la gira, dejaré de dirigirte la palabra.

—Lo dudo.

—No eres tan irresistible.

—Esa opinión es muy discutible.

Sí que era irresistible. Para cualquier mujer que no poseyera una voluntad de hierro.

Rodearon la esquina para llegar a la entrada de la casa. Las chanclas de Olivia no paraban de hundirse en la nieve, se le habían entumecido los dedos de los pies y a los dos los recorrían escalofríos.

—¿Cuán-cuánto… crees que tardare-remos en morir?

—No lo sé. ¿Cinco minutos?

—¡No lo sabes!

—¡Claro que no lo sé! Y no va-vamos a morir. Tenemos el *jacuzzi*, ¿recuerdas? —Thad giró el pomo de la puerta de la entrada, pero también estaba cerrada.

—No… no podemos que-quedarnos en el agua pa-para siempre. —Le castañeteaban los dientes con tanta fuerza que le dolía la mandíbula.

—Henri vendrá a buscarnos cuando vea que no aparecemos. —Los dientes de él también empezaban a tiritar.

—No po-podemos quedarnos toda la noche en el *jacuzzi*.

Thad le dedicó una mirada de reojo con que le decía que estaba comportándose como la estúpida protagonista de una comedia romántica de los años cincuenta, en lugar de como una mujer que se adueñaba del centro del escenario. Olivia se recompuso.

—Vamos a… a ro-romper una ventana.

—Por fin una idea. —Thad ya se dirigía al lado opuesto de la casa.

—No hace falta que seas… sarcásti-ti-tico. —La toalla húmeda se había agarrotado al empezar a congelarse—. Ay, Dios, qué frío tengo.

Thad dejó de caminar y la estrechó entre los brazos.

—Un poco de calor corporal.

A ninguno de los dos les quedaba demasiado calor corporal, pero aun así era agradable. La mejilla helada de ella contra el costado helado del cuello de él. Los brazos de Thad rodeándola.

Muslo contra muslo.

Olivia notó que se le clavaba un bulto y se apartó.

A pesar del castañeteo de dientes, Thad sonrió.

—No voy a pedirte disculpas. Me alivia saber que todavía me funciona el riego sanguíneo.

Aunque deseara lanzarse a los brazos de él, Olivia aumentó la distancia que los separaba.

Había empezado a nevar. Un copo. Otro. Caían sobre el pelo de Thad, sobre los hombros de ella. A consecuencia del diseño de la casa, las ventanas de la fachada y de los lados quedaban a demasiada altura del suelo como para alcanzarlas con facilidad. Se dirigieron a la parte trasera de la casa.

Puede que Olivia contara con una mayor proporción de grasa corporal, pero Thad estaba acostumbrado a la incomodidad física y se movía con más dignidad. Bajo el destello de las luces de seguridad, vio que los labios de él comenzaban a ponerse azules. A ella se le habían dormido los dedos y le dolían tanto que dejó de agarrar la toalla congelada, que cayó al suelo. Thad tropezó con un trozo de suelo congelado.

—Jesús, Liv…

Lo pronunció como si fuera una oración, y Olivia se olvidó del frío por unos segundos. Pero solo por unos segundos.

—No seas ca-ca-capullo.

Thad levantó los brazos para rendirse en plan burla y se giró hacia la puerta de atrás. Estaba formada por una hoja de cristal, y mientras ella buscaba en la nieve alguna piedra para romperla, él intentó ver a través.

—Hay un cerrojo de seguridad que necesita una llave. Voy a tener que abrirla de una patada.

La puerta era metálica y abrirla de una patada no parecía una hazaña tan sencilla, ni siquiera para él.

Olivia se irguió. Temblaba tanto que a duras penas lograba hablar.

—¿Qué te pa-pa-parece es-es-esto?

Le enseñó una llave.

—¿De dónde la has sacado?

—He visto una piedra que era di-di-diferente. Dile a tu ami-mi-migo que, si la roca falsa no me ha engañado a mí, tampoco

engañará a un la-la-lad… —Thad abrió la puerta y Olivia desistió de pronunciar la última palabra por completo.

Entraron en la casa a toda prisa y cerraron la puerta tras de sí. Thad la agarró del brazo y tiró de ella rumbo a las escaleras.

—Mira que me han pasado cosas —murmuró—, pero nunca me imaginé que deambularía por las montañas de Colorado con solo un bóxer, mis viejas Nike y una diva desnuda.

—La vi-vi-vida es así de rara.

La ducha italiana del dormitorio principal tenía paredes de pizarra, suelo de piedra y una roca que hacía las veces de asiento. Al cabo de unos instantes, los dos se encontraban en el interior. Thad ajustó el agua; primero la dejó correr fría hasta que sus cuerpos se adaptaron a la temperatura y después poco a poco la fue calentando. Al final, activó la función de lluvia de la parte superior de la ducha.

El agua los envolvió. Él estaba desnudo, a excepción del suave bóxer, que se pegaba a su piel. ¿Cómo una mujer en su sano juicio iba a estar a su lado sin observarlo? Olivia estaba acaparando casi toda la ducha, así que se movió para dejarle espacio. A medida que el vapor llenaba la habitación, el agua oscurecía el pelo de él contra su frente y daba a sus ojos una tonalidad verdemar. Quería tocarlo. Quería que la tocara. Quería recorrer su maravilloso pecho con las manos y besarlo. Quería todo lo que su cuerpo le ofrecía.

—Estoy intentando ser un caballero y apartar la mirada, pero ¿puedo mirar ya?

Olivia deseaba que la mirara. Que apreciara la misma belleza en su cuerpo que ella veía en el suyo. Pero ahora estaba más vulnerable que nunca e involucrarse en una relación destinada al fracaso con un hombre que cada vez la atraía más y más la transportaría a un nuevo universo de autodestrucción, por muy tentadora que fuera la idea de liarse con él.

—Tendrías que hacer de modelo en un anuncio de gel de ducha, en serio.

—Ya lo he hecho. —Thad mantuvo los ojos clavados en la cara de ella. Numerosas gotitas de agua se habían posado en sus pestañas—. ¿Puedo mirar ya?

Al oír la voz de él, le temblaron las rodillas, y el calor que había regresado a su cuerpo se convirtió en una llamarada. Hizo acopio de

todo su legendario autocontrol y se obligó a coger una de las toallas que colgaban en la pared del fondo de la ducha.

—Lo siento, soldado. No me viene bien empezar una fase de autodestrucción.

—¿Autodestrucción? ¿A qué te refieres? ¿No seríamos solo dos adultos que se lo pasan bien?

Conforme se anudaba la toalla alrededor del pecho, fue todavía más consciente del modo en que la suave tela del bóxer revelaba los detalles de su cuerpo y le mostraba exactamente lo que estaba rechazando. Se agarró a la toalla como si fuera un salvavidas.

—Me he tomado una larga temporada sabática de los hombres, y sé que entiendes la razón. En el futuro próximo, solo me lo pasaré bien en el escenario.

—Es lo más triste que te he oído decir —gimió Thad.

—¿Crees que para ti es triste? —Olivia sonrió pese a la honda amargura que había entrado a formar parte de su ser—. ¿Qué me dices de mí?

—O sea, admites que me deseas.

Olivia permitió que sus ojos disfrutaran de cada fragmento del cuerpo que no debía catar.

—Pues sí… Eres la fantasía de cualquier mujer.

—No sé si me gusta que se me resuma en un estereotipo. —Thad frunció el ceño.

—Es lo que hay. —Olivia se estremeció, pero esta vez no era por el frío—. Aléjate de mí, Thad Owens. Estoy pasando por un mal momento, y eres demasiado tentador para que una mortal se resista.

—¿Por qué será que no me siento halagado?

—Porque no estás acostumbrado a que te digan que no. —Le lanzó una sonrisa deliberadamente falsa, dispuesta a no ir al meollo del asunto—. No eres tú, soy yo.

—¡Ya sé que eres tú, joder! —Se quitó el bóxer y se giró hacia el agua enseñándole así el culo, un culo tan firme como intocable.

La mañana siguiente, Thad seguía enfurruñado.

—El desayuno te lo preparas tú solita.

Olivia cogió la caja de cereales Wheaties que él había dejado sobre la encimera y abocó unos cuantos en un bol. Sospechaba que no había sido la única en practicar un pequeño acto de autosatisfacción la noche anterior, antes de irse a dormir. Acto que

no la había ayudado en absoluto.

La única manera de sobrellevar la atracción que sentía por Thad Owens era ponerse borde con él. Vertió leche sobre los cereales y lo miró con falsa preocupación.

—Te cuesta aceptar un rechazo, ¿eh? ¿Quieres que lo hablemos?

—No, no quiero hablarlo. Si no vamos a fo… Si no vamos a desnudarnos, no quiero hacer nada contigo.

—Estás muy mono cuando te enfadas. —Olivia se sentó delante de él.

—Y tú estás tremenda, y te he visto desnuda, y quiero ver más.

—Desde luego, nadie puede acusarte de ser una persona que no va de frente.

Thad abandonó la actitud de enfado, que ella creía que había adoptado solo para irritarla, y retiró la silla.

—Es que no lo entiendo. Nos gustamos. Nos lo pasamos bien juntos. Me miras como si fuera una copa de helado doble, y yo te miro igual. ¿Cuál es el problema?

El problema era que no pensaba permitir que nada, y menos aún la temporal tentación que suponía Thad Owens, la hiciera descarrilar. Su carrera era su vida, y a no ser que conociera a un hombre como Dennis Cullen —un hombre sin ego que se consagraba a la carrera de su mujer—, pensaba seguir concentrándose en lo que debía: en su trabajo.

—Tengo una norma. —Olivia sabía la manera perfecta en que lidiar con Thad—. Nada de polvos, nada de escarceos, nada de líos. Nada sin que haya un compromiso.

—¡Un compromiso! —Abrió los ojos verdes como platos—. ¡Si solo nos conocemos desde hace una semana!

—¿Acaso el compromiso es un problema para ti? —Compuso la expresión más seria posible.

—Claro que es un problema, coño. Ya me cuesta comprometerme para quedar a cenar, como para comprometerme con una mujer.

—Lo siento. —Olivia soltó una larga carcajada teatral—. Si no valoras la posibilidad del matrimonio, lo nuestro es imposible.

—¿Acabas de decir «matrimonio»? —Thad soltó la cuchara, que derramó leche sobre el mármol.

—Si tan interesado estás, regálame un anillo. —Era una actriz y

no le resultaba complicado poner cara de póker.

No se le ocurría una manera más eficiente de apaciguar la tormenta geomagnética de calor sexual que los envolvía. Thad se levantó como un resorte.

—Voy a salir.

—Creía que estabas interesado.

No tardaría demasiado en darse cuenta de que le estaba tomando el pelo, pero por el momento disfrutaría de la soledad. O por lo menos lo intentaría.

El piano del gran salón no estaba afinado, pero Olivia lo tocó de todos modos. Entrenó la voz. Apoyó los brazos en el teclado y procuró no romper a llorar.

La mañana siguiente a primera hora, mientras conducían de regreso a Denver, la nieve empezó a caer suavemente contra el parabrisas. El día anterior hicieron una caminata y escucharon buen *jazz* durante la cena. Thad preparó bistecs a la parrilla y esquivó las preguntas de ella acerca de sus reservadas costumbres informáticas. El intento de puré de patatas de Olivia terminó en la basura, pero elaboró una ensalada espectacular. Deseaba que hubieran podido quedarse más tiempo en aquella casa.

—Menuda sarta de chorradas me largaste ayer por la mañana. —Thad soltó el acelerador—. Enhorabuena.

—Cuando tengo la oportunidad de divertirme, la aprovecho. —Agarró con fuerza el vaso de café que habían traído.

—Muy bien. —Accionó el limpiaparabrisas mientras reducía la velocidad del coche—. Pero entre los dos hay algo, y los dos lo sabemos. —Le lanzó una mirada—. Dime: ¿cuál es el verdadero motivo por el que no quieres dar el siguiente paso, que es tan lógico?

—Sorprendentemente, nos caemos bien. —Olivia apartó la vista del perfil de Thad y se adentró en terrero pantanoso—. Incluso nos entendemos, más o menos. ¿Estás de acuerdo?

—Estoy de acuerdo. ¿Y…?

—Creo que hay que respetar eso. ¿No te gustaría tener una amiga a la que no te calzas? ¿Alguien a quien contarle tus problemas con las mujeres y que pudiera decirte cuándo te comportas como un capullo?

—Ya tengo una de esas. Se llama Piper. Es la mujer de Cooper

Graham.

—Pero forma parte de tu mundo profesional. Necesitas a alguien de fuera del fútbol en quien confiar.

—Si tenemos en cuenta que no consigo borrar de mi mente la imagen de tu cuerpo desnudo, no creo que sea realista pensar que podríamos tener ese tipo de amistad. —Miró por el retrovisor del lado del conductor y cambió al carril izquierdo—. ¿Qué es lo que te frena? Cuéntaselo a tu buen amigo Thad.

—Ya te he confesado más cosas de mi vida personal que tú a mí. —Olivia dejó el café en el posavasos del vehículo—. ¿Por qué? ¿Por qué quieres que te revele mis secretos, si tú no me has contado nada íntimo?

—Y, como quien no quiere la cosa, cambias de tema.

—¿Y bien?

—Me gustan las mujeres. Siempre me han gustado. Y antes de que te me ofendas, no me refiero solo al sexo. Me paso casi toda la vida con hombres, y eso significa un porrón de sudor, de sangre, huesos rotos y fanfarronerías. Estar con una mujer inteligente que huele bien, que es atractiva y que quiere hacer conmigo algo más que jugar a videojuegos y hablar sobre deporte es importante para mí. —Observó el velocímetro—. Nunca he saltado de una mujer a otra, si es lo que piensas. Seguramente me he acostado con menos mujeres que el noventa por ciento de los tíos de la NFL.

—Admirable. Creo.

Thad volvió al carril derecho. Conducía demasiado rápido, pero no era de los que cambiaban de carril sin ton ni son.

—Me describiría como un monógamo en serie. He estado con algunas mujeres estupendas, y solo me arrepiento de un par de ellas. Te toca.

Olivia no tenía por qué ser sincera con él, pero le apetecía.

—He aprendido a base de palos. Nada de cantantes, actores, artistas frustrados ni hombres que necesiten una madre en lugar de una amante.

—De momento, no entro en la lista.

—Además —lo miró directamente a los ojos—, nada de hombres ambiciosos y exitosos con egos desmedidos que se entregan a su carrera tanto como yo a la mía y que resulta que toleran muy poco a las mujeres que son como ellos. —Hala. Ya lo había dicho.

—Adam te quemó de varias maneras. —Thad la observó con recelo.

—No se me dan bien ni los hombres necesitados ni los hombres exitosos. —Olivia se encogió de hombros.

Él quería preguntarle cómo definía *exitoso*, pero se contuvo a tiempo.

—Así reduces las posibilidades de salir con alguien.

—Para las mujeres como yo, nuestra carrera va primero. No podemos acoplarnos al horario de un compañero sentimental. No siempre estamos disponibles cuando un hombre quiere hablar, follar o necesita un hombro en el que llorar. Tenemos nuestro propio dinero y no necesitamos el de él.

—Creo que subestimas a muchos hombres.

—¿Seguro? Los hombres como tú os sentís atraídos por las mujeres como yo porque os entendemos. Entendemos lo que os mueve. Pero a la larga nuestra vida es tan grande como la vuestra, si no más, y en cuanto desaparece la novedad, eso empieza a molestaros.

—No te lo compro.

—Antes de mi desastre con Adam —Olivia decidió ir hasta el final—, salí con un prominente arquitecto. Un buen tío. Decente. Se considera feminista.

—Y resultó un asqueroso.

—Para nada. Respetaba mi carrera, pero yo estaba tan enamoriscada de él que no me concentraba en lo que debía. Me salté una clase porque sus antiguos compañeros de universidad estaban de visita. Después llegué tarde a un ensayo porque le daban un premio. En uno de los huecos de su horario, dijimos que nos iríamos juntos de vacaciones. Estuve a punto de rechazar un concierto cuando por fin desperté y me di cuenta de que me estaba perdiendo a mí misma. Hice la promesa de que jamás me liaría con otro macho alfa.

—Eso explica lo de Adam.

—Patético, ¿verdad? No puedo salir con un hombre de éxito porque eso daña mi carrera y no puedo salir con alguien que lo esté pasando mal porque eso daña mi carrera. —Olivia se acomodó en el asiento—. Necesito a un Dennis. Por desgracia, se lo cedí a Rachel.

—Haces que algo sencillo sea muy complicado. —Thad ignoró la

autocompasión de ella—. A veces una relación es divertida. Informal.

—¿En qué momento te he parecido a ti una mujer informal?

—Ahí llevas razón.

—Aprendí una lección difícil. —Qué bien le sentaba ser sincera—. Las relaciones ponen en peligro mi trabajo, y es mi trabajo lo que le da sentido a mi vida.

—Como lo tienes tan claro —Thad clavó los ojos en la carretera—, con nosotros no tendría por qué ser así.

Olivia tardó unos segundos en responder.

—Me gusta estar contigo, Thad, y a ti te gusta estar conmigo, y antes de que me diera cuenta quizá acabaría rechazando interpretar *Carmen* en el teatro Mariinsky para ir a sentarme en la línea de banda y ver cómo no juegas.

—Eso nos podría pasar a los dos, ¿eh? —Thad se removió en el asiento, como si no estuviera del todo cómodo.

—Ah, ¿en serio? Ya me lo imagino: «Lo siento, entrenador, no puedo jugar en el partido de hoy porque mi querida está interpretando a Despina en *Così fan tutte* y tengo que estar allí para apoyarla».

—Vale, a lo mejor así no.

—Eres el polo opuesto a Dennis. Y como lo nuestro no va a ocurrir, da igual lo cachonda que me pongas. Que no digo que me pongas cachonda, pero tampoco digo que no.

—Halagador —repuso secamente.

Olivia necesitaba asegurarse de que no había ningún malentendido, pero eso significaba revelar algo que nunca le había confesado a nadie. Se enderezó.

—Quiero ser una de las inmortales, Thad —susurró—. Quiero ser excelente. No solo buena. Excelente. Quiero ser tan brillante que la gente escuche mis grabaciones mucho después de que me haya ido.

La franqueza lo pilló por sorpresa y respondió de la única manera que sabía: pasar al ataque.

—Haces que algo tan simple y natural como el sexo sea complicadísimo.

—Dice el tío que quiere echar un polvo.

—Tú también.

—Y espero echarlo uno de estos días. Pero no contigo. —Se agarró las manos sobre el regazo—. No puedo acostarme contigo, Thad Owens, da igual cuánto lo desee. Porque, lo admitas o no, soy más de lo que un hombre como tú es capaz de soportar.

—Eso es lo que tú crees. —Los labios de él formaron una línea.

Condujeron el resto del camino hasta Denver en silencio. Llegaron al hotel a las nueve de la mañana. Henri había cumplido su palabra: Thad y Olivia ocupaban *suites* contiguas. La de ella disponía de una cocina y de un salón. La de él no. Pero habían regresado a la civilización y, siempre y cuando la puerta que los separaba estuviera abierta, a él no le importaba quedarse con la habitación más pequeña.

Olivia fue a deshacer las maletas. Thad colgó la chaqueta. La conversación que habían mantenido en el coche lo había inquietado; no porque no comprendiera lo que le había dicho, sino porque sí que lo entendía, y eso había hecho que su perspectiva cambiara de un modo que no le gustó. Ella tenía razón. Por más inteligentes o exitosas que hubieran sido las mujeres con las que había estado, ellas se había acomodado más a él de lo que él llegó a acomodarse a ellas. Thad fue primero. Siempre.

Un espeluznante ruido salió de la *suite* de al lado e interrumpió sus pensamientos. No era exactamente un grito, sino algo que se le parecía tanto que lo llevó a correr hacia la habitación.

Olivia se encontraba en el medio del salón con un sobre marrón a los pies y una camiseta blanca arrugada en la mano. Thad contempló su rostro pálido y las manchas de color teja que cubrían la tela.

—Jesús…

La cantante soltó la camiseta. Debajo de las manchas de sangre, leyó la inscripción de la camiseta: «Los tenores lo hacen mejor».

Thad corrió a su lado y recogió el sobre del suelo. Tenía el matasellos de San Francisco y no había remitente. ¿La persona que lo había mandado había estado en San Francisco al mismo tiempo que ellos? ¿Había vigilado a Olivia?

La soprano se puso los dedos sobre los labios y observó la camiseta.

—Adam… debía de… llevar esta camiseta cuando se disparó. Yo… yo se la regalé.

—¿Cuándo? —Thad se arrodilló y examinó la camiseta.

—¿A qué te refieres?

—¿Cuánto hace? ¿Cuándo se la regalaste?

—No… no me acuerdo. —Olivia formó un puño con los dedos—. Al poco de empezar a salir. —Se giró.

—¿Se la ponía a menudo?

Olivia asintió, vacilante.

Thad cogió la camiseta. Ella se echó hacia atrás cuando él se la mostró.

—Mira la etiqueta, Liv.

—Aléjala de mí. —Olivia se apartó.

—Mírala.

Respiraba de manera entrecortada, pero al final hizo lo que le pedía.

—No veo…

Calló al ver a qué se refería Thad. La etiqueta de la camiseta estaba rígida. Nunca se había lavado.

—No es la camiseta de él —dijo cuando reparó en ese detalle—. Esta no ha pasado por la lavadora, y la talla no se corresponde con la suya. Se parece a la camiseta que le regalé, pero no es esa.

Los dos dieron un brinco cuando sonó un golpe en la puerta. Un botones aguardaba al otro lado con una cesta de regalo tan grande que tenía que transportarla con un carrito. Debajo del celofán había dos botellas de champán, un par de copas de cristal y un surtido *gourmet* de quesos, nueces, galletas y bombones exclusivos.

El botones dejó el carrito en la habitación.

—Saludos de parte del señor Rupert Glass.

Capítulo Ocho

La noche siguiente, Thad se recostó contra las almohadas de la cama. Habían dejado abiertas las puertas que comunicaban las *suites* y su mente daba vueltas a pensamientos que él no deseaba examinar con demasiada atención (la falsa camiseta ensangrentada y la prensa del corazón). En la cena con clientes, Olivia apareció en todo su esplendor de diva: melena reluciente y suelta, impresionante maquillaje en los ojos y lápiz de labios carmesí. Llevaba un vestido blanco largo y un collar egipcio, probablemente un regalo de Rupert. No se lo preguntó. Con los zapatos de tacón, era más alta que todos los hombres de la velada, a excepción de él.

Thad había metido la camiseta en el sobre y se la había guardado en el fondo de la maleta. Fuera de su vista, pero no fuera de su mente.

Olivia todavía no había apagado la luz de su habitación. Puede que a ella también le estuviera costando dormir. Thad se puso los auriculares y abrió YouTube en el ordenador. No tardó demasiado en encontrar un vídeo en que aparecía ella cantando *Carmen*.

Hasta la gente que no sabía de ópera conocía la melodía de la canción más famosa de la obra, cuyo título ahora él había aprendido: «*Habanera*». Y ahí estaba Olivia. La dueña del escenario. Ardiente en un raído vestido rojo, el pecho casi derramándose sobre el escote cuadrado como la ofrenda de una cornucopia. Pies descalzos y sucios, una falda alrededor de sus fuertes piernas extendidas, brazos sinuosos como serpientes, cabellera revuelta sobre los hombros. Y esa voz. Esa magnífica voz.

Thad vio un vídeo, y luego otro. Normal que la apodaran la mejor Carmen de la ópera mundial. Igual que el personaje de Carmen, Liv no permitía que ningún hombre se entrometiera entre ella y la libertad de vivir según sus normas. En el último vídeo, vio

cómo Don José la apuñalaba, la vio morir y quiso matar al muy hijo de puta, quiso arrancarle la cabeza con sus propias manos.

Apartó el ordenador. Estaba demasiado sensible para la ópera.

—Eres ridículo —le dijo Olivia la mañana siguiente al tenerlo sentado a su lado, con un pie en el agua, mientras le hacían una maldita pedicura. Algunos de los compañeros de él consideraban que era una afrenta a la masculinidad, pero él no. Y la había acompañado porque no quería que acudiera sola, no mientras fuera el blanco de quienquiera que intentaba asustarla.

—Dime por qué razón las uñas de mis pies no deberían ser tan bonitas como el resto de mí —dijo Thad.

Olivia intentó lanzarle una mirada de desdén, pero fracasó al sonreír.

—Si tu físico reflejara tu personalidad, serías uno de los luchadores de la WWE sin cuello y con una nariz en forma de bulbo.

—Me sorprende que sepas qué es la WWE. —Thad ignoró el cumplido de ella.

—Viajo mucho. No era necesario que vinieras, ¿eh?

—¿Quién quiere tener los pies feos? —Fingió no entenderla.

—Agradezco tu preocupación, pero a plena luz del día, en un salón de belleza de Denver, no me va a pasar nada.

—Rupert podría presentarse con un collar de diamantes y un puto machete.

—Ojalá lo conocieras —rio Olivia.

Thad no tenía ninguna intención de conocerlo. Tal vez estuviera siendo demasiado precavido, pero entre los mensajes amenazantes, las maletas manoseadas, la camiseta falsa con la sangre y los regalos carísimos y excesivos, no le gustaba la idea de que Olivia fuera sola por ahí. Y como él no podría estar con ella en todo momento, habló con Henri y le contó una historia ambigua sobre un seguidor superagresivo para pedirle que la vigilara de cerca.

—Pero no pidas cita para una de esas sesiones con cera —dijo Thad—. Hay que poner el límite en algún punto.

—Tendré compasión. —Olivia sonrió—. O no.

Cuando llegaron a Nueva Orleans, en el hotel del Barrio Francés, que daba a Royal Street, los aguardaban las últimas pruebas de las sesiones de fotos en el estadio de los Seahawks y en la Ópera de Seattle. Mariel Marchand también se encontraba allí. No la habían

visto desde la semana anterior en San Francisco, y era obvio que a Henri no le hacía ninguna gracia que su prima hubiera revisado las pruebas antes que él. Aun así, mientras Henri las extendía sobre la mesa de centro de la *suite*, la reaparición de Mariel no atenuaba la emoción que sentía.

—Son *extraordinaires*. Más impresionantes incluso de lo que imaginaba.

La fotógrafa sabía lo que hacía. La rica gama de colores tenues daba a las imágenes la esencia de los antiguos cuadros al óleo, un impactante contraste con las posturas extravagantes que adoptaban Olivia y él.

Los relojes se exhibían a la perfección, y los dos lo clavaron con sus expresiones —la despreocupación de Thad y la majestuosa dignidad de ella al colocarse junto a los postes—; él, con el esmoquin y sujetando el balón como si fuera una coctelera, y Olivia muy cerca, cuya osadía de reina retaba al espectador a burlarse de las rayas de tinta negra que le decoraban los pómulos.

Las fotos en la Ópera de Seattle eran más impresionantes si cabe. Olivia se inclinaba sobre él con un vaporoso vestido escarlata, la melena en forma de cascada que caía sobre sus hombros, los pálidos brazos extendidos y los dedos en forma de garra, mientras que Thad estaba sentado de costado con la camisa abierta a la altura del pecho, el balón junto a los pies, a punto de ser derrotado.

—A tu lado, parezco una bruja. —Olivia frunció el ceño.

Qué equivocada estaba. Parecía una diosa. Thad le dio una palmadita en la cabeza.

—No es culpa mía ser fotogénico.

—Te odio —suspiró ella.

—¡Ya basta! —Mariel señaló con un dedo a Paisley, que estaba echándole fotos a Thad mientras él observaba las pruebas. Paisley hizo un mohín como si quisiera tragarse el móvil, aunque se limitó a salir disparada de la *suite*.

Mariel soltó un suspiro de desagrado y les contó lo que ya sabían.

—Su abuelo y el tío Lucien fueron compañeros de clase.

Al cabo de un rato, Mariel llevó a Henri aparte y lo bombardeó furiosa en francés; o bien olvidó que Olivia lo hablaba con soltura o bien le daba lo mismo. Thad pilló lo esencial sin necesitar

traducción, pero luego Olivia lo puso al corriente de los detalles de la conversación.

—Mariel cree que las fotos son frívolas y vulgares, una ofensa a la herencia de Marchand. Dice que al tío Lucien nunca le gustó la idea de Henri para la campaña; o sea, que yo tengo un pase como embajadora de la marca, pero que Henri debería haber seleccionado a alguien como Neil Armstrong en lugar de a un jugador de fútbol americano.

—Armstrong está muerto. Y Marchand es uno de los patrocinadores de los Stars.

—No creo que a Mariel le importe eso. A pesar de su respuesta como mujer a tu atracción de semental, considera que la campaña requiere dignidad, y que el tío Lucien jamás aprobará las imágenes. Después se han espetado «te lo dije» un montón de veces. Y luego ella ha comentado que su tío quizá sea viejo, pero no está senil, y que esta campaña supondría el fin de Henri.

—Está sedienta de sangre, ¿eh?

—Siempre ha habido un Marchand al mando de la empresa —puntualizó Olivia—, así que será Mariel o Henri.

—Henri no tiene ninguna posibilidad contra ella.

—Yo también lo creo. Mariel es la personificación de la tradición, y una marca tan aburrida como Marchand no cambiará fácilmente. Pobre Henri. Se lo va a comer vivo.

—Oye, ¿no se supone que deberías estar de parte de ella? ¿Por lo del techo de cristal y todo eso?

—Las fotos son una pasada, los dos lo sabemos.

—A pesar de que tú parezcas una… ¿Cómo lo has dicho? ¿Una bruja?

—Una bruja poderosa. —Pagada de sí misma, Olivia le dedicó una sonrisa—. No lo olvides.

—Cómo olvidarlo. —Thad asintió sabiamente.

Terminaron las entrevistas de la mañana. Henri estaba en el lavabo de hombres cuando Paisley se acercó a Olivia y a Thad.

—No creo que Henri ni Mariel lo hayan visto aún, quizá no lleguen a verlo, pero creo que deberíais estar preparados… —A duras penas era capaz de reprimir el entusiasmo al abrir la página Cotorreo en el móvil y enseñarles un artículo de la web.

> ¿La pareja famosa más reciente se ha dejado seducir por una aventura en las montañas? Nuestras fuentes aseguran que han visto a Thad Owens, el atractivo *quarterback* de los Chicago Stars, y a Olivia Shore, la superestrella de la ópera, de compras en las afueras de Breckenridge, Colorado. A ella la llaman «La Bella Tifón». ¿Será T-Bo capaz de capear la tormenta?

—Es Tornado, no Tifón. —Olivia soltó una maldición entre dientes—. Y ¿desde cuándo he entrado a formar parte de una «pareja famosa»? —Miró a Thad acusadoramente—. Fuera de la comunidad de la ópera, a nadie le importa la vida privada de los cantantes, pero por lo visto a todo el mundo le interesan los cotilleos sobre los deportistas.

—Eh, que a ti te han llamado *superestrella* y a mí, *atractivo*. Podría haber sido peor. —Contempló la pantalla—. Y podría haber sido mejor también. Somos el último artículo de la web, y la letra es tan pequeña que casi no es legible.

Olivia se frotó las sienes. Paisley esbozó una pícara sonrisa.

—Como lo vea Mariel… Lo siento mucho.

Puede que Mariel estuviera chapada a la antigua en lo que a la imagen de la marca se refería, pero estaba a la última con la tecnología, y Olivia sospechaba que Google Alerts empezaría a sonar en todos sus dispositivos.

Hicieron un descanso en el hotel para que Olivia pudiera cambiarse antes de las entrevistas de la tarde en televisión. Y, cómo no, Mariel los estaba esperando.

—Una historia de amor está bien —dijo con fría educación—, pero esto es… No voy a decir chabacano, claro que no. Pero hay algo… vulgar en el asunto.

Olivia vio cómo a Thad le temblaba una ceja, una clara señal de que había perdido la paciencia.

—¿Qué propones que hagamos, Mariel?

—No estamos enamorados —le informó Olivia.

Mariel la ignoró y le regaló a Thad su sonrisa más encantadora.

—Sed más conscientes de la herencia de la marca a la que representáis, por favor. Henri, ¿puedo hablar contigo en privado?

Condujo a su primo descontento al pasillo, donde sin ninguna duda arremetió contra él por no haber sido lo bastante inteligente para fichar a Gandhi y a Florence Nightingale como embajadores de la sagrada marca Marchand.

En cuanto Olivia se hubo cambiado el vestido y las joyas, se dirigieron a los platós de televisión. Cuando terminaron, disponían de unas horas de descanso antes de verse con unos clientes, pero Thad debía ir a grabar una entrevista corta con el periodista del canal de deportes. Henri insistió en acompañar a Olivia hasta la puerta de la *suite* del hotel, por más que ella le dijera que se las apañaría para llegar solita. Había sido idea de Thad, estaba segura.

La actitud protectora de Thad era conmovedora, pero innecesaria. Alguien estaba intentando manipularla. No corría peligro físico, solo mental, y su mente ya era un importante desastre, así que sería capaz de lidiar con un poco más de caos.

Curiosamente, el único momento en que parecía poner fin a la grabación que se repetía una y otra vez en su cabeza era cuando estaba con Thad. Solo entonces podía empezar a relajarse. Se acarició el cuello. ¿Era demasiado pedir que se le contagiara la confianza de él? ¿Que esa confianza eliminara la desgarradora culpabilidad que se empeñaba en no abandonarla?

Mientras se cambiaba los zapatos de tacón por unas manoletinas, se preguntó cómo reaccionaría Thad si conociera todos sus secretos. Olivia rezó por que nunca los descubriera, ya que la idea de que le perdiera el respeto era demasiado dolorosa como para contemplarla.

Salió del hotel y se adentró en el corazón del Barrio Francés. Acababa de comenzar el mes de abril y ya había terminado el Martes de Carnaval, pero las calles seguían atestadas de turistas, artistas callejeros y adivinos. Pasó delante de vendedores que ofrecían postales con las vistas de Bourbon Street y cuadros al óleo de Jackson Square. El sol de la tarde era cálido, pero debía reunirse con clientes al cabo de menos de dos horas, así que no se había cambiado el vestido de tubo negro por algo más cómodo.

La librería-anticuario Samorian Books se encontraba en un callejón a poca distancia de Rampart Street. La fachada de un ocre descolorido, la puerta verde aquejada por el paso del tiempo y el escaparate polvoriento seguían iguales desde la última vez que

visitó el establecimiento, dos años atrás. Hasta la maceta con geranios que necesitaban agua desesperadamente parecía la misma.

Nada más entrar, sonó la campanilla de la puerta. La tienda desprendía el olor exacto que debía embargar una que se hubiera especializado en libros y manuscritos raros, además de en otros objetos únicos: olor a viejo y a polvo, con un débil aroma a café de achicoria.

Arman Samorian continuaba negándose a ponerse un sonotone y no oyó la campana ni se dio cuenta de que Olivia había entrado hasta que la tuvo delante de las narices.

—¡*Madame* Shore! —Salió a toda prisa de detrás del mostrador de madera desvencijada, le agarró la mano y se la besó. Su escaso pelo gris a lo Albert Einstein sobresalía de su cabeza como si fuera una nube de hongo—. Qué honor volver a verla.

—Lo mismo digo, Arman —gritó mientras le palmoteaba la ajada mano.

—¿Actuará por aquí? ¿Cómo es posible que no me haya enterado?

—Solo de visita. —No era preciso que le contara a gritos y con todo lujo de detalles una campaña de publicidad que sin lugar a dudas lo confundiría.

—¿Exquisita? ¿A qué obra se refiere?

—¡De visita!

—Ah. Ya entiendo.

Olivia cumplió con el deber y le preguntó por su hijo, que vivía en Biloxi, y acarició a Caruso, el gato anciano, antes de aventurarse en las pilas polvorientas. Encontró una biografía descatalogada de Oda Slobodskaya, la célebre soprano rusa, antes de subir los chirriantes escalones que llevaban a la segunda planta de la tienda. La última vez que había visitado la estrecha buhardilla, descubrió una fotografía autografiada de Josephine Baker disfrazada como La Créole en la opereta de Offenbach del mismo nombre. Le había cambiado el marco y ahora era una de sus posesiones más preciadas.

En la buhardilla sin ventanas hacía calor, y la única luz procedía de tres caóticas bombillas que colgaban del techo, con manchas de humedades. Olivia estornudó por el polvo conforme inspeccionaba las estanterías, pero para encontrar una copia manuscrita del

Narciso de Domenico Scarlatti merecía la pena soportar las incomodidades. La tienda Samorian y su viejo propietario tal vez fueran reliquias del pasado, pero el establecimiento era una casa del tesoro para músicos serios.

Le llamó la atención un libro fino titulado *George Kirbye y el madrigal inglés*, pero cuando empezó a hojearlo se apagó la luz de las bombillas.

Al no haber ni siquiera una ventana, parecía que fuera medianoche. Agarró el manuscrito de Scarlatti con una mano y con la otra tanteó las estanterías en la dirección en que creía que se encontraban las escaleras.

Un tablón de madera crujió en la buhardilla. Acto seguido, otro. A Olivia se le aceleró el corazón al darse cuenta de que no estaba sola. Se dijo que no debía ser tan asustadiza. Se trataba de un antiguo edificio de madera. Era normal que crujiera. Además, fuera era de día y se hallaba en una librería, no en un callejón oscuro.

—¿Arman? —lo llamó.

Una silueta rodeó las estanterías a poco más de cuatro metros de distancia.

—¿Arm…?

La silueta se abalanzó sobre ella y Olivia se estampó contra los estantes. Una lluvia de libros cayó al suelo. Soltó un grito cuando la silueta demoníaca la agarró por los brazos y la inmovilizó.

Hombre o mujer, no lo sabía, pero era muy fuerte. Oyó la áspera respiración de ambos y notó cómo se le clavaban los dedos de la otra persona en la carne. Tenía que ser un hombre.

El tipo la estampó de nuevo contra las estanterías y más libros cayeron al suelo. Por fin se activaron los reflejos de Olivia. Las clases a las que había ido durante años —cuanto había aprendido en danza y en yoga, en esgrima y en el gimnasio, en el trapecio y en taichí— surtieron efecto al mismo tiempo. Empujó con fuerza al demonio. Su fuerza lo pilló por sorpresa y la soltó, pero solo durante unos instantes, antes de lanzarse de nuevo a por ella y tirar de su brazo. Mientras intentaba liberarse, ella le clavó un codazo en la barriga. El hombre soltó un jadeo gutural y procuró aferrar el brazo que tenía libre, pero Olivia cerró la mano y le asestó un puñetazo en el pecho.

La fuerza con que se defendía lo sorprendió y la presión que

aplicaba en su brazo disminuyó unos segundos, pero no la soltó. Olivia se golpeó los hombros con las estanterías al retorcerse y patalear, y lo único que consiguió fue que la ceñida falda la aprisionara. El hombre le liberó los brazos para agarrarla por la cintura, gesto que le dio a ella los instantes que necesitaba para subirse la falda y atacar de nuevo con la pierna.

Afortunadamente, el rodillazo golpeó con precisión. El tipo aulló y se dobló hacia delante. Olivia le dio otra patada con la intención de pegarle en la ingle. Esta vez no dio en el blanco, pero se le acercó tanto que el tío comenzó a retroceder. Decidió apuntar hacia las rodillas y alcanzó una de ellas.

El forcejeo debía de haber llegado por fin hasta los deteriorados tímpanos de Arman, porque la llamó desde el piso de abajo.

—¿*Madame* Shore? ¿Ha encontrado el Scarlatti?

Ya fuera por la interrupción del anciano o por la resistencia que ofrecía la soprano, el atacante desistió. Olivia lo siguió a través del estruendo de sus pisadas hasta que un rayo de luz de las escaleras iluminó la sombría silueta del hombre.

Fue entonces cuando Olivia reparó en que el viejo librero quizá estuviera al final de las escaleras.

—¡Arman! —gritó—. ¡Apártese!

—¿Cómo dice? —chilló el anciano.

Llegó al primer escalón a tiempo de ver cómo la silueta oscura del intruso bajaba los últimos peldaños y empujaba al viejo. Cuando Arman se desplomó en el suelo, el atacante echó a correr hacia la puerta de la librería.

—¡Arman! —Olivia bajó las escaleras deprisa y se arrodilló a su lado—. Arman, ¿se encuentra bien? —Si le ocurría algo a él por su culpa…

—¿*Madame*…? —El librero se incorporó lentamente.

Su móvil se encontraba en el bolso, que había dejado en el piso de arriba, junto al manuscrito de Scarlatti. Se dirigió al teléfono del mostrador de madera y llamó a la policía.

Milagrosamente, parecía que Arman no se había hecho nada, pero una ambulancia lo trasladó al hospital para asegurarse de que estaba bien. Thad la esperaba en la comisaría cuando salió de prestar declaración. En cuanto llegaron a la calle, se cernió sobre ella como si fuera una adolescente caprichosa que volvía a casa más

tarde de lo acordado.

—¡¿En qué habíamos quedado?! No debías ir a ninguna parte sin Henri o sin mí. ¿Cómo has podido ser tan imbécil?

A Olivia le dolía la mano por el puñetazo. Se había desgarrado el vestido y rasguñado el hombro. Estaba agotada y demasiado conmocionada por lo ocurrido para recordarle a Thad que no habían quedado en nada y para espetarle que cerrara el pico. Por fin pareció entender que Olivia no estaba en disposición de recibir un sermón, porque la rodeó con el brazo y no dijo nada más.

Henri canceló los eventos de la noche y Olivia se escabulló en su habitación. Después de confirmar que Arman estaba bien, se dio un largo baño en el *jacuzzi* de la *suite* y se puso unos pantalones de yoga y una camiseta holgada.

Cuando salió de la habitación, encontró a Thad sentado en el sofá hablando por teléfono, mientras en la televisión se retransmitía un partido de béisbol sin volumen. Por más irritante que hubiera sido la bronca, Olivia sabía que se preocupaba de verdad por ella.

Al verla, Thad enseguida colgó.

—Esta manera de evitar otra cena con clientes es la hostia.

—No más sermones, ¿vale? —Olivia se sentó en el sofá y dejó un asiento entre ambos.

—No más sermones. Siempre y cuando me prometas que no saldrás del hotel hasta que todo esto se haya aclarado.

—No soy una irresponsable. —Levantó una mano antes de que él pudiera rebatir su argumento—. Esa tienda es una cueva de tesoros. —Le habló de la fotografía autografiada de Josephine Baker que compró y del manuscrito de Scarlatti—. Estaba pensando… ¿Y si en la tienda había algo que el ladrón deseara? ¿Quizá el texto de Scarlatti, precisamente? Puede que estuviera en el sitio equivocado en el momento equivocado.

—¿Insinúas que ha sido una coincidencia? ¿Que un ladrón ha decidido entrar a robar en la librería en el momento exacto en que tú estabas allí en lugar de entrar como un cliente normal y corriente, encontrar lo que quería, pagarlo y ya? ¿Tan altos son los precios que pone el viejo?

Olivia era consciente de que su explicación estaba cogida con pinzas, pero intentó defenderla con un encogimiento de hombros.

—¿Cuánto valía el manuscrito de Scarlatti? —la presionó Thad.

—No lo sé… Unos doscientos dólares —murmuró.

—Pues ya está. Un precio muy alto en el rarísimo mercado negro de manuscritos. —Thad se pasó una mano por el pelo y casi ningún mechón se inmutó—. Sé que no quieres creer que eres el objetivo de alguien, Liv, pero mira los indicios. Las cartas amenazadoras, la llamada espeluznante, la camiseta y ahora esto.

—Las únicas personas que me odian son las hermanas de Adam, que viven en Nueva Jersey. Además, el que me atacó no era una mujer.

—Puede que hayan contratado a alguien, y ni siquiera tú eres capaz de negar que alguien te la tiene jurada.

Thad llevaba razón, pero Olivia se limitó a hundirse más en los cojines del sofá.

—¿No hay por aquí compañeros tuyos con los que irte a tomar algo?

—Esta noche no pienso salir de aquí.

Empezó a decirle que no necesitaba ningún guardaespaldas, pero no parecía precisamente el caso, así que le pidió que subiera el volumen del partido de béisbol.

—¿Sabes algo de béisbol? —le preguntó Thad.

—He visto *Ellas dan el golpe* por lo menos diez veces.

—Eres una autoridad en ese deporte, pues.

—Te explicaré todo lo que no entiendas.

Cuando la mañana siguiente Thad salió de la habitación, La Diva estaba llevando a cabo sus ejercicios vocales diarios. La noche anterior, se fue a dormir después de la sexta entrada del partido y lo dejó solo con el mando a distancia, con un partido de béisbol que le traía sin cuidado y con sus pensamientos. Al comenzar la gira dos semanas atrás, Thad se imaginaba que haría sola y exclusivamente lo que le exigían por contrato. Ahora resultaba que estaba inmerso en una situación que escapaba a su control.

Lo ocurrido en la librería lo había acojonado. Ese día se marchaban a Dallas. Desde allí viajarían hasta Atlanta, Nashville, Nueva York y Las Vegas, antes de terminar en Chicago, de donde habían salido. Ya en Chicago, lo esperaban un par de eventos, seguidos de dos semanas de descanso antes de la última obligación: asistir a la gala de la Ópera Municipal de Chicago, patrocinada por Marchand. Durante esas dos semanas de parón, Liv ensayaría *Aida*

y él probablemente se iría a Kentucky a visitar a sus padres. No habría más entrevistadores que formularan las mismas preguntas, no habría más necesidad de preparar y deshacer una maleta. Y no habría más Olivia.

Eso último no le gustaba. La Diva y él eran… amigos. Más que amigos. Posibles amantes si él tuviera algo que decir al respecto. Era una mujer divertida, fascinante, terca y amable. Conocía tan bien como él la necesidad de trabajar con ahínco y dedicarse a su carrera. Lo único que le quedaba a Thad para convencerla de que por fin se liaran era vencer las objeciones racionales de ella.

Olivia había llegado a la mitad de sus ejercicios matutinos; atrás quedaban los gorjeos y los borboteos, y también las íes y las úes. Ahora era el turno de los *nings* y los *neis*, con que su voz recorría la escala con calma y brillantez. Thad echaría de menos oír esas notas potentes y vibrantes a primera hora de la mañana. ¿Cómo era posible que una simple mortal produjera unos tonos tan espectaculares? Quería que Olivia cantara para él una vez. Solo para él. La «Habanera».

Thad iba de un lado a otro de la *suite*. La puerta del dormitorio de ella estaba entornada. Levantó una mano y llamó. La puerta se abrió unos centímetros, lo justo para dejarle ver el reflejo de ella en el espejo que presidía la cómoda.

Estaba cepillándose el pelo. Sus cabellos brillaban contra sus dedos como si de una cascada a medianoche se tratara. Los *neis* pasaron a ser *yaes*, cuyos sonidos resultaban redondos y suaves. Enseguida empezó con los *las*, la parte que más le gustaba a Thad. Esperó y escuchó cada uno de los perfectos *las*. Pero…

Los labios de Olivia no se movían.

El cepillo se deslizaba por su melena. Su voz corría por la escala de la nota más grave a la más aguda. Pero sus labios no se movían. Solamente se movía el cepillo.

Olivia lo vio por el espejo. Una sonrisa se dibujó en su rostro durante una fracción de segundo antes de quedarse paralizada. Soltó el cepillo, corrió hacia la puerta y la cerró de golpe, dejándolo a él al otro lado, solo y desamparado.

Capítulo Nueve

Thad dio un paso atrás. La puerta cerrada confirmaba sus sospechas. De pronto, la abrió.

Olivia se encontraba en el centro de la habitación, el cepillo congelado en el aire. Sus ejercicios sonaban de fondo.

—Estoy descansando la voz —le informó—. No lo entiendes.

—Pues claro que lo entiendo, y es una gilipollez.

Olivia alzó la cabeza. Desprendía una altanería de tres pares de narices. Y, al mismo tiempo, vulnerabilidad.

—Una opinión que carece de sentido porque no tienes ni idea de la voz humana.

—Puede que no, pero sí que sé cuándo alguien es un estafador.

—¡No soy una estafadora! —La barbilla de ella seguía levantada.

Su arrogancia era fingida. Thad lo presentía, pero le daba igual.

—¿Acaso eres tú la que canta?

—¡Claro que soy yo! —Su pecho se hinchó al respirar hondo—. Aunque esté descansando la voz, es útil seguir una rutina.

—Menuda chorrada. Tendría que haberme dado cuenta hace días. Los cantantes profesionales como tú que descansan la voz en teoría no deberían hablar mucho, ¿no es así? Y tú haces justamente lo contrario.

—No pienso seguir hablando de esto contigo. —Olivia le dio la espalda y se alejó del espejo.

Thad estaba cabreado. Eran amigos. Buenos amigos, a pesar del poco tiempo que hacía que se conocían. Habían compartido secretos. Habían reído, se habían insultado, casi habían muerto congelados. El hecho de que lo engañara de esa manera le parecía la peor clase de traición.

—Pues muy bien —le espetó.

Los hombros de ella se hundieron.

Thad dio media vuelta y se marchó de la habitación. Ya no

quería tener nada que ver con Olivia.
Con el corazón roto, Olivia se desplomó sobre la cama. Había perdido la voz. La causa no era una laringitis, ni alergias, pólipos, nódulos… No padecía ningún problema físico; había perdido la voz por la culpa que sentía. Y ahora Thad había descubierto la verdad.

Me hiciste creer que estaríamos juntos para siempre. Tú lo eras todo para mí y yo no era nada para ti. ¿Por qué debería seguir viviendo?

El correo que Adam le mandó antes de suicidarse la había destrozado y, a pesar de lo que le dijo Rachel y lo que le explicó el psicólogo al que fue, a pesar de la opinión de Thad sobre el tema, Olivia sabía que era la responsable de su muerte.

Rachel fue testigo de la escena en el funeral. Sabía que la voz de Olivia estaba sufriendo, pero no hasta qué punto. Solo el médico que la visitó y Thad conocían la verdad.

Técnicamente hablando, era un caso de disfonía psicógena. Si intentaba cantar, era incapaz de tomar una bocanada de aire. Su corazón se aceleraba y una tonalidad desagradable e innatural distorsionaba las notas poderosas y ricas que eran su sello de identidad. Su fiable vibrato se había vuelto vacilante. Sin su necesario control de la respiración, su lengua iba hacia atrás y las notas altas salían medio ahogadas. Lo peor de todo era que a veces se quedaba directamente sin aire.

Ella era Olivia Shore. Nunca se quedaba sin aire. Pero ahora sí, y al cabo de treinta y cinco días estaba programado que hiciera de Amneris en *Aida* en la Ópera Municipal de Chicago.

Se levantó de la cama. La idea de que la fecha se acercaba la llenaba de terror. Hacía ejercicios de respiración y yoga, intentaba meditar y procuraba beber ingentes cantidades de agua. Después de la desastrosa noche en que atacó a Thad borracha, se prohibió beber más de una copa de vino durante la cena. Nunca había fumado, evitaba las bebidas con gas y bebía tantísima agua caliente con limón y miel que había olvidado a qué sabía el agua fría normal y corriente. Había creído que la gira sería la distracción que necesitaba para romper el círculo vicioso en que estaba atrapada,

pero por lo visto no hacía más que empeorar las cosas.

En el mundo de la ópera, todo el mundo comprendía que un problema médico provocara la pérdida temporal de la voz de un cantante, pero su carrera se pondría en entredicho si se daba a conocer que había perdido la voz por motivos psicológicos.

Desde el funeral, todas las mañanas reproducía una grabación de sus ejercicios diarios, con la esperanza de que la familiaridad le calmara la respiración hasta el punto de que pudiera empezar a cantar como si nada, pero no funcionaba. La culpa la asfixiaba, literalmente.

Mientras Thad la ignoraba en el vuelo hacia Dallas, Olivia intentó convencerse, sin éxito, de que no lo había embaucado a propósito. La verdad era que le había dado miedo que él descubriera un secreto que ni siquiera había sido capaz de revelarle a Rachel. Subía el volumen de la grabación cuando intuía que Thad andaba cerca, lo había engañado a sabiendas.

El avión aterrizó y, en tanto Paisley se quedaba a esperar el equipaje, Thad y ella, junto con Henri y Mariel, subieron a una limusina rumbo al hotel. Olivia no lograba expulsar de su cuerpo el devastador presentimiento de que había destruido una amistad cuyo valor para ella ahora era incalculable. Tenía que hablar con él, pero Thad se había sentado lo más lejos posible. Al final, cogió el móvil y le mandó un mensaje.

O: Lo siento.

Thad contempló la pantalla. Una parte de Olivia esperaba que la ignorara, pero no fue así.

T: Me da igual.

O: Es complicado.

Esta vez sí que la ignoró. Olivia recurrió a lo poco que sabía sobre los deportistas profesionales y volvió a intentarlo.

O: ¿Nunca has escondido 1 herida?

Thad se quedó mirando el móvil. Sus dedos se movieron.

T: A mis amigos no.

O: Qué me dices de tus misteriosas llamadas de teléfono y la pantalla del ordenador q siempre escondes.

La mandíbula de Thad se tensó.

T: Es trabajo.

Olivia se mordió el labio inferior y le respondió.

O: Si me perdonas, me acostaré contigo.

La cabeza de él se irguió. Su mirada cruzó la limusina de punta a punta hacia ella. Sus dedos se apresuraron a teclear.

T: ¿Intentas sobornarme con 1 polvo?

O: Supongo q sí. Pero solo 1.

T: ¿Me mientes y ahora quieres q te PREMIE acostándome contigo?

Las mayúsculas eran un insulto directo que merecía una contestación del mismo tipo.

O: A estas alturas debería ser evidente q emocionalmente no estoy bien. ¡Por eso HE PERDIDO LA VOZ!

Al cabo de unos segundos, se le ocurrió añadir una etiqueta.

O: #compasión.

La respuesta de Thad fue breve.

T: #chorradas.

Olivia suspiró y guardó el móvil.

Él le lanzó una mirada. Sus dedos empezaron a teclear, pero enseguida se quedaron quietos. Y también se guardó el móvil.

Thad estaba con un humor de perros, y las obras que llenaban Dallas de tráfico no ayudaban. Estaba acostumbrado a las incesantes mejoras en las calles de Chicago, pero lo de Dallas se le antojaba peor, o quizá su estado de ánimo tuviera que ver más bien con lo que había ocurrido esa mañana. Recordó el esguince de tobillo que una vez ocultó por miedo a que la defensa de los Dolphins se aprovechara de su punto débil, así como de la costilla rota que se aseguró de esconder a todo el mundo. Pero eso era diferente. Él debía pensar en sus compañeros de equipo.

Aunque La Diva se jugaba su reputación. Debía bregar con espectadores que la abuchearían, con productores que no la contratarían y con críticos musicales que la despedazarían si no estaba al cien por cien.

Aun así, tendría que habérselo contado porque…

Porque tendría que habérselo contado.

Ese día, para tapar el silencio de Thad, Olivia se había encargado de responder a casi todas las preguntas de las entrevistas. Terminaron la tarde en un jardín de la ciudad, en una sesión de fotos para *D Magazine*. Había sido idea de Mariel. Henri había sugerido que los fotografiaran junto a una máquina de *pinball* muy retro. La idea de Henri habría dado lugar a instantáneas más memorables, pero era evidente que era Mariel quien llevaba ventaja en la lucha que mantenían, y ganó ella.

Cuando regresaron al hotel para descansar una hora, Thad se enteró de que Olivia se había ido a la piscina cubierta. Ella sola. Después de lo que sucedió en Nueva Orleans, Thad cogió la llave de

su habitación y corrió hacia la piscina con los pantalones cortos de deporte y una camiseta.

Olivia hacía unos largos en la piscina. Estaba sola. «¡Sola!». No había parejas despatarradas en las tumbonas blancas. No había niños que se llamaran a gritos. Thad se quitó la camiseta y se zambulló.

En cuanto lo vio acercarse, su brazada flaqueó y abrió los ojos como platos debajo de las gafas de natación.

—Muy buena idea —ironizó Thad—. Lo de venir aquí sola, digo.

—No me diriges la palabra, ¿recuerdas? —La Diva retomó el ritmo. Se alejó de él. Los mechones de pelo oscuro que escapaban del gorro que llevaba se pegaban a su cuello.

Thad pensó que quizá lo suyo fuera tan solo un enfurruñamiento. Le había espetado a Olivia que su comportamiento era una auténtica chorrada y tal vez había llegado la hora de dejar de ver la paja en el ojo ajeno.

Pero Olivia ya estaba a medio carril de distancia. Nadaba con fuerza y sus brazadas eran suaves; de hecho, nadaba mejor que él. Sin embargo, Thad era más fuerte y quiso demostrárselo, aunque llevar unos pantalones de gimnasio empapados en lugar de un bañador lo entorpecía.

Cuando al fin llegó hasta ella, le vio un feo moratón en el brazo, en el lugar en que la habían atacado. Esa marca significaba para él un fracaso, por no haberla vigilado más y mejor; sin embargo, si se lo comentaba, Olivia se limitaría a insistir en que no era responsabilidad suya.

Se quedó a su lado para dar varias brazadas con ella. El fuerte olor a cloro le inundaba la nariz. Cuando Olivia arribó al final del carril, dio una de esas volteretas en el agua que él jamás había aprendido a dar y se impulsó hacia delante, dejándole claro que no tenía ninguna intención de parar y hablar con él. Thad se empujó con la pared de la piscina. Vale que no era rival para el estilo de ella, pero pensaba ganarla en resistencia, qué coño. Miró el reloj.

Las 18:32 h.

Pistoletazo de salida. Una altanera diva de la ópera contra un *quarterback* de la NFL en inmejorable forma física.

Las 18:39 h.

Ya ni siquiera intentaba seguirle el ritmo, sino que la dejó fluir

con la cadencia y la elegancia que la caracterizaban.

Las 18:45 h.

Él avanzaba despacio, entre resoplidos. Todo fuerza, nada de estilo. Un largo tras otro.

Las 19:06 h.

Las brazadas de ella ahora eran más inestables. Se estaba cansando, pero se negaba a parar antes que él.

Las 19:14 h.

La luz menguante que se colaba por las ventanas se había teñido de naranja. Thad llevaba solo cuarenta y dos minutos nadando. Olivia, más que él.

Las 19:18 h.

Y entonces se le ocurrió que la herida del hombro debía de molestarla, y aun así se negaba a rendirse. Menudo gilipollas estaba hecho.

Thad la bloqueó cuando se le acercó.

—Me rindo. —Apoyó los pies en el fondo de la piscina—. Joder, eres muy fuerte. —Respiró hondo varias veces, innecesariamente, para que ella no se sintiera mal.

Al parecer, no era así. Se encontraban a menos de un metro y medio, por lo que Thad solamente veía una parte del sencillo bikini negro de ella. El rostro de Olivia estaba rojo, igual que la parte superior de su torso. Había llegado el momento de aclarar las cosas de una vez, e intentó no mirar hacia el moratón del hombro.

—Ojalá hubieras sido sincera conmigo —le dijo.

Olivia se quitó las gafas y se desplazó hacia el borde de la piscina.

—No es precisamente algo de lo que me apetezca hablar.

—Tú me presionas a mí para que hable de cosas de las que no me apetece hablar.

—¿Por ejemplo…? —Subió la escalerilla y le permitió disfrutar a su antojo de las maravillosas vistas de su firme trasero. Como no le respondía, Olivia lo miró desde el borde de la piscina—. ¿Te he obligado a hablar de cómo te sienta ser un suplente? ¿O de las misteriosas llamadas que siempre haces? ¿O de tu trayectoria como ligón en serie?

—Monógamo en serie. No es lo mismo. —Olivia se cernía sobre él; el agua recorría sus larguísimas piernas y las gafas le colgaban

de los dedos—. Tendrías que haberme contado la verdad y no poner esa grabación cada mañana.

—Te lo estoy contando ahora. —Lanzó las gafas a una de las tumbonas, se quitó el gorro de natación y se revolvió el pelo. Mientras ella se envolvía en una de las toallas del hotel, Thad dejó de observarle las piernas y subió la escalerilla. Olivia se giró hacia las grandes ventanas, que daban a un jardín. Él fue en busca de una toalla y dejó que se tomara su tiempo—. Dentro de menos de un mes —siguió diciendo—, está previsto que haga de Amneris en *Aida* en la Ópera Municipal de Chicago.

—Lo sé. Y la gran gala tendrá lugar la noche siguiente. —Se puso la toalla sobre los hombros—. Voy a aventurarme a lo loco y diré que actuar se ha convertido en un problema.

Olivia asintió débilmente mientras se giraba hacia él. Thad nunca la había visto tan indefensa.

—Cuando intento cantar, cantar de verdad y no canturrear una canción de Garth Brooks con una máquina de karaoke, nada suena como debería.

—¿Cuánto tiempo hace que te ocurre?

—Empezó el día que abrí ese correo. —Se desplomó en una de las tumbonas—. Esa noche tenía un concierto y percibí un nudo en el pecho. Cuanto más cantaba, más se debilitaba mi voz, hasta que al final casi no parecía yo. —Jugueteó con uno de los extremos de la toalla—. Desde entonces, solo ha empeorado. He ido al médico. —Daba la impresión de que se obligaba a mirarlo a los ojos—. Tengo lo que se llama una disfonía psicógena, una manera educada de decir que estoy loca.

—Lo dudo. —O bien la miraba desde arriba o bien se sentaba como ella. Escogió la tumbona de al lado—. Has perdido la voz porque crees que eres la responsable de que tu ex se suicidara, ¿verdad?

—Evidentemente, de eso se trata. —Metió los pies en las chanclas que había dejado cerca. Por más seria que fuera la conversación, Thad deseaba que Olivia se quitara la toalla. Era un capullo—. Ya te lo he dicho. Era cariñoso, atractivo. Me quería. Formábamos parte del mismo mundo. Nos encantaban los mismos compositores, los mismos cantantes. Casarnos nos pareció lo más natural, a pesar de que era consciente de lo sensible que era él. Y en

lugar de poner fin a la relación cuando debí hacerlo, seguí con él. —Estiró el tirante de la parte de arriba del bikini—. Nunca olvidaré cómo me miró cuando se lo dije. Como si le hubiera disparado. Irónico, ¿eh?

—Tú no le disparaste. Rompiste con él. Son cosas que pasan.

—Adam era mejor persona de lo que yo seré nunca. —Se ciñó la toalla más aún—. Era atento. Amable.

—Le gustaban los niños y los perros. Sí, ya me lo has dicho.

—Y sí que lo quise. —Se colocó un mechón de pelo mojado detrás de la oreja—. Pero no de la forma en que me quería él.

—¿Quién no la caga en materia de relaciones? Cometiste un error. Y ya está.

—Un error que le costó la vida a Adam.

—Adam le costó la vida a Adam. —A Thad no le gustó el comentario de Olivia.

—Él pensaba que estaríamos juntos para siempre. —Sincera y confundida, lo miró a los ojos.

—La gente lo deja. Y, después, te emborrachas, lloras, lo que sea. Y pasas página.

Finalmente, Olivia se soltó la toalla. La tela cayó y se arrugó junto a su cintura.

—¿Cómo se deja a una persona? ¿Qué se le dice? Supongo que tú tienes mucha práctica.

—A veces son ellas las que me dejan a mí.

Thad se había puesto a la defensiva y Olivia se dio cuenta.

—Pero normalmente ocurre al revés, ¿no? ¿Les sueltas algún tópico, en plan: «No eres tú, soy yo»?

—Nunca digas eso cuando vas a dejar a alguien.

—Pues cuéntamelo. —Le dedicó una sonrisa insegura—. ¿Cómo lo haces?

—Soy honesto desde el principio. No tengo nada en contra de que los demás se casen, pero a mí me gusta mi vida tal como es. No me gusta comprometerme con la marca de cerveza que bebo, como para comprometerme con alguien. Soy así de egoísta.

—No me puedo creer que en tu larguísima travesía de monógamo en serie no te hayas topado con mujeres que creyeron que lograrían hacerte cambiar de opinión.

—Las identifico rápido. Además, no todas las mujeres están

desesperadas por correr hacia el altar, ya lo sabes. Y yo tengo buen gusto, y la mayoría de las mujeres con las que salgo son lo bastante listas para saber qué quiero.

—No eres tan mala persona.

—Soy demasiado egocéntrico para casarme. —Thad se inclinó hacia ella—. Y con la mera idea de aceptar la responsabilidad de tener hijos me entran sudores fríos.

—¿Nunca has pasado por una ruptura dramática, pues? ¿Con lágrimas y gritos?

—He roto algún que otro corazón, pero ¡ninguna se ha suicidado!

—Qué suerte.

Una pareja mayor cruzó la puerta y se dirigió al *jacuzzi*. El hombre tenía vello gris en el pecho y la mujer llevaba un anticuado gorro con florecitas de goma, que contrastaba con el elegante gorrito de Olivia.

El estrépito de las burbujas del *jacuzzi* evitaba que los oyeran, pero Thad bajó la voz de todos modos.

—Igual habrías podido hablarle con sinceridad un poco antes, pero esperar demasiado para romper con alguien no es un delito. Lo ocurrido es culpa suya, no tuya. —Era consciente de que no le creía—. ¿Sabes cuál es tu problema?

—No. Ilumíname.

—Eres una perfeccionista. Quieres ser la mejor en todo lo que haces. Cantando, actuando, bailando, promocionando relojes, y hasta con tus relaciones. En tu cabeza, no hay margen para el error. No hay margen para equivocarse. Pero eres humana, te guste o no. —Thad sabía que Olivia podría espetarle esas mismas palabras. Para su fortuna, no lo hizo.

—Entonces, ¿me perdonas que te haya decepcionado?

—Eso depende.

—¿De qué?

—De si has dicho en serio eso de que me proponías una noche de sexo si perdonaba la grave traición que le has hecho a nuestra amistad. —Thad ladeó la cabeza en su dirección.

—Creo que no iba en serio.

—¿Crees?

Olivia se encogió de hombros. Parecía más una adolescente

insegura que una experimentada cantante de ópera.

—Pongamos las cartas sobre la mesa… Quieres acostarte conmigo y tal, pero te preocupa que un polvo lleve a una relación. Que es algo que no quieres.

—De ninguna de las maneras.

—Pues eso no es un problema insalvable, porque yo tampoco quiero. —Thad tiró de la toalla que llevaba sobre los hombros mientras reflexionaba brevemente hasta qué punto presionar a Olivia—. Esta es mi propuesta. Las Vegas. La última noche de la gira, antes de volver a Chicago. Tú, yo y una habitación. Follamos todo lo que podamos hasta la mañana. Y luego…

—¿Luego?

—Volamos hacia Chicago. Pasamos un par de semanas juntos hasta la gala. Cuando haya terminado, te dejo para siempre.

—Sigue. —Olivia sonrió.

—Así hay algo en el futuro que esperaremos con ganas (lo de Las Vegas) y solucionamos de un plumazo el problema de la relación que tan preocupada te tiene. —No solucionaba el problema del peligro que corría, un peligro que Thad seguía obcecado en resolver.

—Solo para que quede claro… —Olivia caviló unos instantes—. Pasarás por alto mi decepción, pero ¿solo si me acuesto contigo?

—Tu espectacular y dolorosa decepción. Y, como soy un caballero, me ofende muchísimo que pienses que negociaría con sexo. Esa idea ha sido tuya.

—Pero me perdonas, ¿verdad? —Olivia inclinó la cabeza para que el pelo le cayera sobre los hombros.

—Siempre y cuando me prometas que a partir de ahora me dirás la verdad en todo momento.

—Te lo prometo. —Extendió el meñique, un gesto tan de niña pequeña que Thad tuvo ganas de besarla—. En Chicago nos han preparado tres días de entrevistas, después un parón de dos semanas que tú aprovecharás para vaguear y yo para ensayar a saco. —La angustia que él esperaba no volver a ver nubló los ojos de Olivia. Se pasó los dedos por el pelo—. Pero en cuanto empiecen los ensayos, se acabó.

—Espera, espera. Se acabó cuando termine la gala. Es nuestra última obligación con Marchand, y no voy a permitir que nos dejes

sin esas dos semanas extras de felicidad sexual.

—Error. —Se retiró el pelo de la cara—. Follamos la última noche en Las Vegas. Follamos las tres noches que estemos en Chicago, antes de los ensayos. Y luego me dejas la noche del domingo, a pocas horas de que comiencen mis ensayos el lunes por la mañana.

—Vale. Cedo. La última noche en Las Vegas. Tres noches en Chicago. Y las dos semanas que pases ensayando. Te tendré preparada la cena y te daré un masaje en la espalda cuando vuelvas agotada. La noche de la gala, te dejo.

—¿Y se supone que estás cediendo?

Así quería Thad que fuera.

—Va a ser que no. —Olivia lo señaló con un largo y elegante dedo—. En cuanto empiecen los ensayos, me pondré a ello, concentrada al cien por cien, y lo nuestro habrá terminado.

—Venga, Liv, un poco de sensatez.

—La única ocasión en que nos veremos de nuevo será en la gala. Nos saludaremos como si fuéramos viejos amigos, posaremos para las fotos y seguiremos nuestros caminos por separado. Ya está. Somos historia. Nada de citas. Nada de cenas románticas. Nada de paseos por la orilla de un lago. Nada.

—Me tienes miedo de verdad, ¿eh?

—¿Aceptas o no? —Olivia se puso tiesa.

—Esta negociación se me ha dado como el culo, pero acepto. —Por ahora, al menos. Cuando la situación se hubiera arreglado, pretendía revisar el acuerdo.

—Genial. —Le lanzó una sonrisa radiante. Una sonrisa que él debió pasar por alto al percibir la rigidez que se había adueñado de los hombros y del cuello de Olivia.

—Liv, tienes que recomponerte.

—¿Cómo sugieres que lo haga?

—Deja de culparte por lo de Adam. Acepta tus múltiples defectos, que estaré encantado de enumerar, empezando por tu tendencia a salir corriendo por tu cuenta. —Se le ocurrió una idea—. También tienes que empezar a cantar para mí.

—Ya te lo he dicho. —Saltó de la tumbona, liberándose así de la toalla—. ¡No puedo cantar!

La pareja mayor del *jacuzzi* se los quedó mirando. Thad se

levantó y les impidió ver a Olivia.

—No he dicho que debas cantar ópera. Quizá un poco de *blues*. O *rock*. O «Susanita tiene un ratón». Me da igual. Soy solo un jugador de fútbol, ¿recuerdas? No sabré si lo que oigo está bien o mal cantado.

—Hemos escuchado *jazz* juntos, ¿recuerdas? Algo sabes de música. Y es la peor idea de la historia.

—¿En serio? Yo tengo que lidiar con Clint Garrett, ¿recuerdas? Un tío con todo el talento del mundo que sigue ahogándose bajo presión. Los dos os parecéis un montón.

—¿En qué?

—En que los dos me tocáis mucho los huevos.

Lo que no había sido más que una idea incipiente empezó a tomar cuerpo.

Cuando al día siguiente Thad llamó a la puerta de la habitación de Olivia una hora antes de lo previsto para marcharse a Atlanta, educadamente le sugirió que se fuera a la mierda. Por desgracia para ella, eso no lo desanimó, y acto seguido irrumpió en su cuarto, agarró el cepillo del pelo de la cómoda y se lo tendió.

—¡Canta!

—No.

—No me lleves la contraria, Olivia. Vamos a intentar un poco de terapia a mi estilo.

Olivia le apartó el brazo y procuró fulminarlo con su mirada más condescendiente.

—Los cantantes de ópera no utilizamos micrófonos.

—Ahora mismo, no eres una cantante de ópera. —Thad era infulminable—. Eres una cantante normal y corriente. Y esas utilizan micros. —Le tendió el maldito cepillo de nuevo—. Creo que me apetece algo de Ella Fitzgerald o de Nina Simone.

—Ponte Spotify.

—Y tú alardeas de tu ética profesional. —Los labios de Thad se curvaron, pero no de una manera positiva—. Yo veo a una mujer que se ha rendido. En lugar de darlo todo para solucionar tu situación, lo único que quieres hacer es lloriquear. —Como si sus palabras no hubieran sido lo suficientemente mordaces, añadió—: Me decepcionas.

Olivia Shore no decepcionaba a nadie. Le arrebató el cepillo de

las manos y cantó algo de Billie Holiday. Algunas notas de «*God Bless the Child*» fueron tan horribles que era una suerte que Billie ya estuviera muerta, porque de haber oído el pésimo fraseo de Olivia se habría suicidado.

—Con ese tema, podrías dar un concierto en Carnegie Hall ahora mismo. —Thad le sonrió.

Olivia le arrojó el cepillo. Apuntó hacia su pecho y no hacia su cabeza, aunque resultó inútil de todos modos, porque él agarró el cepillo antes de que lo golpeara.

—Así de bueno soy —respondió Thad ante la expresión de asombro de ella.

Ojalá Olivia también lo fuera.

—Y tú no eres tan mala como crees. —Le dio una palmada en la mejilla—. He pedido el desayuno. Un par de tostadas francesas con tarta de queso y fresas.

—Solo para mí, seguro. —Olivia lo miró con tristeza—. Mientras tanto, tú beberás un batido de kale y rúcula, acompañado de unos cuantos bichitos del jardín.

—Tú no te preocupes por eso.

Finalmente, no llegó a disfrutar de las tostadas francesas, porque cometió el error de echar un vistazo al móvil antes de sentarse a comer.

Capítulo Diez

El ataque que padeció en Nueva Orleans había llegado a los oídos de la prensa. Los periódicos convencionales lo relegaron a unas cuantas frases, pero las webs de cotilleos lo anunciaban a bombo y platillo.

> La policía ha compartido muy pocos detalles del extraño ataque que sufrió Olivia Shore, la estrella de la ópera. El incidente tuvo lugar en un callejón de Nueva Orleans. Al parecer, Shore salió indemne, pero ¿qué hacía en un callejón de la ciudad? Y ¿qué papel tuvo en el asunto Thad Owens, el *quarterback* suplente de los Chicago Stars, que se rumorea que está saliendo con la diva de la ópera? Cuántas preguntas.

Imposible que sonara más sórdido.

Thad seguía molesto en el ascensor de camino al vestíbulo del hotel, donde una limusina los recogería para llevarlos al aeropuerto a tiempo de embarcar rumbo a Atlanta.

—¡Están insinuando que te pegué yo! —exclamó.

Era justamente lo que insinuaban, pero Olivia procuró quitarle hierro.

—No del todo —dijo en voz baja.

—Lo suficiente.

—No entiendo por qué despertamos tanto interés.

—Porque soy un deportista estúpido y tú una diva de primer nivel, y es una historia demasiado buena como para dejarla pasar.

—Lo único estúpido que hay en ti es tu estilo con las camisetas. —Se acababa de enterar de que la que vestía ahora era de Valentino y costaba doscientos cincuenta dólares.

Thad miró abajo, hacia la ilustración rojiazul de astronautas que flotaban en el espacio.

—A lo mejor ha sido un error.

—No me digas.

En la limusina los esperaban solo Henri y Paisley. Por suerte, Mariel se había marchado, pero Olivia sospechaba que regresaría, como un resfriado persistente que cuesta quitarse de encima. Lo más probable era que hubiera corrido hacia el tío Lucien para quejarse de los palurdos a los que había contratado Henri para representar a la empresa.

—Miremos la parte positiva —les comentó Henri, menos alegre que de costumbre, al llegar al aeropuerto—: han llamado dos nuevas emisoras de radio para concertar entrevistas.

—Por razones que no vienen al caso —dijo Thad.

En cuanto hubieron embarcado, Thad recibió una llamada. Como se había sentado enfrente de Olivia, ella podía oír lo que respondía él, que básicamente eran gruñidos de fastidio. Cuando se guardó el móvil en el bolsillo, Olivia lo miró con preocupación.

—¿Todo bien?

—El gabinete de prensa de los Stars. Phoebe Calebow no está contenta.

Hasta Olivia conocía a la legendaria Phoebe Calebow, la propietaria de los Chicago Stars y la mujer más poderosa de la NFL.

Thad extendió las piernas tanto como el espacio le permitía.

—Phoebe no tolera en absoluto nada que dé a entender que uno de sus jugadores ha abusado de una mujer.

—Si quieres, hablo yo con ella.

—No, gracias, mamá. —Thad curvó los labios—. Ya me encargo.

—Solo intento ayudar.

—Es que nadie «habla» con Phoebe Calebow, a no ser que se trate de la realeza. O de un miembro de la familia Calebow. Es la mujer más intimidante y atractiva que hayas conocido.

—La he visto en fotos. De joven podría haber protagonizado un desplegable de la revista *Playboy*. O incluso ahora, si siguen haciendo desplegables.

—La gente solía subestimarla por su físico, pero ahora solo un idiota comete ese error. Hazme caso si te digo que nadie quiere buscarle las cosquillas.

Olivia percibía que estaba preocupado, y eso quería decir que ella también se preocupaba por él.

Conforme iban pasando los días, Relojes Marchand recibía más atención mediática de lo que esperaban, pero no toda era positiva. De pronto, demasiados presentadores de programas matutinos para adultos les pedían entrevistas, que Henri rechazaba para así atender a medios de comunicación más respetados.

Olivia enseguida perfeccionó sus respuestas a las preguntas sobre lo ocurrido en Nueva Orleans. En lugar de informar de que el ataque tuvo lugar en una librería, que no hacía sino volver más extraño el asunto, se refería a una tiendecita del Barrio Francés y a un claro caso de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Fue muy fortuito. Es evidente que detrás hay una persona con serios problemas mentales. Le agradezco profundamente a Thad que se apresurara a presentarse en la comisaría. Es un buen amigo.

Una respuesta que ponía fin a las preguntas de todos, a excepción de los más insistentes.

Fueron de Atlanta a Nashville, y Thad seguía intentando que cantara para él. Olivia agradecía su buena intención, pero cantar un par de temas de Billie Holiday no la ayudaría a dejar atrás la clase de bloqueo a que se enfrentaba. Aun así, él era terco y ella estaba desesperada. Siempre que se quedaban a solas y disponían de un descanso entre entrevistas, le mostraba el móvil con la letra de una canción en la pantalla. Hoy era el turno de «*Georgia on My Mind*».

—A ver qué tal —dijo Thad.

—Esto no me va a arreglar —protestó.

—Deja de ser tan negativa. Esta mañana has sonado mejor que ayer, y te gusta cantar *jazz*.

Olivia observó la letra de «Georgia on My Mind».

—Hay una gran diferencia entre cantar una canción de Ray Charles y lanzarse a un fa mayor en el «*Quale insolita gioia nel tuo sguardo*» de Amneris. —Al reparar en la expresión confundida de él, se lo tradujo—: Qué insólita alegría brilla en tu rostro.

—Gracias.

—En el tuyo no. En el de Radamès. Y él está pensando en el amor que siente por Aida, no en la pasión que no le despierta Amneris, para desgracia de esta.

—Es lo que pasa cuando una mujer va muy en serio con alguien, hasta en el antiguo Egipto.

—Exacto. —Olivia pensó en Adam. En *Aida*. En el modo en que Amneris conduce a Radamès hasta su muerte. Le arrebató el teléfono y empezó a cantar—. Georgia… Georgia…

Thad cerró los ojos y escuchó.

Era *jazz*, no ópera, y el nudo que tenía Olivia en el pecho se relajó. No lo suficiente para producir los sonidos que necesitaba entonar. Estaba lejos de eso. Pero como había comentado él, cantó mejor que el día anterior.

Thad les había prometido a algunos amigos de Nashville que saldría con ellos, pero se comprometió antes de erigirse en defensor de la seguridad de La Diva. Y no se imaginaba arrastrándola hasta otro bar ruidoso. Se vería obligada a forzar la voz para hablar y la pobre ya tenía suficiente estrés. Además, era una noche solo de tíos, y se suponía que debía presentarse al cabo de una hora.

Mientras valoraba las distintas opciones, caminó hacia la *suite* contigua, donde Olivia hacía unos saludos al sol de yoga junto a las ventanas. Se despatarró en un sofá y fingió mirar el móvil, cuando, de hecho, lo que hacía era admirar la fuerza de ella y la tela de los pantalones de yoga, que se ceñía en torno a su culo.

Pensó en su dilema. Les debía una a sus amigos y no quería cancelar, pero Henri estaba ocupado y Paisley era una inútil.

Sonó el timbre de la *suite*. Thad impidió que respondiera ella y fue él a abrir la puerta.

Al otro lado se encontraba Clint Garrett.

—Estaba visitando a una amiga en Memphis, y se me ha ocurrido pasarme.

—Memphis está a más de trescientos kilómetros de aquí —observó Thad.

—Y qué. —Clint se encogió de hombros.

Por una vez, Garrett apareció en el momento más oportuno.

—Entra.

—Hola, Clint. —La Diva lo saludó y regresó a los saludos al sol.

—Siento no haber podido llegar antes —dijo Clint—. Me he enterado por los periódicos, y he oído que Phoebe está armando una buena. Quiero que sepas que estoy aquí si me necesitas, T-Bo.

—Te lo agradezco. —Thad le dio una palmada en la espalda—.

Curiosamente, me alegro de que hayas venido.

—¿Y eso? —Clint le lanzó una mirada suspicaz.

—Tengo que salir y quiero que te quedes con Liv.

—No necesito que nadie se quede conmigo. —Olivia deshizo la postura del perrito.

—Sí que lo necesita. —Le dio a Clint más detalles del ataque de Nueva Orleans y mencionó las notas amenazantes—. Ha habido otras bajezas. Una llamada, un par de paquetes. Y hay un tal Rupert que la acosa.

—Rupert no me… —Olivia se incorporó.

—No me fío de la seguridad del hotel —siguió diciendo Thad, ignorándola—. A los hechos me remito: no has tenido problemas en llegar hasta aquí. Además, tiene la costumbre de escabullirse.

—Yo no me…

—Necesito que te quedes un par de horas. —Le dio otro golpecito a Clint en la espalda—. ¿Te importa vigilarla por mí?

—Claro.

—No necesito canguro —bufó la yogui desde la ventana.

—Es muy escurridiza —añadió Thad—. Que no se te escape.

—Yo no soy…

—Entendido —dijo Clint—. ¿Me puedo liar con ella?

—Inténtalo. —«Gilipollas»—. No creo que lo consigas. —Por otro lado, Clint era un tío muy atractivo, y Thad ya sabía el requisito más importante de La Diva en lo que a amantes se refiere: ninguna posibilidad de ir a más.

Thad miró a La Diva de reojo.

—Clint no es el tío más listo del mundo, y el sexo es la única manera que conoce para relacionarse con una mujer. No creo que caigas en sus redes, pero si resulta que sí… Asegúrate de que su herpes está bajo control.

Clint se echó a reír y golpeó a Thad muy fuerte en un hombro.

—Eres de lo que no hay, tío.

—No necesito un canguro —La Diva sonrió—, pero será estupendo estar con alguien que no me da órdenes sin parar.

—Te entiendo —asintió Clint—. Ay, te entiendo perfectamente.

—No la pierdas de vista. —Thad lo fulminó con la mirada.

—Que no.

Thad se reunió con sus amigos, pero no se lo pasó bien. Estaba

demasiado ocupado pensando en lo que debía de estar ocurriendo en el hotel.

—Esa parte siempre me impacta. —La voz de Clint sonaba sospechosamente emocionada—. «Tú me completas». Todo el mundo habla de lo otro, lo de «Ya me tenías con el hola», pero cuando él dice «Tú me completas»… ¿Qué clase de tío dice algo parecido? Aun así… Me impacta.

Olivia se secó los ojos mientras aparecían los créditos de *Jerry Maguire*.

—¿Por qué no había visto nunca esta peli? Ya lo sé. Porque creía que iba sobre fútbol.

—No hay suficiente acción. —Clint se recuperó de su breve demostración de emoción y extendió un brazo sobre el respaldo del sofá—. Si T-Bo te pregunta, dile que hemos visto *El aguador*.

La pierna sobre la que se había sentado Olivia se había dormido, y la movió.

—¿No es una de esas películas de Adam Sandler?

—Es la preferida de la mayoría de los jugadores —asintió Clint.

—Porque *Jerry Maguire* es demasiado para tías, ¿verdad?

—Yo no lo diría con esas palabras.

—Entonces, ¿cómo lo dirías?

—Es demasiado para tías.

Olivia soltó una carcajada y se levantó del sofá. Agitó la pierna entumecida para reactivar la circulación sanguínea.

—Me voy a dormir, y no hace falta que te quedes. En serio. Thad está muy pesado.

—Tranquila. Me quedaré un rato.

—No seas un pelele. No eres su esclavo.

—Eso lo dices tú.

—No deberías permitir que te hable como te habla. —Olivia se sentó—. He investigado un poquito y después de tu segunda temporada tienes mejor nota como *quarterback* que Dean Robillard en su día, y sé que en teoría se lo considera uno de los mejores jugadores de los Stars. Pero Thad te trata como si fueras un adolescente.

—En el fútbol americano, debes ganarte el respeto. —Clint asintió.

—Y ¿tú no te lo has ganado?

—No el tipo de respeto que quiero de él.

—Pero eres mejor jugador que él. Por eso no lo entiendo. El que empiezas eres tú. No él.

—No es tan sencillo. Soy más rápido que él, y mi brazo es más fuerte. Pero T-Bo… es el hechicero. Hasta con su problemilla visual es capaz de encontrar a un receptor donde no lo vería nadie, y su manera de interpretar una defensa… Es como si tuviera percepción extrasensorial. Tengo que aprender cómo lo consigue.

—¿Aunque para ello te toque tragar con su desdén?

—T-Bo y yo… tenemos un acuerdo. Siento devoción por él. —Le lanzó una mirada más afilada—. Pero en lo que respecta a T-Bo y las mujeres…, quizá deberías ir con cuidado.

—No hace falta que me avises. Nunca lo he tenido tan claro con nadie. Ningún hombre va a distraerme. —Sabía que no la creía, así que intentó explicarse—. Nosotros tres… Tú, Thad y yo… No somos como los demás. Nuestro trabajo es lo primero.

Clint asintió y después le sonrió.

—¿Te apetece putearlo un poco?

Olivia ladeó la cabeza.

—¿Qué se te ha ocurrido?

«¿Dónde coño se había metido?». Cuando regresó al hotel y vio que la *suite* estaba vacía, le había mandado un mensaje a Olivia y no había recibido respuesta. Acto seguido, escribió al imbécil al que, en una estúpida decisión por su parte, había dejado vigilándola.

Cricrí.

Bajó a toda prisa a la recepción y habló con un botones, que le contó que había visto a Garrett marcharse en su Maserati GT descapotable, acompañado de La Diva.

Thad se dijo que estaría bien. El idiota no era idiota. Él la mantendría a salvo. Pero…

Debería estar dormida en su *suite* con Garrett de guardia junto a la puerta de su habitación.

Empezó a caminar de un lado para otro como si fuera un padre que espera a que vuelva el hijo que incumple el horario.

Pasó media hora. Una hora. Al final, oyó cómo se reían en el pasillo. ¡Los muy cabrones se reían!

Se abrió la puerta. Olivia estaba despeinadísima. Su vestido era una falda arrugada, llevaba el pelo enmarañado e iba descalza, con

los zapatos en la mano. Lo que más le llamó la atención a Thad sobre Garrett fue lo joven que parecía. El epítome de la virilidad juvenil. Sin ojeras debajo de los ojos, con la piel tersa e hidratada, y se apostaría cualquier cosa a que a Garrett no le crujían las rodillas cuando se levantaba de la cama por la mañana.

—¿Dónde estabais? —Thad procuró mantener el control de la voz, pero de todos modos sonó igual que un padre en plena reprimenda.

—En un club —respondió Olivia tan feliz.

—¿En un club? —Perdió los nervios y vertió toda su rabia sobre Garrett—. ¿La has llevado a un club?

—Es muy fiestera. —El niñato se encogió de hombros.

—¿Qué pasa con tu voz? —Thad se giró hacia Olivia—. ¿Qué clase de cantante de ópera va a un club nocturno, donde los niveles de ruido se salen de la puta escala de decibelios?

—Es que no he hablado. —La sonrisa de ella era exasperante y serena.

—Baila superbién —se apresuró a añadir Garrett.

—Tú también. —Olivia le dedicó todo tipo de sonrisas.

—Supongo que debería marcharme. —Garrett miró a Thad con inquietud.

—Supones bien —le espetó Thad.

Una de las cejas de Garrett se arqueó ligeramente y entonces, de la nada, cambió de planes. Con un rápido movimiento de *quarterback*, besó a La Diva con precisión milimétrica, justo en los labios. Un movimiento abierto, muy profesional…

… hacia una receptora disponible que le devolvía el beso.

Thad dio un paso atrás.

La Diva extendió el brazo hacia él, no hacia el *quarterback* que la besaba, para apartar a Thad sin dejar de mantener los labios pegados a los de Garrett. Por fin los despegó y le dio una palmada en el pecho al muy capullo.

—Buenas noches, amante mío.

Garrett sonrió y se encaminó hacia el pasillo. Antes de llegar, sin embargo, hizo un movimiento rápido y leve, tan rápido y leve que Thad dudaba de que La Diva se hubiera dado cuenta. El niñato levantó los brazos y señaló a Thad, un gesto que terminó casi tan pronto como había empezado.

«Hijo de puta». Garrett le había hecho una señal de fútbol americano. La misma señal que utilizaban los árbitros para indicar que el equipo ofensivo acababa de anotar el primer punto.

Atontada, La Diva cerró la puerta y sonrió a Thad.

—Qué bien me lo he pasado.

Thad respiró hondo. Y luego otra vez. Casi no se reconocía. ¡Él era Thaddeus Walker Bowman Owens! En la vida había estado celoso de otro hombre, y ahora lo estaba, echaba chispas por el comportamiento de un novato que acababa de salir de clase. Un niñato que corría más rápido que Thad, que lanzaba más lejos…

La Diva sonrió de nuevo y le dedicó su mirada suave y fundida de no-diva.

—Me encantas. De verdad.

Y nada más. Antes de que a Thad lograra ocurrírsele una suerte de respuesta, Olivia se marchó hacia su habitación con la falda negra y arrugada pegada en los muslos.

Olivia sonrió mientras usaba el cepillo de dientes eléctrico. Se pirraba por Clint Garrett. Era el travieso hermano menor que siempre había querido tener, aunque de ninguna de las maneras habría besado a su hermano menor como había besado a Clint. Pero esta noche, con Thad de espectador, había sido imposible resistirse a la diversión.

Diversión. Algo que no había formado parte de su vida hasta que apareció Thad Owens.

Pasar la noche con Clint e intentar seguir sus pasos de *country* había supuesto un alivio al abrumador chisporroteo sexual que experimentaba cuando estaba con Thad. Mezclado con un presentimiento, ese chisporroteo ejemplificaba la siniestra sensación de que se estaba acercando demasiado al borde de un volcán activo.

Se enjuagó la boca y puso el cepillo en el cargador. Aunque los celos de Thad no habían sido sino una manifestación de su rivalidad profesional con Garrett, le había encantado provocarlo.

Mientras se aplicaba el limpiador facial con esencia de almendras, la loción y el retinol, decidió que Thad Owens debía de ser el hombre más decente al que había conocido. Había adoptado el papel de su cuidador, lo quisiera ella o no. Resultaba tan extraño. En su relación con Adam, la cuidadora había sido ella. La guardiana de su carrera, la custodia de sus sentimientos, la que siempre se

acomodaba. Que alguien la cuidara a ella era una experiencia nueva.

Vaciló antes de abrir el grifo a tope para tapar el ruido de su voz, y empezó a cantar sus escalas. Al final, intentó alcanzar una C alta.

No lo consiguió.

Capítulo Once

Durante los dos días siguientes, Thad actuó como si nada, como si el incidente con Clint no hubiera tenido lugar, pero la actitud de Olivia seguía tocándole los huevos. Llevaba liderando la ofensiva desde que era un niño. Él era el que urdía las estrategias, no La Diva. ¿En qué clase de juego se había lanzado ella?

Olivia lo miró por encima del carrito del servicio de habitaciones. Se habían acostumbrado a desayunar muy pronto y juntos en una *suite* o en la otra, y hoy estaba devorando una tortilla de claras de huevo.

—Me muero de ganas de oírte cantar una versión del «*Time After Time*» de Cassandra Wilson. —Thad levantó los ojos del teléfono.

—Pues llama a Cassandra Wilson. —Olivia alzó la cabeza—. Estoy segura de que estará encantada de cantártela.

—Venga, Liv. No seas así.

—Ni siquiera puedo con la versión de Cindy Lauper. No sé cómo es la de Cassandra.

—Yo te la pongo.

Y se la puso. Olivia se reclinó en la silla, el desayuno abandonado en el plato, y escuchó la versión desgarradora y conmovedora de Wilson del gran éxito de Lauper. Cuando terminó la canción, giró la cabeza y miró por la ventana para contemplar la silueta de Manhattan.

Comenzó a cantar. No era ni Lauper ni Wilson; era un precioso híbrido que solo ella era capaz de producir. Pero hasta Thad sabía que no se trataba de ópera; y conforme la voz de Olivia se apagaba, la vio tan nostálgica que apenas pudo soportarlo.

—Tenemos un par de horas antes de ir a Tiffany —Thad se apartó del desayuno— y se me ha ocurrido una idea…

Los once candelabros de cristal del vestíbulo de la Ópera Metropolitana de Nueva York seguían formando un escenario espectacular aun con la luz de la mañana. Era imposible que ese lugar fuera más diferente de los clubes de *jazz* en sótanos donde Thad solía ir.

—En el auditorio hay veintiún candelabros más. —Liv ofrecía su habitual imagen de superestrella con uno de esos vestidos negros ceñidos que se había puesto ese día, junto a unos pendientes coloridos de oro, el enorme brazalete egipcio y el Cavatina3. Un par de zapatos de tacón de color carne hacía que sus elegantes piernas parecieran dispuestas a recorrer una pasarela—. Antes de que empiece la función, doce de los grandes candelabros del auditorio ascienden por encima del público. —Olivia apoyó una mano en la curvada barandilla—. Es espectacular.

—Ya me lo imagino.

Fuera de los elevados ventanales de la Metropolitana, una marea de turistas se reunía en la fuente del Lincoln Center para hacerse fotos, y a lo lejos el tráfico empujaba para avanzar por la Novena Avenida. Manhattan era una locura. El ruido. El tráfico. El ajetreo del medio oeste de Chicago nunca lo había irritado tanto como el caos de la Gran Manzana. O quizá su mal humor tenía más que ver con el recuerdo de los labios de Clint Garrett sobre la boca de La Diva.

—Los candelabros fueron un regalo del gobierno austríaco a los Estados Unidos en la década de los sesenta —lo informó Olivia—. Un regalo de agradecimiento por el plan Marshall.

Le lanzó una mirada de reojo con la que sugería que dudaba de que Thad supiera a qué se refería el plan Marshall. Él no solo había estudiado Economía en la universidad, así que estaba convencido de que sabía más que ella acerca de los miles de millones con los cuales los EUA ayudaron a la recuperación de la Europa Occidental una vez terminada la Segunda Guerra Mundial.

—No todos los deportistas somos unos ignorantes, Liv. De no haber sido por el plan Marshall, los pueblecitos de los Estados Unidos estarían sin *sheriff* —bromeó.

Olivia parpadeó y se echó a reír, pero la réplica que hubiera pensado fue interrumpida por la aparición de un hombre bajito y robusto con una sedosa melena grisácea y una sonrisa fingida.

—¡Olivia! ¡Querida! ¿Sabe Peter que estás aquí? ¿Y Thomas? Hace una eternidad que no te vemos.

—Cuatro meses —respondió ella después de haberle dado esos dos besos que Thad consideraba antiamericanos—. Y no se trata de una visita oficial. Charles, te presento a mi… amigo, Thad Owens. Thad, Charles es uno de los administradores que mantiene este lugar en pie.

Charles sacudió la cabeza con educación, pero él estaba mucho más centrado en La Diva.

—Esta mañana he recordado *Electra* y tu Clitemnestra. «*Ich habe keine guten Nächte*». Todavía me entran escalofríos. Estuviste brillante.

—*Electra* —dijo Olivia—. Nuestra versión operística de una película gore.

—Tan sangrienta y tan deliciosa. —Charles se frotó las manos—. Y vas a hacer de Amneris en Chicago. Todo el mundo está emocionadísimo. —La sonrisa de La Diva se congeló momentáneamente, pero Charles no se dio cuenta.

Hablaron un poco más de ópera y Charles trató a Liv como si fuera una diosa que había descendido delante de él. Hicieron acto de presencia unos cuantos trabajadores, y uno de ellos incluso la besó en la mano. Thad debía admitir que resultaba interesante ver cómo adulaban a alguien que no fuera él, para variar. Y también resultaba esclarecedor. Sabía que Liv era un peso pesado en el mundo de la ópera, pero ser testigo de hasta qué punto era así le dio que pensar.

Y supo que su misión era todavía más apremiante.

La expresión que vio en su rostro durante el desayuno, mientras escuchaban a Cassandra Wilson, había sido demasiado para él. Le dijo que le apetecía que le enseñara las bambalinas de la Metropolitana porque el edificio le llamaba la atención, cosa que era cierta, pero lo más importante era que esperaba que regresar a un entorno tan conocido para ella, de algún modo, la desbloqueara.

Ayudar a La Diva a recuperar la voz se había convertido en casi la misma obsesión que imaginarlos a ambos en la cama la última noche que pasarían en Las Vegas. Aunque solo faltaban unos cuantos días, parecía que faltaban meses. Como sabía por experiencia, los grandes deportistas no se achantaban bajo

presión…, pero a veces sí. Thad había investigado un poco acerca de la disfonía psicógena y se preguntó si las lecciones que había aprendido a lo largo de los años en el mundo de los deportes podían extrapolarse a la música.

Liberar el potencial de los demás era algo que se le daba genial. La Diva era un caso perdido, pero también lo era cualquier deportista en algún punto de su carrera. Tal vez fuera su ego el que hablara por él, pero le gustaba la idea de ser la persona que la desbloqueara.

Al cabo de un rato, Liv se libró de sus admiradores y lo condujo escaleras arriba hacia la planta superior, donde se encontraban los palcos, y desde donde podrían presenciar un ensayo de la inminente producción de una obra en ruso, cuyo título fue incapaz de pillar. Ver a unos cien cantantes moverse por el escenario era impresionante.

—Hay tres grandes escenarios adicionales —le contó Olivia—. Aparecen y desaparecen gracias a unas plataformas motorizadas.

Y él creía que preparar un partido de la NFL era complicado.

Liv lo llevó hasta el laberinto que formaban las distintas salas del departamento de vestuario: zonas atestadas de rollos de tela, máquinas de coser, mesas alargadas donde se cortaban y se ajustaban los adornos e hileras de maniquíes sin cabeza con disfraces.

—¡*Madame* Shore! —Una mujer mayor con pelo corto y rojizo se les acercó. Sobre su pecho colgaban un par de gafas para leer, sujetas por un largo cordel.

—¡Luella! Me alegro de verte.

Liv los presentó y Luella se hizo cargo de la visita. Le mostró a Thad los vastos estantes donde se guardaban miles de ropajes.

—Solo para *Guerra y paz* teníamos mil cuatrocientos disfraces —le explicó Luella.

Pudo observar a un zapatero que remataba un par de botas y cómo se elaboraba una peluca. El meticuloso proceso de añadir los cabellos de dos en dos requería una paciencia que no podía imaginar.

Allá por donde pasaran, Thad era testigo del cariño y de la admiración que los trabajadores del teatro sentían por Olivia, un cariño que era mutuo. Se acordaba de los nombres de los maridos,

las esposas, los hijos y los novios de cada uno de ellos. Mostró interés por las bajas y por cómo se desplazan hasta el trabajo. Olivia se manejaba en el teatro igual que Thad en el campo de fútbol: prestaba atención a todo el mundo, desde los administradores hasta los nuevos empleados.

Hubo varias personas que lo reconocieron —el chico que se encargaba de planchar las arrugas de los rollos de tela, una mujer de mediana edad que confeccionaba una intrincada labor de costura, un par de mileniales—, pero aquel era, obviamente, el terreno de juego de Olivia.

Luella desapareció y regresó con una prenda que Thad identificó gracias a los vídeos de YouTube de *Carmen*: un vestido deliberadamente harapiento y escotado con un corpiño blanco que estaba sucio a propósito, un corsé y una falda carmesí. Olivia se tensó a su lado cuando Luella lo extendió sobre la mesa y abrió la parte trasera.

—*L'amour est un oiseau rebelle* —dijo la mujer—. El amor es un pájaro rebelde.

Thad ya sabía a qué pieza se refería; se trataba del título oficial de «Habanera». Al fijarse en el escote, se acordó de cómo el aceitoso pecho de Liv se derramaba por encima del borde. De cómo la falda se arremolinaba entre sus piernas, desnudas y separadas. Era más sexi que ver porno.

—Fíjese en esto, señor Owens. —Luella terminó de abrir el vestido.

Habían cosido tres etiquetas, cada una de ellas con el nombre de las cantantes que habían lucido ese vestido, el número del acto y la ópera en que se lo habían puesto.

> *Elīna Garanča, Acto 1, Carmen.*
> *Clémentine Margaine, Acto 1, Carmen.*
> *Olivia Shore, Acto 1, Carmen.*

—La historia de cada vestido. —Olivia acarició la etiqueta.

—Espero que no tardes mucho en volver a ponértelo —dijo Luella.

Olivia asintió, aunque apretó los labios.

El comentario de Luella permaneció junto a Olivia durante el resto el día. ¿Y si nunca volvía a ponerse el vestido de Carmen? ¿O, lo que era más acuciante, el elaborado tocado egipcio de Amneris y el collar de joyas? La última vez que cantó la escena del juicio como Amneris, el público se puso en pie. Hoy la abuchearían.

La mañana siguiente, Henri la acompañó en la charla que dio a los estudiantes del conservatorio de música del Upper East Side, mientras Thad visitaba a un grupo de deportistas principiantes con Paisley. Los alumnos del conservatorio eran una dinámica mezcla de jóvenes con becas e hijos de familias pudientes. Su entusiasmo por la música, las preguntas sinceras y las opiniones sin censura le recordaron a Olivia lo inocente que había sido años atrás, cuando jamás habría imaginado que permitiría que llegaran a robarle la voz.

Henri insistió en que fueran en limusina, aunque podrían haber ahorrado tiempo yendo en metro. Mientras él hablaba por teléfono, los pensamientos de Olivia tomaron un desagradable derrotero hacia Adam, las amenazas que había recibido y la inminente función de Chicago. Se detuvieron en un semáforo de la Quinta Avenida. Miró por la ventanilla hacia el Museo Metropolitano de Arte, y lo que había sido una débil idea se volvió más urgente. Comprobó la hora en el Cavatina3. Eran las 9:56 h. Perfecto.

—Henri, el museo abre dentro de cuatro minutos. Voy a hacer una parada rápida. Nos vemos en el hotel.

—¡*Non, non*! Thad insistió en…

—Es el Museo Metropolitano. Estaré bien. —Saltó del vehículo antes de que pudiera detenerla, atravesó el tráfico y se despidió de Henri con la mano. Una visita impulsiva al Metropolitano de Arte justo cuando iba a abrir las puertas difícilmente contaba como un gran riesgo.

—¡Te esperaremos aquí! —le gritó Marchand, sacando la cabeza por la ventanilla y con el pelo castaño hacia atrás—. Avísame cuando estés.

Olivia asintió y subió la escalinata principal.

No tardó demasiado en superar el control de seguridad y pagar la entrada. Sabía dónde quería ir exactamente, dónde necesitaba ir, y enseguida giró a la derecha. Pasó por delante de la tumba de Perneb sin detenerse. No era más que un alto funcionario del

Antiguo Egipto, y Olivia precisaba de mayor poder del que Perneb podía darle. Dejó atrás las momias y el equipo funerario ptolemaicos, y los relieves de Ramsés I hasta llegar al templo de Dendur.

Las hordas de visitantes todavía no habían bajado hasta allí, y en la amplia galería, iluminada gracias a los inclinados ventanales, reinaba el silencio. Tal vez se tratara de la atracción más popular del museo, pero lo que la había impulsado a visitarla no era la popularidad, ni la nostalgia por las veces que actuó en ese mismo lugar en eventos culturales y en galas de etiqueta. Había ido hasta allí porque el templo de Dendur estaba dedicado a Isis, e Isis era una de las diosas egipcias más poderosas, guardiana de la magia y de la sanación, dos cosas que ella necesitaba muchísimo.

El agua del estanque que precedía el templo representaba el río Nilo, iluminado por la luz del día. Olivia cruzó la puerta de la construcción y avanzó hasta el templo mismo, pasando entre las dos columnas con capiteles en forma de plantas. Dos visitantes se le habían adelantado. Quizá ellos también percibieran la sacralidad del lugar, porque nadie pronunciaba palabra.

Tiempo atrás, visitó el templo con un egiptólogo capaz de leer todos los antiguos jeroglíficos que adornaban las paredes de piedra, pero a Olivia le interesaba más imaginarse las vidas de los nubios que se juntaban allí.

Puso una mano sobre la pared. «Isis, si te queda algo de magia, ¿podrías ayudarme? ¿Darías sosiego a mi pecho y me abrirías la garganta? Devuélveme la confianza. Déjame…».

—¿Olivia?

En cuanto dio media vuelta, vio que una mujer bajita entraba en el templo. La esperanza que albergaba de estar a solas se esfumó.

—Querida. —La mujer tomó las manos de Olivia—. ¡Justamente estaba pensando en ti!

—Kathryn, ¿cómo estás?

—¡Liadísima! Como solo faltan tres semanas para la gala de *Aida*, la cabeza me da vueltas con mil ideas. Estamos construyendo una recreación de Dendur en la entrada, para que los invitados pasen por una puerta parecida.

—Seguro que será espectacular.

La viuda de Eugene Swift parecía el estereotipo de una mecenas

de arte septuagenaria. Delgada y elegante, con una diadema de terciopelo negro que le apartaba el pelo gris de la cara, llevaba lo que con toda seguridad era un vestido de Chanel *vintage*, además de unos zapatos de tacón cuadrado negros —probablemente de Ferragamo— que a las mujeres de su edad y estatus social tanto favorecían. Como sustituta de su esposo al frente de la Ópera Municipal de Chicago, así como una de las donantes más generosas, era la última persona con la que Olivia quería hablar de sus problemas de voz.

—¿Qué haces en Nueva York? —le preguntó.

—Tenemos una casa aquí. —Kathryn le restó importancia con un gesto—. Ahora que Eugene se ha ido, solo quedamos mi hijo y yo.

—Era un hombre maravilloso —dijo Olivia con sinceridad—. Todos lo echaremos de menos.

Olivia había aceptado la petición de Kathryn y cantó en el funeral. Eugene Swift había sido un auténtico erudito de la ópera que apreciaba el arte desde todas las perspectivas posibles. También había sido su amigo.

—Le habría encantado la gala de *Aida* —dijo Kathryn—. Propongo ir con un disfraz de la obra, pero solo las mujeres. Si te soy sincera, me quitaría el apetito tener que ver a hombres barrigudos embutidos en prendas egipcias de lino blanco. Me van a diseñar un traje para el evento. Si quieres, te doy el nombre de mi modista.

—Seguro que me dejan coger prestado algo de vestuario.

—Eres un encanto. Todo el mundo estará pendiente de ver lo que llevas puesto. —Kathryn miró hacia las paredes del templo. Olivia sabía que la auténtica pasión de la mujer tenía que ver con los museos de arte, no con la ópera, y le agradecía que siguiera colaborando con la Ópera de Chicago para honrar el recuerdo de Eugene—. Me encanta este templo —dijo—. Puesto que no lo robaron, como ocurrió con los mármoles de Elgin, una puede admirarlo sin sentirse culpable.

Olivia conocía perfectamente la historia del templo. Fue un regalo del gobierno egipcio por el papel que desempeñaron los Estados Unidos en la conservación de los monumentos nubios durante la construcción de la presa de Asuán.

A diferencia de otras personalidades famosas, Kathryn todavía

era capaz de fruncir el ceño.

—Menudo dilema. Lo más sencillo sería pensar que los museos deberían devolver los elementos robados a los países de origen, pero ¿y si se trata de países como Siria o Irak, donde el ISIS ha causado tanta destrucción? No quiero que se me acuse de insensibilidad cultural, pero hasta que esos países se estabilicen, nuestros museos deben aferrarse a lo que tenemos. —Posó una mano en uno de los símbolos ovalados del templo—. Nunca le perdonaré al presidente Lyndon B. Johnson que cediera el templo de Dendur al Metropolitano, en lugar de llevarlo a Chicago. Habría sido una espléndida incorporación al Instituto de Arte. Aun así, hay que admitir que el Metropolitano lo ha conservado a las mil maravillas.

Olivia no oyó el resto del monólogo de Kathryn porque divisó una silueta familiar e inoportuna que cruzaba la puerta. Se dirigía hacia ellas con su gracilidad de deportista y una mirada gélida. Nada más detenerse al lado de Olivia, ella le regaló su sonrisa más radiante.

—Kathryn, te presento a Thad Owens. Thad, la señora Swift es nuestra anfitriona de honor de la gala de Chicago.

Kathryn tendió una mano arrugada en la que brillaban, entre otras cosas, un impresionante anillo de jade.

—Sí. El jugador de fútbol. He coincidido con su encantadora propietaria, la señora Calebow, en varias ocasiones.

Antes de que Olivia puntualizara que Phoebe Calebow era la propietaria del equipo, no de Thad en concreto, él tomó la mano de la anciana.

—Es un placer conocerla, señora Swift. —La mirada que le lanzó a Olivia era de todo menos agradable.

Ella le agradecía que se preocupara, pero no le gustaba tener un guardaespaldas a tiempo completo.

—Debemos irnos, Kathryn.

En cuanto dejaron atrás las puertas del templo, Thad empezó a abroncarla. Olivia apenas lo escuchó. El Victory780 la distrajo; no el reloj en sí mismo, sino el modo en que la muñeca de Thad lo exhibía, con perfección masculina.

Daba igual lo que pensara Mariel Marchand, era imposible haber encontrado a un hombre mejor para representar ese reloj. Thad era

un líder natural que protegía a los demás y que se exigía mucho a sí mismo. Era un tío muy seguro, pero no se tomaba demasiado en serio. Era inteligente, carismático y más sexi de lo que debería ser un ser humano.

El deseo le recorrió el cuerpo. «Las Vegas». ¿Por qué había aceptado ese alocado trato? ¿Por qué esperar a Las Vegas? ¿Por qué no ahora? ¿Esta mañana? ¿Esta noche?

¿Nunca?

El mundo giraba y escapaba a su control.

—¿Cuándo vas a ponerle fin a tu adicción al porno? —le soltó Olivia al salir a la Quinta Avenida.

—¿Mi qué?

—No creas que no me he dado cuenta del tiempo que pasas con el portátil y de cómo te aseguras de que nadie vea lo que aparece en la pantalla. Es obvio que eres un adicto al porno.

—Cuando se te niega el sexo real… —Thad le sonrió.

Le estaba tomando el pelo de nuevo. No era adicto al porno. Otra cosa había llamado su atención, y Olivia se preguntaba de qué se trataba.

En los hoteles de cuatro estrellas saben bien cómo atender las peticiones de último minuto de sus huéspedes; en este caso, proveyeron a Thad con un par de chubasqueros. El de Liv era demasiado grande y el suyo demasiado pequeño, pero por lo menos la mitad superior del cuerpo de ambos permanecía seca.

El tiempo, como solía ocurrir en abril, era frío y lluvioso, y eso le dio a Thad la oportunidad que estaba buscando. Faltaban varias horas para la cena, y después de la visita a la Ópera Metropolitana y de la imprudente escapada de Olivia al museo, la determinación de Thad para hacer algo que la ayudara se había fortalecido. Sin embargo, necesitaba estar en un lugar especial para lo que tenía en mente.

Liv lo miró desde debajo de la capucha del chubasquero. Varias gotas le recorrieron la nariz.

—¿Adónde me llevas?

—Que nunca te importe adónde te lleve. Siempre olvidas que soy el hombre de la relación, y lo que yo diga va a misa.

Ese comentario la sacó de sus casillas, como bien sabía Thad antes de verbalizarlo, y Olivia soltó un par de resoplidos muy poco

femeninos.

Se encontraban en la zona favorita de él de Central Park, en el North Woods. Durante la temporada que pasó con los Giants, a menudo corría por ese bosquecillo. A consecuencia de su ubicación en el punto más alejado al noroeste del parque, el North Woods no era un lugar tan concurrido como las secciones centrales y orientales, y el tiempo inclemente de aquel día lo había dejado prácticamente desierto.

Y era justo lo que él necesitaba. Las *suites* de hotel, por más lujosas que fueran, no estaban insonorizadas, y eso lo llevó a preguntarse dónde, en una ciudad tan abarrotada y ruidosa, podía llevar a una mujer cuya voz era capaz de romper una copa de cristal. Obtuvo la respuesta cuando se marchaban del museo. El North Woods en un día de lluvia, cuando no habría nadie por ahí.

Le sorprendió la facilidad con que Olivia accedió a acompañarlo con un tiempo tan adverso, pero entonces recordó que a ella le gustaba estar al aire libre tanto como a él, aunque había añadido su toque personal de diva rodeándose el cuello con unas doscientas bufandas de lana.

—Está lloviendo —comentó Olivia, como si no fuera evidente.

—Está chispeando. No es lo mismo. Y creía que la humedad era buena para la voz.

—No si me estoy muriendo de frío.

—¿Y te estás muriendo de frío?

—No. Pero podría pasar.

—Si sucede, volveremos directos al hotel, cerraremos todas las ventanas y nos meteremos en la primera cama que encontremos.

Al parecer, su expresión fue tan libidinosa como las ganas que tenía, porque Olivia le respondió con otro de sus resoplidos.

—Estamos en Manhattan. No en Las Vegas.

—Fingiremos que sí.

Olivia se rio, pero sonaba nerviosa. Thad tampoco estaba demasiado tranquilo. Habían metido muchísima presión a la última noche de Las Vegas. Deberían haberse acostado desde el principio. Eso era lo que ocurría cuando uno se sentía muy atraído por una diva estirada.

Thad la guio; salieron del camino pavimentado y se adentraron en una senda que conducía a la zona del North Woods conocida

como el Ravine. Un pájaro carpintero repiqueteaba sobre un árbol muerto, y los helechos se abrían paso entre los restos de las hojas del invierno que rodeaban el arroyo que fluía por esa parte del parque. Thad oía fluir el agua de una de las cascadas. Frederick Law Olmsted había querido recrear las montañas Adirondack y había diseñado el bosque con un río, cascadas y afloramientos rocosos.

Hacía rato que no veían a nadie. Cuando llegaron a una arboleda de jabíes en que apenas se oía el tráfico, decidió que aquel momento era tan bueno como otro cualquiera.

—Necesito descansar. Ha sido un día muy intenso y, después de lo de esta mañana, me apetece oír una de esas arias que te han hecho tan famosa.

Esas palabras afectaron tanto a Olivia que Thad quiso retirarlas, pero eso no la ayudaría.

—¿Te refieres a una de esas arias que no puedo cantar bien?

—Tengo una teoría al respecto.

—No sabes nada de ópera. ¿Cómo vas a tener una teoría?

—Soy así de listo.

—¿En serio? —Esbozó una sonrisa escéptica.

—Vamos, Liv. No tienes nada que perder y mucho que ganar. Empieza con los calentamientos. No hay nadie por aquí, solo yo, y me taparé los oídos.

—No puedo hacer los ejercicios de calentamiento, no como antes. —Frunció el ceño, frustrada—. Ya lo sabes. Es como si tuviera una boa constrictor alrededor del pecho.

—Por eso tienes que levantar una pierna.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho.

—Es una locura. No puedo cantar con una pierna levantada.

—Tampoco puedes cantar sin levantarla, ¿qué diferencia hay?

A Olivia se le cayó el alma a los pies. Lo miró como si la hubiera traicionado, y a Thad se le revolvió el estómago. Procuró luchar contra esa sensación.

—Empieza a llover más y no vamos a irnos hasta que lo intentes. Así que haznos un favor a los dos y deja de procrastinar. Calienta con una pierna levantada. Te reto.

—¡Lo haré para que veas lo imbécil que eres! —Levantó una pierna, se tambaleó, recuperó el equilibrio y, balanceándose sobre

la otra pierna, se subió la bufanda hasta la barbilla. Comenzó con las íes. De las íes pasó a las úes, y luego a las aes.

A Thad le sonaron bien, pero a ella no, y supo que estaba a puntito de cerrar la boca.

—¡Más fuerte! —Le agarró el tobillo de la pierna extendida con una mano y el chubasquero con la otra, para evitar que cayera al suelo.

Olivia le lanzó una mirada asesina, pero siguió cantando. Un halcón de cola roja los sobrevoló. Las íes se convirtieron en úes y en aes, y hostia puta, su voz iba ganando fuerza. Thad sabía que no eran imaginaciones suyas, porque lo vio en el rostro de ella.

Siguió aferrándole la pierna extendida y la movió ligeramente a un lado. Olivia se tambaleó y lo fulminó con la mirada de nuevo, pero siguió ejercitando la voz.

Continuaron así a medida que ella hacía los ejercicios. Cuando Thad sospechaba que Olivia empezaba a concentrarse en exceso, hacía algo para desequilibrarla. Le agitaba la pierna. Le doblaba la rodilla extendida. Se aseguraba de que no caería al suelo, pero también de que se concentraba en mantener el equilibrio, en lugar de en juzgar las notas que emitía, porque una de las mayores razones por las cuales los deportistas fracasaban era por concentrarse en exceso a la hora de la verdad. La tensión alteraba el ritmo. Un jugador experimentado que pasaba por una mala época solo la empeoraba al concentrarse demasiado en los resultados y al perder el contacto con sus instintos naturales. Y esa era precisamente la clase de desconexión mental que creía que aquejaba a Olivia.

Aunque no hubiera terminado, Thad la interrumpió.

—Ya basta. —Le soltó la pierna. Olivia ladeó la cabeza y sacudió la pierna en la que llevaba rato apoyada sin mirarlo a los ojos.

—No he acabado los ejercicios.

—Sí, sí que has acabado.

—No sabes nada sobre los cantantes de ópera. —Olivia alzó la cabeza y lo observó con falsa condescendencia.

—Pero sé mucho de deportistas, y quiero oír una de esas arias. Elige la que quieras.

—Hay una gran diferencia entre calentar y cantar un aria complicada al aire libre, con frío, mientras…

—No hay excusas que valgan. —Thad le colocó las manos encima de la cintura, por debajo de la chaqueta, en el lugar exacto donde terminaba el top, para notar unos centímetros de piel.

—Pero ¿qué…?

—¡Canta!

Y cantó. Se lanzó a por un texto que sonaba a un alemán muy pero que muy cabreado. Su voz empezó a tensarse. Thad le dio un pellizquito.

—¡Estate quieto!

La madre que la parió. En lugar de decírselo, se lo había cantado.

Olivia estaba tan sorprendida como él, pero siguió cantando. Se adentró en un aria oscura y premonitoria.

La música empezó a salir por sus poros; las notas, lo bastante altas y furiosas para que a él le zumbaran los oídos.

La piel de Olivia estaba caliente bajo las manos de Thad, pero de alguna manera él no perdió la concentración. Si percibía que le costaba alcanzar una nota, desplazaba las manos hasta sus vértebras. Se obligó a no pasar de la tira del sujetador, a no ir tan allá como deseaba, porque no se trataba de satisfacer su maldito deseo. Se trataba de ayudarla a ella.

El aria continuó y Olivia cantó, y cantó, y cantó. Se levantó viento y la lluvia se volvió aguanieve, mientras aquella gloriosa voz desafiaba a la inminente tormenta.

A medida que recorrían la calle 103 hacia la parada del metro, Thad guardó silencio para darle a Olivia el tiempo que necesitaba para asimilar lo que había sucedido, pero cuanto mayor era el silencio que se instalaba entre ambos, más anhelaba saber lo que estaba pensando la soprano.

—Era un aria de *Götterdämmerung* —le dijo Olivia al fin—. El último de los ciclos de *El anillo del nibelungo*. Era el «*Höre mit Sinn was ich dir sage*» de Waltraute.

—¿Y la has elegido porque…?

—Waltraute es una de las valquirias. No soy una cantante wagneriana, pero me ha parecido que necesitaba ayuda sobrenatural.

—Pues creo que la has recibido.

—Mi vibrato sigue siendo un poco inestable, mi *passaggio* no se

acerca ni por asomo a lo que debería ser y me cuesta llegar a las notas altas.

—Tú eres la experta.

—Pero por lo menos he cantado. —Soltó una carcajada ahogada que era mitad risa y mitad otra cosa—. Lo único que tengo que hacer ahora es actuar con una pierna levantada mientras alguien me mete mano.

—Yo encantado de ser ese alguien.

Olivia le apretó la muñeca por encima de la manga del chubasquero. Solo unos segundos antes de apartarse.

—Gracias.

—Ya me pagarás en Las Vegas.

Olivia estaba despeinada y necesitaba darse una ducha antes de ir a cenar con los clientes. Mientras ajustaba la temperatura del agua, vio que le temblaban las manos. Entendía el mecanismo de lo que Thad le había hecho. Concentrarse en mantener el equilibrio y no pensar en los sonidos que producía la había ayudado a superar un obstáculo psicológico. Pero seguía siendo incapaz de actuar.

Se frotó el cuero cabelludo con el champú. En su cabeza sonaba cada vez con más intensidad el aria de Amneris en *Aida*, «*Già i sacerdoti adunansi*», pero incluso en el útero protector de la ducha le daba miedo cantarla.

Al cabo de ocho días, empezarían los ensayos. Al cabo de dos, llegarían a Las Vegas. El primer acontecimiento la llenaba de terror; el segundo, de una mezcla de lujuria y miedo.

Thad se había dejado olvidada la chaqueta de deporte en la *suite* de Olivia. Como ella no respondía a los toques que dio a la puerta, entró en la habitación con la copia de la llave que pedía que le hicieran en todos los hoteles.

En el cuarto de baño corría el agua de la ducha. Su chaqueta yacía en el sofá, justo donde la había dejado tirada. Mientras avanzaba para recuperarla, se fijó en un sobre de manila cerrado que estaba sobre la mesita junto a la puerta. Iba dirigido a Olivia. Thad lo cogió sin dudar y lo abrió.

En el interior había la fotografía de una pistola del calibre 38 con el logo de Smith & Wesson estampado en la empuñadura.

Capítulo Doce

Thad no se consideraba una persona indecisa. Su trabajo requería tomar decisiones rápidas, aunque se pasó toda la cena con los clientes, en el comedor del hotel, dudando si contarle o no a Olivia lo de la fotografía. Ella sabía que alguien se la tenía jurada, y nada bueno saldría de enseñarle la imagen. El aria que le había cantado esa tarde quizá no hubiera llegado a su nivel habitual, pero aun así a él le provocó escalofríos. Un simple vistazo a la foto la descentraría por completo. Sería como ponerle una película de miedo a un niño que ya estaba asustado.

Pero Olivia no era una niña.

Mientras Henri salía del comedor del hotel acompañando al último de los invitados de la cena, Thad y Liv se dirigieron al ascensor. Él insertó la tarjeta de su habitación y pulsó el botón de la última planta.

—Ha llegado un sobre a tu nombre.

—No he visto nada.

—Lo cogí antes de que lo abrieras.

Olivia ladeó la cabeza, a la espera. Thad vaciló.

—Te lo ha enviado la persona que intenta manipularte.

—¿Qué es?

—Una foto. No hace falta que la veas. No contiene nueva información. Verla no te va a aportar nada.

—¿No crees que esa decisión debería tomarla yo?

—Por eso te lo estoy contando.

El timbre los avisó de que habían llegado a su piso. Olivia asintió lentamente, reflexionando.

La puerta del ascensor se abrió. Thad la bloqueó con el cuerpo para evitar que se cerrara, pero no salió del habitáculo.

—Hoy has cantado ópera y no puedes permitir que algo tan estúpido como eso te desconcentre. Por eso te pido que lo dejes

correr.

—Entiendo que te preocupes por mí, pero tengo que verlo. —Olivia le rozó el brazo.

Thad ya sabía que esa sería su respuesta. Avanzaron por el pasillo vacío, cubierto por una lujosa moqueta y con candeleros en las paredes que brillaban tenuemente.

—Primero te diré qué sale en la imagen —comentó.

—Vale. —Olivia paró de caminar.

—Es la fotografía de una pistola. —Thad imprimió calma a su voz—. Una de la marca Smith & Wesson.

Olivia se quedó sin aliento.

—Imagino que será el tipo de arma que utilizó Adam.

Ella asintió brevemente, en tensión.

—Sospecho que quien está detrás de eso quiere que pienses que es una foto de la pistola auténtica, pero es una imagen de una página web.

—Quiero verla.

—Déjalo, Liv. No servirá de nada.

—Tengo que verla. —Olivia se dirigió hacia las *suites*. Sus zapatos de tacón se hundían en la moqueta, tercos.

—Si en algún momento estás a punto de perder la cabeza —Thad aceleró para llegar hasta su lado—, no permitiré que olvides que tú lo has querido.

—Me parece bien. —Olivia pasó delante de la puerta de su *suite* y se detuvo enfrente de la de él, esperando a que le abriera la puerta. Thad debía prepararla lo mejor posible.

—Una cosa más… Hay un mensaje repugnante en la pistola. —Detestaba lo que iba a contarle a continuación—. Dice: «Tú hiciste que apretara el gatillo». Venga, adelante. Ponte histérica; es lo que quiere la persona que está detrás de todo esto.

Tal vez había pronunciado las palabras correctas, porque le gustó cómo Olivia apretó la mandíbula.

—Abre la puerta.

La *suite* de Thad era idéntica a la suya, y enseguida divisó el sobre abierto, que estaba sobre la mesa. Olivia fue hacia allí y extrajo la foto. Thad se preparó para lo peor, pero la imagen, en lugar de afectarla, la cabreó una barbaridad.

Thad odiaba sentarse en el asiento del copiloto y que Olivia

condujera, pero le había insistido, y de haberla presionado se habría comportado como un ogro machista.

—No era necesario que vinieras —le dijo Olivia mientras recorrían la I-78 hacia Plainfield, Nueva Jersey—. De hecho, para que te remuevas incómodo cada dos por tres y pongas mala cara, habría preferido que no vinieras.

—Me gusta conducir, es solo eso.

—A mí también. Y conduzco mejor que tú.

—Te equivocas.

—No he olvidado la escapada a Breckenridge. Vas demasiado deprisa.

—Dice la mujer que va diez kilómetros por hora por encima del límite.

—Diez es razonable. Veinte no.

Ahí tenía razón.

Plainfield, la ciudad natal de Adam, se encontraba en Nueva Jersey, aproximadamente a una hora al oeste de Nueva York. Era bastante tarde, el día después de que Thad le mostrara la fotografía. La noche siguiente volarían hacia Las Vegas; los dos deseaban llegar cuanto antes, aunque a él le preocupaba que Olivia no hubiera vuelto a mencionar ni una sola vez el pacto.

—Por lo menos podrías haber alquilado un coche decente. —Thad estaba malhumorado.

—Usted perdone, señor Pez Gordo, pero no necesito alquilar un Rolls Royce. Un Mazda me va perfecto.

—Porque tú no mides uno noventa —protestó.

—Y tampoco soy un bebé quejica.

Si seguía refunfuñando, le daría la victoria. Hasta hoy, Thad no había reflexionado sobre el hecho de ir de copiloto con una mujer al volante, así que no tenía nada que ver con el machismo. Lo que lo irritaba en concreto era ser el copiloto de Olivia.

Nunca se había considerado un tío controlador. Respetaba a las mujeres. Las valoraba. Coño, trabajaba para Phoebe Calebow. Pero cuando se trataba de Olivia Shore, quería llevar las riendas, algo que evidentemente ella jamás le permitiría.

—No sé qué pretendes conseguir con este viaje. —Thad golpeó la alfombrilla con el pie.

—Yo tampoco. Pero estoy cansada de sentirme una víctima y

necesito hacer algo.

—¿El qué?

—Todavía lo estoy pensando.

Es decir, que no tenía ni idea. Mientras Olivia tomaba el desvío para salir de la carretera, Thad estiró las piernas todo lo que le dejaba el Mazda.

—Se me ocurre algo mejor. Busquemos un hotelito Holiday Inn y hagamos lo que queremos hacer desde que nos conocimos.

—No estamos en Las Vegas. —Olivia lo miró a los ojos, aunque Thad la vio parpadear.

—Pero casi. Mañana por la noche volamos hacia allí, ¿recuerdas? Y no hemos firmado nada. Podemos cambiar de opinión cuando se nos antoje.

La arruguita que se formó entre las cejas de Olivia lo llevó a arrepentirse de haber sacado el tema.

—En cuanto crucemos esa línea —dijo—, todo será diferente entre nosotros.

—Será diferente igualmente —observó él intentando recuperar el terreno perdido—. Tú dictaste las normas. En cuanto finalice la gala, acaba nuestro compromiso con Marchand y nunca volveremos a vernos, ¿recuerdas?

Olivia giró hacia una calle de cuatro carriles con casas humildes de madera a ambos lados y aferró el volante con más fuerza.

—Hay muchísima gente con la que follar, pero ¿de cuánta gente te fías? ¿En cuánta confías? ¿Cuánta se entiende como nos entendemos tú y yo?

Daba la impresión de que Olivia Shore intentaba colgarle la etiqueta de amigo, algo que él no pensaba permitir.

—Nuestro pacto sigue en pie —anunció, como si fuera el único con voz y voto—. La última noche en Las Vegas. Tú. Yo. Una cama. Y una larga noche de pecado.

«Una larga noche de pecado». Olivia tenía mucha imaginación, y las imágenes eróticas que la habían acosado durante semanas se reproducían en su mente como si de una película acelerada se tratase. ¿Cómo evitarlo si Thad estaba sentado a su lado? Cuando vio la señal que indicaba Plainfield, se imaginó cómo sería acostarse con él. Explorar su cuerpo. Estrecharlo con los brazos, desnudos los dos. Sentirlo dentro de ella.

—¡Cuidado! —gritó Thad.

Olivia frenó en seco. Después de tanto alardear de que conducía mejor, había estado a punto de estamparse contra un Chevy Malibú.

Al parecer, Thad creía que seguir con su relación cuando hubiera terminado la gira era bastante sencillo. Tal vez para él sí, pero Olivia sabía que no. El sexo lo cambiaba todo. Por extraño que hubiera parecido tres semanas atrás, curiosamente, La Diva y el *quarterback* eran compatibles. Él era un hombre especial —por su sentido del humor, su lealtad y su integridad—, tan decidido como ella. No veía la complicación de extender la relación, pero no sería él quien entregara fragmentos de sí mismo, fragmentos pequeños al principio, y luego más grandes, hasta que Olivia se perdiera de nuevo.

Echó un ojo al GPS. Ya casi habían llegado. Mientras adelantaba una camioneta de fontanero estacionada en el carril derecho, se prometió que disfrutaría de cada instante de su breve lío sexual y después lo dejaría. Como en realidad no habían salido juntos, no sería una ruptura oficial, y sería fácil superarla. Debía concentrarse en una única cuestión: en recuperar la voz. El objetivo que se marcó en los inicios de su carrera estaba grabado en piedra. Ser la mejor, una leyenda, uno de los nombres inmortales. No iba a consentir que nada la distrajera de su meta.

La pastelería se hallaba al fondo de una plaza comercial en la que también había una tienda de azulejos y una peluquería canina. Olivia se detuvo lo bastante cerca para ver el escaparate, pero no justo enfrente. Thad leyó el viejo cartel que colgaba de un soporte por encima de la puerta de entrada.

—¿Pastelería Mi Señora?

—El nombre se lo puso el abuelo de Adam. Le pareció que era elegante. —Un montón de pegatinas de plástico cubrían la parte superior del escaparate, y la tarta de boda artificial que ocupaba el centro del expositor resultaba muy poco apetecible, incluso desde lejos—. Antes no estaba tan mal —le dijo—. Tampoco es que fuera una pasada, pero…

—No vas a sentirte también responsable por ese pésimo escaparate, ¿verdad?

—Parece simbólico. Como si sus hermanas se hubieran dado por vencidas ahora que Adam no está. —Vio la preocupación que teñía

el rostro demasiado atractivo de él—. Tengo que hacerlo sola. —La mandíbula de Thad se apretó del modo que ella había empezado a conocer tan bien. Le puso una mano en el muslo—. No me pasará nada.

Thad no estaba contento con su decisión, pero no protestó.

Olivia se acercó a la puerta de la pastelería. Las rosas que cubrían la tarta nupcial habían perdido unos cuantos pétalos y al novio le faltaba una mano.

Durante el tiempo que estuvieron juntos, aprendió mucho acerca de la familia de Adam. Ninguna de sus hermanas se había casado ni había tenido una relación estable larga. Junto a su madre, se centraron demasiado en el inesperado hermanito que llegó diez años después de que naciera Brenda y nueve después de su hermana Colleen.

Durante la infancia de Adam, su padre estuvo muy ausente. Llegaba a la pastelería a las cuatro de la madrugada, se pasaba el día entero trabajando y se quedaba dormido nada más cenar, un horario que dio lugar a un fatídico ataque al corazón cuando Adam tenía cinco años. Su madre y sus hermanas se hicieron cargo de la pastelería, pero a Adam, con su voz mágica, siempre lo eximían de cualquier deber. Los chicos necesitaban dormir, así que nunca le pidieron que madrugara para encender el horno. Sus clases de piano y de canto eran mucho más importantes que frotar pesadas bandejas de horno o atender a los clientes detrás del mostrador. Fue el príncipe de la casa y las tres mujeres le dieron todo lo que se negaban a sí mismas.

En lugar de guardarle rencor, sus hermanas adolescentes ahorraban todo lo que podían para colaborar en los estudios de él en Eastman, una de las mejores escuelas musicales del país. Incluso cuando murió la madre, sus hermanas siguieron mimándolo. Adam era su propósito en la vida. La existencia de ambas solo tendría sentido si su hermano lograba el éxito, y esperaban que Olivia se sacrificara como habían hecho ellas. Ahora querían que pagara por haberle fallado.

Olivia respiró hondo y giró la manecilla de la puerta.

Los dulces que no se habían vendido yacían sobre blondas en el interior de la vitrina de cristal: unas cuantas galletas blancas y negras, magdalenas y varios *cupcakes* decorados con forma del

Monstruo de las Galletas. Todo sabroso, nada ingenioso.

Las hermanas se encontraban detrás del mostrador. Brenda levantó la vista cuando Olivia entró en la tienda y su expresión educada de vendedora se esfumó. Colleen estaba sacando una tarta de la vitrina. En cuanto vio a Olivia, la devolvió con tanta fuerza que el pastel se escurrió de la blonda.

—¿Qué quieres?

«Eso, qué quiero». Ahora que Olivia estaba allí, no se le ocurría nada que decir.

Se parecían a Adam, pero de modo diferente. Los rasgos más marcados de él se habían difuminado en Brenda, como si alguien le hubiera pasado una goma de borrar por la cara y le hubiera dejado unos pómulos indefinidos, una nariz chata sin terminar y unos ojillos que languidecían en las comisuras. Colleen tenía los ojos de color marrón oscuro como Adam, pero todo lo demás era más angular: barbilla y nariz muy afiladas, cejas inclinadas y boca rígida. Por lo visto, las dos habían utilizado el mismo tinte de droguería, un tono rojizo que restaba todo lustre a sus cortas melenas.

Olivia metió las manos en los bolsillos de la gabardina. Sus dedos rozaron un pañuelo arrugado y el extremo de su móvil.

—Adam me habló de lo duro que trabajasteis las dos para que pudiera ir a clases de canto —dijo—. Se sentía culpable.

—Jamás nos arrepentimos. —La insignificante barbilla de Brenda se alzó.

En la trastienda de la pastelería, se oía el estrépito de una olla con agua hirviendo. Colleen se limpió las manos en el delantal.

—Siempre se portó bien con nosotras. Siempre.

Olivia sabía que Adam solía mandarles dinero a menudo; aunque, si estaba pelado, el dinero lo ponía Olivia. Cuando murió, ella habló en privado con la funeraria para correr con todos los gastos. Las hermanas creían que lo había pagado la última productora musical que contrató a Adam.

Se acercó al mostrador y señaló como una boba la vitrina de los pasteles.

—Ponedme todo lo que os haya sobrado. —No llevaba dinero encima. Se había dejado el bolso en el coche.

—A ti no vamos a venderte nada —dijo Colleen.

A Olivia se le formó un nudo en el pecho. Aunque levantara una pierna y Thad se la sujetara, sería incapaz de producir ni una sola nota.

—No habría hecho feliz a Adam —comentó al fin.

—¡Le rompiste el corazón! —gritó Brenda.

—No fue mi intención. —Con el tiempo, Olivia reparó en que Adam había sufrido una depresión. Recordaba cuánto le costaba a él memorizar un nuevo *libretto*. Recordaba sus períodos de insomnio, que se alternaban con noches en que dormía doce o trece horas. Ojalá hubiera ido a ver a un médico.

Colleen salió de detrás del mostrador con rabia en sus afilados rasgos.

—Tú siempre eras más importante. Que si Olivia esto, que si Olivia lo otro. Él estaba en un segundo plano.

—No es verdad. Hice todo lo que pude por él.

—Lo único que hiciste fue restregarle tu éxito por la cara —le espetó Brenda.

Eso tampoco era verdad. Olivia se había hecho chiquitita por él, había dejado de ensayar tanto, había restado valor a sus logros, pero discutir con las hermanas de Adam no serviría de nada. Esa visita no serviría de nada.

—He recibido unas cartas repugnantes —dijo—. No quiero que me lleguen más.

—¿Qué tipo de cartas? —El odio cerval que vio Olivia en los ojos de Colleen, tan parecidos a los de Adam, le revolvió los entrañas.

—Todo lo malo que pueda ocurrirte, te lo has ganado a pulso —se medio jactó Brenda.

Era inútil. Olivia comprendía el dolor y la pena que sentían, pero eso no les daba derecho a atormentarla.

—No quiero ir a la policía —dijo con toda la calma posible—, pero si esto sigue así me veré obligada.

—Haz lo que tengas que hacer. —Colleen cruzó los brazos sobre el pecho.

—Perfecto.

La visita había sido una pérdida de tiempo. Olivia encontró a Thad caminando de un lado a otro enfrente de la tienda de azulejos, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta de cuero Tom

Ford —que, como ella ya había comprobado, valía tres mil dólares—. Al verla, se detuvo.

—No has tardado mucho. ¿Qué tal ha ido?

—Genial. Se han puesto de rodillas y me han rogado que las perdonara.

—Me gusta más cuando soy yo el que tira de ironía. —Alargó las manos como si quisiera abrazarla, pero después bajó los brazos—. Vámonos. Conduzco yo.

Esta vez, Olivia no se opuso.

—Cántame algo —le dijo Thad cuando dejaron atrás la señal del municipio de Scotch Plains de vuelta al centro de la ciudad.

—Ahora no puedo cantar.

—Es el mejor momento. Estás enfadada, pero en cuestión de segundos la culpa que tienes tan entrenada hará acto de presencia, y volverás a la casilla de salida. Quiero oírte cantar antes de que eso ocurra.

—Sé que quieres ayudarme, pero no es tan sencillo como superar una intercepción o un pase incompleto.

—Lo que me temía. Sabes más de fútbol americano de lo que dices. Y no hay nada sencillo en una intercepción. Déjate de evasivas y canta.

Olivia soltó un doloroso suspiro y entonces, para sorpresa de él, comenzó a cantar. Una pieza tan desgarradora que Thad deseó no comprender la letra.

—Cuando yazga, yazga en la tierra…

A pesar del tema sensiblero, las notas que produjo eran tan redondas y bellas que solo podían salir de la garganta de la mejor del mundo.

—Aceptable —valoró Thad por encima del nudo que se formó en su propia garganta.

—Es «*El lamento de Dido*», de *Dido* y Eneas.

—Justo lo que pensaba. —Le sonrió, y Olivia le devolvió una temblorosa sonrisa—. Muy bonito, pero un poco deprimente —dijo—. ¿Por qué no me dejas a cuadros? Ahora mismo. Con uno de tus grandes números.

—No quieres que cante a pleno pulmón dentro de un coche, hazme caso.

—¿Crees que no soy lo bastante hombre para soportarlo?

—Sé que no lo eres. —Olivia cogió el bolso, extrajo un pañuelo, lo rompió por la mitad y formó dos bolitas de papel. Se le acercó, los pechos contra el brazo de Thad, y le metió las bolitas en los oídos. Fue un milagro que el coche no se saliera de la carretera—. Tú lo has querido.

Y Olivia lo dio todo. A pesar de los tapones improvisados, su suntuosa voz, capaz de romper vidrio, y majestuosa como un Bugatti, le erizó a Thad el vello de la nuca.

Cuando hubo terminado, lo único que pudo hacer él fue exhalar una oración.

—Jesús, Liv…

—Me he contenido —comentó Olivia, casi desafiante—. A veces los cantantes reducimos la capacidad vocal durante los ensayos.

—Ya lo entiendo. Como un entrenamiento de fútbol sin contacto. —Intentó encontrar la manera de decir lo que no podía quitarse de la cabeza—. ¿Te importa si te pido un tema?

—No pienso cantar «*Barbie Girl*».

Thad sonrió.

—Más bien estaba pensando en… —Dudó. No quería decirlo. No quería que Olivia supiera cuánto llevaba con esa idea en mente—. Olvídalo. He cambiado de opinión.

—¿Que olvide qué?

—¿A qué te refieres? —Se hizo el sueco.

—¿Qué te apetece que cante?

—Lo que te apetezca a ti. Soy un tío fácil.

—Pero has dicho…

Thad no podía hacerlo. No podía pedirle que cantara la sensual e indómita «*Habanera*» solo para él. No pensaba admitir cuánto deseaba que le hiciera un concierto privado. Se cambió al carril izquierdo.

—¿Quién soy yo para pedirle nada a La Bella Turbada?

—Tornado. Y ya estás corriendo otra vez.

Thad soltó el acelerador y Olivia empezó a cantar, primero algo en francés, luego en alemán y en italiano —pero nada de «*Habanera*»—. Se pasó todo el túnel Lincoln cantando. La noche siguiente, cuando embarcaron en el avión para volar hacia Las Vegas, a él todavía le pitaban los oídos. Ella no estaba contenta con su voz, pero para él… era gloriosa.

Faltaba una semana para que se presentara en la Ópera Municipal de Chicago. Con las emociones revueltas, Olivia miró por la ventanilla del avión que los llevaba a Las Vegas. Durante los primeros ensayos, reduciría la capacidad vocal para ganar tiempo. Había hecho tantas veces de Amneris que nadie se fijaría. Tarde o temprano, sin embargo, se le acabaría el tiempo.

Se dijo que estaba progresando. En el coche, tuvo que rebajar una octava las notas altas, pero por lo menos cantaba. ¿Por lo menos? ¿Desde cuándo su propósito no era sobresalir en todas sus actuaciones?

La ciudad de Las Vegas se cernía sobre ellos, tentadora y terrorífica. Cada día que pasaba, la necesidad física que sentía por Thad era más y más acuciante, sus horas de descanso más inquietas y sus sueños más eróticos. Si no cumplía con lo acordado, siempre se arrepentiría. ¿Y si cumplía? La relación entre ellos nunca sería la misma.

Cerró los ojos e intentó no pensar en nada.

A través de las ventanas panorámicas de las *suites* contiguas del hotel Bellagio, se veía la llamativa extensión de Las Vegas. Era medianoche y había llegado el último regalo de Rupert, un bolso Louis Vuitton repleto de quesos exóticos, caviar de importación y unos bombones absurdamente caros.

—Se va a arruinar —dijo Liv.

—Sí, qué pena me daría. —Thad se sacó el móvil del bolsillo—. Dame su número. Seguro que lo tienes.

—No pienso darte su número. —Al imaginarse lo que le diría, se alarmó.

—No pasa nada. Ya lo tengo.

—¿Cómo has conseguido su número?

—Soy un deportista de élite consentido, ¿recuerdas? —Thad la miró con clara condescendencia—. Consigo todo lo que quiero.

—Son altas horas de la noche. —Olivia intentó arrebatarle el teléfono al verlo teclear—. ¡Lo vas a asustar!

—Esa es la idea. —Se había pasado años esquivando oponentes. Usando su altura y una barrera formada con el codo, la mantuvo apartada mientras se dirigía a las ventanas—. Señor Glass, al habla Bruno Kowalski. Siento despertarle. —Su falso acento de tipo duro daba fe de que había visto demasiadas películas de Scorsese—. Soy

el guardaespaldas de la señora Shore.

Olivia puso los ojos en blanco, dividida entre la lástima que sentía por el pobre Rupert y la curiosidad por lo que fuera a decirle Thad.

—La cuestión es que… todos sus regalos empiezan a inquietar a su abogado. —Thad le guiñó un ojo—. Cree que se va a meter en un lío con Hacienda. Tal vez haya excedido el límite de los impuestos federales. Está bastante preocupada. Quizá debería abandonar usted el mundo de la ópera y embarcarse con un grupo de *rock*.

«¿Qué?», le preguntó Olivia con los labios. Thad se encogió de hombros.

—Lo que quiero decir es que…, si no quiere molestarla, más vale que ponga fin a los regalos. —Una pausa larga y amenazadora—. Ya sabe a qué me refiero.

Olivia oyó de lejos la respuesta aguda y temblorosa de Rupert.

—Sí, suponía que lo entendería. Espero que tenga un buen día, señor Glass.

Cuando colgó, Olivia se puso las manos sobre las caderas.

—¿«Excedido el límite de los impuestos federales»? ¿A quién se le ocurre decirle algo así?

—A alguien con una carrera en Economía y un enfermizo interés por Hacienda. —Se metió el móvil en el bolsillo—. Mejor eso que amenazarle con dispararle en las rodillas, ¿no?

—Eres todo compasión.

La Convención Internacional de Joyeros de Las Vegas era la parada más importante de la gira, y se pasaron dos días conociendo a joyeros y a compradores. Varios de ellos se sintieron obligados a informar a Olivia de lo que ya sabía acerca de sus propias joyas. El colgante con forma de paloma no contaba con un rubí auténtico, el brazalete egipcio era una falsificación, sus anillos de veneno no eran verdaderas antigüedades y la calidad de sus pendientes de oro brillaba por su ausencia. Cuando le hicieron una propuesta para comprar gemas de primera, les dijo que perdía las joyas con demasiada facilidad, en lugar de contarles la verdad —que en su piso guardaba bajo llave piezas genuinas que se ponía en contadísimas ocasiones—.

Thad y ella posaron para fotos, dieron entrevistas y charlaron con blogueros. En todo momento, el aire entre ellos chisporroteaba

con erótica expectación. Cada gesto, cada mirada entrañaba un mensaje subliminal.

«Me muero de ganas de ver… De tocar… De saborear… De sentir…».

Olivia tenía las mejillas sonrojadas y la piel ardiente incluso en el vestíbulo con aire acondicionado de una exposición. Olvidaba nombres y perdía el hilo de las conversaciones, y Thad lo llevaba aún peor. En un momento dado, llamó «señor» a una mujer que lucía un evidente embarazo.

Mientras recorrían pasillos atestados de gente, la mano de él se apretaba contra el final de la espalda de ella. Olivia lo rozaba con la cadera. Cuando posaban para las fotos, los dedos de ambos se tocaban detrás de la persona que se colocaba en medio. Eran unos preliminares en toda regla.

Llegó la última noche. Olivia se vistió con especial esmero para la cena privada con clientes en el último restaurante de José Andrés. Melena suelta. Ropa interior diminuta. Dudó entre dos vestidos de cóctel negros. Debajo del más discreto, podía ponerse un preciosísimo sujetador de encaje negro, muy sexi. Pero el sujetador se vería debajo del otro, un vestido ceñido negro con escote en V para el que eran necesarias unas almohadillas de silicona y un poco de cinta adhesiva para sujetarlo todo en su sitio. El negro de encaje resultaba mucho más atractivo, pero el escote del más discreto no se abría hasta casi por debajo del pecho y no volvería loco a Thad durante la cena.

Olivia se imaginaba jugueteando con el extremo de la irresistible V y pasando los dedos por la piel que dejaba a la vista. Al final decidió que valía la pena sacrificar el sujetador de encaje, sí.

Aparcó sus habituales joyas y buscó la sutileza: se puso unos pendientes y un collar superlargo de delicada plata en el que pendía un dije en forma de estrellita plateada. Rachel se lo regaló cuando las dos estaban sin blanca. Cuando Olivia se lo ató alrededor del cuello, la estrellita quedó justo entre sus pechos, en el sitio exacto en que imaginaba que el *quarterback* de los Stars posaría los labios.

Se estremeció. Primero deberían aguantar una larga y aburrida cena.

En Las Vegas el aire acondicionado siempre estaba al máximo,

así que Olivia escogió el mantón que le había regalado un amante de *Carmen*. Invocar el fantasma de la sensual tabaquera gitana de Sevilla era el amuleto de la suerte ideal.

De repente, oyó que llamaban a la puerta que conectaba las *suites*. Olivia se pasó el mantón por encima de los hombros y cogió su diminuto bolso de noche.

Al principio, Thad no dijo nada. Se quedó donde estaba, observándola. Al cabo de unos segundos, soltó una halagadora obscenidad en voz baja.

Olivia ladeó la cabeza para que le cayera el pelo sobre un hombro e inspiró el suficiente aire para que la parte interna de sus senos, que quedaba a la vista, se hinchara un poco.

—Eres perversa —gruñó Thad.

Precisamente lo que ella quería oír.

Los avisaron desde recepción para decirles que ya había llegado la limusina. Era pronto, pero tanto ella como Thad estaban listos, por lo que bajaron al vestíbulo del hotel. Al acomodarse en los asientos traseros del coche, estaban tan concentrados el uno en el otro que apenas oyeron al chófer cuando este les informó de que Henri se había adelantado y los vería en el restaurante.

—Justo lo que no necesitamos. —Olivia se recolocó el mantón sobre los hombros—. Más tiempo a solas.

—Las siguientes tres horas se me van a hacer muy largas. —Thad le observaba las piernas.

Olivia se deslizó por los asientos que recorrían la limusina de punta a punta, para así dejar espacio entre ambos. Thad le lanzó una sonrisa.

—No esperes que esta noche sea paciente.

Olivia tragó saliva y dejó que el mantón le resbalara por un hombro. Se aprovechó de su habilidad como actriz para fanfarronear un poco.

—Tú preocúpate por ti, vaquero, porque me apetece cabalgar durante mucho rato.

—¡Ya basta! Has llegado al límite de lo que un hombre es capaz de soportar. —Thad sacó el móvil y se colocó unos auriculares—. Entretente con el Candy Crush e ignórame. Dizzy Gillespie y yo tenemos una cita.

Olivia sonrió cuando lo vio cerrar los ojos. Esa noche iba a ser

memorable.

Sin embargo, al contemplar las luces azules y moradas del techo de la limusina, su alegría se esfumó. Ella había dictado los términos. Iban a pasar juntos esa noche y tres días más en Chicago antes de que empezaran los ensayos. Al cabo de cuatro días, pues, lo suyo habría llegado a su fin. No habría más *suites* de hotel con puertas que las conectaran, no habría más conversaciones hasta la madrugada ni desayunos a primera hora de la mañana. Su relación habría terminado.

La idea de no volver a verlo jamás era un cuchillo clavado en su corazón. Cerró los ojos. Procuró alejarse de la verdad que llevaba días rondándola, como un agudo dolor de muelas.

Se había enamorado de él.

«¡Idiota!». Había vuelto a enamorarse del hombre equivocado, pero ¿cómo evitarlo? Era un tío fascinante, perspicaz, amable hasta decir basta. Su intelecto mandaba al traste cualquier prejuicio hacia los deportistas profesionales. Siempre que lo veía, sus sentidos se ponían en alerta máxima, y negar la magnitud de sus sentimientos no haría que estos cambiaran. Además, en lo que a Thad Owens se refería, una negativa era muy peligrosa.

Thad era un hombre poderoso y ambicioso, con una vida maravillosa. Su carrera lo había llevado a ser un espléndido suplente que vivía a la sombra de la luz de Clint Garrett, pero a diferencia de Dennis Cullen él nunca se resignaría a un segundo lugar en su vida privada, y Olivia jamás sería feliz con un hombre incapaz de ponerse en segundo lugar. Necesitaba a alguien dispuesto a seguirla desde Johannesburgo hasta Sídney, y luego hasta Hong Kong. Dispuesto a adaptarse a los horarios de sus ensayos, a sus horas intempestivas.

La ópera era la sangre de su vida. Su drama y su grandeza la avivaban. La euforia de alcanzar notas imposibles, de ahondar tantísimo en su ser para convertirse en el personaje que interpretaba. El alborozo de estar delante de un público que contenía la respiración mientras esperaba a oír lo que haría ella a continuación. Allí era donde vivían su corazón y su alma, y jamás podría desprenderse de ello, ni siquiera por amor.

Thad seguía con los ojos cerrados, absorto en la música de Dizzy. Representaba todo lo que ella nunca tendría sin renunciar a

sí misma. Sin apearse de su destino.

Debería aprovechar los días siguientes para crear recuerdos que pudiera guardar de por vida. Recuerdos que pudiera desenterrar cuando estuviera sola en una lejana habitación de hotel, no brillara en el escenario o un crítico la despedazara. Saborearía esos recuerdos y sabría que había tomado la decisión correcta.

Thad se removió en el asiento y pulsó un botón en el panel de control del techo de la limusina.

—¿Chófer?

Olivia se había abstraído en sus pensamientos hasta el punto de perder la noción del tiempo. En cuanto miró por las ventanillas tintadas de la limusina, vio tan solo desierto. Se habían alejado de las luces de Las Vegas.

Capítulo Trece

—¡Chófer! —gritó Thad al intercomunicador del techo.

La limusina aceleró —ya iba demasiado deprisa— y la mampara de cristal ahumado que los separaba del conductor permaneció cerrada. Thad se acercó al cristal y lo aporreó.

—¡Pare el coche!

El vehículo viró y salió de la autopista. Olivia se aferró a la agarradera cuando se adentraron en un camino lleno de baches. Thad fue el primero en recuperar el equilibrio.

—Déjame eso. —Agarró el mantón de Olivia y empezó a rodearse el puño con la tela.

Ella sacó el móvil y pulsó el botón de emergencia.

No ocurrió nada.

—¡Apártate! —Thad la empujó y golpeó el cristal divisor con la mano, haciendo añicos la mampara, cuyos fragmentos llovieron sobre ellos y el conductor.

La limusina giró y los lanzó a ambos al suelo. Mientras Thad se incorporaba, Olivia volvió a intentar usar el móvil.

—¡No tengo cobertura!

—Habrá un inhibidor.

El coche se detuvo.

Thad se levantó para pasar por donde antes había la mampara divisoria, pero el chófer abrió la puerta, apagó los faros y salió antes de que Thad lo tocara. Olivia se lanzó a por una de las puertas traseras, mientras él iba a por la otra. Estaban cerradas. Thad echó un vistazo al minibar de la limusina en busca de algo que sirviera como arma —una botella de vino o una copa—, pero los compartimentos estaban vacíos.

—Pase lo que pase, quédate detrás de mí —ordenó.

—Todo esto es culpa mía —gimió Olivia—. Y lo sabes.

—Haz lo que te digo.

Un clic. Una de las puertas traseras se abrió, y con ello se encendió la luz interior de la limusina.

—Fuera —gruñó una voz.

Thad se colocó delante de ella y bajó del coche. El mantón cayó al suelo cuando él bloqueó la puerta con el cuerpo para dejarla a ella en el interior.

No debía suceder así. Debería ser ella la que lo protegiera a él. Olivia barrió el interior del vehículo a la desesperada. En el minibar no había nada. En el bolso no llevaba más que la llave de su habitación y varios pañuelos. Soltó el móvil y cogió un puñado de los trocitos de cristal que se habían desparramado sobre el asiento. Aunque fuera vidrio templado, los extremos se le clavaron en las palmas.

—Moveos —exclamó la misma voz áspera de antes. Olivia no veía nada por las ventanillas, solo oscuridad.

—¿Qué quieres? —Thad se quedó donde estaba, bloqueando la puerta trasera.

—Muévete o disparo. ¡Salid los dos! ¡Fuera!

—Quédate dentro —le ordenó Thad.

Olivia no pensaba obedecer. Con los puños apretados y llenos de fragmentos de cristal, lo empujó y consiguió bajar de la limusina para salir a la nada absoluta del desierto de Mojave.

Al principio no vio nada más allá de la tenue luz amarillenta del interior de la limusina. Por encima de ellos sobrevolaba un *jet*, quizá procedente de la Base Aérea de Nellis, quizá del Aeropuerto Internacional McCarran. Conforme sus ojos se adaptaron a la oscuridad, detectó la gigantesca silueta del hombre, que se había alejado de la luz. Vestía un traje oscuro, pero la visera del sombrero de chófer le ocultaba gran parte del rostro. ¿Era el tipo que la había atacado en la librería? Debían de ser más o menos de la misma altura, pero igual que millones de hombres.

—¡Alejaos del coche! —gritó en la negrura.

—¡No vamos a ir a ningún lado! —En lugar de temor, sintió una ardiente oleada de rabia.

La tierra estalló delante de ellos. Olivia soltó un grito. Aquel hombre no bromeaba con lo de la pistola.

—Haz lo que diga. —Thad la agarró y la empujó hacia la oscuridad.

—¿Por qué? —Estaba furiosa. Un fuego incontrolado la había poseído. Estaba furiosa con el secuestrador. Consigo misma por involucrar a Thad en sus problemas. Con el cretino que los estaba aterrorizando—. ¡Eres muy valiente con esa arma! —Olivia apretó los fragmentos de cristal de su puño—. ¿Qué es lo que quieres, valiente?

—Cállate, Liv —le ordenó Thad.

—¡Cállate! —gritó el secuestrador al mismo tiempo. Se giró hacia Thad—. Dame tu cartera. Lánzamela.

Thad hizo lo que le pedía.

—Ahora, el móvil —exigió.

—¡No lo hagas! —exclamó Olivia.

Thad la ignoró. El hombre mantuvo la pistola en alto mientras se agachaba para coger los objetos del suelo.

—Ahora, ese reloj.

Thad se quitó el Victory780 y se lo arrojó a los pies. El hombre se giró hacia Olivia.

—Dame tu bolso.

—Está en la limusina, imbécil. —Era incapaz de reprimir la cólera.

—Liv… —La voz de Thad contenía un afilado matiz de advertencia.

Pero es que ella había arrastrado a Thad a lo que debería haber sido tan solo su crisis, y había perdido la razón.

—¡Al muy valiente le gusta el drama! ¡Pues a drama a mí no me gana nadie!

El secuestrador se abalanzó sobre ella. Olivia abrió la mano y le lanzó los cristales a la cara.

El hombre soltó un aullido de sorpresa, y Thad no necesitó nada más para cargar hacia él. La pistola se disparó y salió volando. Olivia chilló, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—¡Liv! —Thad se giró hacia ella.

Sin arma, el chófer echó a correr hacia la limusina.

La puerta del coche se cerró y Thad se apresuró a arrodillarse al lado de ella. Le recorrió el cuerpo con las manos, histérico, y Olivia, con el cuerpo embargado por la adrenalina, era incapaz de comprender por qué la manoseaba de esa manera precisamente en ese momento.

—¡Liv! ¿Dónde te ha dado?

No estaba manoseándola. Estaba…

—No me ha dado. —Rodó por el suelo—. Me he caído.

Thad divisó la pistola y corrió con ella hacia la limusina, pero cuando abrió fuego el vehículo ya avanzaba por el camino y levantaba una nube de grava como si fuera metralla.

Durante un buen rato, ninguno de los dos pronunció palabra alguna. A lo lejos parpadeaban las luces de una torre de transmisión, y Olivia oyó el distante sonido de un tren de mercancías. Estaban solos en el duro y oscuro desierto.

Mientras tosía por la nube de polvo causada por los neumáticos del coche, la furia que sentía Olivia se evaporó y la dejó con el corazón acelerado y las piernas temblorosas. Se incorporó en el suelo.

—Lo siento —susurró.

—¿Por?

—Por arrastrarte con mis problemas.

—Cállate, Liv, ¿vale? —Era la segunda vez que se lo decía, pero ahora su tono amable hizo que quisiera echarse a llorar—. Puede que quisiera los relojes.

Nada más empezar a rebatírselo, Olivia tocó algo en la arena. Cerró los dedos alrededor del reloj de Thad y lo levantó.

—Tanto esfuerzo para nada.

—Cabrón. —Activó el seguro de la pistola y se la guardó en la cintura. Cogió el reloj de las manos de Olivia y la ayudó a levantarse—. Vamos.

Una de las almohadillas que se había colocado en lugar de sujetador se había desprendido del vestido en forma de V. Olivia la buscó, pero la arena se había quedado adherida en la superficie pegajosa, así que se limitó a recuperar el mantón.

—Vamos.

Olivia decidió que tener el pecho asimétrico era una complicación menor comparada con el mayor reto de caminar a oscuras por un camino de grava sobre unos zapatos de tacón de doce centímetros.

—Con esos zapatos no llegarás hasta la autopista. —Thad pensaba lo mismo que ella—. Te llevo a caballito.

—Ni hablar. —Olivia Shore, la estrella de la Metropolitana, la

joya de La Scala, el orgullo del Teatro Real de la Ópera, no permitiría que nadie la llevara a caballito, por más anchos y fuertes que fueran los hombros de ese alguien. Se pasó el polvoriento mantón por encima de los hombros—. No pasa nada.

—Te vas a destrozar los pies.

—Pero mantendré la dignidad.

—Mira que eres tonta y testaruda.

—Lo sé. —Olivia suspiró y se anudó el mantón alrededor del cuerpo.

Por culpa de su negativa, el extraño trayecto duró el doble, pero el agarre fuerte de Thad evitó que se torciera un tobillo, y por lo menos se aferraba a una pizca de orgullo…, una pizca diminuta por culpa de sus pechos bizcos.

Como los dos habían perdido el móvil —el de ella estaba en el asiento de la limusina y el de él, en el bolsillo de aquel malnacido—, tuvieron que recurrir a la amabilidad de los desconocidos para que los llevaran en coche hasta Las Vegas. Por desgracia, los desconocidos resultaron un trío de universitarios borrachos. Por suerte, Thad les hizo saber enseguida que era el mismísimo Thaddeus Walker Bowman Owens, así que le dejaron conducir a él. Por desgracia, a ella la presentó como a una animadora de los Chicago Stars. A Olivia le sorprendió ver que se acordaba de reírse. Una risa patética, de acuerdo, pero al menos no estaba llorando.

Le pidió el móvil a uno de los universitarios y llamó a Henri. Marchand estaba histérico. Los había esperado en el vestíbulo del hotel cuando llegó el chófer de la limusina de verdad, y el botones le informó de que Thad y ella ya se habían marchado. Henri supuso que habían decidido presentarse antes en el restaurante para tomar una copa, pero al llegar y ver que no estaban allí, empezó a preocuparse mucho. Olivia se pasó todo el trayecto convenciéndolo de que Thad y ella estaban ilesos. Físicamente, eso sí.

—¡Me ha parecido ver que tenía un tic en el ojo izquierdo! —exclamó Thad a eso de las cuatro de la madrugada en el ascensor que los conducía a su *suite*—. Pero no tengo ni idea de cómo eran las pintas del chófer de la limusina. Y ¿sabes por qué?

Olivia lo sabía porque ya le había soltado el mismo sermón un par de veces.

—¡Porque en todo momento estaba mirándote el culo! ¡Por eso!

El interrogatorio con la policía de Las Vegas no había ido bien. Al agente que les tomó declaración le costaba creer que ninguno de los dos pudiera describir al conductor y, cuando hacía dos horas que estaban en la comisaría, dejó de ocultar su escepticismo.

—¿No vieron al conductor cuando se acercaron al coche? ¿No hablaron con él antes de subir?

—Sí, pero… —Era el turno de responder de Olivia—. Thad y yo estábamos… hablando, y no nos fijamos.

El agente tenía la cabeza en forma de huevo, gafas con montura oscura, bigote frondoso y tendencia a la incredulidad.

—A ver si lo he entendido bien. Creen que era blanco, pero quizá no. No era bajo, pero no era alto. Y su voz parecía de un hombre de mediana edad, pero quizá de alguien más joven.

—Llevaba sombrero —se defendió Olivia—, y muy calado. De eso me acuerdo. —Se ciñó el mantón alrededor del cuerpo para cubrirse los pechos, ya libres, y se preguntó durante unos instantes qué pensarían los universitarios cuando una vez sobrios encontraran la solitaria almohadilla de silicona en el coche.

—Vestía un traje oscuro —añadió Thad—. Ya se lo hemos dicho.

—¿Están seguros de que era un hombre? ¿Podría haber sido una mujer?

—Thad y yo no estábamos hablando sin más —dijo Olivia, desesperada—. Estábamos discutiendo, y ya sabe lo que ocurre en una discusión.

El agente —La placa de su nombre decía «L. Burris»— levantó la vista de la pantalla del ordenador.

—Últimamente han llamado mucho la atención. —Olivia debería haber anticipado hacia dónde derivaría la conversación, pero no fue así. Burris se quitó las gafas—. Señorita Shore, desde que empezó su gira no es el primer incidente en que se ve involucrada.

—No es mi gira. Relojes Marchand patrocina…

—El ataque en Nueva Orleans… No encontraron al responsable. —Cuando se inclinó hacia atrás, la silla crujió—. Es consciente de las sanciones que supone dar falso testimonio, ¿verdad?

—Si insinúa que nos lo hemos inventado para llamar la atención, no podría estar más equivocado. —El comentario del

policía había puesto a Thad de pie.

—Siéntese, señor Owens. Yo no insinúo nada. Solo pongo unos cuantos hechos encima de la mesa. —Se acarició el extremo del bigote con el pulgar—. Dicen que los secuestraron, pero no son capaces de describir al perpetrador. Es posible que fuera a por sus relojes, que como bien ha dicho valen unos veinte mil dólares, pero lo único que se llevó fue su móvil y su cartera.

—Y ¿cómo explica la pistola que les hemos entregado? —protestó Thad—. En lugar de dudar de nosotros, ¿por qué no busca si alguna empresa de limusinas ha denunciado el robo de uno de los vehículos?

—Estamos en ello.

Al cabo de poco, Burris los dejó a solas, y fue entonces cuando Thad le soltó a Olivia por primera vez el sermón de «estaba mirándote el culo».

El agente los hizo esperar casi una hora, durante la cual coincidieron en que era muy poco probable que las hermanas de Adam contaran con los recursos para urdir algo semejante.

—Entonces, ¿quién ha sido? —dijo Olivia pensando en voz alta.

—Esa es la cuestión. —Thad meneó la cabeza.

El agente Burris regresó con la noticia de que la patrulla de carretera de Nevada había encontrado una limusina abandonada en el noroeste de la ciudad, una que había sido robada a un servicio de transportes local.

—Analizaremos las grabaciones de seguridad del hotel —les contó Burris antes de acompañarlos hasta la puerta—. Pero a no ser que nos proporcionen más información que ustedes, será difícil encontrar a ese hombre.

—¿Qué me dice del arma? —insistió Thad.

—La rastrearemos. Pero no se hagan ilusiones.

A Burris no le hacía ninguna gracia que al día siguiente tuvieran que volar hacia Chicago, pero Olivia se moría de ganas de abandonar Las Vegas.

Casi había amanecido cuando volvieron al hotel. Thad por fin había dejado de flagelarse por no haber prestado atención al aspecto del conductor. Cuando salieron del ascensor en su planta, sin embargo, otra cosa lo inquietaba.

—Liv, prométeme que nunca volverás a vacilarle a alguien que

te esté apuntando con una pistola.

—No lo puedo evitar. Odio que me ninguneen.

—Lo pillo. Eres una soprano. —La miró a los ojos—. Pero estamos de acuerdo en que los hombres como ese no están preparados para manejar el temperamento de una artista. No como yo.

—Es una de tus virtudes. —Olivia sonrió.

Thad abrió la puerta de la *suite* con la nueva llave que les dieron en la recepción. En cuanto entraron, el mantón le cayó a Olivia hasta los codos y se vio en el espejo: pelo enmarañado, rostro y brazos sucios, vestido embarrado por la caída. La fina cadena de plata debía de haberse roto al desplomarse en el suelo, porque el collar y la estrellita de la suerte plateada habían desaparecido.

—Liv, no quiero ser insensible, pero ¿te ha pasado algo hoy en los pechos? Que siguen siendo supersexis, no me malinterpretes. Pero es que los veo un poco…, no sé, diferentes que al principio de la noche.

Olivia se subió el mantón hasta los hombros, pero no antes de que un rápido vistazo le confirmara que, sin sostén, sus pechos sobresalían del escote en V del vestido y habían dejado de ser una tentación insinuante.

—No sé a qué te refieres.

—No he dicho nada.

—Vale.

Thad dirigió la mirada a la puerta del cuarto de Olivia.

—¿Quizá después de una ducha rápida…? —Pero hasta él sabía que su oportunidad se había desintegrado.

Ella se apartó un mechón de pelo con una mano mugrienta.

—Estamos sucios, agotados, y dentro de tres horas salimos hacia el aeropuerto. Se acabó nuestra noche de pasión. —«Y quizá sea lo mejor».

—Mañana —dijo él—. En Chicago.

Olivia jugueteó con el borde del mantón sin mirarlo a los ojos.

—¿Y si el universo acaba de enviarnos una gigantesca señal para decirnos que hemos llegado todo lo lejos que deberíamos?

—Qué pensamiento tan pesimista. Ni de coña.

—Pero tienes que admitir que…

—Yo no admito nada. Si quieres ser una campeona, Olivia

Shore, no puedes abandonar la partida.

Eso era aquello para Thad. Una partida, un juego.

Por la mañana, la policía le devolvió a Olivia el teléfono y el bolso, que habían recuperado de la limusina. Los veinte dólares seguían doblados en el interior. Thad se había pasado el resto de la noche cancelando las tarjetas de crédito, comprando un nuevo móvil y reviviendo lo sucedido. No se quedó dormido hasta subirse al avión de vuelta a Chicago, y al despertarse vio que Olivia dormía plácidamente, los labios un pelín separados y los auriculares morados torcidos sobre su cabeza. Parecía joven e indefensa, nada que ver con la mujer furiosa que la noche anterior había ido a por su secuestrador.

Henri había hecho una reserva en el lujoso hotel The Peninsula Chicago, en Superior Street. El piso de Thad y el apartamento que había alquilado Olivia no estaban lejos, pero coincidieron en la inconveniencia de ir y volver de sus respectivas casas a los distintos compromisos, así que pasarían las últimas tres noches en el hotel.

Tres noches. Olivia insistía en que era el único tiempo que les quedaba juntos.

Por primera vez en su vida, Thad había perdido el control de una relación. Debía recuperar el timón.

Su *suite* en el Peninsula contaba con un gran piano y una terraza con acceso desde diferentes puntos de la estancia y vistas al lago Michigan. Mientras esperaba a que su habitación estuviera preparada, Henri salió a la terraza con el portátil, y Paisley se fue a un Sephora.

Liv miró a Thad en plan Reina de Saba.

—Me apetece caminar.

Él quería hacer más que caminar, pero no con Henri trabajando temporalmente en su *suite*.

—Me parece bien.

Olivia se cambió las manoletinas por unas zapatillas deportivas y la gabardina por un forro polar que él no había visto —una prenda más que había metido en las 799 maletas con que viajaba—. Cuando salían por la puerta, le robó la gorra de los Chicago Stars que llevaba Thad y se la puso.

—Así me siento joven —dijo al pasar la cola de caballo por el agujero de la gorra.

—Eres joven —asintió él—. Más o menos.

—Pues yo no me siento así.

—Con treinta y cinco solo eres vieja si contamos en años de fútbol americano.

—Tú tienes casi cuarenta, así que eres un anciano.

—No tengo casi cuarenta. Tengo treinta y seis.

—A punto de cumplir treinta y siete.

—Todavía no.

—*Je m'excuse*.

Torcieron por la avenida Michigan. El día era soleado, pero bastante frío gracias al fresco primaveral que provenía del lago. El fresco no había desanimado a los peatones, que recorrían las anchas aceras con bolsas de las tiendas Nike,
Bloomingdale's,
Chanel y Apple Store.

—¿Qué vas a hacer cuando se termine tu carrera en el fútbol americano? —le preguntó Olivia.

—No estoy seguro.

—Dame una pista.

—No lo sé. He estado preparando algo con un amigo. —Algo que aún no estaba listo para contar a nadie—. Tengo una idea. El hotel The Omni está cerca de aquí. Pidamos una habitación para un par de horas. Solos tú y yo.

—Hace demasiado buen día para encerrarse.

—Hace frío, y estás nerviosa. Te da miedo no estar a mi altura, ¿verdad? Te da miedo ser un desastre en la cama.

—No me da miedo ser un desastre en la cama. —Olivia metió las manos en los bolsillos del abrigo—. Vale, puede que sea un desastre.

—Qué mona estás cuando dices tonterías —rio él.

—¡Tío! ¡Es Thad Owens! —Tres chicos con sudaderas y gorras de béisbol corrieron hacia ellos. Eran veinteañeros. Uno llevaba vaqueros y los otros dos sendos pantalones cortos, aunque la temperatura era de cuatro grados.

—Somos superfans de los Stars. —El más alto de los tres, con unas gafas de sol de color verde fosforito que le daban un aspecto psicodélico, se detuvo delante de ellos.

—Cuánto me alegro —respondió Thad, como de costumbre.

Su colega, cuya sudadera publicitaba la cerveza Miller Lite, le dio un codazo al que tenía al lado.

—Chad no. Él prefiere a los Bears.

—Los Bears son una mierda —afirmó Gafas Fosforito—. Y también Clint Garrett. Deberías jugar tú.

—Si fuera mejor que Clint, jugaría yo —dijo Thad con calma.

—¿Qué me dices de sus intercepciones contra los Patriots? —se burló Gafas Fosforito.

—Es fácil ser un *quarterback* desde el sofá de tu casa.

—¿Y el pase interceptado en St. Louis? —El gafotas seguía en sus trece—. ¿Qué me dices de eso?

—Nos pasa a todos. —Thad apretó la mandíbula—. Nadie de la Liga tiene un brazo más poderoso que Clint ni unos pies más rápidos. Los Stars somos afortunados por qué esté en nuestro equipo.

—Pero es que…

—Es rápido, agresivo e inteligente. Estoy orgulloso de compartir equipo con él. Ha sido un placer hablar con vosotros. —Thad cogió a Olivia del brazo y huyó.

—Ni siquiera nos hemos hecho una foto con él —rezongó uno de los chavales.

—¿A qué pase se refería? —Liv enlazó el brazo con el de él.

—El muy idiota lanzó el balón hacia la luna —gruñó Thad—. Uno de los jugadores rivales lo interceptó y corrió para anotar *touchdown*. Seis puntos.

—Seis puntos, ajá. —Olivia sonrió y sacudió la cabeza—. Idiota.

—A mí no me hace gracia.

—Pues es supergracioso. Conozco a muchos cantantes a los que les iría bien un par de clases sobre lealtad a un equipo impartidas por jugadores de fútbol. —Se detuvo sin avisar y tiró de él hacia el escaparate de la tienda Burberry. Y lo besó, en plena avenida Michigan.

Thad no sabía a qué venía el beso, pero no pensaba quejarse. Fue un beso largo y profundo. Las manos de Olivia se posaron en el cuello de él. Sus labios se separaron, y también los de Thad. Las lenguas se encontraron en un baile íntimo. Él puso las manos en la cintura de Olivia. El pecho de ella se apretó contra el de Thad. Era el preludio de lo que tanto había esperado el *quarterback*.

—¡Puaj! —La risita nerviosa de una adolescente fue un jarro de agua fría que cayó sobre el beso—. ¡Iros a un hotel!

Thad se separó de Olivia y miró a sus ojos oscuros de diva, que la hacían parecer tan joven como las adolescentes que se reían detrás de ella.

—¿Vamos a The Omni? —susurró Thad.

Olivia asintió. Fue breve, apenas perceptible, pero un asentimiento al fin y al cabo.

Thad la agarró de la mano. Cruzaron en rojo, ¡en rojo!, seis calles que atravesaban la avenida Michigan, dejando tras de sí numerosos bocinazos e insultos de los conductores.

Con las manos aún unidas, franquearon las puertas de The Omni. A Thad le quedaba el suficiente sentido común para mantenerla alejada del mostrador de la recepción.

—Espérame aquí.

Thad se apresuró en pedir una habitación y pagó con la tarjeta de emergencia que había tomado prestada de Henri hasta que recuperara el acceso a sus cuentas. Le importaban un rábano el código del wifi y las almohadas hipoalergénicas que estaban a su disposición. Lo único que quería era ir a una habitación. Y a una cama.

Capítulo Catorce

No fue como en las películas. Thad no la empotró contra la pared nada más cerrar la puerta de la habitación del hotel. No se arrancaron la ropa el uno al otro con las lenguas entrelazadas, no se tiraron del pelo ni se lanzaron al suelo, tan sobrepasados por la lujuria que eran incapaces de llegar hasta la cama. No fue así en absoluto.

Primero…

No tenían condones. Aunque en realidad daba igual. Ya lo habían hablado: ninguno de los dos tenía una ETS y Olivia tomaba la píldora. El verdadero problema fue que…

Habían esperado demasiado tiempo, le habían dado demasiada importancia y se habían presionado demasiado a sí mismos.

Olivia dijo que debía hacer pis, se encerró en el cuarto de baño y se puso a inhalar profundamente y a exhalar muy poco a poco como una cantante de ópera con espléndido control de la respiración…, a diferencia de lo que hacía sobre el escenario.

—Voy a entrar. —Thad llamó a la puerta.

—¡No! Estoy vomitando.

—No estás vomitando —dijo él desde el otro lado.

—Creo que tengo un virus estomacal.

—Creo que tienes un virus cobardical.

—También.

—Te espero aquí.

Se giró hacia el grifo y se lavó las manos. Estaba acostumbrada a verse con pelucas y diademas. No estaba acostumbrada a verse con una gorra de los Stars, pero le gustaba cómo le quedaba. Le daba un toque deportivo. Desenfadado. Todo lo que no era.

—¿Me puedo quedar tu gorra?

—No. —La voz de Thad llegó desde la otra habitación.

—Debes de tener docenas de ellas. Y ¿no me vas a dar una?

—Ahora mismo no me siento generoso.

—Entiendo.

A regañadientes, Olivia se quitó el forro polar y las zapatillas, pero se dejó puesta la gorra.

—Me estoy desvistiendo.

—Así me gusta. —Aunque no sonó contento.

Olivia visualizó la preciosa ropa interior que se encontraba en su maleta y las anodinas y cómodas bragas que se había puesto en su lugar, junto a un horrible sujetador de deporte de color carne. ¿En qué había estado pensando? ¿En que se metería en un gimnasio para jugar un partidillo de pádel?

Puesto que la noche anterior apenas había dormido tres horas, tenía suerte de llevar algún tipo de ropa interior.

—Confiésalo —le habló Thad desde el otro lado de la puerta—. Eres virgen, ¿verdad? Ese es tu oscuro supersecreto y por eso huyes asustada.

—No soy virgen y no huyo asustada. Es que no se me dan bien las transiciones, y sabes que esto lo va a mandar todo al garete. Después de Rachel, creo que eres mi segundo mejor amigo.

—Eso es justo lo que un tío con ganas de sexo no quiere oír.

—Tienes razón. Me estoy comportando como una idiota. —Se quitó el Cavatina3 y lo colocó sobre el tocador, seguido de su anillo de veneno, su pulsera egipcia y, por último, la gorra de los Stars.

Se deshizo la cola de caballo, se sacudió el pelo y respiró hondo de nuevo. Iba a hacerlo. Iba a olvidar que se había enamorado de él y se limitaría a disfrutar. Se trataba de su cuerpo, no de su corazón. Giró el pomo de la puerta.

Thad estaba sentado en el suelo junto a la puerta, con la espalda apoyada en la pared y expresión aburrida.

—Siento decírtelo —le dijo—, pero ya no estoy interesado.

—Qué pena. —Olivia se sentó a su lado con las piernas cruzadas.

Thad dobló una rodilla y apoyó un codo en ella.

—Te voy a enumerar todas las razones por las cuales tú y yo nunca podremos tener una relación estable.

—Eso, ponme cachonda.

—Te consagras a tu carrera por completo.

—Cierto.

—En el mundo de la ópera, casi se diría que el sol sale y se pone

por ti.

—Un pelín exagerado, pero continúa.

—Eres una jugadora titular. Una superestrella.

—Gracias.

—Y yo soy un hombre que está cansado de ser el suplente.

—Comprensible.

—No estoy hecho para aguantarte el bolso mientras firmas autógrafos.

—Me cuesta imaginarlo.

—Ni para darte una botella de agua cuando bajes del escenario.

—Las botellas de agua de plástico son fatales para el medio ambiente, pero entiendo lo que quieres decir.

—En resumen…

—¿Hay un resumen y todo?

—En resumen, eres una jugadora titular, Liv. Y yo nunca sería feliz corriendo tras de ti y siendo tu suplente.

—O sea, ¿qué…?

—Que es imposible que tenga una relación seria contigo.

—¿De veras? —Olivia ladeó la cabeza—. ¿Estamos condenados?

—Totalmente.

—¡Fantástico! —Se sentó encima de él, con las rodillas a ambos lados de la cadera de él, y lo besó. Fueron besos largos y profundos. Besos que nada tenían que ver con el amor, solo con la necesidad. El beso se transformó y se volvió más hambriento. Thad metió las manos por debajo de la sudadera de Olivia y buscó el cierre del sujetador.

Cierre que no existía. Porque… llevaba sujetador de deporte.

Thad tiró de él.

—Esto es solo para ti. —Olivia salió de encima de él. Extendió los brazos y lo ayudó a levantarse. Con las manos sobre su pecho, lo condujo hasta la cama, lo lanzó sobre el colchón y le quitó los zapatos. Dando un paso atrás, le dedicó su sonrisa más seductora de Dalila y se quitó la sudadera por encima de la cabeza. Era el momento de jugar. No de pensar. No de dejar que sus sentimientos salieran a la superficie. Solo de disfrutar.

Aunque a ella le diera reparo la práctica ropa interior que vestía, a él pareció no importarle; era un hombre bellísimo con esos ojos de verde criptonita y ese cuerpo sumamente provocativo.

Thad se recostó sobre los numerosos cojines de la cama para observarla. Olivia tardó una eternidad en desabrocharse los pantalones y deslizárselos por las caderas. Se inclinó lentamente hacia delante para quitárselos y, al mismo tiempo, ofrecerle unas espléndidas vistas de su escote.

Sujetador cómodo. Bragas funcionales. Olivia se llevó las manos detrás de la cabeza y se pasó los dedos por el pelo. Se lo levantó, dejó que el cabello se desparramara sobre sus manos y muñecas, mientras no paraba de mirarlo de forma insinuante.

—Me… va a… dar… algo —dijo Thad con tono ronco.

—Disfruta de tu muerte. —La voz de ella era humo líquido.

Interpretaba a una seductora. Era lo que hacía sobre el escenario. Carmen. Dalila. La loca y sexi *Lady* Macbeth. Su cuerpo actuaba como le habían enseñado a actuar, pero actuaba solo para él, para aquel fortachón al que dominaba igual que Dalila había embrujado a Sansón.

Olivia movió las caderas, jugueteó con su pelo y valoró cómo quitarse un sujetador de deporte por encima de la cabeza de la manera más elegante y sugerente posible sin cargarse el momento.

Un dilema para cualquier mujer, pero ella no era cualquier mujer.

Le dio la espalda a Thad y sin que la viera se pasó la banda inferior por encima del pecho para que no se quedara encallada. Cruzó los brazos con gracia. Un giro, un tirón con los pulgares, un movimiento resuelto sin que apenas fuera visible el esfuerzo… En un santiamén, se quitó aquella prenda tan fea. La cogió con la punta de los dedos, la balanceó y la tiró al suelo.

Dejó que Thad observara la vastedad de su espalda, la larga cresta de su columna vertebral. Se metió los pulgares en el interior de las bragas. Jugueteó un rato con ellas provocándolo como si fuera a quitárselas, pero al final retiró los pulgares y se las dejó puestas.

En la cama se oyó un suave gruñido. Lentamente, todavía en bragas, se giró para contemplarlo, los pechos al desnudo ante la mirada de él. Thad tenía los ojos entornados, los labios separados…, era la viva imagen de un hombre completamente vestido y completamente excitado.

Olivia sonrió. «Puede que tú, mi amor, seas el rey del fútbol

americano, pero yo… yo soy La Belle Tornade».

Una vez más, se llevó las manos al pelo para estirar el torso y dar protagonismo a sus senos. Para revelar todo su poder. Hasta que él pronunció la frase más extraordinaria.

—Cántame. La «Habanera».

Durante unos instantes, Olivia creyó que se trataba de otro de los ejercicios insensibles de Thad, salvo que ese era terriblemente inoportuno. Sin embargo, los ojos medio cerrados y la voz áspera de él le decían otra cosa. Esa era la seducción que deseaba, una seducción que ninguna mujer de su pasado, ni de su futuro, le podría ofrecer. Solo ella.

Así que cantó conteniendo el poder de su voz pero imprimiéndole una seducción ideal y humosa a cada nota. La letra en francés, la tentación española. Lo avisó de su impermanencia.

—*L'amour est un oiseau rebelle que nul ne peut apprivoiser*… —«El amor es un pájaro rebelde que nadie puede dominar».

Separó las piernas. Sus pechos seguían a la vista. Movió los brazos para formar unos arcos sutiles. «Nadie me puede dominar. Soy mi propia dueña».

Su melena caía sobre sus muñecas como si de una cascada se tratase. Inclinó la espalda hacia atrás gracias a su flexible cintura, con la voz derretida. «Me encanta tu rostro perfecto. Me maravilla tu cuerpo precioso. Pero soy voluble. Solo soy fiel a mí misma».

Lo envolvió con su suave *glissando*. Ella tenía el control. Jamás volvería a perderse por culpa de un hombre. Jamás se haría pequeña. Era un pájaro salvaje e indómito que tomaba lo que deseaba. «Te asustará que te quiera, porque nunca seré esclava de un hombre. Al contrario, volaré libre».

Cuando la última nota llegó a su fin, Thad se arrodilló y, con un gruñido, tiró de ella hacia la cama.

—Has estado… —susurró— perfecta.

Sus bragas desaparecieron de inmediato. Juntos, se pelearon con la ropa de él hasta que estuvo tan desnudo como ella, y entonces Olivia se regodeó en el cuerpo poderoso que había construido su carrera. Fuerte y esculpido, esbelto y aerodinámico. Lo tocó. Lo disfrutó. Jugó con él. Habría retozado con él para siempre si Thad no la hubiera derribado y atrapado deliciosamente bajo su peso.

Ahora el pelo de Olivia se desparramaba sobre las manos

enormes de él. Sus pulgares se posaron en las sienes de ella mientras volvían a besarse. Un beso feroz y carnal que era el gráfico preludio de lo que se avecinaba.

Olivia separó más los muslos. La boca de Thad recorrió su cuerpo y encontró todas las zonas placenteras —los pezones, la cadera, la barriga— en su camino descendente, dirigiéndose hacia allí pero sin llegar del todo. Ella gimió para rogárselo.

Thad clavó las muñecas en la cama a ambos lados de la cabeza de Olivia para apresar al pájaro salvaje mientras entraba en ella. Olivia se rio ante la dificultad. Hundió los dientes en el hombro de él. Thad le mordisqueó la oreja. Ella le rodeó la cintura con las piernas y su risa se convirtió en un gemido gutural.

Thad se echó hacia atrás y sonrió, la sonrisa posesiva y traviesa de un hombre que se había enterrado amplia y profundamente en su interior. La sonrisa de un conquistador. Olivia le clavó las uñas en la espalda en represalia. Thad gimió y se adentró más en ella. Follar era como cantar ópera, un acto excesivo y muy placentero.

Thad pegó los labios a los de Olivia y se movieron al unísono. Incisiones largas y duras, seguidas de exquisitas estocadas. La postura del misionero, bendecida por el demonio. Los cuerpos de ambos brillaban por el sudor. Su respiración se volvió caliente y entrecortada. Eran atletas de resistencia. Él sabía cómo esperar al perfecto receptor. Ella sabía cómo sostener una nota hasta que agujereaba el cielo. Ninguno de los dos se iba a rendir.

Hasta que…

Incluso el más entrenado de los atletas alcanza su cenit. Thad levantó las caderas y se hundió con fuerza. Olivia respondió a la agresividad de él con la suya propia.

Se descompusieron.

Olivia combatió el inoportuno tsunami de emoción que amenazaba con asfixiarla. Estaban jugando. Solo jugando. Un juego sexual delicioso que no tenía nada que ver con la abrumadora oleada de amor que sentía por aquel hombre imposible.

—Ha sido demasiado perfecto. —Olivia se ovilló junto a la espalda de él—. A partir de ahora, lo que pase siempre será una enorme decepción.

—Hemos puesto el listón alto. —Thad la besó en la coronilla.

—Yo he durado más que tú —lo provocó.

—No.

—Que sí.

—Tú lo has querido. —Thad le puso una mano sobre la cadera.

—Por favor.

—Dame un par de minutos.

—¿Tanto?

—Te has pasado semanas resistiéndote. —Le dio un suave azote en el culo—. Y ¿ahora lo quieres todo a la vez?

—Soy una *prima donna*. Se nos permite ser irracionales.

—No me digas. —Se apoyó sobre un codo y, con los ojos alborotados, jugueteó con un mechón de pelo de Olivia—. No quiero ofenderte, ya que eres una *prima donna* y tal, pero creo que necesitas practicar más.

—¿En serio?

—Completamente. —Le pasó los dedos desde el cuello hasta los pechos, y siguió hacia la barriga y más abajo. Olivia contempló el cuerpo de él de punta a punta y se tumbó de nuevo en la cama. Thad sonrió, la cubrió y ya estaban besándose otra vez.

Olivia lo obligó a estirarse mientras lo exploraba y contemplaba aquello que tanto había deseado ver. Probaba qué le gustaba más a él. Qué le gustaba más a ella. Le maravillaba que un hombre que había consagrado la vida a un deporte tan violento tuviera un cuerpo tan perfecto.

Y le llegó el turno a Thad. Al principio, Olivia dio libertad absoluta a su curiosidad, pero al final se hartó. Se sentó encima de él y lo utilizó de la manera más increíble, hasta que los dos se adentraron en una batalla campal turbulenta y apasionante. No era amor. Solo sexo.

Cuando hubieron terminado, se durmieron.

Thad la inclinó sobre el reposabrazos del sillón.

Se entretuvieron en la ducha.

Se agarraron mutuamente.

—¡Mierda! —Thad se incorporó en la cama.

Olivia siguió la dirección de su mirada hacia el reloj de la mesita.

—¡*Merde*!

Eran casi las siete y media. Su primera cena con clientes de Chicago comenzaría al cabo de media hora. Se apresuraron a

vestirse. Olivia no se molestó en ponerse el sujetador. Thad metió los pies descalzos en las zapatillas y se guardó los calcetines en los bolsillos de la chaqueta. Salieron del hotel como alma que lleva el diablo y se adentraron en la fría noche del estado de Illinois.

Thad llegó antes que ella a la cena, pero solo por diez minutos, y teniendo en cuenta que Olivia debía peinarse y maquillarse, le sorprendió lo rápido que se había arreglado. Se había recogido el pelo en una especie de moño bajo que se apoyaba en su nuca y llevaba uno de esos vestidos ceñidos que lucía mejor que nadie. Thad esperaba ser el único en percibir las suaves marcas rojas que Olivia había intentado esconder. Al día siguiente aparecerían las marcas que ella le había dejado en la piel a él, pero la ropa las taparía. La próxima vez sería más cuidadoso.

Y era evidente que habría una próxima vez.

Habían sido los mejores polvos de su vida, como estar en la cama con una docena de mujeres diferentes. Los impredecibles cambios de humor de Olivia —que pasaba de virgen a víbora—, sus movimientos sensuales y su precioso cuerpo, la risa de sus ojos oscuros, el peligro. Le cantó, tal como él había fantaseado. La «Habanera». Tenía la inquietante sensación de que por culpa de Olivia les diría adiós al resto de las mujeres. Y eso no era justo. ¿Cómo iban a competir ellas con una actriz experimentada de la talla de Olivia? Aunque no le había parecido que estuviera actuando. De hecho, Thad presentía que se había mostrado como era de verdad.

—¿Quién es su jugador favorito, señor Owens? Uno que no sea usted.

Le supuso un esfuerzo supremo volver a prestar atención al propietario de una cadena de joyerías de Illinois, el hombre hiperperfumado y efusivo que estaba sentado a su lado y masticaba un *filet mignon*.

Thad tenía varias respuestas preparadas para esa pregunta, pero estando en Chicago solo serviría una.

—Supongo que Walter Payton. —En función del lugar en que se encontrara, a veces decía Jerry Rice o Reggie White. Tal vez Dick Butkus. Procuraba no citar a *quarterbacks*. ¿Cómo iba a comparar a los fantásticos *quarterbacks* de los Stars (Bonner, Tucker, Robillard y Coop) con tíos como Montana, Brady, Young y Manning? Quizá

algún día mencionaría a Clint Garrett. Ese tipo de comparaciones lo ponía entre la espada y la pared.

—Walter Payton, apodado Dulzura. —Su compañero de cena aprobó la respuesta con un asentimiento—. El mejor corredor de todos los tiempos.

Puede que Jim Brown hubiera protestado al oír eso, pero Thad asintió.

En la otra punta de la mesa, Liv soportaba a su vez un interrogatorio por parte del marido barbudo de la propietaria de unos grandes almacenes.

—¿Cómo es que nunca ha ido a *American Idol*?

Olivia procuró no apretar los dientes, y Thad se dio cuenta.

—Es que *American Idol* no es un programa de ópera.

El tipo que lo acompañaba a él inició un monólogo acerca de Peyton Manning y Thad asintió sin prestar atención. Su conciencia le estaba dando problemas.

«Tú y yo nunca podremos tener una relación estable». Es lo que le había dicho a Liv, y recordaba lo contenta que se puso. Aunque Liv y él diferían en el significado del adjetivo *estable*. En su cabeza, significaba navegar por el lago durante el verano y quizá viajar al Caribe en cuanto la temporada de fútbol se hubiera terminado y ella tuviera una pausa entre función y función.

En la cabeza de Olivia, ella iba a dejarlo al cabo de dos días.

Después de lo que había acontecido entre ambos, era algo inaceptable.

Impensable.

Ahí estaban los dos…, por todo internet. Una foto enorme de Liv y él.

> LA DIVA Y EL *QUARTERBACK* SE MORREAN EN EL CENTRO DE CHICAGO.

Solo el *Chicago Tribune*, el periódico de su ciudad natal, había colocado el nombre de él primero.

> Thad Owens, el célebre *quarterback* suplente de los Stars, ha empezado una sorprendente relación con Olivia Shore, la megaestrella de la

ópera, que en breve actuará en *Aida* en la Ópera Municipal de Chicago…

Thad dejó el portátil sobre las sábanas arrugadas. Era la mañana del tercer día. Para ella, el último que pasarían juntos. Olivia metió las manos en los bolsillos del albornoz blanco de felpa del hotel, el pelo recogido con una goma elástica; nada que ver con la gatita sexual en que se había convertido hacía menos de media hora.

—¿Por qué siguen dando la turra con eso?

Thad apoyó la cabeza sobre un codo.

—Es que ahora mismo estamos juntos, Liv. —Era consciente de lo asustadiza que era y puso especial énfasis en «ahora mismo».

—Pero no tiene que enterarse todo el mundo —siguió protestando Olivia, con una mano en la cadera.

—Tienes que admitir que un lío entre la Reina de la Alta Cultura y un vulgar deportista como yo es algo que a la gente le parece interesante. —Balanceó las piernas por el lado de la cama.

—No eres un vulgar deportista, para nada. —Le lanzó una de sus majestuosas miradas—. Y odio el término *lío*. Me hace sentir como una adolescente. —Cogió una toalla—. Voy a darme una ducha. Esta vez, sola, porque hemos quedado con Henri pronto, y si vienes conmigo ya sabes lo que pasará.

—Dímelo tú. —Le ofreció una sonrisa vaga.

Olivia olvidó durante unos instantes la rabia que le había provocado la fotografía y le regaló una de sus sonrisas sexis, una de esas que lo empalmaban de inmediato.

—Eres incorregible. —Dicho esto, desapareció en el cuarto de baño.

Thad se hundió en las almohadas. Él, Thaddeus Walker Bowman Owens, tenía a su disposición a una de las mejores voces de la ópera, que le cantaba en privado. Desnuda. Lo único que debía hacer era pedirlo. Vale, sí, en el hotel Olivia no podía dar rienda suelta a todo su potencial sin que se presentaran los de seguridad. Y también era cierto que ella no estaba contenta con los sonidos que producía. Pero al menos cantaba; temas de Whitney Houston cuando se duchaban juntos, canciones de Nina Simone después de desayunar, y esa mañana en la cama, desperezándose arrodillada y desnuda, había entonado a Mozart para él.

A Thad le disgustaba que ese último día de la gira tuvieran que pasarlo dando entrevistas y conociendo a gente. Habría preferido estar a solas con ella, disfrutando de todos y cada uno de los minutos.

Nunca había estado con una mujer tan generosa, despreocupada y sorprendente. Se enredaban, experimentaban, reían. Le encantaba la forma en que se chinchaban el uno al otro, y era imposible que uno de los dos estuviera dispuesto a desprenderse de aquello por una absurda fecha límite. Liv era terca, pero no era tonta. Sabía tan bien como él que tenían algo especial. Lo único que debía conseguir Thad era que Olivia lo admitiera. Esa foto no podría haber llegado en peor momento.

A pesar de la rabia profesional que sentía, Olivia no estaba del todo descontenta con la imagen del periódico. Su ego había pasado por un bache en los últimos meses, y que la relacionaran públicamente con un hombre como Thad Owens le subía el ánimo, algo que resultaba deprimente, porque indicaba que medía su valía en función del hombre con el que estaba, y eso no era para nada cierto; aun así, la satisfacía saber que ahora quizá los demás la vieran diferente: no como una cantante de ópera estirada, sino como una mujer capaz de atraer a alguien como Thad Owens, y eso…

Se cubrió las orejas con las manos. Todo lo que tenía que ver con Thad la había hecho caer en picado desde antes incluso de acostarse con él. Y ahora que eso ya había pasado, era mil veces peor. Tal vez no estuviera enamorada. Tal vez tan solo estuviera encaprichada. ¿Las mujeres de su edad se encaprichaban? Intentaría convencerse de que se trataba precisamente de eso, porque era imposible que hubiera encontrado a un hombre peor del que enamorarse. Thad Owens, la antítesis de Dennis.

Se recordó que debía concentrarse en el presente, en el hoy, no en el futuro. Expulsarlo de su vida sería horrible y, si se ponía a pensar en ello, echaría a perder el poco tiempo que les quedaba juntos.

Henri y Paisley se reunieron con ellos en la *suite* en el que sería el último día antes de que la gira llegara a su fin. En lugar de molesto con la fotografía, Henri estaba encantado.

—Muy romántico, ¿sí? Ya me han llamado de *Windy City Live*. Quieren que aparezcáis los dos en el programa de mañana por la

mañana. Espero que no os importe añadirlo a vuestra agenda. —Sonó su móvil, y pasó de sonreír a fruncir el ceño—. Disculpadme. —Salió al pasillo.

Olivia y Thad aún estaban sentados a la mesa, terminándose el café. Ella lo rozó con la nariz.

—Qué te apuestas a que es Mariel, que llama a Henri para abroncarlo por la manera en que hemos ensuciado el nombre de Marchand.

Paisley, que estaba retocándose el maquillaje de ojos en el espejo de la *suite* del hotel, se guardó el rímel en el bolso.

—Mariel no tiene ni idea de *marketing*. Está atrapada en los años cincuenta o algo. Ni siquiera utiliza LinkedIn. Henri por lo menos empieza a pillarlo. —Metió la mano en el bolso, quizá para coger un lápiz de labios o el móvil, pero se quedó paralizada—. Estaba pensando… —Retiró la mano—. ¿Me podríais recomendar como asistente personal a alguno de vuestros amigos famosos? O como publicista. Tú no, Olivia, no te ofendas. A no ser que conozcas a cantantes de música pop. ¿O sabéis de algún famosillo que quiera a una asistente personal?

—Ostras, no se me ocurre nadie —dijo Olivia con inocencia—. Pero seguro que Thad tiene contactos.

El *quarterback* observaba la taza de café, el muy cobarde.

—Lo tendré presente.

Paisley retorció la correa del bolso con los dedos y se los quedó mirando.

—Ninguno de los dos quiere ayudarme, ¿verdad? No me respetáis.

—No se trata de respeto —respondió Thad con tacto.

—No creéis que haga bien mi trabajo —murmuró Paisley.

Olivia la miró con cierta empatía. Paisley había nacido en una familia privilegiada, y que fuera tan inútil era tanto culpa de su entorno como de sí misma.

—Paisley —dijo con toda la amabilidad posible—, durante la gira no te has desvivido para ser útil.

—Cómo me va a volver loca repartir bocadillos entre los periodistas o asegurarme de que os llevan las maletas a la habitación que toca. —Paisley soltó el bolso.

Con lo de las maletas la había cagado bastante.

—Entiendo que promocionar relojes no es lo que quieres hacer —intervino Thad—, pero cuando aceptas un trabajo debes darlo todo. Y eso incluye las cosas que no te gustan. Las hay en cualquier trabajo. Debes llevarlas a cabo con la misma diligencia que todo lo demás.

Olivia tenía la fuerte sospecha de que Thad se refería a sí mismo y al trabajo que hacía con Clint Garrett.

—¡No es justo! —Paisley parecía a punto de echarse a llorar—. ¡He trabajado mucho! ¡Y os he dado el doble de publicidad de la que habríais tenido si lo hubierais dejado todo en manos de Henri o de Mariel! Yo… —De repente, se calló. Agarró el bolso y se dirigió a la puerta.

Olivia saltó de la mesa y le bloqueó el paso.

—Más vale que te expliques.

—Da igual. —Paisley se sacudió el pelo con la misma actitud desafiante que una adolescente a la que sorprenden llegando a casa más tarde de lo previsto.

De pronto, todas las piezas encajaron. Olivia miró a Thad y vio que él estaba pensando exactamente lo mismo.

—Tú hiciste esas fotos —dijo al fin—. Eres tú la que las ha filtrado a las webs de prensa rosa.

Capítulo Quince

Olivia observó a Paisley y fue encajando las piezas. De no haber estado tan distraída, se habría dado cuenta días atrás. Fueron cuatro fotos: en Phoenix, en Los Ángeles, en Nueva Orleans y la del beso del día anterior en la avenida Michigan de Chicago.

—Nos has estado siguiendo —dijo verbalizando lo que ya era evidente.

Thad se levantó de la mesa y Paisley dio un paso atrás, como si temiera la posibilidad de que la golpeara.

—¿Y qué si os he seguido? Habéis conseguido el doble de entrevistas de las que habríais dado si solo os pasarais el día hablando de esos tristes relojes.

—No se trata de eso —dijo Olivia.

—Ya os dije que sabía trabajar mucho. —Paisley se miró las manos—. O sea, tuve que madrugar un montón para haceros esa foto a Thad y a ti volviendo de la caminata. Y sé cómo conseguir la atención de los medios. Es obvio.

—No tenías ningún derecho a sacar a la luz nuestra vida privada. —La expresión de Thad era la más rígida que Olivia le había visto.

—¡Estaba haciendo mi trabajo! Es justo lo que dijiste, Thad. Si aceptas un trabajo, te toca trabajar. Y es lo que he hecho.

—Lo que has hecho es poco profesional y poco ético —intervino Olivia.

—Lo siento, ¡vale!

No lo sentía, y Olivia se negó a ceder.

—Alcanzar el éxito conlleva mucho trabajo duro, pero también integridad. No vas a llegar lejos con ningún famoso si no eres discreta ni de confianza.

—Supongo que no tendría que haberlo hecho. —Paisley empezó a arrancarse un padrastro—. Pero es que me ponía enferma lo

pésimas que son sus redes. Sabía que podía hacerlo mejor.

—Pues haberlo dicho abiertamente —dijo Thad— y haber preparado unas fotos de prueba para Henri. Imágenes frescas pero que encajaran con la marca Marchand.

—Imágenes en que no apareciera el culo de Thad —añadió Olivia.

—Me veo capaz. —Paisley tan solo se mostró avergonzada durante unos segundos. Se pasó una mano por el pelo antes de continuar—. ¿Seguís enfadados conmigo? Porque, si no lo estáis, a lo mejor podríais…, no sé, recomendarme a alguien —dijo de corrido—. Y quizá le podríais preguntar a Clint si me enseñaría Chicago o algo.

—No te pases —la riñó Thad—. Muéstranos esas pruebas a nosotros antes que a Henri y entonces hablaremos.

El club de *jazz* Logan Square se encontraba varios escalones por debajo del nivel de la calle. Era un local diminuto y oscuro, con sillas desparejadas, manteles pegajosos y una ecléctica multitud de hípsteres, sesentones y gente que vivía en las afueras. Allí, el *jazz* era suave e introspectivo. Contenido y melódico, un pelín fuera de ritmo, el perfecto contrapunto al desastre emocional y turbio en que Olivia estaba inmersa.

Aquella sería su última noche en el hotel. Al día siguiente, se mudaría al apartamento que alquiló poco antes de que empezara la gira, y Thad volvería a su piso. Al día siguiente, asistiría al primer ensayo. Al día siguiente, su relación llegaría a su fin.

Contempló la mano de Thad, que rodeaba el vaso de *whisky*. Esos dedos fuertes y capaces eran tan hermosos como el resto de su cuerpo. Para esa noche había seleccionado ropa menos llamativa: vaqueros, una camiseta negra de manga larga y el Victory780. Nada de colores potentes ni de prendas a la última; los tobillos sin calcetines, visibles por encima de un par de mocasines de marca, eran la única concesión que había hecho a su estatus de amante de la moda. Por mucho que a ella le gustara meterse con la forma de vestir de Thad, todo le quedaba estupendamente.

Ahora deberían estar en la cama, pero no era así, y Thad parecía tan reacio como ella a dejar que esa última noche desembocara en su lógica conclusión. Olivia se concentró en la música. Si se permitía abstraerse, se perdería la belleza de esa última noche, una

noche a la que deseaba agarrarse para siempre.

Thad dio un sorbo. Al tener el estómago revuelto, Olivia evitaba beber de su copa de vino. La banda de *jazz* empezó a tocar «*Come Rain or Come Shine*». A ella le apetecía subir al escenario de aquel sórdido club, cerrar los ojos y que aquellas notas oscuras surgieran de su cuerpo. Podría ser una cantante de *jazz*. Podría dar un vuelco a su carrera, viajar de un club de *jazz* a otro para cantar todos los clásicos del género. Le encantaba el *jazz* y lo cantaba bien.

Pero el *jazz* no corría por sus venas. No era ópera. Tal vez Thad fuera incapaz de explicar los problemas que había con su voz, pero en cuanto Sergio la oyera cantar —en cuanto cualquiera de la Ópera Municipal la oyera cantar—, se sabría que le pasaba algo. Su voz era adecuada para una producción de ópera provinciana, pero no para la Municipal. No para el Teatro Real de la Ópera, La Scala ni Buenos Aires. No para la Lírica, Múnich ni el Palais Garnier. Y lo más importante de todo: no para sí misma.

Thad le dedicó una sonrisa de amante, cariñosa y llena de promesas. Pero la única promesa entre ellos era una última noche de sexo, y de pronto esa idea le resultó de mal gusto, cuando no debería ser así. No había nada de mal gusto en lo que habían compartido durante las últimas noches. Olivia dirigió la mirada de nuevo hacia el escenario, dispuesta a alejar la tristeza y disfrutar de cada instante.

No se fueron del club de *jazz* hasta pasada la medianoche, que técnicamente era el cuarto día, pero no era tan tiquismiquis. De vuelta al hotel, hicieron el amor lentamente y con calma, apenas sin hablar. Nunca había sido tan consciente de la intensidad y la vulnerabilidad del hecho de ver a una persona a la que amaba sin la máscara que lucía en público, la piel de ella contra la de él.

Aún no había amanecido cuando abrió los ojos. Salió de la cama con cuidado para no despertarlo. Era perfecto hasta durmiendo.

Parpadeando con fuerza, Olivia se giró y salió de la habitación. Había huido de la cama de él como una ladrona en plena noche, aunque para ser exactos eran las cinco de la mañana. Thad la oyó, pero necesitaba tener la cabeza despejada para la conversación que debían mantener, y fingió estar dormido. A Olivia la esperaban a las diez de la mañana en la Municipal, pero antes tenían que hablar.

Al cabo de tres horas, después de darse una ducha, hacer varias

llamadas y beber dos tazas de café, llamó a la puerta del piso de ella. La conversación dejaría de ocupar el primer puesto de la lista de tareas pendientes.

Olivia la abrió perfectamente arreglada: con pantalones oscuros, una blusa blanca escotada y el collar en forma de paloma con el falso rubí a la vista. Su expresión se suavizó, pero durante unos segundos lo miró como si Thad hubiera desenvuelto el ruidoso plástico de un caramelo en medio de una de sus arias.

—¿Cómo has entrado?

—Solo he tenido que meterme en el ascensor con uno de tus vecinos. Respóndeme a una cosa: ¿cómo es que una diva como tú vive en un piso sin seguridad?

—Me mudé hace unos meses. —No se apartó para dejarlo entrar—. Ya te lo conté. Es algo temporal, hasta que encuentre un sitio permanente.

Thad se metió las gafas de sol en el bolsillo de la camisa y se abrió camino hacia el piso de dos habitaciones de Olivia, situado en la zona norte de Chicago. La vivienda contaba con suelo de madera, un balcón diminuto, una alfombra beis y muebles caros —aunque genéricos y modernos— que probablemente estaban incluidos en el alquiler, porque no eran de su estilo. El piso habría sido aburrido si ella no lo hubiera personalizado con fragmentos de su carrera: fotografías enmarcadas, pósteres, algunos trofeos de cristal tallado. Sobre varios arcones y mesas había numerosos accesorios de disfraces: máscaras venecianas, una colección de querubines y la corona que la había visto portar en el papel de *Lady* Macbeth, junto a un puñal espeluznante.

El trofeo Heisman de Thad, en cambio, estaba colocado en la estantería superior del armario de la habitación de invitados, al lado de un montón de placas, balones y un par de sus propios trofeos de cristal tallado. Él no exhibía nada de eso. En lugar de hacerle sentir bien, esos objetos solo le recordaban su insatisfecho potencial.

Thad rodeó una de las siete mil maletas que el conductor de la limusina debía de haber subido hasta el piso de ella. Esperaba que La Diva se hubiera asegurado de que era el vehículo correcto antes de subirse.

—Para ser una persona que se pasa tantísimo tiempo viajando,

cualquiera pensaría que a estas alturas ya te habrías acostumbrado a ir con menos equipaje.

—Tengo una imagen que mantener. —Se metió un neceser de maquillaje en el bolso—. Cuando me voy de vacaciones, solo llevo una maleta de mano.

—Me cuesta creerlo. —Al lado de un cartel de *Las bodas de Fígaro*, vio una imagen firmada y enmarcada de Olivia con un tipo que se parecía mucho a un joven Andrea Bocelli. El mensaje escrito en el margen inferior estaba en italiano, pero Thad tradujo sin problemas la palabra *amo*—. Liv… Sabes que esto no es para ti. —Cogió un cojín bordado en que se leía la frase: «Cuando el bajo suena grave, yo subo a lo más alto».

Olivia lo miró con tiento.

—No puedes vivir en un edificio sin seguridad.

—Hay un interfono —se defendió ella—. Que podrías haber utilizado.

—No me ha hecho falta. Solo he tenido que meterme en el ascensor, ¿recuerdas? —Dejó el cojín en su sitio—. En resumen: cualquier imbécil con una caja de *pizza* podría entrar aquí.

Olivia sabía a qué se refería Thad, pero aun así protestó.

—Voy con cuidado, y cuando tenga tiempo buscaré un piso para quedarme. Me gusta Chicago.

—Me acuerdo. Está en el centro del país y tal. —Se chocó con una de las maletas con ruedas de ella—. La cuestión es que te atacaron en Nueva Orleans y te secuestraron en Las Vegas. ¿De verdad crees que todo ha terminado?

—Ahora estoy en casa —observó cuidadosa—. No me voy a pasar el resto de mi vida escondiéndome.

—No me refiero al resto de tu vida. Me refiero a ahora. —No había previsto decírselo así, pero ya no veía otra manera—. Quiero que vengas a vivir conmigo una temporada.

—Menuda chorrada. —Olivia levantó la vista—. Hemos terminado, ¿recuerdas?

—No quiero decir que vivamos juntos.

—Eso es justamente lo que has dicho.

—No, te hablo de seguridad. De tu seguridad personal. Y este piso no te la proporciona.

—Así que debería hacer las maletas y…

—Las maletas ya están hechas.

—… ¿Mudarme contigo?

El nerviosismo de Olivia no lo sorprendió, así que intentó disfrutar de la situación.

—Para que lo sepas, nunca he invitado a una mujer a que se mudara conmigo, y no lo haría ahora si no vivieras aquí. Por Dios, si las puertas correderas las bloquea un palo de escoba.

—¡Es la décima planta!

—Y tienes a ambos lados los balcones de los edificios contiguos. —Thad cogió el puñal de aspecto mortífero y apuntó hacia ella—. El mío es seguro. Hay portero, cámaras, alarmas y conserje. Aquí no dispones de nada de eso.

—No lo necesito.

—Sí lo necesitas. —No podía retrasarlo más. Dejó el puñal junto a un tintero y una pluma, y sacó del bolsillo trasero el sobre doblado, del tamaño de una carta, que había abierto. Olivia dudó antes de aceptarlo. Extrajo el contenido con el mismo cuidado que si fuera una serpiente. Más o menos…

Se trataba de una fotografía del periódico en que salían los dos besándose en la avenida Michigan. Pero alguien había agujereado el papel en el lugar en que debía encontrarse la cabeza de ella y había escrito una nota a pie con tinta roja.

Tú me destrozaste a mí y ahora yo te destrozo a ti, mi amor.

Piensa en mí con cada nota que intentes cantar.

—Lo han entregado hace una hora en tu habitación del hotel —la informó.

Olivia desgarró el papel y lanzó los fragmentos en el cubo de la basura cercano al sofá.

—No voy a permitir que esto me afecte. De ninguna de las maneras.

—Ya lo has permitido, y hacerlo añicos no eliminará la amenaza.

Olivia se hundió en el sofá, inclinó la cabeza y se frotó las

sienes.

—Vaya mierda.

Thad se sentó a su lado y le agarró uno de los anillos de plata con los dedos.

—El mensaje dice: «Piensa en mí con cada nota que intentes cantar». ¿Qué significa eso para ti?

—No significa nada. Significa… —Levantó la cabeza—. No lo sé.

—Quienquiera que te manda estos mensajes sabe que tienes problemas con la voz y pone énfasis en eso. Alguien quiere que dejes de cantar.

—Eso es imposible. Nadie sabe lo de mi voz, solo tú.

—Y Rachel, ¿no? La mejor amiga a la que se lo cuentas todo.

—¡Confío en Rachel! —exclamó—. Además, no se lo he contado todo. No tiene ni idea del alcance del problema.

Thad sabía que Olivia no quería oírlo, pero debía decírselo de todos modos.

—Las dos competís por los mismos papeles. Me comentaste que ella también interpreta a Amneris, ¿verdad?

—¡Cómo decenas de otras cantantes! —protestó—. Rachel y yo tenemos carreras diferentes.

—Pero quizá Rachel desea tener la misma carrera que tú.

—No quiero oír ni una palabra más al respecto. —Olivia se incorporó—. En serio, Thad. A Rachel le confiaría mi vida.

Y tal vez fuera exactamente eso lo que estaba haciendo, pero supo que no debía verbalizarlo.

—Da igual quién esté detrás de todo. La cuestión es que alguien te amenaza, y no puedes quedarte aquí. —Thad se levantó y le puso las manos sobre los hombros—. Hemos viajado juntos durante casi un mes. Sabemos cómo compartir los espacios. No tiene por qué ser complicado. Tú haces tu vida. Yo, la mía.

—Sabes que no será fan fácil. —Olivia apartó la mirada.

—Será lo fácil que decidamos que sea.

—No quiero. —Se apartó de él.

—Lo entiendo.

—Pues… alquilaré otro piso.

—Tardarás un tiempo.

—Las cosas no tenían por qué pasar así. —Olivia bajó los hombros, derrotada.

—Lo sé —dijo él—. Lo resolveremos sobre la marcha.

Si el gigantesco edificio *art déco* en forma de trono de la Ópera Lírica era la gran dama de la ópera de Chicago, la Ópera Municipal era su nieta elegante y pícara. Bajo el sol fresco de media mañana, las curvas fluidas de cristal y hormigón modernos de la Municipal reflejaban el río Chicago a la perfección.

—Estuve aquí una vez —dijo Clint al girar hacia el aparcamiento.

—¿Cuándo hiciste el *casting* del programa *The Bachelor* para encontrar pareja? —lo pinchó Thad desde el asiento trasero al que Clint y Olivia lo habían desterrado.

—Tío, no me he presentado a uno de esos desde que me pediste que te agarrara la mano durante tu *casting*. —Clint sonrió—. ¿Recuerdas lo mucho que lloraste cuando te dijeron que eras demasiado viejo?

Thad resopló y Olivia sonrió, la primera sonrisa que esbozaba esa mañana. Ver a los dos deportistas meterse el uno con el otro era el mejor momento del día desde que había salido de la cama de Thad, unas horas antes.

Él le había insistido en llevarla en coche hasta la Municipal, aunque el querido y viejo BMW M2 rojo de ella esperaba pacientemente en el garaje. Había desechado con un gesto el recordatorio de que le habían robado el carné de conducir y la cartera.

—Cuando juegas en un equipo de Chicago, los polis tienden a dejar pasar chorradas como los carnés de conducir.

—No todos, seguro —le había dicho Olivia—. Y lo último que necesitas es que te arresten por conducir sin carné.

Y entonces llamó a Clint, y ahí estaba ahora ella —con voz temblorosa y la horripilante imagen de su cuerpo decapitado de la foto del periódico en su mente—, conducida a su primer día de vuelta al trabajo por dos de los deportistas más famosos de la ciudad. Su vida se había alejado tantísimo de su órbita que había entrado en un universo distinto.

Clint aparcó cerca de la entrada trasera, al lado del lugar que le habían reservado a Olivia. Primero debería vestirse, después encontrarse para su terror con Sergio Tinari (el director musical) y luego pasarse toda la tarde ensayando. Ya tenía nudos en el

estómago antes de que Thad le mostrara la espantosa fotografía, y ahora eran diez veces peores.

Thad llevaba razón en lo que a la pobre seguridad de su piso se refería. No era que no hubiera pensado en ello, sino más bien que se había convencido de que estar tanto tiempo ensayando le permitiría pasar página. Un ejemplo perfecto de pensamiento ilusorio.

Clint bajó para abrirle la puerta del coche, algo que Thad no podía hacer, pues estaba atrapado en el minúsculo asiento trasero, las rodillas pegadas al pecho como si fueran un acordeón. Y tampoco es que Olivia necesitara que nadie le abriera la puerta. Lo que necesitaba era que alguien le devolviera la voz, el control de la respiración y la confianza en sí misma.

—Asegúrate de que Thad va a pedir un duplicado del carné —le pidió a Clint nada más bajarse del vehículo.

—Ay, Livia, ni uno solo de los polis de esta ciudad le pondría una multa a T-Bo.

—Lo que yo decía —anunció Thad triunfal.

—Tú hazlo. —Olivia miró a Clint.

Thad se desencajó del asiento trasero, un proceso que habría sido divertido si no estuviera tan preocupada con lo que se avecinaba.

—Iré a pedir un duplicado —dijo— solo si me prometes que me avisarás cuando acabes para que venga a recogerte.

—No necesito chófer —exclamó.

—Pues claro que sí. —De repente, Clint, su fiel aliado, había cambiado de bando—. Thad me lo ha contado y lo que te está pasando es una pu…, un asco. No deberías ir sola por ahí.

—Hablaré con alguien de la policía de Chicago a quien conozco. —Thad la agarró fuerte del brazo y la guio hacia el edificio.

Olivia accedió a regañadientes. Por mucho que detestara la idea de meter a la policía en el asunto, todo aquello ya había llegado demasiado lejos.

—Lo harás genial —le susurró Thad cuando arribaron a la puerta trasera—. *Toi, toi, toi.*

«Toi, toi, toi» era la forma habitual con que los cantantes de ópera se deseaban buena suerte, una versión del «mucha mierda» del teatro. La expresión era muy conocida entre los cantantes clásicos, pero no entre el público general, y a Olivia la conmovió

que Thad se hubiera molestado en buscarla.

Thad sonrió y abrió la puerta. Olivia regresó a su mundo. Había cantado en la Municipal muchísimas veces, pero nada le parecía igual. Sí, el vestuario olía como siempre, a una mezcla de telas, vapor de plancha y mosto. Los tocados egipcios le quedaban bien y solo era preciso hacer unos cambios nimios a sus vestidos. Habló con la encargada del vestuario como de costumbre y conversó amablemente con el director técnico. Olivia dejó atrás una sala de ensayos donde practicaban los cantantes de un concierto inminente. Pero reparó más que nunca en los nuevos rostros con que se cruzaba en el pasillo, estaba más alerta al pasar de una sala a otra.

Mientras se dirigía a la reunión con el director, repasó mentalmente su horario. No iba a tener que cantar para el ensayo de hoy y no le costaría marcarle las notas al técnico del piano, que suponía una ayuda para el equipo de producción, pero sí debería cantar a pleno pulmón en el *sitzprobe*, el primer ensayo con la orquesta. Y, por supuesto, iba a tener que dar lo mejor de sí misma en el ensayo de vestuario del jueves siguiente, así como en el estreno del sábado, claro.

Se preparó ante la puerta del despacho del director y llamó.

—¡*Avanti*!

Sergio Tinari, el maravilloso director de la Municipal, era bajo en estatura pero gigante en presencia. Con pelaje de león de color gris, cejas pobladas y una alargada nariz toscana, era un sujeto de ensueño para cualquier caricaturista.

—Olivia, *mia cara*. —Le besó la mano con la elegancia propia del Viejo Mundo.

Olivia cambió al italiano y le dijo lo feliz que estaba de verlo, las ganas que tenía de trabajar de nuevo con él y que estaba recuperándose de un catarro y tardaría un par de días en poder cantar.

—Faltaría más. —Sergio respondió con un precioso acento italiano—. Debes protegerte la voz. Mañana, si consigues marcar las notas, ensayaremos el fraseo de «*A lui vivo, la tomba*!».

«Vivo en la tumba»… Olivia torció el gesto antes de sonreír.

—Claro.

La nota que acababa de recibir… «Tú me destrozaste a mí y

ahora yo te destrozo a ti, mi amor. Piensa en mí con cada nota que intentes cantar».

Le dio la impresión de que el collar de falso rubí la asfixiaba.

En cuanto salió del despacho del director, supo que no podría utilizar la excusa del resfriado durante demasiado tiempo.

Una despampanante mujer de la edad de Olivia abrió la puerta de la última sala de ensayos. El ánimo de Olivia cambió de inmediato.

—¡Sarah! —Corrió por el pasillo para saludar a la talentosa soprano surafricana que haría de Aida.

Ya no se sentía cómoda al interpretar a Amneris delante de una Aida blanca. Que una artista negra hiciera de la esclavizada princesa etíope añadía complejidad y dimensión a la producción para el público moderno, y Sarah Mabunda era una de las mejores. Cuando Olivia se acercó a abrazarla, sin embargo, Sarah se apartó, y la tensa sonrisa que le ofreció desprendía una desagradable fragilidad.

Olivia se quedó sorprendida. Sarah y ella eran amigas. Habían actuado juntas en *Aida* con anterioridad, una vez en Sídney y otra en la Ópera Estatal de Viena, donde se pasaron las tardes libres explorando los museos de la ciudad; fue allí donde Sarah le habló de su infancia en Soweto (Johannesburgo), antes de matricularse en la escuela de ópera de Ciudad del Cabo y, después, en la Real Academia de Artes de Londres. Congeniaron enseguida, y reencontrarse con Sarah era lo único del día de hoy que le despertaba ilusión.

Olivia rebuscó en sus pensamientos qué había hecho para ofenderla, pero no se le ocurrió nada. ¿Quizá Sarah solo tenía un mal día?

—¿Qué tal todo? —le preguntó, insegura.

—Muy bien. —Con un asentimiento, Sarah se alejó de ella.

Olivia se la quedó mirando. Desconcertada, entró en el escenario de los ensayos. Lena Hodiak, la *mezzo* polaca que la había sustituido durante los primeros ensayos, la saludó con entusiasmo.

—¡Señorita Shore! —Se le acercó corriendo con una sonrisa de oreja a oreja—. Es un privilegio trabajar con usted.

Lena, una rubia imponente de rasgos exuberantes, miró a Olivia con la admiración con que una joven cantante conoce a su ídolo.

Olivia pensó en la emoción que experimentaría Lena si supiera que había una posibilidad real de que actuara en su lugar. Pero no debía pensar eso.

—Por favor. Llámame Olivia, y tutéame. Rachel Cullen me ha hablado muy bien de ti.

Olivia recordó cuando años atrás ella también sustituyó a grandes artistas. Ese trabajo le proporcionó un sueldo estable cuando más lo había necesitado, y ya que los suplentes debían asistir a todos los ensayos, aprendió observando a los mejores. Aunque la frustración de perfeccionar un papel, sin tener la posibilidad de interpretarlo sobre el escenario, fue muy real. A pesar de que abundaban las historias de jóvenes principiantes que salían a cubrir en el último minuto a una estrella impedida y eran catapultados de inmediato a la fama, casi nunca ocurría. En realidad, los suplentes se pasaban gran parte de su tiempo en una sala entre bambalinas jugando con el móvil.

—Avísame si puedo ayudar de alguna manera —se ofreció Lena.

—Gracias. Te lo diré.

«Alguien quiere que dejes de cantar».

Era la opinión de Thad, y Olivia se negaba a creerlo. Si Lena no fuera tremendamente talentosa, no estaría allí, y hacerse con un papel tan importante como el de Amneris, y sobre todo en la noche de estreno, cuando todos los críticos estarían presentes, supondría un espectacular trampolín para su carrera. Pero la amabilidad con que la había recibido no encajaba con un supuesto plan urdido para sabotear a la cantante principal.

—Olivia, qué bien que estés aquí. —Gary Vallin, el director, se acercó a saludarla. A diferencia de los directores musicales, los directores de ópera por lo general no eran músicos, aunque conseguían darle una nueva perspectiva a una función, al verla como una obra de teatro y no solo como un número musical. Gary era uno de esos.

Mientras él le enseñaba a Olivia la puesta en escena, Lena se sentó a un lado, con la mirada clavada en el ensayo y tomando notas, como debía hacer.

Cuando el día terminó, Olivia estaba agotada por el esfuerzo de fingir que todo iba bien. Necesitaba oír una voz amable, y en cuanto entró en el camerino llamó a Rachel.

—¿Cómo te encuentras de verdad? —Su amiga no tardó demasiado en ir al grano.

—Bien. —Olivia fue evasiva—. No estoy donde quiero, pero…

—Llegarás. ¡Ya lo verás!

—Seguro que sí. —Pero Olivia ahora mismo no estaba segura de nada.

En cuanto acabó la conversación, metió el móvil en el bolso y guardó el resto de sus pertenencias. Nada más salir del camerino, detectó una silueta que se escabullía por un rincón. La tenue luz del final del pasillo le impidió ver si se trataba de un hombre o de una mujer, pero había algo sospechoso en la manera en que se movía esa persona. De todos modos, últimamente demasiadas cosas resultaban sospechosas, y ya no se fiaba de sí misma para valorar qué era real y qué no lo era.

Al salir del edificio, pasó junto a Sarah Mabunda. La actual Aida de la Municipal se alejó sin pronunciar palabra alguna.

—A ver tu carné de conducir —le dijo a Thad cuando se subió al asiento del copiloto de un carísimo y blanquísimo Chervy Corvette ZR1 que parecía salir de un hangar de la NASA. Olivia habría preferido llamar a un Uber, pero no tenía ganas de soportar la discusión que posiblemente provocaría esa decisión.

Thad abrió la cartera para enseñarle el permiso temporal.

—Para que no vuelva a ocurrir, que sepas que mandar a dos de los deportistas más conocidos de la ciudad juntos a una oficina de Tráfico no ha sido tu mejor idea. Casi provocamos un disturbio.

—Lo siento. No lo había pensado.

Mientras él viraba hacia la calle West Kinzie, Olivia empezó a relajarse. Y no precisamente por la presencia de Thad. ¿Cómo iba él a relajarla si en su cerebro rebotaban numerosos recuerdos de los creativos polvos que habían echado? Pero al estar con él y absorber parte de su confianza y energía, creía que tal vez fuera capaz de recuperar el control de su propia vida.

—Supongo que primero quieres que pasemos por tu piso para que recojas unas cuantas cosas —dijo Thad.

—Esta tarde he llamado a mi agente inmobiliario. En unos días me encontrará un alquiler más seguro. Mudarme contigo es solo temporal. Muy temporal.

—Más te vale. No sé cuánto tiempo soportaré tener una

compañera de piso histérica. Y como te metas con mis productos de belleza, te echo.

Olivia sonrió. Que ella supiera, los únicos productos de belleza que utilizaba Thad eran una pastilla de jabón y protector solar.

Aparcó en el *parking* al lado del viejo BMW que Olivia tanto amaba, y se metieron en el ascensor para llegar a su piso. Al abrir la puerta, vio el desastre que había dejado tras de sí. Por desgracia, no había aparecido ningún elfo mágico para deshacerle las maletas.

Pero… El puñal con el que Thad había estado jugueteando… Olivia recordaba clarísimamente que lo había dejado al lado del tintero, y no junto a la corona de *Lady* Macbeth, que era su sitio. Ahora se encontraba en la mesa, a pocos centímetros del sofá.

Alguien había entrado en su piso.

Capítulo Dieciséis

La maletita que contenía sus productos de aseo personal estaba de lado. Otras dos maletas no parecían encontrarse donde Olivia las había dejado. Y había más detalles. Había dejado cerrada la puerta del dormitorio al salir, y ahora estaba abierta. Esa mañana no había utilizado el baño en *suite*, pero el cajón cerca del lavabo estaba entornado.

Para sorpresa de nadie, Don Tranquilo perdió los nervios y soltó una sorprendente retahíla de obscenidades de vestuario masculino que concluyeron en su insistencia de acudir de inmediato a la policía. Sería la tercera visita de Olivia a una comisaría en menos de dos semanas, un récord que jamás se planteó alcanzar.

Lo único que deseaba era ponerse el pijama, hacerse un ovillo y disfrutar de una copa de vino y de *jazz* del bueno. Pero sabía que Thad llevaba razón.

Ese «alguien» que conocía en la policía de Chicago resultó ser una morena de piernas bonitas que debía de tener más o menos su edad; y, si sus sospechas eran ciertas, era exnovia de Thad. Olivia confirmó los detalles que él ya le había comentado a la teniente Barbie en una conversación telefónica que al parecer habían mantenido unas horas antes. Que la llamara «teniente Barbie» era totalmente injusto. La agente Brittany Cooke era eficiente, competente y empática, y el comportamiento celoso de Olivia era una vergüenza para la sororidad.

—He hablado con la policía de Nueva Orleans y de Las Vegas —le contó la teniente—. Y estoy investigando un poco a las hermanas de tu exprometido y a uno de tus mayores seguidores.

—¡Rupert no tiene nada que ver en esto! —Olivia fulminó a Thad con la mirada.

—Me limito a seguir el protocolo —dijo la teniente con una

tranquilizadora sonrisa—. Por ahora, ten cuidado con lo que haces y con los sitios adonde vas.

Thad la miró como si quisiera decir algo, pero no abrió la boca. El piso de Thad era precisamente lo que Olivia habría esperado de un soltero multimillonario con excelente gusto. Moderno y espacioso, con gigantescas ventanas que ofrecían vistas tanto de la ciudad como del lago. La decoración era actual, casi toda basada en tonos grises y azules, con inesperados toques de color por aquí y por allí. Pero a excepción de una librería repleta de volúmenes y de una increíble colección de vinilos, Thad no aparecía por ninguna parte. No había fotos personales. Nada que mostrara a las personas a las que había conocido a lo largo de los años ni los lugares a los que había viajado. Y ni un solo objeto que diera fe de sus numerosos logros deportivos.

—Voy a dejar tus cosas en la habitación de invitados —dijo Thad—, pero te pido que eso no incluya tu cuerpo.

—Tenemos que hablar. —Olivia se toqueteó el colgante. Thad ya había desaparecido con las dos maletas que había preparado y estando lejos no podía oírla ni decidir ignorarla.

Olivia se fijó en un cuadro abstracto que reconoció como obra de Ian Hamilton North, el célebre artista callejero; un caleidoscopio enorme y multicolor que ocupaba casi toda una pared.

Debía encontrar un nuevo hogar cuanto antes. Sin lugar a dudas, antes de que se estrenara *Aida*. Ese día ya había hablado un par de veces con su agente inmobiliario, que le aseguró que no tardarían en localizarle un piso más seguro. Sin lugar a dudas, antes de que se estrenara *Aida*. A lo mejor encontraría un alquiler temporal. O quizá…

Quizá era una señal del universo de que se le permitía relajar la vigilancia durante unos cuantos días, una semana. O tal vez un poco más.

Para cenar, comieron sándwiches de pavo y patatas fritas de bolsa. Se enteró de que Thad había planeado emplear parte de las dos semanas siguientes, hasta el estreno de *Aida*, para visitar a sus padres en Kentucky.

—Deberías ir —le dijo.

—Ya veremos. —Thad metió una mano en la bolsa de patatas—. Hay un par de cosas de trabajo que quiero revisar antes.

O sea, que no pensaba marcharse de Chicago, y Olivia dudaba de que su decisión tuviera nada que ver con cosas de trabajo. Su sentido de responsabilidad para con ella era un peso que no era necesario que soportara.

—Como has comentado hasta la saciedad —dijo—, tu edificio es seguro. Me pasaré casi todo el día ensayando, y, cuando no, haré de canguro de tu cuchitril, así que no hace falta que cambies tus planes. —Olivia dejó en el plato el sándwich de pavo—. Para evitar cualquier incomodidad, esta noche dormiré en la habitación de invitados.

—Me parece bien. —Era imposible que se mostrara menos interesado.

¡Estaba durmiendo en la habitación de invitados, joder! Pero ¿a qué venía esa gilipollez? Por más que le apeteciera discutir con ella, la vio cansada y al límite, y de ahí que lo hubiera dejado correr. Por ahora.

La mañana siguiente lo despertaron los ejercicios vocales de Olivia. Era su voz de verdad, no la grabación, y sonaba espectacular. Aunque Thad a esas alturas ya la conocía lo suficiente para no felicitarla, porque solo le respondería que su voz era demasiado gruesa o demasiado fina o que surgía de su codo en lugar de su culo, o alguna chorrada parecida.

Olivia se lo encontró afeitándose. Se había vestido informal para el ensayo. Zapatillas, unos pantalones deportivos negros que resaltaban sus curvas a la perfección y una larga sudadera oscura de punto. Una bufanda morada le rodeaba el cuello para protegerla de las corrientes, que eran el archienemigo de los cantantes profesionales. El maquillaje que llevaba era impecable: lápiz de ojos atrevido, cejas oscuras y labios carmesíes. Estaba imponente, como La Diva que era. Pero Thad sabía que no se sentía así.

—El *sitzprobe* es el lunes que viene —le dijo—. A partir de hoy, me quedan otros cinco ensayos.

—¿El *siqué*? —Thad alzó la cabeza para afeitarse debajo de la barbilla.

—El *sitzprobe*. Es la primera vez que los cantantes y la orquesta actúan juntos. Sin disfraces, sin *attrezzo*. Se elimina todo menos la música. Te sientas y cantas. —Contempló un punto por encima del espejo; ya no lo veía a él, se había perdido en sus pensamientos—.

El *sitzprobe* es puro. Instrumentos, voces. Hay momentos mágicos como ese en que la música resulta transcendental.

Thad pensó en aquellos momentos en que ya no oía el rugido de los espectadores. Solo estaban él, el campo y el balón.

—Es mi ensayo favorito. —Olivia se miró las manos—. En el *sitzprobe* no puedes fingir. No se marcan las notas. O lo haces bien o no. —Observó el reflejo de él en el espejo—. Mentí —dijo.

Thad esperó.

—Mentí al director. Le dije que estaba resfriada. —Se giró y desapareció en el pasillo—. Al ensayo iré en mi coche.

Olivia se había llenado el bolso con todo lo que necesitaba para el día: una sudadera extra, la botella de agua reutilizable, un lápiz, una copia subrayada de la partitura para anotar cualquier nuevo problema. También guardó un par de bolsitas de té medicinal, pastillas para la tos, espray salino, un par de paquetitos de almendras, una manzana, gel de manos, maquillaje, pañuelos, la cartera y el móvil, y bálsamo labial Carmex. Ahora lo único que necesitaba era una gran caja de temple. El *sitzprobe*. Al cabo de menos de una semana.

Había dejado el coche en una de las dos plazas de *parking* de Thad. La sorprendió que no protestara al comunicarle que conduciría ella, hasta que divisó por el retrovisor un Corvette blanco como la nieve y brillante que la seguía hasta la Municipal. Y que aparcaba justo a su lado.

Thad bajó del coche y se le acercó. Los cristales de sus gafas de sol resplandecían bajo el sol de aquella fría mañana. Aunque sintiera una punzada de inquietud, Olivia pensó en lo mucho que lo quería. ¿Y si…?

Nada de «y si…». Agarró el bolso y bajó del vehículo. Se enderezó todo lo que pudo y le ofreció su «¿Sí?» más altivo, como si se tratara de su vasallo y no del hombre al que amaba desesperadamente.

Thad cerró la puerta del coche de golpe, la cogió del brazo y la acompañó a rodear el edificio, mientras el bolso de ella rebotaba contra su pierna. Cuando hacía más calor, los cantantes se reunían en un jardincito vallado en busca de aire fresco. Ahora, los bancos de madera estaban vacíos y los grandes maceteros esperaban a que plantaran las semillas en primavera.

Olivia se encontró entre Thad y la fachada del edificio. Levantó la barbilla y lo miró a los ojos.

—¿Qué?

—Dijiste que estabas resfriada. —Thad conocía los engaños de ella y no estaba intimidado.

—Eso te lo he contado yo. —El reflejo distorsionado de su rostro le devolvía la mirada desde las gafas de sol de él.

—Mentiste. —Sus labios perfectos formaron una línea letal.

—Eso también te lo he contado yo. —Ojalá hubiera cerrado el pico.

Thad se quitó las gafas de sol y la taladró con esos enigmáticos ojos verdes, que ahora parecían del color exacto de una hiedra venenosa especialmente agresiva.

—Pues ¿sabes qué, bonita? Que ha sido un milagro: te has recuperado.

—No lo entiendes. —Intentó apartarse de él, pero Thad se movió para impedírselo.

—Sí que lo entiendo. —Se guardó las gafas de sol en el bolsillo de la chaqueta—. Eres Olivia Shore, joder. ¡La mejor *mezzo* del mundo! La puta ama.

—No soy la…

—Estás en el mejor momento de tu carrera. ¡En la formación de salida! ¡Un puto tornado, no una aspirante veinteañera que tiene miedo de abrir la boca!

—Para ti es fácil decirlo. Tú no…

—No seas tan cobarde. —La agarró por los hombros—. Esta mañana te he oído alto y claro. El *sitzprobe* lo significa todo para ti, y solo te quedan cinco ensayos para prepararte. Has trabajado demasiado para rendirte ahora, coño. Tu voz está exactamente donde debe estar.

—No tienes ni idea…

—Vas a entrar ahora mismo y vas a dejarte la piel cantando. —¡La zarandeó y todo!—. Con una pierna levantada, haciendo el pino o con los ojos en blanco. Me la pela. Cálmate de una vez y enséñales de qué pasta estás hecha. ¿Me has oído?

—Sí.

—¡Más fuerte!

—¡Sí!

—Así me gusta.

Y se alejó de ella.

Olivia se subió el cuello de la gabardina y observó la espalda de él… Deportista ignorante. Cruzó el jardín abandonado. Para Thad era fácil decir todo eso. No lo entendía. No sabía nada de la clase de presión a la que se enfrentaba ella. No sabía nada de los críticos que esperaban para despedazarla, los seguidores que la abandonarían, la reputación que se haría añicos. Él nunca tendría que soportar…

Pero sí lo había soportado. Thad sabía exactamente cómo se sentía. Había jugado lesionado. Había jugado mientras las gradas lo abucheaban. Había jugado en plena ola de calor, en heladas tormentas de nieve, sin que el reloj cesara de avanzar hasta los últimos diez segundos. Había jugado bajo toda clase de presiones, y comprendía lo que sentía Olivia tan bien como ella.

Se dirigió directamente al despacho del director y llamó a la puerta.

—*Avanti.*

—Director. —Nada más entrar, dejó el bolso cerca de la puerta—. Sé que he llegado pronto, pero… Estoy preparada para cantar.

No fue espectacular, pero no fue horrible. No disponía del control de la respiración que necesitaba para confiar en su vibrato ni para clavar todas las notas, pero no se quedó sin aire ni una vez.

Sergio seguía creyendo que padecía las secuelas de un resfriado, por lo que no se preocupó demasiado por lo que oyó.

—Lo más importante ahora es que cuides la voz.

De vuelta a su camerino, Olivia hizo una llamada. La persona que respondió sonaba claramente molesta.

—¿Olivia Shore? No reconozco ese nombre.

—¿Puedo pasarme hoy? —Olivia ignoró el comentario—. A la una tengo un largo descanso.

—Supongo que sí. Tráeme ciruelas. De las moradas. —La conexión se cortó.

La anciana recibió a Olivia en la puerta de su piso de Randolph Street, que olía a cerrado. Llevaba su habitual vestido negro de sarga y zapatillas de color rosa. Se había recogido la áspera melena oscura, salpicada de mechones grisáceos, en la coronilla, aunque algunos cabellos se escapaban para rodear su arrugado rostro, en

que lucía su acostumbrado lápiz de labios de color escarlata.

Saludó a Olivia con un gruñido.

—Entra, anda.

Olivia respondió con el amable asentimiento de cabeza que sabía que Batista esperaba.

Batista Neri era una de las antiguas profesoras de canto de Olivia, alguien a quien ella había ignorado a propósito desde que había perdido la voz. Años atrás, Batista fue una consumada soprano. Ahora era una de las mejores profesoras de canto del país. Era exasperadamente condescendiente, pero también tremendamente eficaz.

Olivia depositó la bolsa de ciruelas sobre la mesita de caoba que se alzaba junto a la puerta.

—Mi voz… —dijo—. Se ha esfumado.

—Ah, vaya. —Todas las palabras de Batistas desprendían desdén—. Ahora conocerás a un marido que te cuide y le prepararás a diario *gnocchi* para cenar. —Hizo un gesto despectivo con la mano—. Basta de chorradas. Déjame escucharte.

Cuando al cabo de un rato Olivia llegó al escenario del ensayo, encontró a Lena Hodiak moviéndose como Amneris para impedir el juicio en la escena del acto cuarto. Olivia la observó mover los labios sin cantar.

—*Ohime! Morir mi sento… Oh! Chi lo salva*? —«¡Ay de mí! Me siento morir… Ay, ¿quién lo salvará?».

En cuanto la vio, Lena la saludó y enseguida se fue donde el público para que Olivia ocupara el escenario.

En lugar de la tarde, parecía medianoche. Olivia había cantado mal para el director y solo un poco mejor para Batista. Por lo menos Batista había abandonado su actitud de *prima donna* malhumorada y se había puesto seria al oír el estado de la voz de Olivia.

—Levanta el paladar, Olivia. Levántalo. —Al final de la sesión, Batista le prescribió un pulverizador bucal de miel y propóleo, así como más ejercicios abdominales, y le ordenó que volviera al día siguiente.

Arthur Baker, el maduro pero todavía atractivo tenor que interpretaba a Radamès, entró en escena, acompañado de Gary, el director. Unas horas más tarde, llegó el momento de ensayar la segunda escena del acto primero, en que Amneris engaña a su

criada Aida para que confiese lo que siente de verdad por Radamès, y para ello le miente diciéndole que Radamès ha muerto. Sarah se había preparado con meticulosidad, como siempre, pero la química que habían tenido en el escenario se había esfumado.

Olivia nunca había estado tan contenta de que terminara una jornada laboral. A las cinco, nada más abrir la puerta de su camerino, vio que Thad estaba despatarrado en su diván, esperándola.

—¿Cómo has entrado? —le preguntó.

—Soy un famoso jugador de fútbol americano. Voy adonde quiero.

Que su amante interpretara el papel de un imbécil arrogante le levantó el ánimo.

—Que me lo digan a mí —masculló mientras cerraba la puerta tras de sí.

—Malas noticias. —Thad cruzó los tobillos, perezoso—. Alguien te ha robado el coche.

—¿Tienes idea de quién puede haber sido? —Olivia lo miró con suspicacia.

—Supongo que Garrett. Es un punki.

—Ya veo. —Se acordó de las llaves de repuesto que imprudentemente había dejado en el cajón de la habitación de invitados de Thad—. Y ¿bajo las órdenes de quién habrá cometido un delito tan singular?

—Estoy bastante seguro de que se le ha ocurrido a él solito.

—Y yo estoy bastante segura de que no.

—¿Quieres que follemos allí? —Thad señaló el cuarto de baño con la cabeza.

La respuesta de Olivia lo sorprendió tanto a él como a sí misma.

—Sí. Sí que quiero.

Se encerraron en el pequeño cuarto de baño, se tiraron de la ropa y se manosearon, justo lo que ella necesitaba para olvidarse de aquel día. Acabaron parcialmente desnudos en la estrecha ducha, sin abrir el grifo; Olivia contra la pared con las bragas sobre uno de sus tobillos, Thad con los vaqueros por las rodillas, los dos torpes y agitados, irracionales. No era la tercera noche. Era el quinto día, y eso no debía suceder, porque Olivia no podía seguir queriendo a un hombre que no formaba parte de su mundo, pero en ese momento

le dio igual.

Al finalizar, no le dio igual.

—¿Qué me está pasando? Esto no hace más que complicar las cosas —dijo mientras se recomponía.

—Solo si tú quieres que las complique. —Thad bajó la tapa del váter y se sentó encima a observar cómo ella terminaba de arreglarse del todo—. No es para criticarte, Liv, pero eres demasiado nerviosa.

—Preocuparme por mi carrera no es ser nerviosa —protestó, nerviosísima. Cogió un cepillo—. ¿Qué has hecho hoy? Además de urdir la desaparición de mi coche, digo.

—He comprado un par de corbatas y he chafardeado otra vez en tus cosas. Tienes que dejar de colaborar con la fundación Calistoga. Lleva años rindiendo muy poco. —Le rozó la espalda con la pierna al ponerse un tobillo sobre la rodilla—. También he estado con Coop y con Piper, su mujer. Me refiero a Cooper Graham, el último gran *quarterback* de los Stars.

—Hasta que llegó el idiota.

—El idiota no está aún en esa categoría.

—Pero podría.

—Supongo —accedió a regañadientes.

—Me alegro de que tengas cosas que hacer. —Agarró una brocha de maquillaje y se quedó quieta unos instantes—. Esta mañana he cantado para Sergio Tinari —le contó.

—Vaya, vaya.

—Y he ido a ver a mi antigua profesora de canto. —Se giró hacia el grifo del lavabo.

—¿Cómo has ido hasta allí? —Thad ignoró el importante significado de ese hecho.

—A pie.

—Muy mal.

—Es difícil que me rapten en pleno centro y a mediodía. Y necesito recuperar mi coche. Tengo que mirar pisos.

—Ya me ocupo yo.

—No hace…

—Tú estás trabajando. Yo no. Es lo justo.

La oferta era tentadora. Lo último que deseaba al terminar un día de muchos ensayos era empezar a buscar piso. Por otro lado,

cuanto antes encontrara casa, mejor le iría, sobre todo después de lo que acababa de suceder.

Esa noche, Thad fue a la habitación de Olivia para poner a prueba los nuevos límites que ella había fijado.

—Creo que dormiré aquí —le dijo—. Pero nada de tocamientos, ¿vale?

—Nada de tocamientos. —Olivia le dedicó una ligera sonrisa y levantó los brazos.

Thad se echó a reír, se tumbó a su lado y la rodeó con su cuerpo. Mientras la besaba, pensó en cuánto le gustaba estar con esa mujer. Que no era amor, ¿eh? Era diversión y ya. Lo que más le importaba, sin embargo, era lo bien que lo comprendía alguien ajeno a su mundo. Si La Diva hubiera sido un tío con habilidades deportivas, habría sido un compañero de equipo cojonudo.

Le acarició los lóbulos de la oreja con los pulgares. La besó. Poco tardó ella en producir esos maravillosos sonidos guturales. Viajaron juntos, ascendieron, tocaron, cayeron… El mundo se desintegró en un millón de trocitos.

Nada más terminar, ella quería hablar, que Dios lo asistiera. Thad se hundió en su almohada y fingió estar dormido, algo que no sirvió para desalentarla.

—Esto es solo temporal, Thad. Una locura temporal por mi parte. La noche del estreno, se acabó. Va en serio.

Thad murmuró a propósito algo ininteligible. Afortunadamente, Olivia no dijo nada más.

Él no lo entendía. Con o sin carrera, hasta una *prima donna* necesitaba tener una vida privada, y Thad no era una persona maniática como ella. Vale, llamaba un montón la atención cuando salía por ahí, pero Olivia tampoco era precisamente invisible. Y sí, ahora que había terminado la gira, debía ponerse al día con muchos asuntos —como invertir horas extras con su entrenador o perfeccionar su idea de negocio—. Había gente a la que tenía que ver, reuniones en que se veía obligado a participar, novatos que querían hablar con él sobre cómo gestionar el dinero. Y puede que él le ocultara más cosas que ella, pero eso no significaba ser maniático, ¿no?

Al final, Olivia se quedó dormida mucho antes que él.

Miércoles. Jueves. Los ensayos se iban acabando. Olivia trabajó con

Batista a diario y empezó a sentirse un poco mejor. Pero no bastaba. El *sitzprobe* del lunes siguiente pendía sobre su cabeza como la cuchilla de una guillotina. Podría marcar las notas durante los ensayos técnicos del martes y del miércoles, pero no durante el *sitzprobe* ni durante el ensayo final de vestuario del jueves, donde habría un público selecto. El viernes era un día de descanso, y luego venía el estreno del sábado.

Percibía que algunos miembros del equipo hablaban sobre ella a sus espaldas. Sus oídos superentrenados se daban cuenta de la falta de brillo tonal de su rango inferior. Detectaban los temblores puntuales, los extraños fraseos. Pero todo el mundo creía que estaba recuperándose de un resfriado, y solo Sergio había empezado a mirarla con preocupación.

Mientras tanto, Lena se había convertido en la sombra de Olivia: observaba todo lo que esta hacía durante los ensayos, formulaba alguna que otra pregunta, pero sin llegar a resultar cargante. A pesar de su juventud, Lena era una auténtica profesional, aunque Olivia comenzó a detestar verla. Nunca le había pasado lo mismo con sus anteriores suplentes, pero es que nunca se había sentido tan amenazada por una de ellas. Estaba avergonzada. Lena no era un buitre posado sobre una barandilla a la espera de salir volando con los huesos de Olivia. Era una joven trabajadora y respetuosa que hacía justamente las tareas para las cuales la habían contratado; en cuanto todo acabara, Olivia la recompensaría por aquellos injustos pensamientos y le compraría una gran joya, le regalaría un finde en un *spa* o… ¿Y si le organizaba una cita con Clint Garrett?

La última idea le pareció genial hasta que vio a Lena besar a un joven de pelo largo que más tarde le dijo que era su marido. Una joya, pues.

Thad la recogió en la Municipal tras pasarse el día buscándole piso. Resultó que encontraba pegas a todos los apartamentos que le enseñaban. Uno era demasiado ruidoso, otro demasiado oscuro, en el tercero no había sitio para el piano, el cuarto tenía un *jacuzzi* pero no una ducha decente. Y el quinto…

—Apestaba a conejo muerto —dijo—. No me preguntes cómo lo sé.

—Descuida.

La mañana del viernes, disponía de tres horas libres mientras la

compañía ensayaba la famosa marcha triunfal de *Aida*, una compleja escena en que participaban un centenar de artistas, veintiséis bailarines y dos caballos, pero por suerte no había elefantes, no en esa producción. Olivia aprovechó para concertar una reunión con su agente inmobiliario, y no le sorprendió que Thad se le pegara como una lapa.

Incapaz de mirar a los desaprobadores ojos de Thad, el hombre le mostró tres de los pisos que el deportista había rechazado. Uno, como le había avanzado, tenía poquísima luz natural. El segundo era casi perfecto, pero su piano lo llenaría por completo. En cuanto al tercero… Contaba con portero, cámara de seguridad y espacio de sobra. La ubicación era ideal, podría mudarse ya mismo y no olía a conejo muerto.

—Me lo quedo —le dijo al agente inmobiliario.

—Ya te arrepentirás cuando sea Pascua —vaticinó Thad.

Capítulo Diecisiete

¡Alguien había entrado en su camerino de la Municipal mientras ella no estaba, por supuesto! ¿Por qué no, ahora que todo se había complicado tantísimo?

Olivia se quitó el abrigo y lo lanzó sobre el diván. A veces aparecían ladrones en los camerinos. Había una docena de llaves por ahí. Podría haber sido cualquiera. Tal vez fuera una simple coincidencia.

Pero ella ya no creía en coincidencias, y empezó a llevar a cabo la rutina que últimamente le era tan habitual, la de comprobar si le faltaba algo.

A diferencia de las ocasiones anteriores, esta vez sí. El ladrón se había largado con sus almendras.

Olivia se desplomó sobre el diván. ¿Qué quería esa persona? El único objeto de valor que tenía consigo era el Cavatina3, que llevaba en la muñeca. ¿Cuándo terminaría aquello? Si se lo contaba a Thad, se presentaría en la Municipal para custodiarla, y parecería que había convertido a su famoso amante en su lacayo. Y Thad se prestaría, porque él era así.

Impensable. No permitiría que él se humillara.

Su agente inmobiliario obró un milagro, y Olivia utilizó el domingo, su día libre, para instalarse en su nuevo piso, amueblado, con cámara de seguridad y conserje. El piano se encontraba delante de las ventanas principales, pero no había hecho más que comenzar a abrir las cajas de recuerdos que los de la mudanza habían empaquetado y entregado bajo la supervisión de Thad.

El *quarterback* salió de la cocina con un plátano.

—No sé por qué tenías que darte tanta prisa.

Olivia le mostró un pósit en que había escrito las palabras: «Estoy descansando la voz».

—Solo cuando te interesa.

Ella sonrió al oír la suavidad de su tono. Thad comprendía lo mucho que se jugaba Olivia al día siguiente. Lo comprendía todo.

—Coge el abrigo —le dijo después de zamparse el plátano—. Este caos no se irá a ninguna parte, y hay gente a la que quiero que conozcas.

La casa de Cooper Graham y Piper Dove Graham era muy ruidosa. Los gemelos Isabelle y Will, que tenían tres años, peleaban para hacerse con dos cajas de cartón idénticas, mientras su padre los vigilaba distraído.

—La supervivencia del más fuerte —exclamó Coop mientras les mostraba a Thad y a Olivia el gran salón familiar, repleto de juguetes, en la parte trasera del piso de Lincoln Park—. Piper y yo intentamos no inmiscuirnos a no ser que el derramamiento de sangre sea inminente.

Cooper Graham era el *exquarterback* de los Stars y el mejor amigo de Thad. En cuanto los gemelos lo vieron, la guerra abierta por las cajas se transformó en una carrera para ver quién era el primero en llegar hasta él. Diplomático, Thad los levantó al mismo tiempo, uno con cada brazo.

—Mirad qué tengo. Un par de elefantes.

—¡No somos elefantes! —chilló Will.

—¡Somos monos! —gritó Isabelle.

—Cierto —dijo Coop.

En ese momento apareció una mujer atractiva de pelo oscuro con mallas, que le dio un abrazo a Thad. Él las presentó.

—Liv, Piper es la mujer a la que Coop engañó para que se casara con él y la propietaria de Dove Investigations. Piper, la gran Olivia Shore.

Piper Dove Graham no se parecía en nada a la idea que Olivia tenía de un detective. No le colgaba un cigarrillo de la comisura de los labios, y las mallas que vestía en lugar de una mugrienta gabardina no dejaban a la vista barriga alguna.

—Me da la impresión de que debería hacer una reverencia —dijo Piper.

Su sonrisa era tan encantadora que Olivia se echó a reír de inmediato.

—Por lo que me ha contado Thad, tendría que ser al revés. Nunca he conocido a un detective, y menos aún a una mujer

detective.

—Somos estupendas —enunció Piper con una sonrisa todavía más radiante.

—Liv está descansando la voz —les dijo Thad—. Y por si os lo estáis preguntando, eso significa que habla cuando le apetece, pero no cuando le hago una pregunta que no quiere responder.

—Así es. —Olivia asintió, tan tranquila.

Isabelle quería llamar la atención de Thad y le agarró la cabeza con las manitas.

—¿Dónde guardan los *serdos* su dinero? ¡En un *serdito*!

Para los gemelos, aquella broma era hilarante.

—Qué bueno, Izzy —dijo Thad mientras los dejaba en el suelo—. Aunque quizá deberías mejorar un poquito tu dicción.

—¡La mía es *mejó*! —exclamó Will—. ¿*Po* qué tiene miedo a *volá* un pájaro? *Poque* es una gallina.

—Es evidente que ha llegado el momento de que vayáis a la planta de arriba y busquéis los helicópteros para enseñárselos a Thad —gruñó Piper—. Le encantan los helicópteros.

Los niños salieron pitando de la habitación intentando ser los primeros en atravesar el pasillo. Coop miró a su mujer con una ceja arqueada.

—Les has escondido los helicópteros, ¿verdad?

—No finjas que tú nunca los has escondido. —Piper se giró hacia Olivia—. Yo me apunto a cualquier cosa que nos dé unos cuantos minutos de paz y tranquilidad. Resulta que mi marido es un hombre de honor solo en lo referente al fútbol americano. Me prometió que solo tenía que dar a luz y que él se ocuparía de criar a los niños. Estaba tan colada por él que me lo creí.

—Cuando descubrió que la había timado, era demasiado tarde. —Coop sonrió—. Ya se había enamorado de los dos diablillos.

Piper sonrió.

—Son un par de filántropos —le explicó Thad a Olivia—. Coop gestiona el mayor proyecto de jardines urbanos de la ciudad, además de un centro para ayudar a que los chavales de entornos desfavorecidos encuentren trabajo.

—Lo de mi mujer es mucho más impresionante —dijo Coop—. Se ha vuelto una experta en meter entre rejas a responsables de tráfico sexual de niños.

—Solo porque es ilegal que los mate —asintió Piper.

—¿Entendéis ahora por qué tengo que dormir con un ojo abierto? —Coop puso un brazo sobre los hombros de su mujer.

Olivia jamás había conocido a una pareja como aquella, dos personas tan obviamente enamoradas y tan respetuosas con el trabajo del otro.

—Thad me contó por teléfono que lo estás pasando un poco mal. —Piper hizo un gesto hacia uno de los dos sofás de la sala—. Me lo resumió, pero me gustaría que me dieras los detalles. ¿Por qué no me los cuentas mientras ellos se ocupan de los críos?

—Yo me quedo aquí —dijo Thad—. Adoro a vuestros hijos, pero Liv tiende a restar importancia a la situación.

—Yo no tiendo a nada —protestó Olivia—. Bueno, quizá sí. Para no perder la cabeza.

En tanto Coop lidiaba con sus hijos, Olivia y Thad pusieron al corriente a Piper de todo lo que había sucedido durante la gira. Solo al final, cuando Thad por fin fue a ayudar a Coop a la cocina, Olivia le habló del incidente del camerino.

—Hay muchas cosas sin sentido —opinó Piper.

—De entrada, la policía de Las Vegas creyó que el asunto era para ganar publicidad. Por suerte, encontraron la limusina.

—Pero no al chófer. —Piper echó un vistazo a las notas que había ido tomando—. Indagaré un poco. Por ahora, ten los ojos bien abiertos y llámame enseguida si ocurre algo más.

—Perfecto.

—Thad y tú… —Piper dio golpecitos en la libreta con la punta del bolígrafo—. ¿Hicisteis buenas migas desde el principio?

—La verdad es que no.

—¿Desde cuándo, entonces?

—¿Es relevante?

—En absoluto. —Piper sonrió—. Soy muy cotilla, y es evidente que está loco por ti.

—Los polos opuestos se atraen —dijo Olivia.

—Quizá sí, quizá no. Es un tío interesante. ¿Te ha contado que trabaja muchas veces gratis para mí?

—¿En qué trabaja?

—Investigando. Thad es un genio con los números, y el tráfico de seres humanos es una industria que mueve billones de dólares.

Los traficantes utilizan bancos para depositar el dinero y blanquearlo. Thad comprende la industria de la banca y las finanzas de una manera que a mí se me escapa, y cuando echa un ojo a los informes económicos ve cosas que yo he pasado por alto.

Por fin encajaban todas las piezas. Era eso lo que se ocultaba detrás de su secretismo con el portátil y las llamadas de teléfono entre susurros que Olivia había presenciado.

—No me ha dicho ni mu.

—Es que le resta importancia a su propio instinto filantrópico. Y, la verdad sea dicha, es mejor para él que mantenga un perfil bajo. Los deportistas tienen acceso a gente que jamás hablaría con un investigador.

Mientras Olivia intentaba asimilar aquella nueva información, los gemelos volvieron a la carga con sus helicópteros y reclamaron la atención de su madre.

De vuelta a su nuevo piso, Olivia confrontó a Thad con lo que no le había contado.

—¿No crees que me lo podrías haber comentado?

—No es para tanto. Es Piper la que se encarga de casi todo el trabajo.

Pero sí era para tanto, y daba fe de su personalidad.

—Sé por qué lo haces. Secretamente eres uno de los Vengadores. El Capitán Numérico.

Thad sonrió.

—Es un curro interesante, y no se lo cuentes a tu amigo Garrett, pero siento la misma satisfacción ayudando a meter en la cárcel a esos enfermos que jugando un partido de fútbol americano.

—Fascinante.

Thad se pasó la noche del domingo en el nuevo piso de ella. Como los ensayos de la última semana tenían lugar a última hora, Olivia intentó levantarse muy tarde el lunes por la mañana, pero a las siete ya estaba en pie por culpa de una noche plagada de pesadillas que no la dejaron dormir. Al cabo de doce horas, debería presentarse para el *sitzprobe*. El que normalmente era su ensayo favorito había pasado a ser un nido de víboras serpenteantes.

Cuando salió del dormitorio, encontró a Thad descalzo con el ordenador en la encimera de su nueva cocina taza en mano, con una camiseta blanca arrugada y pantalón de chándal. Su corazón

dio un vuelco. Era lo único que deseaba. Estar con él para siempre. Quería prepararle el desayuno y que él se lo preparara a ella. Quería limpiar sus calcetines y masajearle los hombros cuando volviera a casa tras un largo día. Seguro que acabaría siendo entrenador. Olivia se sentaría en la grada y animaría a su equipo, y quizá prepararía lasaña para la plantilla. ¿O no se llamaban *plantilla* a sí mismos?

No sabía preparar lasaña y no le apetecía aprender, y que él se lavara sus propios calcetines. La Belle Tornade no sacrificaría su objetivo de convertirse en inmortal ni siquiera por aquel hombre, que la acariciaba con su leve sonrisa y una amabilidad sin límites.

Enseguida apartó la mirada; era un bello tornado cuyo corazón se rompía al ser consciente de que no podría tenerlo todo: la inmortalidad que anhelaba y un final feliz de cuento para su historia.

En otra época, todo el mundo se arreglaba para el *sitzprobe*: los hombres llevaban traje y las mujeres, preciosos vestidos y sus mejores joyas. Pero esa época ya había pasado. Ahora los cantantes se presentaban vestidos de cualquier manera, desde prendas de gimnasia hasta chaquetas de cuero. En un esfuerzo por darle un empujón a su confianza, Olivia escogió unos vaqueros negros ceñidos, una blusa negra de seda y una bufanda de cachemira por si en la sala de ensayos hacía frío. Añadió al conjunto sus coloridos pendientes, el brazalete egipcio, el colgante de rubí de imitación, los anillos de veneno y una moneda que el violonchelista Yo-Yo Ma le había regalado, y que se metía en el zapato. Lo único que le faltaba era el collar de la estrellita plateada de Rachel, el que perdió en el desierto de Mojave.

Thad la llevó en coche hasta el ensayo, a pesar de las protestas de Olivia de que así quizá llegaría tarde. Sabía lo nerviosa que estaba y la dejó refunfuñar en paz, sin soltarle uno de sus habituales sermones.

Olivia había pedido que le colocaran un nuevo pestillo en su camerino. Al abrir la puerta, vio que alguien había deslizado algo por debajo. Lo cogió del suelo. Era una copia de diez por quince de su foto de compromiso. Ella se encontraba sentada ante el teclado de un gigantesco piano de cola y Adam estaba a su lado, y los dos se miraban a los ojos. Ofrecía la imagen de una mujer enamoradísima,

pero ella era una magnífica actriz, e incluso en aquel momento sabía que él no era lo que quería. Ojalá hubiera tenido la valentía de despedir al fotógrafo y cancelarlo todo antes de que apretara el obturador.

En la imagen no había ninguna nota. No le habían cortado la cabeza. Era tan solo una foto de los dos, además del recuerdo de cuánto la había querido Adam y de lo incomprensible que le habría parecido aquel día que terminara suicidándose.

Se llevó una mano sobre el diafragma y deseó que se expandiera.

—Lo harás estupendamente —le había susurrado Thad esa mañana.

Pero no sería así.

Todos los miembros de la compañía dieron lo mejor de sí mismos durante el *sitzprobe*. Sarah cantó un «*Ritorna vincitor*» digno de la mismísima Leontyne Price. Cuando las últimas notas se apagaron, los músicos de la orquesta golpearon los atriles con los arcos en el gesto habitual de aprobación.

Pum… Pum… Pum… Pum…

Arthur Baker tal vez fuera un Radamès demasiado mayor, pero su «Celeste Aida» era emocionante.

Pum… Pum… Pum… Pum…

Sin embargo, cuando Olivia hubo cantado, no se oyeron esos mismos golpecitos. Habían esperado más de La Belle Tornade. Mucho más.

Lena, mientras tanto, estaba sentada fuera del escenario, absorbiéndolo todo.

Poco después, Olivia vio que el director conversaba con Mitchell Brooks, el apreciado gerente de la Ópera Municipal. Una mirada de reojo de Mitchell hacia ella le confirmó de qué estaban hablando. Parecían tan preocupados que Olivia sintió lástima por ellos. Era culpa suya, no de los directores, y necesitaba hacer lo correcto.

Se obligó a acercarse.

—Sé que no he estado al cien por cien. —Se quedaba corta.

—Los críticos no tendrán piedad, *mia cara* —dijo el director sin rodeos—. Ya no es suficiente que Olivia Shore lo haga bien. Debes brillar.

Olivia lo sabía tan bien como él. Se giró hacia Mitchell Brooks. La decisión final le competía al gerente de la Municipal.

—¿Qué quieres hacer, Mitchell?

Era un buen hombre. Le puso una mano en el hombro.

—No, Olivia. ¿Qué quieres hacer tú?

Ella deseaba retroceder en el tiempo. No haber conocido a Adam. No haberse preocupado tanto por las necesidades de su prometido, hasta el punto de olvidarse de sí misma y dejar que su voz se perdiera en una ciénaga de culpa. No haberse olvidado nunca de que el trabajo era la esencia de su vida.

La impotencia que sentía debía de mostrarse en su rostro, porque Mitchell respondió con amabilidad.

—Te quedan otros dos ensayos antes de que nos veamos obligados a tomar una decisión. Lo reconsideraremos antes del último ensayo de vestuario.

Olivia repasó los días en su mente. Hoy, lunes, había sido un *sitzprobe* desastroso. El martes tocaba ensayo técnico con el piano, podría marcar las notas. El miércoles era el primer ensayo de vestuario. En otras circunstancias, podría haber marcado, pero tras lo que acababa de ocurrir iba a tener que actuar con todo su ser; y, si no estaba a la altura, Lena se haría con el papel, y no solo durante el último ensayo de vestuario, sino…

Era incapaz de pensar en la noche del estreno.

Mientras recogía sus cosas, Sarah se aproximó, pero en el último minuto cambió de idea y se alejó de ella.

Thad no le hizo ninguna pregunta en el trayecto de vuelta a casa. Por lo visto, su cara le había dicho todo lo que necesitaba saber.

—Déjame en el portal —le dijo mientras se acercaban a la entrada del *parking*—. Gracias por llevarme, pero ya no hace falta que me recojas más. He hablado con uno de los miembros del equipo. Es un viejo amigo mío, y con él no me pasará nada.

Con un brusco asentimiento, Thad se dirigió a la puerta del edificio. Olivia no se inclinó para darle un beso antes de salir del coche, y aquello le resultó tan reprobable como el modo en que había cantado.

Thad estaba harto de La Diva y de sus complicaciones. Difícilmente lo habría rechazado con mayor claridad. Era un hombre sencillo. Bueno, quizá no supersencillo, pero sí lo era en lo que concernía a disfrutar de la vida y de los amigos, los deportes, el buen *jazz*, la ropa de marca, los libros magníficos y las mujeres fantásticas.

Disfrutaba una barbaridad con las mujeres fantásticas. Disfrutaba de su inteligencia, de su ingenio, de su talento y de su ambición. Disfrutaba de su sentido del humor, de cómo discutían con él y lo hacían reír. Por no hablar del sexo. ¿Había algo mejor que follar con una mujer que se entregaba por completo en cada instante? Con una mujer capaz de reír y de llorar, que daba tanto como recibía. Con una mujer que le cantara la «*Habanera*» desnuda solo para él.

Sí, Olivia le importaba. Le importaba muchísimo. Era su amiga, su compañera, aunque se imaginaba una vida que no lo incluía a él y tenía demasiados problemas que Thad no podía ayudar a resolver. Era lo que solía hacer, era un hombre que se ocupaba de los problemas. Pero con ella no podría.

Pensó en los ultimátums que Olivia no había parado de verbalizar. Desde el día que embarcó en el avión cinco semanas atrás, su vida se había entrelazado con la de ella. Había llegado el momento de ponerle fin, por mucho que detestara borrar de un plumazo los planes que había hecho para ambos —navegar juntos por el lago en verano, ir a la playa, asistir a un partido de los Chicago Cubs, practicar senderismo—. A pesar de todo lo que habían compartido, a pesar de los nuevos intereses que había traído a su vida, a pesar del sexo (del sexo más maravilloso) y de la música, la increíble música… A pesar de cómo lo miraba, como si viera las profundidades de su alma… A pesar de la empatía que sentía no solo por él sino por cualquiera. Había llegado el momento de romper con ella.

Pensó en aquellas cenas interminables. A diferencia de él, Olivia se había interesado de corazón por las vidas de los clientes, por las peripecias de sus hijos. La vio apuntarse sus números de teléfono y hacer una videollamada por FaceTime con un anciano que adoraba la ópera o con un conocido de alguien que estudiaba en una escuela de música. A pesar de su drama y de sus críticas hacia el vestuario de Thad, Olivia se regía por una brújula moral que siempre indicaba hacia el norte de la verdad.

Debía romper con ella.

No pensaba hacerlo ahora. Esperaría hasta la semana siguiente, una vez que ella hubiera superado la noche del estreno y la gala. En cuanto a las amenazas que seguían acechándola… Thad contrataría a Piper para que vigilara a su diva, para que hiciera lo que él ya no

podría hacer.

La montaña rusa había llegado a su destino. Esta vez era él, y no ella, quien se había puesto un plazo. La semana siguiente. Al cabo de seis días. Romper con ella lo destrozaría, pero lo superaría. Siempre lo superaba.

La mañana siguiente, Thad tuvo que pasar por el piso de ella para recoger el portátil. Olivia le abrió la puerta. Ya la había visto acabada de salir de la cama: sexi, con el pelo enmarañado y un par de marcas de la almohada en la mejilla. No estaba así. Tenía un aspecto horrible: bolsas oscuras debajo de los ojos, piel pálida, el pelo suelto por un lado y recogido por el otro. Y vestía de manera inapropiada. Una camiseta rosa y pantalón de chándal rosa. ¿Qué coño le pasaba? Ella vestía de blanco y negro. A veces se ponía un gris clásico. Quizá un toque de morado de vez en cuando. El que llevaba ropa rosa era él.

El rostro de Olivia se suavizó por la ternura antes de que bajara el telón.

—Adelante —le dijo con una fría formalidad que lo puso en guardia.

A diferencia del caos que el día anterior dominaba en el piso, ahora estaba ordenado: las cajas estaban vacías, y ya no había ni rastro de las maletas. O bien se había ocupado de ello por la noche, cuando debería haber estado durmiendo, o a primera hora de la mañana, cuando debería haber estado durmiendo. A Thad no le gustó. Ni el apartamento impecable ni las pintas de Olivia.

—Necesito mi portátil —le dijo—. ¿Qué pasa?

—Una mala noche.

—Ya veo. ¿Tienes café?

Olivia señaló con la barbilla hacia la cocina, que estaba tan ordenada como el resto del piso. Thad agarró una taza de recuerdo de la Ópera de Sídney de un estante, la llenó y dio un sorbo; ella se quedó en todo momento en el umbral de la puerta, observándolo.

El café era imbebible. Al prepararlo, Olivia se había olvidado de algo. De algo tan importante como el café. Thad apoyó la cadera en la encimera de la cocina.

—Deduzco que anoche el *sitzprobe* no fue bien. ¿Quieres que hablemos?

—Tenemos que dejar de vernos.

Thad tardó unos instantes en asimilar sus palabras, y al hacerlo algo se quebró en su interior. Dejó la taza sobre la encimera con un golpe, y el líquido imbebible le salpicó en la mano.

—Y dale otra vez con lo mismo.

—Hay que ponerle fin, Thad —le imploró—. Ha sido estupendo. Más que estupendo. Pero lo vamos a dejar aquí y ahora.

—Ajá. —Endureció su corazón al ver el destello de las lágrimas en los ojos de ella.

—Ya no puedo más. Eres una amenaza demasiado grande para mí.

—¿Una amenaza? —Ese comentario lo enfureció.

—No paro de fijar plazos y al final se quedan atrás porque no quiero que termine. —Agitó la mano en un gesto errático y arbitrario.

—Sí, sientes predilección por los plazos —le soltó con toda la frialdad que pudo.

—Pues este acaba de cumplirse. —Olivia se tiró del dobladillo de la camiseta rosa.

—Vale. —Thad estaba hasta la coronilla—. Nos vemos. —Salió de la cocina y agarró el ordenador.

—Hay algo que tienes que saber —le dijo ella desde detrás—. Me he enamorado de ti.

Eso lo detuvo en seco. Al darse la vuelta, vio un universo de emociones en la cara de Olivia. Impotencia, dolor, determinación.

—Jesús, Olivia, no te has enamorado de mí. Tú… Nosotros… —Tartamudeó en busca de la palabra adecuada—. Somos compañeros de equipo. No nos enamoramos. Tenemos metas. Ambiciones. Pensamos igual. Somos compañeros de equipo, nada más.

—No, Thad. —Se llevó las manos al cuello como si estuviera asfixiándose—. Una parte de mí quiere dejarlo todo por ti. Reconducir mi vida. Poner la música en un segundo plano. ¡Parar de cantar! No puedo hacerlo.

—Nadie te lo ha pedido.

—Pero es lo que siento. Quiero estar en tu mundo…, salir pronto de un ensayo para pasar más tiempo juntos. Reorganizar mi agenda para verte jugar. Dejar de viajar tanto. ¡Cocinarte la cena!

—Pero ¡si no sabes cocinar, cojones!

—¿No lo ves? —Una lágrima se posó en la punta de sus pestañas, pero se negaba a caer—. Quiero priorizarte por encima de mi carrera, igual que hice con Adam. Es un patrón. Y ese patrón va a destruir a la persona que soy. ¡Lo que me da sentido!

—Tú y tu maldito drama. —El miedo y el dolor hablaron por él—. Tú creas el drama. Vives por y para el drama. Y ya me he hartado.

Pretendía hacerle daño, pero lo que acababa de decir era mentira. A Olivia no le gustaba más que a él el drama que la rodeaba. Procuró encontrar la manera de decírselo. De retirarlo. Pero ya era demasiado tarde.

—Sí. Claro, tienes razón. Y ahora entiendes por qué es lo mejor.

—Que sí, joder. Que hemos terminado. —Las palabras que no quería decir salieron de su boca igualmente.

Thad salió por la puerta y la dejó sola, tal como quería estar.

Ninguno de los amigos de Thad lo había visto borracho ni una sola vez. Sentados a la mesa de Spiral, el viejo club de Coop, se miraban a los ojos sin saber exactamente qué hacer al respecto. Thad no era ni un borracho desagradable ni un borracho alegre. Era un borracho silencioso como una tumba. Al final, Clint se ofreció a llevarlo hasta casa.

—Pero como me vomite en el coche, lo obligaré a que me compre uno nuevo —le dijo a Ritchie.

Clint sabía que Olivia era la responsable del estado de Thad, porque cuando le preguntó dónde estaba la soprano, le espetó:

—¿Cómo coño quieres que lo sepa?

Condujo a Thad hasta su casa en las afueras de Burr Ridge y lo dejó en uno de los sofás de brocado de la sala de estar. Cuando estuvo seguro de que no se le caería al suelo, se dirigió a la cocina a por una bolsa de patatas. Olivia le cayó bien desde el principio, pero ahora ya no estaba tan seguro. Thad era su compañero de equipo y, por más capullo que fuera, Clint lo adoraba, y siempre lo defendería.

Al abrir la bolsa de patatas, pensó en la posibilidad de ver con T-Bo algún vídeo de un partido por la mañana, cuando hubiera dormido la mona. Las probabilidades eran escasas, y también culpó a Olivia de ello.

Gracias a Thad, Olivia tenía guardaespaldas. Era tan propio de él.

Aunque ella le hubiera herido el orgullo, había hecho lo que consideraba correcto. También le dijo a Piper que lo pagaría de su bolsillo, algo de lo que Olivia se ocupó en un santiamén. Si bien él tenía más dinero que ella, nadie tenía por qué pagar sus facturas.

O Piper o una de sus trabajadoras se encargaba de llevar a Olivia hasta los ensayos y de vuelta a casa. Alguien había entrado en su camerino, pero ella no iba a permitir que cruzaran las puertas del teatro. Las paredes eran demasiado finas para que nadie la asesinara allí. ¿Y si lo intentaban? Ahora mismo le daba bastante igual.

Marcó las notas en el ensayo de piano y cantó en el primer ensayo de vestuario dando lo mejor de sí misma, que no bastaba. Era la atracción estrella de la producción, y la Municipal se arriesgaba mucho económicamente con su presencia. Ella era la responsable de la crisis, no la Municipal, y si Mitchell quería que actuara, lo haría, sin pensar en las consecuencias.

Pero Mitchell no quería que actuara, no en el estreno. Le comunicó la noticia bomba con la mayor amabilidad posible.

—Olivia, todos los grandes cantantes pasan por temporadas en que son incapaces de estar a la altura de lo que nos tienen acostumbrados. Estoy seguro de que solo es algo temporal, pero por ahora es mejor para la compañía y para ti que Lena actúe en la noche del estreno.

A Olivia se le rompió el corazón. «Tú ganas, Adam. Querías que fracasara, y ahora he fracasado».

Pero no era culpa de Adam. La que le había entregado ese poder había sido ella.

En lugar de asistir a la noche del último ensayo de vestuario en el teatro, Olivia se encerró en su piso y se emborrachó a base de negronis. Cuando con veintipocos años estudió en Italia, perfeccionó la combinación de ginebra, Campari y vermú rojo, pero nunca había bebido tantos cócteles de una sentada. Tampoco los había bebido jamás a mediodía, sus lágrimas transformándose en feos sollozos al recordar la expresión fría y dura de Thad.

Era un cacao emocional incapaz de mantener una relación saludable. Thad la había acusado de buscar drama, pero se equivocaba. Solo le gustaba el drama en el escenario. En la vida real, lo detestaba. Se le daba mal el amor. Fatal. Era una mala persona. Una persona que necesitaba otra copa. Preparó otro cóctel

y añadió más vermú de la cuenta. ¿Cuántos iba a necesitar para perder el conocimiento?

No supo la respuesta a esa pregunta, porque el conserje la llamó para avisarle de que tenía visita.

Capítulo Dieciocho

Si Olivia no hubiera estado tan borracha, no habría dejado que subiera nadie, pero al parecer su cerebro empapado en alcohol decidió que necesitaba compañía para seguir bebiendo. En cuanto abrió la puerta, sin embargo, y vio a Sarah Mabunda al otro lado, cambió de opinión.

—¿Qué quieres? —Olivia había perdido los buenos modales. Sarah, una mujer a la que había considerado su amiga, le había hecho el vacío.

Sarah se había quitado la larga peluca de Aida, pero seguía llevando el maquillaje de la obra: cejas oscurecidas, lápiz de labios marrón mate y exagerada sombra de ojos. Ni Sarah ni ella salían nunca del teatro sin desmaquillarse, pero ahora la primera lo había hecho.

—Lo siento. —Sarah pasó un dedo por debajo de la correa del bolso.

Olivia no necesitaba su compasión. No era culpa de Sarah que no pudiera actuar.

—Gracias. —Procedió a cerrar la puerta, pero Sarah era fuerte, Olivia estaba borracha y Sarah consiguió entrar en el piso.

—Lena ha estado bien, pero no es tú —dijo Sarah.

—Me da igual. —Olivia buscó su copa, pero solamente vio la montaña de servilletas de cóctel que el antiguo inquilino había dejado en el piso—. Amneris quería a Aida. —Su lengua no se movía como debía—. Eran amigas. Las dos nacieron princesas. Las dos se enamoraron del mismo hombre. Amigas.

—Pero una era una esclava cautiva. —Sarah colocó el bolso en un sillón cercano al sofá, ignorando el hecho de que no era bienvenida en esa casa.

Olivia necesitaba sonarse la nariz después de su ataque de llanto, pero no encontraba ningún pañuelo.

—Amneris no tenía la intención de que Aida muriera. Eran como hermanas. —Su voz sonaba confusa, y le entraron ganas de echarse a llorar de nuevo. ¿Dónde estaba su copa?

—Los celos consiguen que una mujer haga cosas raras —repuso Sarah.

Olivia cogió una servilleta de cóctel que decía: «Ahorra agua. Bebe ginebra», y se sonó la nariz.

—Nunca he sentido celos de nadie, así que ni idea.

—Qué suerte tienes. —Sarah localizó la copa de Olivia en la repisa de la chimenea, pero en lugar de acercársela le dio un sorbo.

—El alcohol no es bueno para la voz. —Algo que Sarah debería saber de sobra.

—Correré el riesgo.

—Es tu funeral. —Olivia soltó una risa ahogada—. Qué gracia, ¿verdad? Porque a Aida la entierran y tal. Gracias a mí.

—Graciosísimo —dijo Sarah secamente. Llevó la copa de Olivia hasta las ventanas y se quedó observando las vistas de la ciudad—. Lo quise, ¿sabes? Todo ocurrió tan deprisa, pero lo quise más que tú.

—Nadie podría quererlo como yo. —El borroso cerebro de Olivia le complicó mostrar desdén.

—¿Aún lo quieres? —Sarah se giró hacia ella.

—Nunca dejaré de quererlo.

—Entonces, ¿por qué lo dejaste?

—Porque era lo que tenía que hacer. —Olivia cogió otra servilleta de cóctel («En algún lado ya son las cinco») y volvió a sonarse—. No soy como las demás mujeres. No sé gestionar una carrera y una relación. Mira lo que me ha pasado. —Se sonó otra vez con fuerza—. He permitido que me robaran la voz.

La melena de Sarah la había aplastado el gorro interno de la peluca, pero seguía teniendo un aspecto bello y desafiante, más como la poderosa Amneris que como Aida.

—Si te hubiera querido tantísimo, no se habría enamorado de mí tan rápido. Lo nuestro fue muy especial desde el principio.

—Estás loca. —Olivia le arrebató el negroni a Sarah. Hacía rato que el hielo se había fundido, pero le trajo sin cuidado—. Ni siquiera lo conocías.

—Me pidió salir el día que en principio era el de vuestra boda.

—¿El de nuestra boda? —Olivia intentó concentrarse, porque era evidente que algo se le escapaba.

—No lo sabías, ¿a que no? Menos de una semana después de que rompieras con él, me pidió salir, y al final de la primera cita supe que teníamos algo especial. Me quiso más de lo que llegó a quererte a ti.

—¿Te refieres a Adam? —A Olivia le costó encajar todas las piezas.

—¿De quién voy a hablar si no?

—¡De Thad! ¡Estoy enamorada de Thad!

—¿Del jugador de fútbol con el que andas por ahí?

—¡No es un jugador de fútbol cualquiera! Es uno de los grandes. Es… —El negroni se desparramó sobre el suelo—. Es el mejor *quarterback* suplente de la historia.

—Estás borracha.

—¡Claro que estoy borracha! No puedo cantar y he perdido el norte. —Fue incapaz de soportarlo más—. ¡Adam se suicidó por mi culpa!

En lugar de quedarse de piedra, Sarah se mofó de ella.

—No te des tanta importancia.

—¿Qué quieres decir con eso? ¡Me mandó un correo! —exclamó—. Un correo de suicidio. La tecnología, ¿eh? O sea, ¿adónde han ido a parar las antiguas notas de suicidio? Ahora todo es electrónico.

—¿A ti también te mandó un correo? —Sarah ladeó la cabeza.

—¿También? ¿Cómo que también?

—El muy gilipollas. —Sarah no lo dijo con rabia. Más bien como si quisiera romper a llorar. Se desplomó en el sofá—. Ya somos tres. —Cogió una servilleta de cóctel.

—¿Tres?

—Tú, yo y Sophia Ricci.

—¿Sophia Ricci? —Olivia no lo comprendía. Ricci era la soprano lírica que había robado el papel de Carmen a una *mezzo*. Rachel se lo había contado cuando quedaron para comer en Los Ángeles, y Sophia había salido con Adam antes que Olivia. Pero ¿un correo…?

Sarah se sonó la nariz con una servilleta cuyas letras doradas rezaban: «Bebed, cabrones».

—Sophia y yo nos conocimos en la Royal Academy. Hemos sido

amigas durante años, pero hacía tiempo que no sabía nada de ella. Me llamó hace unos días. Estaba sufriendo ataques de pánico y creía que yo podría ayudarla. No creo que pretendiera contarme lo del correo de suicidio, pero al final salió.

—No entiendo.

—Por lo visto, nos mandó un correo a las tres. —Sarah se rodeó con los brazos—. El de Sophia y el mío eran idénticos. «Me hiciste creer que estaríamos juntos para siempre. Tú lo eras todo para mí y yo no era nada para ti».

El cerebro embotado de Olivia por fin absorbió lo que estaba escuchando, y ella terminó en voz alta el texto del correo.

—«¿Por qué debería seguir viviendo?». Sí, en el mío ponía lo mismo.

—Tú has perdido la voz, Sophia padece ataques de pánico y mi eccema está fuera de control en mis piernas, espalda y pecho. —Sarah se hundió en el sofá—. Y no puedo parar de comer. He engordado casi diez kilos.

—Pues yo te veo bien. —Un comentario estúpido, pero así era como se sentía Olivia ahora. Asombrada y estúpida.

—Le quise con todo mi corazón. —Sarah se enjugó los ojos con la servilleta y su maquillaje se corrió un poco. Aun estando borracha, Olivia percibía el dolor de Sarah, que le hizo querer acompañarla en el llanto—. Me enamoré rápido y hasta las trancas —dijo Sarah—, pero no estaba ciega y vi sus defectos. Era un profesor estupendo y podría haber sido un gran preparador, pero quería ser Pavarotti sin tener la voz adecuada. —Enrolló la servilleta y se la quedó mirando sobre su regazo—. Cuando no lo seleccionaban para un papel, echaba la culpa a la acústica o a sus compañeros. O ambas cosas. A veces, me culpaba a mí. No directamente. En plan: si yo no hubiera insistido en ir a aquel restaurante turco, él habría cantado mejor. Cosas por el estilo.

—Pero ¿por qué mandó correos? —Olivia regresó al principio—. ¿A las tres? El Adam al que conocía era un consentido, pero no era cruel.

—Lo rechazaron para muchísimos papeles. Cayó en una grave depresión y se negó a ir al médico. No paraba de decir que a él no le pasaba nada.

—Siempre era culpa de los demás. —Olivia contempló la poca

bebida que le quedaba. Le recordó al agua de las alcantarillas, y fue incapaz de tomar otro sorbo—. No fuiste a su funeral.

—El día que se suicidó, quedé con él. Discutimos. —Turbada, Sarah tenía la mirada perdida—. Nunca les habló a sus hermanas de mí, y no podía enfrentarme a ellas. Cobarde, ya lo sé.

—Pero ¿por qué me has tratado con tanta frialdad? Éramos amigas.

—Por celos. Por eso he venido aquí, para contarte lo de Adam y para disculparme por cómo me he comportado contigo. —Se mordisqueó el labio inferior—. Siempre sospeché que a ti te quiso más. Es irónico, ¿verdad? A Aida le comen los celos hacia Amneris. Me pregunto qué habría hecho Verdi con eso.

—Adam no era ningún heroico Radamès. —Olivia experimentó un momento de ebria claridad—. A mí no me quiso más. Quiso lo que creía que haría yo por él.

Ambas se tomaron unos instantes para asimilar aquello. Olivia se frotó la frente con el vaso.

—Adam jamás habría sido un magnífico tenor, pero podría haber hecho otras cosas: enseñar, conformarse con papeles pequeños en compañías más modestas.

—En cambio, se puso una pistola en la cabeza y nos culpó a nosotras por ello. —Sarah se secó los ojos—. Menudo desperdicio.

—O sea, que Sophia y tú habéis sentido exactamente lo mismo que yo. —Olivia dejó el vaso sobre una mesa—. Pero ninguna de las dos habéis perdido la voz.

—A mí no me ha afectado la voz, pero es obvio que nunca has sufrido un eccema tan fuerte que te deja surcos de sangre sobre la piel.

—Lo siento mucho. —Olivia se miró las manos, pegajosas por la bebida que había derramado—. Culpar a otros… Quería que nos sintiéramos responsables por lo que hizo.

—Ya me he cansado —soltó Sarah con rabia—. Me he hartado de rascarme la piel hasta que me sangra. Tú, Sophia y yo debemos organizar una conversación a tres bandas.

Sarah llevaba razón.

—Que sea a cuatro bandas y así incluimos a un psicólogo —propuso Olivia.

—Buena idea. Y oye, Olivia. Que siento mucho haberte hecho el

vacío de esa manera.

—Lo entiendo. De verdad. —Bien sabía ella el daño que podía provocar la culpa.

Sarah había empezado a llorar de nuevo. Olivia se acercó al sofá y le pasó un brazo por los hombros.

—Lo quisiste e intentaste ayudarlo. —Apoyó la mejilla en la cabeza de Sarah, incapaz de saber si hablaba con Sarah o consigo misma—. Basta de culpa. Vas a perdonarte, y yo voy a perdonarme, y Sophia también. —Pensó en lo que no habían comentado—. Y luego hablaremos sobre las notas amenazantes… —Se estremeció—. La camiseta con manchas de sangre.

—¿A qué te refieres? —Sarah alzó el rostro, con regueros de lágrimas—. ¿Qué notas amenazantes?

Al día siguiente, Olivia se despertó a mediodía con la cabeza como un bombo. Se tomó dos ibuprofenos, se juró que jamás volvería a beber y fue dando tumbos hasta la ducha.

Sarah y Sophia solo habían recibido la nota de suicidio, nada más. No les había llegado ninguna foto de periódico con ellas decapitadas ni vieron salir de un sobre una camiseta cubierta con sangre de mentira. Ninguna de las dos había sufrido un ataque en la segunda planta de una librería de viejo ni un secuestro en el desierto de Mojave. Ansiaba llamar a Thad. Saber que no podía llamarle era peor que la resaca.

Se envolvió con su albornoz más mullidito y fue entre trastabillones hasta la cocina a por café. Tres días atrás, cuando rompió con Thad, había añadido el doble de agua del que necesitaba la cafetera. Desde entonces, había perdido la llave del piso y la había encontrado más tarde en la banqueta del piano. Había añadido comino en lugar de canela a sus cereales y estuvo a punto de cepillarse los dientes con sérum facial.

Ojalá Thad fuera un hombre como Dennis, un hombre con una carrera compatible y sin ego. Un hombre que jamás hubiera ganado un trofeo Heisman ni rematado el setenta por ciento de sus pases durante una brillante temporada de fútbol americano. Thad era su *doppelgänger* masculino. Habían tomado caminos diferentes, pero los dos compartían la misma esencia, la misma pasión por lo que hacían, el mismo anhelo de excelencia y el mismo rechazo a permitir que nadie se interpusiera entre ellos y la gloria.

Con una nueva taza de café en la mano, llamó a Piper y le contó lo sucedido la noche anterior. Después, deambuló hasta la sala de estar y observó el piano. ¿Qué tal sentaría cantar sin el insoportable peso de la culpa sobre la cabeza? Tocó un par de notas con la mano que tenía libre. ¿Qué tal sentaría cantar tan solo con el corazón roto?

Thad ya dominaba como nadie las páginas web de actualidad sobre ópera, y la noticia ocupaba todos los titulares. Habían apartado a Liv de la noche del estreno. Él había logrado que cantara, pero no que cantara lo suficientemente bien para actuar, y detestaba fracasar.

Hablaba con Piper a diario. A veces más de una ocasión. A veces tanto que ella le soltaba que hiciera algo con su vida. Pero no podía dejar de pensar en Liv vagando por un callejón oscuro o subiéndose a una limusina desconocida. Ni siquiera los edificios seguros eran siempre seguros. Llamó de nuevo a Piper, y esta vez su amiga le dio la mala noticia.

—Parece ser que al exprometido de Olivia le gustaba esparcir la culpa por ahí.

—¿A qué te refieres?

Le contó la confesión de Sarah Mabunda.

—He investigado un poco desde entonces —añadió— y resulta que Adam tuvo un cuarto objetivo, una trompetista francesa con la que salió entre Sophia Ricci y Olivia.

—Está claro que no le costaba nada atraer a las mujeres.

—Era muy atractivo, como un ángel con el pelo corto.

Thad reprimió el deseo de preguntar cuál de los dos era más guapo, si Adam o él, cosa que no hacía más que mostrar lo bajo que había caído.

Llegó el sábado, el día del estreno de *Aida*. Para distraerse, Thad recorrió en bicicleta los casi treinta kilómetros del camino que bordea el lago. Olivia le dijo que lo quería, y él la conocía lo suficiente para saber que no se lo habría dicho así como así. Pero ¿qué clase de persona anunciaba que te quería y luego rompía contigo?

Cuando regresó a casa de la ruta en bici, vio que su bloguero de ópera favorito acababa de publicar una nueva entrada.

> A pesar de las noticias que afirman lo contrario, Olivia Shore subirá al escenario esta noche para el estreno de *Aida* en la Ópera Municipal de Chicago.

Olivia llegó pronto a la Municipal. De alguna manera había logrado convencer a Mitchell para que cambiara de opinión sobre su participación en la obra al recordarle cuánto se enfadarían los socios de la temporada si ella no cantaba. Al final, el director capituló.

La semana anterior, cuando todavía abrigaba esperanzas, había encargado unas preciosas minitartas ópera en cajitas como regalo del estreno a sus compañeros de la función. Ahora iba diligentemente de un camerino a otro con sus regalos y diciéndoles «Toi, toi, toi…» a los que habían llegado temprano.

Todo el mundo la trataba con cuidado, como si tuviera una enfermedad terminal. Solo Sarah le dio un largo abrazo.

—*Toi, toi, toi*, amiga mía. Hagamos magia.

La magia quedaba muy lejos de ella, pero Olivia se había cansado del peso de la responsabilidad que había acarreado durante demasiado tiempo. Había llegado el momento de hacer lo que tanto amaba, aunque lo hiciera mal. Honraría a Amneris, a Verdi y a sí misma de la mejor manera posible. Si los críticos la masacraban, que así fuera. Si mandaba al garete su reputación, era suya y la mandaba donde quería. Ya había dejado demasiadas veces que el miedo a fracasar tomara las riendas de su vida. Esta noche, sería tan valiente como Amneris al competir por el amor de Radamès.

Una competición que terminaba fatal para todos.

Olivia se sacudió de encima aquel desagradable recordatorio.

Los regalos de buena suerte de los demás la esperaban en su camerino: un llavero irreverente de Arthur Baker y una estatuilla de alabastro de Isis de parte de Sarah. Lena le había enviado un oloroso paquete de palitos de incienso egipcio y una nota para decirle que era un placer verla actuar. Jose Alvarez, que interpretaba al cura Ramfis, le mandó bombones; y el director, flores.

Una vez maquillada y vestida, cerró la puerta del camerino para llevar a cabo su solitario ritual antes de una actuación: unos cuantos

calentamientos vocales, un rápido vistazo a las notas que había apuntado y una cucharilla de jarabe para la tos Nin Jiom con agua caliente para limpiarse la garganta.

Los ejercicios del día anterior habían sido prometedores, pero notaba más tensión de la debida en el pecho. Basta de miedo, se dijo. La humillación en público era mejor que la cobardía en privado.

Deseó que Thad pudiera verla en aquel momento. Con el vestido ceñido de color azul amatista y un elaborado collar de joyas, cada parte de su cuerpo era el de la hija de un faraón. Por suerte, el collar no pesaba tanto como parecía. El dobladillo del vestido lucía una larga banda blanca bordada con dorados papiros con jeroglíficos. Llevaba oscuras pestañas postizas y atrevida sombra de ojos lapislázuli delineada en negro, que se alargaba hasta sus sienes. La larga e intrincada peluca negra en forma de trenza portaba una cobra dorada en lo alto, dispuesta a envenenar. Con las sandalias doradas en los pies, los gigantescos pendientes en forma de flor de loto y sus brazaletes de oro en las muñecas, era la viva imagen de una reina egipcia, una mujer con derecho a poseer cuanto deseara, a excepción del hombre que le había robado el corazón.

En un momento en que se ausentó del camerino, había aparecido otro regalo en su mesa, una cajita envuelta en papel blanco. Echó un vistazo al reloj de pared —faltaban veinte minutos para la obertura musical—, deslizó un dedo por debajo del papel y abrió la tapa.

Con un grito, soltó la caja.

Un canario amarillo muerto cayó a sus pies, cuyo único ojo negro la miraba fijamente.

Se estremeció. ¿Quién le habría mandado algo tan vil?

Olivia percibió un aroma. Un aroma intenso que reconoció. Pero no procedía del pájaro muerto. No. Cogió del suelo la caja en que habían metido el cuerpo. La tapa olía igual que el incienso egipcio.

La rabia hirvió en su interior. Había solamente una explicación, la que se había negado a aceptar. El papel era distinto, pero la caja desprendía el mismo olor que el incienso que le había regalado Lena.

Agarró el pájaro con las manos desnudas, demasiado furiosa para coger un pañuelo, y echó a caminar por los pasillos con el

canario muerto delante de sí. Dejó atrás a los extras que iban a vestirse para la marcha triunfal. Sus sandalias doradas repiqueteaban con fuerza en el suelo y el vestido de amatista ondeaba junto a sus pantorrillas. Los extras le lanzaron una mirada y enseguida se apartaron.

Olivia se apresuró a subir las escaleras. Se levantó el vestido con la mano libre para no tropezar con el dobladillo. Ascendió un piso, salió al vestíbulo y recorrió el pasillo rumbo a la sala en que se les pedía a los suplentes que esperaran durante la actuación para estar cerca si se les necesitaba. Si, por ejemplo, una famosa *mezzosoprano* estaba tan traumatizada por un pájaro muerto que había perdido la capacidad de cantar.

Los suplentes se habían reunido en el salón, con un torneo de golf sin volumen en la televisión. El tenor que cubría a Arthur Baker jugaba al solitario. La sustituta de Sarah estaba haciendo crucigramas. Los demás se entretenían con los móviles, mientras que Lena estaba sentada a una mesa leyendo un libro.

Las cabezas de todos se alzaron al mismo tiempo cuando irrumpió en la habitación con el vestido ondeando junto a sus tobillos, el canario muerto en las manos y la cobra dorada en la cabeza. Cruzó la estancia y lanzó el pájaro sobre el regazo de Lena.

Lena chilló, se puso de pie y, acto seguido, cayó de rodillas delante del pájaro.

—¿Florence?

La crudeza de las emociones de Lena, la forma en que su expresión pasaba del horror a la conmoción y a la pena, penetró lentamente en la furia de Olivia. Empezó a pensar que tal vez hubiera cometido un error.

En la sala había tres personas a las que no conocía. La esposa o novia de alguien, una mujer que debía de ser la madre de uno de los cantantes y una persona a la que sí identificó. El hombre al que Lena presentó como su marido, Christopher.

En lugar de mostrar preocupación por la aflicción de su mujer, los ojos de aquel tipo estaban clavados en Olivia, como si la estuviera evaluando… o como si recelase de ella. Como si lo hubieran pillado haciendo algo que no debería haber hecho.

El marido de Lena…

De pronto, Olivia lo entendió todo. Rachel había trabajado con

Lena en Minneapolis. Le dijo que las dos parejas habían salido juntas. Por mucho que Olivia adorara a Dennis, era un bocazas. Cuántas conversaciones con Rachel terminaban con un: «Ni se te ocurra contárselo a Dennis». Por lo general, Rachel cumplía con su palabra, pero a veces compartía con él algo antes de que Olivia estuviera dispuesta a hacerlo público. Olivia se lo había comentado a Dennis y él le había pedido disculpas.

—Tienes razón. Lo siento. Rachel me dijo que no lo mencionara y no era mi intención que se me escapara.

Olivia desconocía cómo encajaban exactamente las piezas, pero estaba convencida de que encajaban. Rachel sabía que Olivia se sentía muy culpable por el suicidio de Adam, y sospechaba que los problemas vocales de su amiga eran peores de lo que dejaba entrever. Rachel había sumado dos más dos y se lo habría insinuado a Dennis. Si Dennis lo sabía, era muy probable que lo hubiera comentado en algún momento las veces que quedaron con Lena y su marido.

Lena no había intentado sabotearla. Era Christopher, el marido de Lena, un hombre que apostaba muy fuerte por la carrera de su mujer. Un hombre que quería que su mujer subiera al escenario en lugar de Olivia.

—¿Qué le ha pasado a Florence? —Lena miró a su marido con el rostro lleno de lágrimas.

—¡Ese no es Florence! —exclamó él.

—¡Sí que es Florence! Mira el blanco de las plumas de la cola y la rayita cerca del ojo.

Christopher se dirigió al resto de la sala con una carcajada tan falsa como despectiva.

—Florence es el canario de Lena. El pájaro dejó de comer, y Lena estaba preocupada, pero… —Devolvió la atención a su mujer—. Florence estaba vivo cuando he salido de casa. Te lo prometo.

Una promesa carente de convicción. Perdida y confusa, y con su pájaro muerto en la mano, Lena miró hacia Olivia.

—No lo entiendo.

Por los altavoces empezaron a sonar las primeras notas de la obertura.

—Tu marido y tú tenéis que hablar largo y tendido —le dijo

Olivia—. Si yo estuviera en tu lugar, me buscaría a un abogado.
Olivia corrió hacia su camerino. Nada más llegar, llamó rápido a Piper para ponerle al corriente de las novedades y silenció el móvil.

La voz del director de escena sonó por los altavoces.

—Señor Baker, señor Alvarez, acudan al escenario, por favor. —A ella la llamaría a continuación.

Cerró la puerta y apagó la luz del camerino. Tenía muchísimas preguntas, pero por ahora debía dejarlas a un lado. El saboteo del marido de Lena ya le había robado demasiadas cosas. No iba a permitir que le robara nada más.

«No tengas miedo». Se irguió cuan alta era y respiró en la oscuridad. Inhalaciones largas. Exhalaciones cortas. Respiraciones acompasadas, pausadas. Intentaba volver a confiar en sí misma.

Inhalar… Exhalar…

—Señora Shore, acuda al escenario, por favor.

Capítulo Diecinueve

Olivia salió a escena entre atronadores aplausos. A Thad le costó continuar respirando. Aunque no estuviera sola sobre el escenario, lo parecía. ¿Cómo iba el público a mirar a otra persona? Con ese vestido purpurino y una cobra sobre la cabeza, medía un metro ochenta y algo.

Thad había leído el *libretto* y sabía que sería la primera en cantar.

—*Quale insolita gioia nel tuo sguardo*. —«Qué insólita alegría brilla en tu rostro».

Al oír esa frase, recordó cuando se metió con él. «En el tuyo no. En el de Radamès».

Y ahora estaba entregándose por completo al vejestorio que hacía de Radamès, que ni en un millón de años la amaría. Idiota integral.

Thad había entrado en el último minuto, y hasta el momento solo había llamado la atención un poquito. No quería que Olivia supiera que estaba allí, pero no se imaginaba estar lejos de allí, por más cabreado que estuviera con ella. Pero no tan cabreado como para desear que fracasara.

Apareció Aida, vestida de blanco. Sarah Mabunda tenía más curvas que Olivia y era más baja, pero desprendía una luz que la iluminaba y que la convertía en una digna rival. Qué lástima que al final tuviera que morir.

Thad volvió a fijarse en Olivia. Si bien lucía magnífica, él no podía evitar desear que cantara *Carmen* para verla con aquel vestido rojo.

No. No necesitaba verla con aquel vestido. Era mejor que no llevara nada de ropa encima.

La escena finalizó y el público aplaudió. Para él, Olivia había

cantado increíble, pero nadie exclamó «bravo», y los aplausos se le antojaron más bien educados, no como si la actuación hubiera conquistado a los asistentes.

El móvil de Thad vibró en el bolsillo. Lo ignoró y siguió absorto en el escenario.

Ovación final. Olivia había sobrevivido al estreno.

Sarah y ella habían comenzado a conectar en el acto primero, y esa conexión duró a lo largo de la escena de la alcoba del acto segundo. En cuanto a la importantísima escena final del juicio… El tono de Olivia flaqueó un poco durante algunos momentos y algunos de sus melismas sonaron débiles, pero había estado bien. Aceptable. Puede que La Belle Tornade no hubiera colmado las expectativas del público, pero no había sido el desastre que se temía. No había cantado con brillantez, pero sí de forma competente. Sería lo que dirían los críticos. Una actuación competente, aunque un pelín deslucida. Competente estaba bien.

No, no estaba bien. Olivia aspiraba a ser una leyenda, no a ser competente. Algo que Thad comprendería.

Entre bambalinas, Olivia saludó a sus admiradores, muchos de los cuales eran ricos donantes de la Municipal. Era fácil distinguir a aquellos que sabían de ópera de los demás. Los que fingían le dijeron que había estado magnífica. Los auténticos seguidores del género comentaron lo contentos que estaban por qué hubiera regresado a la Municipal.

Kathryn Swift formaba parte del primer grupo.

—Olivia, querida, has estado soberbia. ¡Espectacular! Ojalá Eugene te hubiera podido escuchar hoy.

Olivia se alegraba de que no la hubiera escuchado, porque el marido de Kathryn habría sabido de sobra que no había estado en absoluto espectacular.

La persona a la que más deseaba ver, la persona que entendería mejor que nadie cómo se sentía ella ahora, no estaba allí. ¿Por qué iba a estar allí, si ella lo había echado de su vida?

Sus admiradores se fueron por fin. Dejó el vestido y la peluca en el departamento de vestuario. Envuelta en un batín blanco, Olivia se sentó delante del espejo y se desmaquilló. Estaba exhausta. Vacía. Conforme se quitaba las pestañas postizas de Amneris y el lápiz de ojos alargado, procuró reconfortarse recordando que por lo

menos había tenido la valentía de salir al escenario. Algo era algo.

Pero no bastaba.

Se quitó el gorrito sobre el que se colocaba la peluca y se pasó los dedos por el pelo. Comprendía la retorcida motivación de Christopher Marsden, que lo llevó a hacer lo que había hecho, pero ¿cómo lo había orquestado todo? Y ¿qué pasaba con lo de la librería y con el secuestro?

Alguien llamó a la puerta. Olivia abrigaba una absurda y diminuta esperanza de que se tratara de Thad.

—Adelante.

Era Lena Hodiak. Con la melena rubia despeinada, el rostro redondo y manchado, y los ojos rojos que contaban su propia historia, atravesó la habitación y se arrodilló delante de Olivia.

—¡No tenía ni idea de lo que hacía él! ¡Tienes que creerme!

Olivia se imaginó cómo interpretaría Thad aquel elaborado y operístico gesto, y casi estuvo a punto de oírlo mascullar «Sopranos…» entre dientes.

—Levántate, Lena, por favor.

Lena aferró la bata de Olivia con más fuerza, todavía de rodillas.

—No lo sabía. Tienes que creerme. Yo nunca le habría permitido que hiciera algo así.

A pesar de lo cansada que estaba, Olivia no podía hacer caso omiso de la angustia de Lena.

—Siéntate —le dijo con amabilidad.

Lena se quedó donde estaba. Llorosa y suplicante, alzó la vista hacia Olivia.

—Eres todo lo que aspiro a ser. Jamás haría nada que te hiciera daño. Por favor, dime que no piensas que ha sido cosa mía.

La incredulidad de Lena al mirar hacia su marido fue la única prueba que había necesitado Olivia para saber que no era Lena la que había intentado sabotearla. Levantó a la joven y la condujo hacia el diván de su camerino.

—Sé que no ha sido cosa tuya. Y siento mucho lo de tu pájaro.

Lena se cubrió la cara con las manos y empezó a llorar de nuevo.

—Florence era especial. Trinaba cuando me marchaba de la sala. Lo cogía con la mano para acariciarlo y, si creía que no le prestaba la suficiente atención, se enfurruñaba. —Lena se pasó la manga por la nariz—. Hace unos días dejó de comer y se pasaba el día

durmiendo, así que sabía que estaba mal, pero… —Aspiró una bocanada de aire—. Creo que él lo mató.

Olivia hizo una mueca de dolor.

—En cuanto te has ido —las palabras salieron despedidas con rapidez—, me ha llevado al pasillo y ha intentado convencerme de que nada de lo que habías dicho era cierto. Le he dicho que sabía que me estaba mintiendo. Se ha puesto como una fiera y me lo ha contado todo. Todo lo que te había dicho. Me lo ha lanzado a la cara. Como si eso debiera hacerme feliz. Me ha dicho que, ya que yo no me preocupaba por mi carrera, lo tenía que hacer él.

—Quería librarse de mí para que tuvieras tu gran oportunidad. —Olivia se sentó en el tocador y se frotó los ojos.

—Ser tu suplente era mi gran oportunidad, pero él no lo veía. No paraba de decirme que era mi gran ocasión y que debería interpretar lo que te había dicho como una prueba de lo mucho que me quería.

—Qué retorcido.

—Tendría que haberme dado cuenta. Ha estado muy extraño. Le he dicho que lo odiaba. Que me divorciaría de él y que no quería volver a verlo más. —Se mordió el labio inferior—. Creía que iba a pegarme, pero Jeremy se ha presentado para ver qué tal estaba y lo ha echado del edificio.

Jeremy era el bajo de robusta constitución que cubría a Ramfis.

—Con tu marido no estás a salvo —dijo Olivia.

—Ya lo sé. —Lena apretó el reposabrazos—. Cuando lo conocí, era superencantador. Se interesaba por todo lo que hacía yo. Nunca he estado con nadie que se preocupara tanto por mí. —Lena levantó la mirada—. Unos meses después de casarnos, la situación empezó a cambiar. Quería saber dónde me encontraba en cada momento. Nada de lo que hacía era lo bastante bueno. No me esforzaba lo suficiente. Engordé un poco y me dijo que estaba como una foca. Comenzó a monitorizar todas mis comidas. Me hizo sentir una imbécil. Me dijo que debía ser duro conmigo porque me quería muchísimo, y que solo deseaba lo mejor para mí. Me dijo que debería sentirme afortunada por haberme casado con un hombre que se preocupaba tanto por mí. Pero yo sabía que no era así. En cuanto terminara *Aida*, iba a decirle que quería el divorcio.

—¿Dónde se ha metido ahora?

—No lo sé.

—No puedes volver a tu piso.

—He llamado a una amiga. Me quedaré con ella.

—Prométeme que me avisarás si te puedo ayudar en algo.

—¿Por qué eres tan amable después de todo lo que ha pasado?

—Las sopranos debemos mantenernos unidas, ¿no crees? —Olivia le sonrió.

Su comentario hizo que Lena rompiera a llorar de nuevo.

Thad llamó a la puerta del piso de Lena Hodiak. Acto seguido, se movió a un lado para que desde la mirilla solo se viera a Piper.

La puerta se abrió. Thad apartó a Piper de un codazo —justo lo que ella le había advertido que no hiciera— y se colocó en el umbral.

—¿Christopher Marsden?

Marsden se frotó los ojos para dejar atrás el sueño de primera hora de la mañana.

—¿Quiénes sois? Un momento… ¿Tú no eres…?

—Sí. Thad Owens. Un buen amigo de Olivia Shore.

Christopher intentó cerrar la puerta, pero Thad no se lo permitió. Se abalanzó hacia delante antes de que Piper pudiera detenerlo y lanzó un gancho perfectamente dirigido a la mandíbula de Marsden, seguido de un puñetazo en el estómago que lanzó al suelo al muy canalla.

—A ver, eso no ha sido de gran ayuda —dijo Piper—. Pero lo entiendo perfectamente. —Cerró la puerta una vez que estuvieron los tres en el piso.

Thad quería terminar lo que había empezado, pero Piper lo empujó y se acercó a Marsden.

—Quiero hacerle varias preguntas, señor Marsden. Y creo que es justo que le diga que mi amigo aquí presente tiene muy mala hostia y poquísima paciencia con los mentirosos, así que le sugiero que nos diga la verdad.

Marsden gimoteó. Le sangraba el labio y daba la impresión de que iba a vomitar. Thad no era aprensivo y no se inmutaría al verlo.

Piper colocó uno de sus piececitos, enfundado en una bota motera de cuero negro, sobre el pecho del marido de Lena.

—Creo que habría que empezar por el principio, ¿verdad?

Todo salió a la luz. Marsden había entablado amistad con Dennis

Cullen, el marido de Rachel, cuando sus esposas trabajaron juntos en Minneapolis. Gracias a Dennis, Marsden se enteró de que Olivia no llevaba bien el suicidio de su exprometido. Dennis, que debía aprender a cerrar la boca de una puta vez, repitió la sospecha de Rachel de que Olivia estaba traumatizada por la culpa tras el suicidio de su exprometido, y que sus problemas con la voz eran peores de lo que decía. Marsden no necesitó oír más, y enseguida urdió un plan para aprovecharse de la culpa de Olivia. Su estímulo había sido la posibilidad de que su mujer ocupara el lugar de Olivia y tuviera una inmejorable oportunidad. Creyó que engañar a Olivia era *peccata minuta* y tal vez diera pie a un fantástico trampolín para la carrera de su mujer.

—¡Lena no sabe hacer la o con un canuto! —gimió Marsden con las manos sobre el estómago—. Estaba contenta con ser la suplente. Yo tengo que hacerlo todo.

—Ajá. —Piper le dio un golpecito con la bota; no lo bastante fuerte para hacerle daño pero sí lo bastante fuerte para mostrar solidaridad femenina para con su mujer—. Empecemos con las notas que mandaste.

Marsden comenzó a cantar como tiempo atrás cantaba el canario de su esposa. Se le ocurrió la idea como una especie de experimento, para ver si era capaz de meterse en la cabeza de Olivia mandándole las cartas anónimas. Después de un par de conversaciones con Dennis el Bocachancla, se enteró de que por lo visto Olivia cada vez iba a peor, y eso lo animó a dar un paso adelante con las fotografías, la camiseta ensangrentada y la llamada que recibió Olivia durante la caminata. Marsden estaba detrás de todo, hasta que Piper mencionó que alguien había entrado en la habitación del hotel y el incidente en Nueva Orleans.

—En mi vida he estado en Nueva Orleans. —El tío estaba a punto de mearse encima—. Lo juro. ¡Y no entré en ninguna habitación de hotel! —Se hizo un ovillo por miedo a que Thad reemprendiera los golpes.

Thad y Piper intercambiaron una mirada. Marsden era un cobarde y un manipulador, no la clase de hombre con las agallas de protagonizar un ataque directo ni un secuestro en el desierto. Olivia seguía en peligro.

Al día siguiente, Olivia durmió hasta tarde. Hoy era la gala de *Aida*,

su última obligación con Marchand y el último lugar al que quería asistir después de su mediocre actuación. Mantener la cabeza alta y fingir no oír ninguna de las conversaciones entre susurros acerca de su actuación de la noche anterior sería agotador. Aunque… vería a Thad.

Como se presentara con una cita, lo mataría.

Y se presentaría con una cita. Olivia lo sabía. No era un hombre que fuera a ignorar ningún tipo de rechazo sin pelear.

Ella también necesitaba una cita. Repasó mentalmente los posibles candidatos, pero no soportaba la idea de pasar la noche con alguien que formara parte del mundo de la ópera. Podría preguntárselo a Clint; si lo invitaba, sin embargo, Thad pensaría que intentaba restregarle por la cara que habían roto, cuando lo único que deseaba era lanzarse a sus brazos y repetirle que lo sentía. Thad merecía vengarse. Olivia se tragaría el resentimiento, iría sola y se obligaría a ser muy amable con la mujer que, con toda probabilidad, lo acompañaría a él. Por más que la devastara.

Intentó concentrarse en el lado positivo. Le alegraría volver a ver a Henri. Paisley había conseguido, Dios sabía cómo, su trabajo soñado como asistente personal de una de las estrellas del programa *The Real Housewives*, así que no estaría allí, pero Mariel sí. La ciega ambición de Mariel por vencer a Henri había molestado a Olivia desde el inicio. La campaña de publicidad había sido carísima y, si no daba frutos, la mujer se regodearía ante el fracaso de Henri.

Olivia debía hablar con Dennis. Debía hacerle saber las consecuencias de su diarrea verbal. Pretendía que el asunto quedara entre los dos, porque Rachel acabaría destrozada si se enteraba del papel que había desempeñado su marido en lo ocurrido.

Le mandó un mensaje.

Llámame.

Al cabo de menos de un minuto, sonó su teléfono. Era Rachel.

—¿Ahora te mandas mensajitos secretos con mi marido?

Olivia pensó con rapidez.

—Alguien a quien le queda nada para cumplir años no debería hacer tantas preguntas.

—Faltan dos meses para mi cumpleaños.

—¿Y?

—Vale. —Rachel rio—. Te lo paso.

—Ey, hola —respondió él enseguida—. ¿Qué pasa?

Olivia no quería conversar con Dennis si Rachel estaba a su lado.

—Llámame cuando tu mujer no tenga la parabólica puesta. Tenemos que hablar.

—Quiere hablar conmigo en privado. —Dennis se apartó del teléfono—. Estamos planeando una cosa.

—Como me preparéis una fiesta sorpresa, os mato a los dos. —Olivia oyó las risas de Rachel.

—Un momento. Voy a otra habitación. —Unos instantes después, Dennis regresó a la conversación—. ¿Qué pasa? El cumple de Rachel es dentro de dos meses.

—No se trata de su cumple. —Olivia se armó de valor—. Me temo que tú y yo tenemos un problemilla…

Y se lo soltó. Todo lo que había sucedido y el papel de Dennis. A medida que la historia se desplegaba, él empezó a tartamudear disculpas.

—Dios, Olivia… Dios, lo siento… Cómo odio ser así… Rachel me dice a menudo que soy un bocazas… Jesús, Olivia… Nunca ha sido mi intención… Mierda… Lo siento…

—Basta de disculpas. —Olivia ya había oído suficiente—. Eres un cotilla, y tus chismorreos han amenazado mi relación con Rachel. Sé que las esposas se lo cuentan todo a sus maridos, pero esperan que los maridos mantengan el pico cerrado. ¿Cómo voy a volver a hablar con ella abiertamente si sé que te lo va a contar y que tú se lo dirás al mundo entero?

—Tienes razón. He aprendido la lección. Dios, es horrible. No se lo digas a Rachel. Por favor. Ya le cuesta sobrellevar cuánto me meto en su vida. —Eso era nuevo para Olivia.

—Dennis, te juro que, como se te vuelva a escapar algo que yo le haya contado a Rachel, le diré con todo lujo de detalles lo que ha ocurrido con Christopher Marsden. —Le colgó antes de que le ofreciera más disculpas.

En ese momento, se acercó al piano y empezó a ejercitar la voz. Solo quedaban unas cuantas horas para la gala en que vería a Thad de nuevo.

El enorme recibidor de la Ópera Municipal se había transformado en una copia del Antiguo Egipto. Los invitados entraban por una

reproducción del templo de Dendur, mientras que en las paredes se reproducían imágenes de las antiguas columnas del templo y estatuas de Ramsés II, intercaladas con el logo de Marchand. Una hilera de palmeras artificiales decoradas con numerosas hojas hacía las veces de lámparas parpadeantes que se sumaban a la glamurosa decoración.

La entrada de Olivia causó sensación. Las cabezas se giraron en su dirección y un breve silencio se instaló entre la multitud. La crítica del *Chicago Tribune* de su actuación de la noche anterior todavía no se había publicado en papel, pero en internet las críticas llenaban las páginas web de ópera más importantes, y casi todas ellas coincidían en el calificativo: «Decepcionante». Olivia se obligó a erguirse, por más que deseara estar en cualquier parte menos allí.

Kathryn Swift, la directora del comité de la gala, se apresuró a acercársele.

—¡Olivia! Querida, ¡estás increíble!

Se había puesto un vestido largo hasta el suelo, elegante, blanco y sin mangas, acompañado de un cinturón dorado. Se había dejado el pelo suelto y había tomado prestado del departamento de vestuario una diadema de estilo egipcio que le rodeaba la frente. Sus pendientes dorados en forma de plumas, como las alas de Isis, estaban salpicados de puntitos corales y turquesas.

La mayoría de los hombres vestía esmoquin; solo unos cuantos habían rechazado la etiqueta masculina propuesta para la noche. Uno había confundido una toga griega con una túnica egipcia. Un par lucía sendas chilabas modernas. Por suerte, nadie se había presentado con un taparrabos. Casi todas las mujeres estaban disfrazadas de una forma u otra, muchas vestidas con trajes ornamentados, algunas con collares. Unas cuantas incluso se habían puesto pelucas largas y negras. Kathryn Swift había escogido un vestido plisado con mangas en forma de alas y tela plateada que resaltaba su melena gris de matrona de la sociedad. Agarró las manos de Olivia y examinó sus anillos.

—¿Es un anillo de veneno? Eugene me dio uno de la época victoriana, pero no recuerdo qué hice con él.

—Es un anillo de veneno, pero no es una antigüedad. —Olivia lo había comprado en Etsy, una de sus fuentes preferidas para encontrar joyas para sus disfraces, por treinta dólares. De los cinco

anillos que llevaba, solo tenía algo de valor el zafiro de corte cojín que se autorregaló después de ganar el Concurso Internacional de Canto Belvedere.

Ahora no ganaría ese concurso. A duras penas pasaría la ronda de clasificación.

La mayoría de los invitados habían ocupado su lugar en las mesas, que estaban cubiertas de manteles de lino blanco con el logo de Marchand bordado en oro. Por encima del hombro de Kathryn, Olivia vio el asiento que la esperaba en la mesa central, donde estaba Henri con un hombre más joven y atractivo que dedujo que era Jules, su marido. Mitchell Brooks, el director de la Municipal, y su esposa también se encontraban a la mesa, junto al presidente de la junta directiva de la Municipal y un hombre al que reconoció por las fotos como Lucien Marchand. Y también estaba Thad.

Un hombre apareció al lado de Kathryn. De complexión fuerte, debía de tener unos cuarenta años y llevaba el pelo con un corte Princeton. Olivia supo quién era gracias a una foto familiar que Eugene le había mostrado: era su hijastro.

—Disculpadme que os interrumpa, pero es que Wallis y su marido quieren hablar contigo sobre el baile del hospital —dijo.

—Ya me reuniré con ellos. —Kathryn se lo quitó de encima con impaciencia—. Es Norman Gillis, mi hijo —se lo presentó al cabo de unos segundos, arrepentida—. Le interesa más el baloncesto que la ópera. —Apretó la mano de Olivia—. Supongo que sí que tengo que irme. Pásalo estupendamente, querida.

—Seguro que sí —respondió Olivia, más segura aún de que no. Se excusó y se acercó a la mesa. Había llegado el momento de pasar por ello de una vez.

Las mesas resplandecían con preciosos centros de flores y granadas, además de con cartelitos en forma de pirámide con los nombres de los asistentes a la velada. De los respaldos dorados de las sillas colgaban máscaras de papel: de Tutankamón para los hombres y de Nefertiti para las mujeres. Unas cuantas personas se las habían puesto para echarse una foto. Otras tantas las llevaban en lo alto de la cabeza.

Henri la saludó con un abrazó y después le presentó a Jules y a Lucien Marchand.

—Es mi tío.

—*Enchantée, monsieur*. —Olivia inclinó la cabeza.

El presidente y CEO de Relojes Marchand tenía nariz aguileña, una mata de pelo plateado peinado con esmero y modales refinados.

—*Madame* Shore. Es un placer conocerla por fin.

Mitchell se levantó para saludarla. Olivia sospechaba que el director preferiría sentarse en la mesa contigua con Sergio, Sarah Mabunda y Mariel Marchand, en lugar de al lado de su decepcionante diva.

Como Olivia no podía posponer más lo inevitable, se giró y asintió en dirección a la cita de Thad.

—Teniente Cooke.

—Llámame Brittany, por favor.

Liv y Brittany charlaban como si fueran amigas de toda la vida, algo que a Thad no le hacía ninguna gracia. No había invitado a Brittany para poner celosa a Liv, no exactamente, pero había esperado que verlo con otra mujer le haría saborear lo que se había perdido. Es decir, a él.

Además, sí quería que se pusiera celosa.

Pero La Belle Tornade estaba muy por encima de aquellas insignificantes emociones humanas.

Olivia no llevaba un vestido tan elaborado como algunas de las demás mujeres, pero las eclipsaba a todas como la emperatriz que era. A esas alturas ya debía de saber lo que decían los expertos en ópera de su actuación de la noche anterior, pero al mirarla nadie lo adivinaría. Era una reina de la cabeza a los pies y, con gentileza, permitía que la plebe la rodeara para respirar su aire depurado. Imposible que se diferenciara más de la mujer dulce, generosa y mundana que Thad había estrechado con los brazos días atrás.

En la mesa de al lado, Mariel Marchand tenía pinta de haberse tragado un plato de champiñones en mal estado. Mitchell Brooks se prestó a hacer las presentaciones. Al parecer, Thad desarrollaba cierta predilección por las sopranos, porque Sarah Mabunda le cayó bien al instante.

Regresó a su mesa cuando empezaron los parlamentos. Hubo un montón de agradecimientos, un discurso acerca del programa extraescolar de música que recibiría las ganancias de la velada y más agradecimientos todavía. Mitchell Brooks presentó a Lucien

Marchand como el patrocinador del evento, aunque debería ser Henri quien se llevara el mérito. Pero el tío Lucien, con su acento francés y maneras de diplomático, causó una gran sensación. Llamó a Thad y a Olivia para escoger los tiques ganadores de los grandes premios de la noche: un Victory780 y un Cavatina3. A Thad le alegró no tener que dar un discurso, porque no estaba por la labor.

Mientras volvían a la mesa, agarró a Liv del brazo. Fue un gesto automático, y durante unos segundos habría jurado que ella se recostó contra él.

Aquel momento terminó. Olivia se apartó.

—¡Rupert! Me alegro de verte.

«¿Rupert?».

Le presentó a un hombre bajito, sentado a una mesa lateral.

—Rupert, este es Thad Owens. Thad, Rupert Glass. —Olivia le lanzó una mirada a Thad que él comprendió de inmediato. Rupert parecía uno de los siete enanitos, el que siempre se ponía colorado. ¿Se llamaba Tímido? La coronilla de su cabeza llegaba por los hombros de Olivia. Tenía unos cuantos mechones de pelo por encima y un par más cerca de las orejas, y parecía tan peligroso como una cuchara de plástico.

—Querida —susurró adoptando distintas tonalidades de rojo—. Mis más sinceras disculpas si te he angustiado con mis exiguos regalos.

—Nunca me angustiarías, Rupert. —Olivia le palmoteó la mano—. Pero hay muchísimos cantantes jóvenes que florecerían gracias al tipo de apoyo que me has dado.

—Y Hacienda no los molestará como sí la molestan a ella. —Thad no pudo contenerse.

Olivia enseguida los excusó a ambos.

—No tendrías que haber dicho eso —le siseó mientras lo apartaba de la mesa.

—Son las mosquitas muertas las que acaban siendo asesinos en serie.

Durante unos instantes, intercambiaron una de sus veloces sonrisas, pero entonces Thad recordó que estaba cabreado con ella y se puso serio.

—Lo siento —susurró Olivia—. No quería hacerte daño por nada del mundo.

—No me has hecho daño —le espetó él.

Olivia le apretó el brazo. Nada más. Se lo apretó y ya.

De vuelta a la mesa, Olivia habló con Brittany en inglés y con Lucien en *français*. El director de la Municipal se acercó a la mesa, y hablaron en italiano. Acto seguido, la muy cabrona cambió al alemán cuando apareció un anciano apoyado en un bastón con mango plateado.

La echaba de menos, coño. Nunca había conectado tantísimo con una persona. Con ninguna de sus exnovias. Con ninguno de sus amigos o compañeros de equipo. Con nadie.

Thad se dijo que debía reponerse rápido. Olivia le comentó que se había enamorado de él, pero tampoco es que fuera a casarse con ella. Sería una pesadilla y media, vivir siendo el marido de Olivia Shore. Lo único que quería era que estuvieran juntos un tiempo. Fácil. Sin complicaciones. ¿Por qué Olivia no lo veía así?

A duras penas probó la cena, un filete cubierto con una especie de gambas. Mientras Liv y Brittany charlaban sin parar, él principalmente habló con el marido de Henri, Jules, un tío interesante que era un gran amante del fútbol. Aun así, Thad quería la atención de Liv en exclusiva.

Entre la cena y el postre, la sala se oscureció para proyectar un vídeo del programa escolar de música. Olivia le susurró algo a Brittany sobre el baño de señoras y se alejó.

Thad no se dio cuenta de que la observaba hasta que reparó en la sonrisa empática de Brittany.

—No tendrías que haberla dejado escapar —le susurró la policía.

Thad no le dijo que había ocurrido justo al revés.

Olivia no había querido perderse el vídeo del programa extraescolar de música, pero la borrachera de dos noches atrás le impedía temporalmente beber alcohol y había bebido demasiados vasos de agua. Entró en el baño de señoras y se encontró con Mariel Marchand, que se lavaba las manos. Mariel la saludó con un frío asentimiento a través del espejo.

—Hoy estás muy guapa, Olivia.

Mariel no lo estaba. Aunque lucía un vestido negro y joyas resplandecientes con toda la elegancia de una auténtica francesa, su piel estaba cetrina, y parecía cansada.

—Gracias. Tu vestido es precioso —respondió Olivia, sincera.

—Chanel. —La palabra sonó triste, casi amarga, como si le hubiera dicho cómo se sentía, en lugar del nombre de la lujosa marca de moda—. Supongo que ya habrás oído que la campaña de Henri ha sido un éxito sin precedentes. Cara hasta decir basta, claro, pero las ventas de los productos de Marchand se han duplicado. Un triunfo de Henri.

—No lo sabía.

—¿Henri no te ha dicho nada? —Agarró una toallita de papel—. Siempre ha sido mejor persona que yo.

Olivia se reprimió para no asentir.

—Lucien nos crio a los dos según la tradición Marchand, pero parece ser que Henri ha sido más listo que yo.

—Me alegro de que la campaña esté yendo bien —Olivia esquivó el tema espinoso—, pero supongo que debe de ser un momento duro para ti.

—Soy una mujer ambiciosa, algo que tú entenderás. —Se secó las manos con la toallita como si se las estuviera frotando para desinfectárselas—. La noticia se dará a conocer mañana. Lucien Marchand se retirará en septiembre, y Henri ocupará su lugar como presidente y CEO, mientras yo seguiré en mi papel de directora financiera.

—Ya veo.

—Mi carrera lo significa todo para mí. Tú lo comprendes. Eres como yo. Nuestra carrera es nuestra vida. Las mujeres con maridos y con hijos —pronunció aquellas palabras como si fueran trivialidades— se permiten distraerse de sus metas, pero nosotras no. Nosotras no perdemos de vista lo que queremos.

A Olivia no le gustó que las colocara a ambas en el mismo saco.

—Eres una mujer inteligente, Mariel. Seguro que te adaptas.

—¡No quiero adaptarme! —Formó una pelotita con el papel y lo lanzó a la basura—. ¡Quiero mandar! —La puerta se cerró detrás de sí.

Las personas de éxito debían ser capaces de adaptarse, pensó Olivia. A lo largo de su carrera, había aprendido a ser flexible con nuevos directores, diferentes escenarios y una variedad de profesores. Se le daba bien adaptarse, algo en lo que no había pensado demasiado hasta ese momento.

Terminó en el baño y salió al vacío pasillo. De fondo se oía la

música del vídeo, y las luces parecían más tenues que cuando había entrado en la sala.

Mientras doblaba un recodo del corredor que conducía al gran recibidor, deseó no tener que regresar a la mesa. Ojalá pudiera irse a casa ahora. Ojalá…

Algo tiró de ella hacia atrás. Antes de que pudiera soltar un grito, una mano áspera le tapó la boca.

Capítulo Veinte

Sucedió muy deprisa. Un brazo la arrastró hasta un pasillo desierto que conducía a la zona de mantenimiento del edificio, y de allí a un almacén. Era un hombre alto y fuerte, y la mano con que le tapaba la boca amortiguaba sus gritos. La puerta del almacén se cerró de golpe y los confinó con un aroma a productos químicos y a goma.

El vestido ondeaba alrededor de las piernas de Olivia mientras intentaba patear a su agresor. El hombre la aplastó contra la pared con su cuerpo y le inclinó el cuello hacia atrás en un raro ángulo para seguir cubriéndole la boca.

Le colocó una rodilla en la espalda para que no se moviera. El sonido de su respiración le rozaba a ella los oídos. Se movió para agarrarle los dedos. Tiró de sus anillos. A Olivia le costaba respirar, y oyó que los anillos caían el suelo. El de veneno le iba más justo y no saldría con facilidad. El agresor se dirigió al brazalete egipcio y le arañó la muñeca al quitárselo. Quiso arrancarle también el collar, pero Olivia no llevaba ninguno.

A continuación, sería el turno de los pendientes. Saber que aquel tipo le destrozaría los lóbulos al tirar de las joyas le provocó una oleada de adrenalina que la recorrió de punta a punta. Le dio un codazo con toda la fuerza que pudo reunir. Con un gruñido, el hombre se apartó lo justo para que Olivia se diera la vuelta.

Estaba delante de una cara de Tutankamón.

Se ocultaba detrás de una máscara. La cobardía de su anonimato, la amenaza a sus lóbulos… Era demasiado. Con el brazo que tenía libre, Olivia le arañó la cara. Se le rasgó el vestido al luchar contra él. Peleó con las uñas, con los brazos, las piernas y los pies. Su hombro se chocó con algo y la luz inundó el almacén.

Había accionado el interruptor de los fluorescentes del techo. Olivia tiró de la máscara de papel.

La banda elástica se rompió.

Norman, el hijo de Kathryn, la fulminaba con la mirada.

—No tendrías que haberlo hecho. —La aplastó contra la pared de nuevo. Algo duro se clavó en sus costillas. Podría haber sido un dedo, pero Olivia sabía que no. Era una pistola. Norman le torció un brazo y se lo puso a la espalda. A Olivia le dolían el hombro y la mejilla, apretada contra la pared de cemento del almacén. De reojo, vio cerca de su cara la pistola, negra con una empuñadura corta. Horrible. Espantosa—. Como grites, disparo. —La voz de Norman era un siseo, y su respiración mandaba calor a los oídos de Olivia—. Ahora no tengo nada que perder.

Porque le había visto el rostro.

Norman le pasó un brazo por el cuello y aplicó presión sobre su tráquea. Olivia le agarró el brazo para intentar liberarse. Él le colocó la pistola sobre la sien y la sacó del almacén rumbo al oscuro pasillo. Olivia oyó que en el gran recibidor seguía sonando la música del vídeo. Solo habían pasado unos cuantos minutos desde que la había atacado. Una vida entera.

El brazo de Norman le apretó el cuello aún más. Olivia se resistió mientras la arrastraba para cruzar la puerta de servicio del final del pasillo. Si quería matarla, pensaba complicarle la tarea al máximo.

—¡Camina! —Le dio una fuerte patada en el muslo.

Thad iba a ponerse como una moto. Aquel arbitrario pensamiento le atravesó el cerebro mientras se esforzaba por respirar.

Llegaron a la puerta. Norman golpeó con la cadera la barra que la atrancaba. Nada más salir al exterior, Olivia intentó aspirar una bocanada de aire fresco, que olía a lluvia.

A través del chubasco, vio que la había conducido hacia el muelle de carga de la Municipal, situado al otro lado del edificio, lejos de las ventanas delanteras donde se reunían los asistentes al acto. Lejos de todo excepto de los contenedores, de las furgonetas y de la oscura corriente del río Chicago.

—Aquí hay mucho ladrón. —Norman le puso de nuevo la pistola sobre la sien y siguió apretándole la tráquea con el brazo—. Has salido a tomar el aire. Qué pena que te hayan robado y disparado.

Pensaba matarla. Nadie lo detendría. Olivia agachó la cabeza y le mordió el brazo con furia. Norman dio un tirón y suavizó el

agarre lo suficiente para que ella se liberara.

Y Olivia empezó a correr.

Algo pasó volando cerca de su cabeza. Una bala. El río estaba a pocos metros.

Norman disparó otra vez. Y otra.

Ella se lanzó al río.

Olivia se estaba ausentando demasiado. Mientras se reproducía el vídeo, Thad se levantó de la silla, dejó atrás las mesas y salió al pasillo. No había rastro de nadie. Se dirigió al baño de señoras y entró sin llamar siquiera. Vacío. Miró su reloj. Eran las 2

1:48 h.

Cruzó corriendo un segundo pasillo. Dobló una esquina.

El bolso de Olivia estaba abandonado sobre el suelo de baldosas, más adelante. A Thad se le aceleró el corazón. Al final del pasillo había una puerta de servicio. Corrió hacia allí en pleno estallido de adrenalina.

En cuanto salió, se encontró con una escena lluviosa de una película de terror. Un grandullón con una pistola. El ruido de tres disparos. Y Olivia.

Zambulléndose en el río.

El imbécil oyó el portazo y se giró con el arma apuntando aún hacia las aguas.

Los *quarterbacks* no solían placar, pero Thad sabía hacerlo mejor que nadie. Mientras aquel hijo de puta alzaba la pistola para disparar, Thad avanzó semiagachado impulsándose con fuerza con las piernas y apuntando al pecho del malnacido con el hombro.

El tipo era alto, fuerte y sólido. Thad lo derribó.

La pistola salió volando. «¡Balón suelto!». Tocaba luchar para hacerse con el arma. A veces, hasta los *quarterbacks* debían hacer una melé, no era un terreno desconocido para Thad. Había que agarrar el balón a toda costa; dar en los ojos, en los huevos; desgarrar; asfixiar. En la colisión no había código de caballeros, tan solo violencia cruda y sangrienta. La supervivencia del más fuerte.

Aquel cabrón no se había entrenado en los durísimos campos de la NFL, así que fue Thad quien se apoderó de la pistola.

El muy gilipollas se hizo un ovillo en el suelo, sin aliento, pero Thad no se fiaba de que permaneciera así. Olivia estaba en el río. ¿Ahogándose? ¿Herida? El juego limpio no era una opción, no con

la vida de ella en peligro. ¿Seguía viva? Thad se echó hacia atrás, apuntó hacia la rodilla del tipo y disparó.

El malnacido soltó un grito de agonía. Thad fue hacia el río. Mientras corría, se quitó la chaqueta. Acto seguido, lanzó la pistola al agua, se quitó los zapatos de un par de patadas y se sumergió.

El choque con el agua, todavía helada a principios de mayo, lo golpeó como un tsunami. Thad abrió los ojos, pero ni siquiera se veía la mano, y mucho menos divisaba el brillo de un vestido blanco. Salió a la superficie, cogió aire y se zambulló de nuevo, luchando contra la gélida temperatura y la espantosa posibilidad de que Olivia estuviera muerta.

Una y otra vez, se sumergió y emergió, mientras el frío del agua se le clavaba como si de mil agujas se tratara.

La esfera luminosa de su Victory780 marcaba las 21:52 h. Habían transcurrido cuatro minutos desde que había abandonado el vestíbulo. Por lo menos habían pasado tres minutos desde que la había visto hundirse en el agua. Demasiado tiempo en las profundidades para sobrevivir.

Desesperado, nadó más lejos y volvió a sumergirse. Y emergió.

Cinco minutos.

Seis.

Una de las balas había dado en el blanco. Olivia se había ido. La había perdido.

Thad echó la cabeza hacia atrás y aulló hacia el cielo.

El agua empezó a sacudirse.

Olivia salió disparada hacia la superficie y sus famélicos pulmones recibieron una bocanada de precioso oxígeno. ¿De dónde había surgido aquel aullido primitivo y animal? ¿Norman Gillis seguiría por ahí?

Entumecida por el frío, miró hacia la margen del río, pero no vio nada por culpa del aguacero. Había perdido la sensibilidad en las manos y en los pies, y le castañeteaban los dientes. Aquel aullido… Había resonado bajo el agua como si fuera el grito del mismísimo demonio. Olivia miró a su alrededor, histérica, en busca de la fuente.

Había un hombre en el agua, quizá a unos cuatro metros y pico de ella. No era Norman Gillis.

—¡Thad! —gritó.

—¿Olivia? —Se giró en el agua en pleno frenesí.

Su camisa blanca empapada hacía las veces de un tenue faro en medio de la lluviosa oscuridad. Olivia intentó nadar hacia él, pero sus extremidades estaban tan agarrotadas por una inminente hipotermia que casi no se podía mover.

Thad llegó hasta ella y la abrazó. Mechones de pelo oscuro le cubrían la frente al tomarle la cabeza con las manos, su respiración entrecortada.

—Creía que estabas muerta. Creía…

Los dientes de ella rechinaban con tanta fuerza que no podía hablar. No podía hacer nada más que aferrarse a él. Amarlo a él.

—Liv… Mi Liv… —La sostenía con los brazos y mantenía las cabezas de ambos por encima del agua—. ¿Dónde estabas? No te encontraba. Creía…

La boca de Olivia era incapaz de articular las palabras para informarle de que había estado todo el tiempo bajo el agua, con miedo a salir a la superficie por si le disparaban de nuevo. No le quedaba aliento suficiente para explicarle la asombrosa capacidad pulmonar de una soprano ni para contarle las competiciones que hacían Rachel y ella para ver quién aguantaba más tiempo debajo del agua. La última vez, ganó Rachel, pero solo por unos pocos segundos.

—Liv… —No paraba de repetir su nombre, como si jamás se hartara de pronunciarlo. Incluso en aquella oscuridad Olivia veía su expresión. Dura. Afectada—. No me sueltes. —La rodeó con un brazo y nadó hacia la orilla devolviéndole el poder que el frío le había robado a ella.

Llegaron a la pared de cemento que delimitaba la margen del río, un lugar en que la gente se sentaba a disfrutar del sol cuando hacía buen tiempo. El entumecimiento se había extendido y la había desconectado de su propio cuerpo. Con la fuerza del brazo que tan bien le había servido a lo largo de su carrera, Thad la subió a la pasarela de asfalto y se impulsó hacia arriba.

Se desplomaron juntos, él estrechando el cuerpo tembloroso de ella. Olivia nunca había tenido tanto frío.

—Que no se te ocurra… volver a hacer eso —dijo Thad absurdamente.

Olivia lo abrazó. La diadema que llevaba sobre la frente había

desaparecido, igual que sus zapatos. Oyó a alguien gemir. No era Thad.

Thad se incorporó y se puso de rodillas. Olivia pidió a sus brazos que se activaran y se alzó lo suficiente para ver la descomunal silueta de Norman Gillis, aovillado en la hierba que crecía al final de la pasarela. Yacía allí y gimoteaba como si estuviera saliendo de la inconsciencia. No estaba solo.

—¡Idiota incompetente! —Kathryn Swift se inclinó sobre el cuerpo de su hijo y lo agarró por la ropa—. Eres clavado a tu padre. No haces nada bien.

De alguna manera, Olivia había logrado quedarse de rodillas, pero Thad ya estaba en pie. La camisa empapada y los pantalones oscuros se pegaban a su piel.

—Apártese de él, señora Swift —dijo con una voz acostumbrada a recibir obediencia.

Kathryn lo ignoró y siguió rebuscando entre la ropa de su hijo.

—¡He dicho que se aparte! —le ordenó Thad a gritos.

Kathryn se irguió. En una mano tenía el brazalete egipcio de Olivia; en la otra, una pistola de pequeño tamaño.

—¿En-en serio? —Las palabras, a duras penas audibles, se escaparon por entre los dientes de Olivia, que castañeaban sin parar. ¿Por qué tenía Kathryn una pistola y el brazalete de Olivia?

—Calla, Liv —le murmuró Thad. Era evidente que se acordaba de cómo había perdido los nervios ella con aquel misterioso chófer…, un hombre que, sospechaba Thad, sería Norman Gillis.

Norman se levantó tambaleante, gimiendo de dolor, pero en lugar de quedarse junto a su madre, cojeó hacia el muelle de carga. Kathryn ignoró la deserción de su hijo, como si no fuera más que una molestia, y siguió apuntando a Thad con el arma.

—Fue un regalo de cuando cumplí setenta años. Pedí que incrustaran cristales de Swarovski en la empuñadura.

—Una auténtica pionera —dijo Thad.

Si a Olivia le funcionara la lengua, le habría sugerido que se hiciera unos pendientes con esos cristales. De reojo vio que Norman se tambaleaba hacia un coche que debía de haber aparcado allí horas atrás.

Thad, con la ropa calada y esa brisa helada, debía de tener el mismo frío que ella, pero se alzaba impertérrito.

—Su hijo va a sobrevivir.

—Seguramente —masculló Kathryn con amargura. Detrás de ella, el coche de Norman se alejó del edificio—. Siempre ha sido una decepción para mí.

Thad se desplazó muy ligeramente hacia la izquierda, con la intención de colocarse entre Kathryn y Olivia, pero ella de ninguna de las maneras permitiría que recibiera un disparo en su lugar. Rogó a sus piernas que la sostuvieran y se levantó. Al haber perdido las sandalias, era como caminar sobre bloques de hielo, y debajo del vestido blanco empapado su piel se llenaba de escalofríos.

Había llamado la atención de Kathryn, como había querido.

—Los hombres la cagan —le dijo Kathryn— y luego yo tengo que ocuparme de sus cagadas. Primero Eugene y sus descuidos. Y ahora Norman.

—¿A qué clase de cagadas se refiere, señora Swift? —Thad se había propuesto que la mujer se concentrara en él.

—¡A este brazalete! —Lo agarró con fuerza en una mano y dirigió la pistola hacia Olivia—. Estaba tan *enchochado* de ti que resultaba hasta ridículo.

—¿Qué tiene de especial ese brazalete? —preguntó enseguida Thad.

—¡Basta de preguntas! —Kathryn le hizo a Olivia un gesto cortante con el arma—. Hacia el río, los dos.

—Quédate donde estás, Liv —le ordenó Thad—. Señora Swift, ninguno de los dos se meterá en el río. Y ahora suelte la pistola.

—¿Crees que, porque soy mayor, no sé usarla? —Soltó una áspera carcajada—. La primera vez que papá me llevó de caza aún no había cumplido los seis años.

—Un recuerdo adorable, seguro, pero permítame decirle que agujerear con balas el cuerpo de dos de los ciudadanos más famosos de la ciudad (porque es la única manera en que vamos a meternos en el río) es una pésima idea. La policía será implacable.

—Chicago a veces es una ciudad muy peligrosa.

—La policía no es tonta.

—Nadie sospechará jamás de mí. ¡Moveos!

Olivia le leyó la mente a Thad. Sabía sin lugar a dudas que pretendía abalanzarse sobre Kathryn y recibir él el disparo.

La orilla del río estaba desierta. Dentro de la Municipal, nadie la

oiría si se pusiera a gritar, y estaba sin energías. Percibía que Thad estaba dispuesto a precipitarse hacia delante, y que Kathryn también iba a actuar, puesto que apuntó con la pistola hacia el pecho de Thad, justo hacia su precioso corazón. Si Olivia lograra que Kathryn bajara la guardia durante unos segundos, quizá Thad fuera capaz de desarmarla. Pero no tenía nada con que distraerla. No disponía de fragmentos de una mampara de limusina rota. Ni de un zapato que lanzar. Solo le quedaba su voz.

Era una idea absurda.

Pero era la única que se le ocurría.

Thad tensó los músculos esperando su momento. Haciendo acopio de su fuerza, Olivia reunió todas las moléculas de aire que pudo juntar —abrió el pecho, la garganta, el alma— y profirió el grito de guerra de valquiria de Brunilda en plena noche.

—¡*Hojotoho*!

Un impacto sonoro y devastador. El rugido de la tierra al partirse en dos. El aullido del universo al explotar.

—¡*Hojotoho*!

La nota alta fue estridente y la nota grave se quebró. Olivia era una *mezzo*. No tenía la voz para hacer de Brunilda, pero el grito de guerra de la valquiria funcionó: descolocó a Kathryn Swift, quien giró la cabeza y bajó la pistola lo suficiente durante un instante.

Lo suficiente para que Olivia se abalanzara sobre ella con toda la fuerza que le quedaba.

Thad llegó antes, por supuesto. Agarró el brazo de la anciana y la obligó a soltar el arma.

—¡Quieto todo el mundo!

Brittany se encontraba a unos diez metros de ellos empuñando ya el revólver de servicio.

«¿En esta ciudad todo el mundo va armado o qué?».

Kathryn soltó un grito lastimero, débil comparado con el de guerra de Olivia, y se desplomó.

El muelle de carga de la Ópera Municipal se llenó de luces rojas y de vehículos de emergencia. Los técnicos de emergencias médicas envolvieron a Olivia y a Thad con mantas isotérmicas y comprobaron el pulso de ambos, mientras Brittany informaba por teléfono de la huida de Norman Gillis. El brazalete egipcio se guardó en una bolsa de pruebas.

El escándalo atrajo la atención de una parte de la multitud que salía de la gala. Con paraguas sobre las cabezas, numerosos asistentes se apiñaron en el aparcamiento y vieron cómo se llevaban a Kathryn Swift en un coche patrulla.

Thad miró a Olivia desde su capa isotérmica protectora como si esperara que desapareciera en cualquier momento, pero no dijo nada, y en la mente de Olivia se formó un sorprendente destello de la imagen que tendría Thad de anciano. Atractivo, pero cansado, el rostro surcado por las preocupaciones de toda una vida.

Quería apoyar la cabeza en el hombro de él, pero Thad había alzado una barrera invisible que ella no tenía derecho a cruzar.

Los paramédicos les insistieron en que acudieran al hospital, pero los dos se negaron. Thad observó cómo ayudaban a Olivia a entrar en un coche patrulla que la dejaría en casa. No podía ir con ella. Ahora no podía estar con ella.

Condujo su propio coche hasta casa y se dio la ducha más larga y caliente de su vida. Cuando los restos del río Chicago desaparecieron por el desagüe, deseó que las escenas que se reproducían en su mente también se esfumaran por las cañerías. El momento en que creyó que la había perdido quedaría grabado a fuego para siempre en su memoria… Creer que había perdido para siempre a aquella mujer valiente, inteligente, divertida, ambiciosa e imposible fue el peor momento de su existencia, peor que verse relegado al banquillo, peor que ser un *quarterback* suplente, muchísimo peor que ser consciente de que jamás sería el número uno.

La mañana siguiente, Piper acompañó a Olivia a la comisaría para que prestara declaración ante Brittany. Olivia agradecía contar hoy con la presencia de Piper, pero debería haber sido Thad el que estuviera a su lado, para que prestaran una declaración conjunta.

¿Quién era la culpable de que no fuera así?

Esa noche apenas si había dormido. Le costó conciliar el sueño aun estando calentita y limpia, y con la barriga llena de té medicinal. Menuda ironía. Como cualquier cantante de ópera del mundo, se emparanoiaba con la posibilidad de pillar un catarro. Se protegía de las corrientes, se alejaba del humo de los cigarrillos, dormía con por lo menos un vaporizador encendido y no bebía agua demasiado fría…, y resulta que se sumergía en el agua del río

Chicago a principios de mayo. Tenía suerte de seguir con vida, pero no era eso lo que le impedía dormir. Era la imagen del rostro de Thad cuando salió a la superficie a coger aire.

Olivia y Piper acababan de sentarse en las sillas delante de la mesa de Brittany cuando la teniente les contó que habían detenido a Gillis.

—Lo arrestaron poco antes de medianoche en Sheridan Road.

El aspecto de Brittany sugería que se había pasado el resto de la noche interrogándolo en lugar de durmiendo. Se había cambiado el vestido azul marino y las sandalias con tiras y tacón por los pantalones oscuros, una blusa blanca arrugada y cómodos mocasines. Apoyado en un lateral de su mesa se encontraba el mismo bolso enorme que había usado la noche anterior. A Olivia le extrañó que no hubiera llevado a la gala un bolso más elegante, y ahora sabía por qué. En un bolso elegante de noche no habría cabido su revólver y, como muchos policías, a ella le gustaba tenerlo siempre consigo.

—Háblame del brazalete. —Brittany levantó la mirada de la libreta.

«Háblame de Thad», pensó Olivia. «¿Se encuentra bien? ¿Has charlado con él? ¿Te ha preguntado por mí? ¿Lo quieres?». Pero no dijo nada de aquello.

—Eugene, el marido de Kathryn, adoraba *Aida*, y poco antes de morir me envió el brazalete. Me explicó que uno de sus compradores lo había encontrado en un mercado de suvenires de Luxor. Me acuerdo perfectamente. Creyó que era el adorno de un disfraz y dijo que era indigno de mi talento. —Se frotó las sienes—. Me da que no nos equivocaremos si decimos que no es el adorno de ningún disfraz.

—¿Cuánto hace que conoces a los Swift? —le preguntó Brittany.

—Conocí a Eugene hace casi diez años. Era un miembro fijo de la junta directiva de la Ópera Municipal. Nuestra amistad nunca fue inapropiada, si es lo que quieres saber. Le gustaba recordar a los cantantes de su infancia de los que se acordaba o hablarme de óperas oscuras, como *La jardinera fingida, Medea en Corinto y Ptolomeo*, cosas por el estilo. Me encantaba escuchar sus opiniones. Lo adoraba.

—¿Qué me dices de su mujer? —Piper olvidó que no era ella

quien llevaba la batuta del interrogatorio.

—No llegué a conocer a su primera esposa. En cuanto a Kathryn… Siempre fue cordial conmigo, pero no compartía el entusiasmo de Eugene por la ópera. Él me contó que Kathryn solía escabullirse de las funciones durante el intermedio. Los museos de arte eran su pasión. Eso y mantener su estatus como estrella de la élite de Chicago.

—¿No le gusta la ópera pero forma parte de la junta directiva de la Municipal? —Brittany jugueteó con el bolígrafo—. Qué raro.

—Cuando Eugene murió, ella ocupó su lugar. Era un añadido a su estatus social. También es una buena recaudadora de fondos, así que en la Municipal se alegraron mucho de contar con su presencia.

—¿Y Norman? —se interesó Piper.

—Eugene nunca hablaba de su hijastro. No estaban unidos.

—He investigado un poco la casa de subastas de los Swift. —Piper extrajo su propia libreta—. Es una empresa de lujo que negocia con obras de arte: cuadros, esculturas, joyas… Una versión de

Sotheby's

en pequeño. —Levantó la cabeza de sus notas—. Está especializada en antigüedades.

—Y no todas son legales —les informó Brittany—. Norman estaba parlanchín anoche, por lo menos durante un rato. Me dijo que Eugene Swift gestionaba una empresa paralela que traficaba con objetos ilegales, piezas sacadas de contrabando de sus países de origen y vendidas a riquísimos y discretos coleccionistas privados en Asia, el Oriente Medio, Rusia y algunos en los Estados Unidos.

—¡Jamás! —exclamó Olivia—. Eugene nunca habría hecho nada parecido. Si la casa de subastas tiene algo que ver con el comercio de antigüedades ilegales, es Kathryn quien debe de estar detrás.

—Según Norman, no.

—Es una víbora. Sigue husmeando y verás que, si han llevado a cabo algo ilegal, sucedió después de que Kathryn empezara a dirigir la empresa.

—Decenas de museos cuentan con piezas de antiguas joyas egipcias en sus colecciones —intervino Piper—. Eso es lo que no entiendo. ¿Qué hace que este brazalete sea tan valioso como para matar por él?

—Norman se cerró en banda antes de que llegáramos a esa cuestión, y por ahora la señora Swift no colabora. —Brittany sacudió la cabeza.

—Esperemos que cambie de actitud. —Piper cerró la libreta.

Thad salió a correr ocho kilómetros después de prestar declaración con Brittany, pero el ejercicio no había disminuido la pena que sentía. Necesitaba a alguien con quien pagar su mal humor, así que llamó a Clint, pero cuando este llegó, Thad era incapaz de reunir la energía para ver vídeos con él, ni siquiera para decirle que era un idiota, así que lo echó de casa.

Mientras se dirigía hacia la puerta, Clint le clavó una mirada del líder en que ya se había convertido.

—Más vale que te recompongas de una puta vez, viejales, porque ahora mismo no sirves para nada.

Thad masculló algo entre dientes y cerró la puerta.

Se pasó las siguientes horas en internet, aprendiendo todo lo que pudo acerca de las antiguas joyas egipcias. En todo momento pensaba en lo ocurrido en Las Vegas. Olivia había llevado el brazalete la noche que Gillis los secuestró, como lo había llevado durante todo el tiempo que pasaron en Las Vegas, pero al principio Gillis había ido a por la cartera y el reloj de Thad. Había sido una farsa, claro, una manera de vender el asunto como un robo y evitar que alguien sospechara que Gillis solo había ido en busca de la pulsera.

La noche anterior, cuando la policía la interrogó, Olivia dijo que Gillis le había quitado los anillos antes de apoderarse de su brazalete. Una nueva farsa. Era evidente que Kathryn quería que nadie relacionara la pulsera con su casa de subastas, pero cuando Olivia le vio la cara a Norman, esa posibilidad se esfumó.

Hacia media tarde, Thad era incapaz de seguir soportando el nudo que tenía en el estómago. Debía hacer una última cosa.

Capítulo Veintiuno

Olivia le pasó un pañuelo a Rachel.

—¿Has terminado ya de llorar?

—Nunca voy a terminar. —Rachel se sonó la nariz—. Dennis y yo somos los responsables de toda la mierda que te ha ocurrido.

—No tuvisteis nada que ver con Norman Gillis y su intento de homicidio.

—Todos los problemas con tu voz. —Rachel no la escuchaba—. Me odio. Y tú también deberías odiarme.

—Es que te odio.

—No, no me odias, pero deberías. —Se sonó la rojísima nariz de nuevo—. Cada vez que pienso en la pobre Lena y en ese canario muerto… En lo que te hizo su marido… —Se estremeció—. Lo siento. En la vida he sentido nada tanto como ahora.

—Creo que ya lo has comentado —dijo Olivia—. Unas doce veces. Perdonarte está haciéndose aburrido.

Era primera hora del lunes por la tarde. Rachel se había presentado frente a su puerta dos horas antes después de conducir desde Indianápolis, donde actuaba en *Hansel y Gretel*. Y dos horas llevaba llorando y pidiendo disculpas.

—Te quiero —dijo Rachel—. Eres la mejor amiga que se puede tener, y he puesto en peligro nuestra confianza. —Empezó a sollozar de nuevo.

Olivia le dio otro pañuelo y se levantó del sofá.

—Voy a preparar algo para comer, y tú vas a dejar de llorar para comer.

—Vale… —Rachel se sorbió los mocos. Y se sonó la nariz—. Deja que te ayude.

—Primero lávate las manos. —Olivia arqueó una ceja y miró hacia los pañuelos arrugados del regazo de su amiga.

Ese comentario mereció una débil sonrisa. Rachel se dirigió al

cuarto de baño y Olivia fue a la cocina. Aquella mañana le habían traído la compra, aunque no sabía por qué, pues se sentía demasiado triste para comer.

Pensar en Thad la transportaba a una espiral dolorosa y estéril, así que decidió pensar en Eugene en su lugar. Había hablado con Brittany a primera hora de la mañana. Kathryn seguía sin colaborar, pero los detalles que Norman había proporcionado acerca de la casa de subastas de los Swift se tornaban certeros. En paralelo a los negocios legítimos, la empresa había traficado con objetos de contrabando, unos pocos cada vez, pero todos altamente rentables.

Los investigadores aún no disponían de una línea del tiempo, pero como había vaticinado Olivia, daba la sensación de que las actividades ilegales habían empezado tras la muerte de Eugene, cuando la dirección de la empresa estaba ya en manos de su mujer y el hijo de esta. Norman solo se había cerrado en banda para protegerse cuando le preguntaron acerca del brazalete de Olivia. Traficar de contrabando era una cosa. Intentar asesinar a alguien, otra muy distinta.

Olivia se recordó a sí misma que ahora estaba a salvo. Norman y Kathryn estaban en la cárcel, sin posibilidad de salir bajo fianza. Marsden se enfrentaba a cargos federales e interestatales por hostigamiento y acoso. Nadie la amenazaba ahora.

Pero había perdido a Thad, y ¿qué ocurriría cuando al día siguiente por la noche subiera al escenario? Su cuerpo había sobrevivido a la helada zambullida. No estornudaba, no le dolía la garganta. Pero su corazón no estaba ni por asomo en forma.

Quería ver a Thad. Hablar con él. Saber cómo se encontraba. Comprender por qué ya no podían estar juntos. Por qué su relación no podía avanzar día a día. Por qué no podían dejar de preocuparse por el futuro.

Que es justo lo que él le había pedido, y ella lo había rechazado. Era Olivia la que había puesto fin a su relación, porque su trabajo siempre iba primero. Incluso antes que el amor.

Abrió la nevera. Nada le apetecía salvo la tarrina de sorbete de frambuesa del congelador. Mientras colocaba el helado en un cuenco, Rachel reapareció y se sentó en uno de los taburetes de la cocina. Olivia se quedó al otro lado de la isla con el cuenco y una cuchara en las manos. Rachel contempló el sorbete.

—¿Tienes sirope de chocolate?

—No. ¿Te sirve el kétchup?

—Da igual. —Rachel metió la punta de la cuchara en el cuenco sin probar bocado—. Creo que Dennis y yo necesitamos separarnos un tiempo.

—¡No te vas a separar de Dennis por esto! —Olivia levantó la cabeza como un resorte—. No te lo tendría que haber contado.

—No es solo por esto. —Clavó la cuchara más hondo—. Mi vida ya no es mi vida. —Rachel la observó con ojos apagados—. ¡Me está ahogando!

—Rach… —Olivia dejó el cuenco, sin haber tocado el sorbete.

—Odio sentirme así. Todo lo hace por mí. Nunca tengo que pagar ni una factura ni reservar un billete de avión. Él organiza las comidas, mantiene limpia la casa. Compra los regalos de cumpleaños de mis familiares. Llama a mi padre cada semana. No tengo que hacer nada. Él se encarga de todo. —Sus ojos empezaron a humedecerse otra vez, aunque esta vez sin que profiriera ruidosos sollozos—. Me da la impresión de que es su carrera, no la mía.

—Rachel, tienes que hablar con él.

—Lo he intentado, pero le duele mucho. Quiere saber qué puede hacer para que me sienta mejor, ¡y yo quiero gritarle que empiece a vivir su vida y deje de vivir la mía!

Una ola de vértigo hizo que Olivia se agarrara al borde de la encimera. Su mundo se había vuelto patas arriba. Un hombre como Dennis tenía todo lo que Olivia había soñado en una pareja, todo lo que creía que la haría feliz. Pero Rachel no era feliz. Olivia estudió el rostro lloroso y los ojos rojos de su amiga.

—Nunca pensé… Siempre creí… Os queréis muchísimo.

—¡Necesito espacio! —Rachel se metió una cucharada de sorbete en la boca, seguida de otra, y luego apartó el cuenco—. No te cases nunca, Olivia. Mira lo que le ha pasado a Lena.

—Dennis no es Christopher Marsden. Son como el agua y el aceite. Marsden amenazaba y acosaba. Dennis es un buen hombre.

—Pero quizá no sea bueno para mí. No te cases con un hombre que no tenga vida, a no ser que quieras que se adueñe de la tuya.

—Nunca me habías dicho nada de esto. —Olivia se desplomó en un taburete—. Dennis y tú sois lo que yo siempre he querido para mí.

—Lo sé, y decírtelo hace que me sienta como una asquerosa quejica y desagradecida. —Agarró la cuchara y apuntó hacia la cara de Olivia—. Mañana por la noche lo vas a petar como Amneris. ¿Me has oído? Te vas a adueñar del escenario. No vas a dejar que nadie (ni Marsden, ni Dennis ni yo) te robe la voz ni un segundo más. Vas a cantar como no has cantado jamás o voy a dejar de dirigirte la palabra.

Rachel no estaba precisamente en posición de lanzar amenazas, pero Olivia la entendió y le dedicó una tímida sonrisa.

—Nada me gustaría más, pero…

—¡Pues hazlo! Ni se te ocurra dejar que ganen los gilipollas.

Rachel regresó a Indianápolis y Olivia alternó entre asimilar el bombazo sobre el matrimonio de su amiga y Dennis, agonizar por la actuación del día siguiente y obsesionarse con Thad. Cuando llegó el momento en que era incapaz de seguir soportando el alboroto de su cabeza, se sentó delante del ordenador, algo que últimamente había hecho muy a menudo cuando debería estar durmiendo.

Era evidente que el brazalete no era el adorno que Eugene creía ni la falsificación que los joyeros de Las Vegas aseguraron. Aunque era verdad que en una casa de subastas a veces aparecían objetos robados. Lo único que los propietarios debían hacer era declarar que lo desconocían e intentar devolvérselo a sus dueños. ¿Por qué no lo había hecho Kathryn? ¿Qué tenía de especial su pulsera?

Aunque no era una experta egiptóloga, había estudiado historia egipcia igual que había estudiado el trasfondo histórico de todos los personajes a los que interpretaba. Ya había buscado en Google «joyas egipcias», «joyas egipcias antiguas», «joyas del Reino Antiguo», «joyas del Imperio Medio» y «joyas del Imperio Nuevo». Había mirado en Pinterest y visitado enlaces del *Libro de los muertos egipcio*, pero no encontró nada.

En el antiguo Egipto, tanto los hombres como las mujeres llevaban joyas, y antes de que llegara Rachel, había empezado a buscar faraones. Ahora cambió de tercio y se concentró en las esposas de los faraones, en busca de imágenes de cualquier objeto que tal vez se relacionara con las reinas más obvias: Hatshepsut, Nefertari o Nefertiti. No encontró nada. Cleopatra era más griega que egipcia, pero también la buscó, y no encontró nada.

Y entonces… Olivia se quedó sin aliento.

—Madre de Dios…

Brittany no trabajaba aquella tarde, pero quería oír lo que había descubierto Olivia, así que, en lugar de acercarse a la comisaría, quedaron en una cafetería con paredes de ladrillo, un montón de madera oscura y butacas tapizadas de color verde y terciopelo dorado.

—¿Tu brazalete fue saqueado? —dijo Brittany tras haber pedido las bebidas y haberse sentado en un rincón tranquilo.

—Sí —asintió Olivia—. Fue saqueado el 28 de enero de 2011.

—¿Cómo es que sabes la fecha exacta? —Brittany la miró con curiosidad.

—Porque es el día que los saqueadores entraron en el Museo Egipcio de El Cairo durante la revuelta contra el régimen de Mubarak, la llamada Primavera Árabe. Entre otros objetos, se llevaron una estatua dorada de madera de Tutankamón, un par de sarcófagos de madera y el brazalete de la reina Hetepheres. —Olivia se detuvo—. Los sarcófagos y la estatua fueron localizados y devueltos al museo.

—Pero el brazalete no.

—El brazalete no. —Le pasó su móvil a Brittany—. Esta foto es del archivo del museo.

—Es tu pulsera. —Brittany estudió la imagen—. O eso o es una copia exacta.

—Teniendo en cuenta lo que ha pasado, creo que no nos equivocamos si decimos que es el auténtico. He llevado el brazalete de la reina Hetepheres.

—Dijiste que el señor Swift te regaló el brazalete hace un año, justo antes de morir. ¿Por qué iban a esperar tanto Kathryn y su hijo para recuperarlo?

—Es probable que se enteraran hace poco de que lo tenía yo. —Olivia se apoyó en los raídos cojines de la butaca—. Una de las piedras se desprendió al poco de que me lo diera. Guardé el brazalete en un cajón y me olvidé de él hasta antes de la gira, cuando empaquetaba mis joyas. Pegué la piedra con pegamento y añadí el brazalete a la pila. —Frunció el ceño—. Me da miedo contarles a los del Museo Egipcio lo del pegamento.

—Supongo que te perdonarán.

—Cuando habían pasado dos días del comienzo de la gira

—Olivia se inclinó hacia delante—, apareció en el periódico una fotografía en la que salía yo con la joya. Fue la primera vez que me fotografiaban con el brazalete. Poco después, empezaron los problemas; por lo tanto, Kathryn debió de ver la imagen. —Olivia recordó la extrema puntualidad con que llegó el conductor de la limusina en el hotel de Las Vegas. A consecuencia de la posición de Kathryn en la junta directiva de la Municipal, tenía fácil acceso a todos los detalles de la agenda de la gira de Relojes Marchand.

—Por fin había descubierto dónde estaba el brazalete —dijo Brittany— y temía que la gente fuera a reconocerlo.

—Y si eso sucedía, sería fácil rastrear su origen desde mí hasta Eugene Swift, y de él a su empresa.

—Establecer un vínculo directo entre un objeto egipcio robado y la casa de subastas de los Swift habría supuesto una ruina para ellos.

—No necesariamente. No es fácil rastrear el origen, la cadena de custodia, de objetos antiguos. Si uno que resulta que ha sido robado o saqueado figura en un catálogo, la casa de subastas admite el error, intenta enmendarlo y aquí paz y después gloria.

—¿Por qué no lo hicieron los Swift?

—Porque mi brazalete lo robaron de un museo que publicó una lista con grandes detalles acerca de todos los objetos que habían saqueado.

—Es decir, que la casa de subastas de los Swift no podía argüir ignorancia.

—Exacto. Todos los comerciantes del país conocían los contenidos de esa lista, y si Kathryn no recuperaba el brazalete, sus operaciones ilegales saldrían a la luz. —Olivia se pasó un pulgar por la muñeca—. A Eugene le encantaba *Aida*. Me pareció adecuado llevar el brazalete durante la noche del estreno. Solo imagino el terror que debió de sentir Kathryn al verlo.

—Debió de sentir aún más terror al verte asistir a la gala con él.

—Creo que se lo esperaba. Me encontré con ella tres semanas antes, cuando estábamos en Manhattan, y me pidió de una manera muy específica que fuera disfrazada a la gala. No sabía con seguridad si me pondría el brazalete, pero sería un accesorio lógico que escoger, y supongo que lo interpretó como el plan B para recuperarlo si su hijo era incapaz de hacerse antes con él. Me da

que no se fiaba demasiado de Norman.

—Al final resultó ser bastante torpe, sí.

—Por suerte para mí. —«Y para Thad».

Brittany tomó unas últimas notas y prometió mantener informada a Olivia en cuanto se enterara de más cosas. Después de que se marchara, Olivia pidió otro té de hierbas y llamó a Piper.

—Has estado impresionante —dijo Piper al oír la historia de Olivia—. Te contrataría ahora mismo si no tuvieras esa otra carrera tan chorra.

Olivia sonrió, y entonces vaciló.

—Thad debería saber todo esto. ¿Te importaría contárselo?

—¿Por qué no se lo cuentas tú?

—Es que… —Piper jamás descubriría hasta qué punto era precisamente lo que deseaba hacer Olivia—. Sería mejor que se lo contaras tú.

Hubo una larga pausa al otro lado del teléfono.

—Vale.

—¿Qué tal está? —Olivia no pudo resistirse a preguntarlo.

—No demasiado bien —respondió Piper sin rodeos.

—¿Se ha puesto malo? Estuvo mucho rato en el agua, y el río Chicago no está lo que se dice limpio. No tendría que haber saltado… Él… ¿Cómo se encuentra?

—No está malo. Está callado. Nunca lo he visto tan callado. Hace un rato, Coop ha ido a verlo. Me ha dicho que tenía unas pintas horribles. Además, llevaba una especie de pantalones cortos de ciclista, camisa de vestir y elegantes zapatos negros. Coincidirás conmigo en que no es normal. Coop ha estado a punto de arrastrarlo hasta urgencias.

—¿Le…? —Olivia agarró el teléfono con más fuerza—. Podrías… No sé. ¿Invitarlo a cenar o algo?

—Para que se recupere habrá que hacer algo más que invitarlo a cenar. —Olivia oyó de fondo ruido de papeles—. Olivia, me caes bien, pero Thad ha sido mi amigo durante años, y le debo lealtad primero a él. Le has hecho mucho daño.

No tanto como se había hecho a sí misma.

Olivia volvió a casa a pie desde la cafetería con la cabeza gacha y los ojos clavados en la acera, deseando ser invisible.

La mañana siguiente, calentó la voz en la humedad de la ducha.

Puso a prueba su rango grave, el alto, sin esforzarse demasiado, tan solo explorando. A diferencia de su corazón, sus pulmones y su diafragma parecían fuertes y dispuestos. Buscó la constricción que le había robado el aliento. Encontró tristeza, desesperación, pero nada de la tensión que le había aplastado la voz.

Llegó temprano al teatro, incapaz de sacudirse el presentimiento de que en cualquier momento le arrebatarían los avances que había hecho. Fue hacia el piano y evaluó su voz. Seguía firme. Quizá…

Terminó de peinarse y de maquillarse. Para cuando hubo acabado y se dirigía hacia su camerino, tomó una decisión. Esa noche, haría la actuación que tendría que haber hecho en la noche del estreno. Esa noche, reclamaría el trono que se había ganado.

Y entonces dobló una esquina.

A diferencia de lo que sugería la descripción de Piper, Thad era la personificación de la elegancia: americana, camisa, pantalones y zapatos conjuntados.

No estaba solo.

Sarah Mabunda, resplandeciente en su vestido blanco de Aida, estaba a su lado. O, mejor dicho, delante de él. O, mejor dicho, entre él y la pared.

Los dos se giraron para mirar a Olivia, con sendas sonrisas petulantes y desdeñosas. Enseguida volvieron a concentrarse en sí mismos. Sarah rodeó el cuello de Thad con los brazos. Thad rodeó la cintura de Sarah con los suyos. Y empezaron a besarse.

No era un beso casto en la mejilla. Era un beso apasionado, entregado, de los que involucran labios y lengua. Sarah Mabunda y Thaddeus Walker Bowman Owens.

Hacían una pareja estupenda.

Demasiado estupenda.

De todos los…

La orquesta concluyó la obertura musical. Radamès y Ramfis cantaron sobre la agresión de Etiopía, su rival. Ramfis abandonó la escena y dejó a Radamès a solas, soñando con la victoria y su amada Aida. Su amada «Celeste Aida».

Olivia esperaba entre bambalinas, con el corazón acelerado, a la espera de que le tocara salir. A diferencia de Amneris, ella sabía perfectamente a quién quería Radamès.

Radamès alcanzó la nota B que ponía fin a su aria y Olivia

apareció en el escenario, una princesa real acostumbrada a conseguir cuanto deseaba. Cantó sobre su amor, su pasión, para su apuesto guerrero. Cantó desde las profundidades de su corazón.

Pero él solo quería hablar de la guerra.

Olivia dio un fuerte pisotón sobre el escenario. «¡Amneris dio un fuerte pisotón!». Nunca lo había hecho en ese momento en particular, pero acababa de hacerlo. Estaba entregándole el corazón y él solo quería hablar de conducir a los suyos hasta la victoria.

Enroscó los dedos de los pies en las sandalias. Había algo en la expresión de él, en la forma en que se comportaba, en la manera en que no la miraba. Le pasaba algo.

Una idea espantosa reptó por su interior. ¿Y si quería a otra?

Él esquivó su pregunta.

Su amada Aida apareció. Sí, su esclava, pero también su mejor amiga. Su hermana de corazón. Entonces, ¿por qué diablos Radamès miraba a Aida de esa manera?

Y ¿por qué estaba Sarah a punto de llorar? A Thad le encantaban las mujeres atractivas y talentosas. Le habría bastado echarle un vistazo a Sarah para que desaparecieran todas las mujeres que había conocido hasta la fecha.

Fue como si Aida le hubiera clavado un puñal a Amneris en las costillas.

En el escenario ocurría algo. Thad lo percibía. Lo vio en el modo en que los espectadores se irguieron en sus asientos. En el modo en que se inclinaron hacia delante. Una mujer se cubrió la boca con una mano. Otra se agarró al respaldo que tenía justo delante. Un hombre de la fila siguiente ladeó la cabeza hacia el techo, como si fuera incapaz de soportar lo que se avecinaba.

Olivia se erigía imponente por encima de todos. Temible. Atormentada. Despiadada. Ella tenía todo el poder, mientras que su esclava no tenía ninguno, de ahí que sus manipulaciones fueran más imperdonables aún. Thad quería decirle que no echara mano de todo el poder con que había nacido. No para traicionar a su amiga. Las amigas debían permanecer unidas. Aquel tipo no merecía a ninguna de las dos. Thad comprendía a las mil maravillas el significado de los celos extremos. Todo el mundo a su alrededor lo comprendía. Pero ella estaba demasiado atrapada para ver cómo evolucionaría la cosa.

Thad sí que lo veía.

Se le erizó el vello de la nuca.

Traición y venganza. Olivia estaba furiosa. ¡A la mierda las consecuencias! A nadie en Egipto le importaban las consecuencias, pues a Amneris tampoco.

Hirvió. Rabió. Imploró y suplicó. ¡Radamès iba a casarse con ella, iba a quererla solo a ella!

¡Por fin! La victoria de Egipto sobre Etiopía y el desfile victorioso de Radamès. Le habían concedido la mano de la princesa del país por sus servicios. La mano de Amneris. No la de su amada.

Pero Radamès no estaba conforme. Y Olivia no estaba conforme con que él no lo estuviera.

Radamès cometió su fatídico error. Traición.

El imbécil cabezón y terco solo quiere lo que quiere.

Pues que así sea.

La escena del juicio… La célebre escena del juicio. El colosal *tour de force* de La Belle Tornade. Le suplica a Radamès que se defienda. No quiere. Ella lo engatusa. Lo amenaza.

«Deja a Aida, amado mío, y cásate conmigo. En contrapartida, ¡no morirás! Y hazme caso: nadie en este reino te hará una mejor oferta. Cásate conmigo y juntos gobernaremos África, los canales deportivos y la NFL. Lo único que tienes que hacer es renunciar a ella, ¡y yo te salvaré!».

Pero él preferiría morir.

Han cambiado las tornas. El amor de Amneris se convierte en destrucción. Iba a vengarse y, entre las llamas de su odio, ve cómo lo condenan a morir.

«¡Esperad! ¡Un momento! Lo retiro». Se pone a chillar. Sus gritos sacuden el escenario, eclipsan al público, resuenan por la avenida Michigan y cruzan el lago hacia la eternidad.

«Demasiado tarde, bonita. Está condenado».

«¡No! ¡No podéis hacer eso! ¡No merece morir!». Maldice a su padre, maldice a los sacerdotes. Ella es la culpable, y maldice sus propios celos mientras observa cómo conducen vivo a su amado hasta la cripta donde lo sepultarán para siempre.

Con su amor.

Aunque ella no lo sabe.

Amneris se desploma sobre la tumba de él y suplica paz. Pero es

demasiado tarde. Sin Radamès, jamás tendrá paz.

Baja el telón.

«¡*Brava! ¡Brava! ¡Brava*!».

Fue un éxito rotundo.

Más tarde, los críticos escribirían:

> El talento brillante de la legendaria voz de Shore pasó sin esfuerzo de susurros tiernos y suaves a estridentes gritos de cólera abrasadora.
>
> Shore estuvo impecable y clavó las altas y asombrosas notas C que solo un puñado de *mezzos* ha tenido la suficiente valentía de intentar alcanzar.
>
> «*A lui vivo, la tomba*!» fue de una perfección cristalina.
>
> Shore interpretó el papel de Amneris como pocas han hecho. Dentro de muchas décadas, un viejo le dirá a un joven amante de la ópera: «Ay, ojalá hubieras podido escuchar a la gran Olivia Shore haciendo de Amneris».

La Belle Tornade estaba en mejor forma que nunca. Había hecho lo que daba sentido a su vida.

Y no bastaba.

Capítulo Veintidós

Olivia saludó por inercia a sus admiradores entre bambalinas, sin perder la esperanza de que apareciera Thad. Había hecho la actuación de su vida y deseaba compartirlo con él.

Le llegaron flores y más seguidores se presentaron en su camerino. Mitchell Brooks tenía lágrimas en los ojos. Sergio la abrazó con tanta fuerza que casi le rompió un par de costillas. No fue hasta que el último admirador se marchó y se hubo quitado el maquillaje cuando aceptó el hecho de que Thad no aparecería entre bastidores para verla.

Sarah hizo acto de presencia, vestida con ropa de calle y con el rostro limpio. Había evitado a Olivia cuando bajó el telón, y ahora la observaba con tiento.

—No te enfades conmigo. Fue idea suya.

—Ya lo sé. Su nueva versión de hacerme cantar con una pierna levantada.

—¿Qué?

—Da igual. —Olivia no vio motivo alguno para profundizar en la teoría de Thad sobre los atletas de élite que se ahogan bajo presión por culpa de diversos bloqueos mentales. Aquel beso le había dado a ella algo nuevo en que concentrarse, en lugar de esperar a que le fallara la voz. Estaba bastante convencida de que habría podido hacer una actuación potente sin las jugarretas de esos dos, pero no podía negar que verlos morreándose había sido la imagen perfecta que plantar en su cerebro y llevarse al escenario.

—Espero que hayas disfrutado de cada segundo. —Sonrió a Sarah.

—¿No estás molesta?

Se colocó la sudadera morada que había traído al teatro.

—Os conozco lo suficiente a los dos para que me la colarais, pero sí que me pareció más largo de lo necesario.

—Es que besa superbien. —La sonrisa de Sarah era travesura pura.

—Y seguro que tú también. No lo vuelvas a intentar.

—Esta noche lo has petado. —Sarah se apoyó en la jamba de la puerta.

—No soy la única. —Sarah había entregado el corazón sobre el escenario. La química entre ambas jamás había sido tan eléctrica.

—No ha venido a saludarte, ¿verdad? —Sarah se pasó una mano por el pelo—. Es probable que tenga miedo de que lo mates.

—Lo dudo. —Thad seguramente sabría que ella había descubierto su estrategia, y no era el miedo a un castigo lo que lo mantenía lejos.

—Eres una persona muy rara, Olivia —dijo Sarah—. Cualquier otra mujer me estaría arrancando los ojos ahora mismo.

—Es que sé quiénes son mis amigos. —Olivia sonrió.

—He llamado a las hermanas de Adam y se lo he contado todo. —Sarah metió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Supongo que no habrá sido una conversación fácil.

—Debían saber la verdad. Quizá ahora puedan empezar a vivir sus propias vidas.

—Eres muy buena tía, Sarah Mabunda. —Olivia la abrazó.

—Lo mismo digo, Olivia Shore.

Después de que Sarah se marchara, Olivia recogió sus cosas. Thad estaba cabreado con ella, y aun así se había molestado en urdir aquel plan. Olivia dudó antes de mandarle un mensaje.

O: N ha colado ni 1 poquito.

T: Ya m lo suponía, pero había q intentarlo. Y Sarah está buena.

O: Q novedad. Y gracias.

T: D nada.

O: Voy para casa. ¿Nos vemos allí?

T: No.

Mientras salía del teatro, Olivia esperó a ver si recibía más mensajes de él, pero no le llegó ninguno. Cuando volvió a su piso, lo intentó de nuevo.

O: ¿Estás durmiendo?

T: Estaba.

O: ¿Podemos hablar?

T: No. Y voy a apagar el móvil.

Aquella noche durmió fatal. Cuando se despertó la mañana siguiente, no se molestó en leer las críticas. Sabía con toda seguridad lo bien que habían estado Sarah y ella. No le importaba la opinión de los demás. Tenía que ver a Thad.

O: Necesito hablar contigo.

T: No m apetece.

O: No t voy a suplicar.

T: No hace falta. Te voy a bloquear.

¿Iba a bloquearla?

«¡No!».

Olivia se vistió —toda de negro para que él supiera que iba en serio— y se dirigió al piso de Thad. Una vez allí, se topó con un nuevo intento del *quarterback* por ignorarla.

El portero le recordó a una versión del actor Ralph Fiennes en arrogante.

—No está, señorita Shore.

—¿Ha dicho adónde iba?

—No. —El portero la observaba desde el otro lado de la curva de su mesa.

—¿No sabe cuándo regresará?

—No.

—¿Cuándo se ha ido?

—No se nos permite dar información de nuestros inquilinos. —El hombre se miró el reloj como si llegara tarde a una cita.

—Lo entiendo. Pero el señor Owens y yo somos amigos. Seguro que no le importaría.

—Lo siento. Son las normas.

No parecía sentirlo demasiado. Parecía estar contento: era un hombrecillo que blandía su esquirla de poder sobre una persona a la que consideraba más privilegiada que él. Olivia lo odió.

Le lanzó su mirada más fulminante y salió del vestíbulo. En cuanto estuvo en la calle, sacó el móvil.

O: ¿Dónde estás? Llámame.

Esperó. Los coches pasaban sin cesar. Esperó un poco más, pero era evidente que la estaba ignorando. Paró a un taxi y llamó a Piper desde el asiento trasero.

—Estoy buscando a Thad. ¿Sabes dónde está?

—No.

—¿Has hablado con él?

—No.

—¿Te importaría preguntárselo a tu marido?

—Un segundo. —Olivia percibió que Piper se alejaba del teléfono—. Coop, ¿has hablado con Thad?

—Sí, ¿por? —Olivia lo oyó a lo lejos.

—Olivia intenta encontrarlo —dijo su mujer—. ¿Sabes dónde está?

—No.

—Lo siento. —Piper había vuelto al teléfono—. Quizá Clint lo sepa.

—¿Me podrías dar su dirección? La he perdido. —Olivia no la había tenido nunca.

Resultó que Clint vivía en las afueras de Chicago, en lugar de en la ciudad como cualquier otro veinteañero.

Olivia le mandó un mensaje.

O: ¿Te importa si voy?

C: No es el mejor momento.

O: Iré de todos modos.

El taxi la dejó en su piso, donde Olivia cogió su coche y se dirigió hacia el oeste, hacia el rico condado DuPage, en la villa de Burr Ridge.

La gigantesca casa de Clint, a lo castillo francés, estaba preparada para albergar a la rencarnación de Luis XVI. La casa contaba con tejados de pizarra abruptos e inclinados, cinco chimeneas altas, numerosos balcones en la segunda planta con barandillas de hierro forjado muy elaboradas y, en la cima, una torre. Lo único que faltaba era María Antonieta dando brincos entre los rosales del jardín. Era obvio que Clint tenía más dinero del que sabía gestionar y gastar.

Antes de salir del coche, Olivia intentó hablar con Thad de nuevo.

O: Deja de jugar conmigo y llámame.

Esperó.

Un Alfa Romeo de color azul oscuro giró desde el lateral de la casa y aceleró hacia la calle. Olivia entrevió no a una sino a dos jóvenes despampanantes.

El muy pervertido le abrió la puerta despeinado.

—¿En serio? —Olivia lo empujó para entrar en el recibidor de mármol—. ¿Con dos?

—No sé a qué te refieres. —Clint se pasó una mano por el pelo alborotado.

—¿Está Thad aquí? —Una desagradable idea se le pasó por la cabeza.

—¿Crees que te lo diría si estuviera aquí?

Es decir, que no. Menudo alivio.

—Necesito hablar con él.

Clint bostezó y se estiró. Al hacer ese gesto, por la manga de la holgada camiseta blanca que llevaba quedó a la vista su peluda axila.

—No es mi problema.

—¡No te las des de listo conmigo, jovencito!

—Ven, anda. —El comentario de Olivia lo había animado—. Necesito café.

—Y una prueba de ETS —murmuró ella.

—Te he oído. Las apariencias a veces engañan.

Olivia dejó que se adelantara con el gruñido reprobatorio de una viuda septuagenaria.

La cocina estaba a la altura del resto de la casa. De mármol y azulejos blancos, y no con uno sino con dos candelabros de cristal.

—Solo por curiosidad. ¿Cuánto te costó esta casa?

—Tendrías que preguntárselo a T-Bo.

—¡Se lo preguntaría si me cogiera el teléfono! —Se fijó en un grupito de querubines pintados en el techo—. Y ¿por qué iba a saber él cuánto te costó la casa?

—Es mi asesor financiero, más o menos. Negoció la compra por mí. Nos controla a algunos de los más jóvenes para asegurarse de que no malgastamos nuestro dinero.

Olivia contempló los candelabros y observó con más atención los traviesos querubines.

—Pues ahí te falló.

—No creas. —Clint sonrió—. No tienes ni idea de lo que cobro.

—Lo suficiente para subirles el sueldo a un montón de profesores con ese dinero, seguro.

—Estás jugando sucio. —Clint movió uno de los taburetes de la cocina.

—Más sucio jugaré aún como no me digas dónde está Thad.

—¿Crees que es mi trabajo tenerlo controlado?

—Hasta ahora se te ha dado bastante bien, así que sí, creo que sí.

—Digámoslo así. —Se apoyó en el taburete—. Si Thad quisiera que supieras dónde está, te lo diría él.

—¿De verdad vas a negarme esa información?

—Sí. Me temo que sí.

—Vale. Pues llámale por mí.

—Claro. Dame tu móvil.

La madre que lo parió. Era mucho más listo de lo que parecía.

—Llámale desde el tuyo.

—Eso es un no rotundo.

—Porque a ti te lo cogerá, pero a mí no. —Olivia verbalizó lo evidente.

—¿Quieres prepararme unas tortitas?

—No.

—¿Quieres que vayamos a por unas tortitas?

—Lo que quiero es hablar con él. —Sonaba desesperada y patética, justamente como se sentía.

—La última vez que hablaste con él, la cosa no salió bien. —Clint la miró con una ceja arqueada.

—¿Te lo ha contado?

—Digamos que tuve que encajar las piezas que dejaste por ahí.

—Debo arreglar esto. —Olivia hizo una mueca de dolor.

—Me temo que tu manera de arreglarlo quizá sea diferente a la de T-Bo.

—No lo sabré hasta que hable con él. Por favor. Llámale con tu móvil.

—¿Crees que tengo tendencia autodestructiva o qué? Lo necesito.

La terca línea de su mandíbula le dejó claro que no iba a ceder por más que lo presionara. ¿Quién sabría dónde estaba Thad? ¿Quizá su amigo Ritchie Collins, el receptor de los Stars al que conoció aquella noche en Phoenix?

—¡Ritchie! ¿Cómo le encuentro?

—Ritchie está en Haití de misión con su iglesia.

—Mierda. ¿Quién más del equipo es su amigo?

—Casi todos, pero si crees que te voy a dar una lista, te equivocas.

—Su agente, entonces. Con su agente sí que habla, ¿no?

—Se llama Heath Champion. —Clint le dedicó una sonrisa melosa—. El agente número uno del gremio. Un consejito: si lo apodan La Pitón, es por algo.

El despacho del superagente Heath Champion intimidaba mucho gracias a las paredes laqueadas y al cuero de lujo, y exhibía unas cuantas fotografías familiares con marcos de plata para darle un toque humano —una guapa pelirroja y unos cuantos niños—. Heath, un hombre fuerte, implacable y atractivo de manera imponente, la miró con fría educación.

—Sería una violación de la confidencialidad entre agente y

cliente.

—¡No pienso matarlo! —exclamó Olivia—. Solo quiero hablar con él.

—Eso es lo que usted dice. —Heath la observaba desde su escritorio—. Pero Thad ya ha vivido escenas de acoso en el pasado.

—¿Tengo pinta de acosadora?

—Tiene pinta de estar algo trastornada.

Y por eso lo llamaban La Pitón.

Olivia no estaba consiguiendo nada, aunque sí que valoró la posibilidad de cambiar su agradable agente por aquel chulo con mucho carácter. Colocó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—Deme una pista, señor Champion. ¿Con qué persona a la que no le importe tanto su valiosísima confidencialidad puedo hablar?

Al cabo de seis horas, se encontraba en Louisville, Kentucky. La madre de Thad era la mujer más fría y hostil que Olivia había conocido. Lo cual era comprensible, admitió ella a regañadientes, ya que Dawn Owens también creía que Olivia estaba acosando a su hijo.

Por su aspecto parecía tener unos cincuenta años, pero Olivia calculaba que debía ser mayor. Podría haber sido una modelo de moda sénior gracias a su delgada figura, su suave bronceado, su buena piel y la nariz perfecta de Thad.

—No le estoy acosando. Lo prometo —dijo Olivia, comentario que todavía la convirtió más en una seguidora obsesionada con Thad. Intentó ver más allá de la alta silueta de la madre de Thad, hacia el recibidor principal de la casa de estilo colonial de la familia Owens: candelabros de latón en la pared, reloj de pie, ni rastro de Thad. Lo intentó de nuevo—. Soy Olivia Shore. Búsqueme en Google. Soy una mujer muy respetable. Thad y yo hemos viajado juntos durante un mes para promocionar Relojes Marchand. Somos amigos. Y… —Sabía que cada segundo que pasaba parecía más loca, pero no pudo reprimirse—. Y lo quiero. Con todo mi corazón.

—Márchese antes de que llame a la policía. —La señora Owens señaló hacia la calle.

—He conducido hasta aquí desde Chicago. —Olivia lo intentó por última vez—. ¿Está aquí?

—Greg —la madre de Thad se giró hacia el recibidor—, llama a

la policía.

Una grave voz masculina, que no era la que ella deseaba oír, habló desde el interior de la casa.

—Thad está al teléfono, Dawn. Dice que la dejemos entrar y le demos de comer, pero nada más. Espera. Ajá… Ajá… Dice que, si parece que está borracha, la subamos a su habitación para que duerma la mona y que no la dejemos conducir, pero que la echemos con cajas destempladas a primera hora de la mañana.

Completamente derrotada, Olivia se frotó la mejilla y se giró hacia la acera.

—Siento haberles molestado.

—Espere —dijo Dawn Owens desde detrás de ella—. Entre.

Lamentablemente, al viejo cuarto de Thad le habían arrebatado los recuerdos de cuando era pequeño. Las paredes de marfil lucían una serie de acuarelas florales, en lugar de pósteres deportivos. No había ninguna estantería repleta de trofeos de la Little League de béisbol, no había carpetas abandonadas ni cajas con viejas cintas de música. Sin embargo, no se trataba de que sus padres se hubieran olvidado de él. La planta baja estaba repleta de fotografías de Thad en cada una de las etapas de su vida.

Greg, su padre, era contable, un hombre atractivo, alto y esbelto como su hijo, pero con cabello entrecano. Mientras cenaban, le confesó a Olivia que no le interesaba demasiado el fútbol americano, a no ser que su hijo jugara.

—Prefiero leer. La amante de los deportes es Dawn.

—En la universidad jugué en el equipo de baloncesto de la facultad —dijo Dawn.

A pesar de las indicaciones de Thad, sus padres no la habían echado a primera hora de la mañana, pero ya eran casi las diez y la noche siguiente actuaría de nuevo, así que debía ponerse en camino. Mientras guardaba los artículos de aseo personal que había metido en su bolso el día anterior al salir de Chicago, Dawn le habló desde un lado de la habitación de invitados.

—Ojalá pudieras quedarte más.

—Ya. Aunque no era necesario que me dejarais dormir aquí. Podría haber ido a un hotel.

—Pero entonces me habría quedado sin la oportunidad de entretener a una cantante de ópera famosa en todo el mundo.

—Por lo menos ya sabéis que no soy una acosadora. —Olivia sonrió.

—Ni una borracha, pese a lo que dijo Thad. —Dawn rio, en absoluto avergonzada—. Ese muchacho…

—Es un peligro. —Olivia le había contado a Dawn más cosas de su relación con Thad de las que había pretendido al principio, incluido un resumen de la ebria pelea que mantuvo con él en aquella terraza durante la primera noche que pasaron en Phoenix. La madre de Thad demostró ser la oyente perfecta: no juzgaba, era empática y no se sorprendía con facilidad—. ¿Me podrías dar algún consejo? —Olivia tenía que preguntárselo.

—Nada me gustaría más que ver cómo lo vuestro se resuelve.

—¿Pero…? —Olivia detectó la duda de la voz de Dawn.

—Pero… No te lo digo para hacerte daño. —Se entretuvo frotándose las manos en las perneras de sus pantalones caquis—. Nunca he visto a Thad renunciar a algo que quiere de corazón.

La verdad de aquellas palabras la atravesó. Si Thad quisiera estar con ella, ya habría vuelto a dirigirle la palabra.

El viernes, el día de su siguiente actuación, Olivia fue a clase de yoga por la mañana, picoteó algo a mediodía y se regodeó en su dolor. Deseaba llorar, pero se limitó a recorrer su apartamento dando fuertes pisotones, furiosa consigo misma por haberse enamorado de un capullo tan insensible y arrogante.

Su rabia la llevó a protagonizar otra actuación espectacular.

Solo cuando yacía sobre la tumba de Radamès, lamentando el papel que había desempeñado en la muerte de él, se despejó la niebla de su cerebro. Últimamente había aprendido muchas cosas sobre sí misma, cosas que quería compartir con él. Cosas que él no quería que ella compartiera.

Mientras Aida y Radamès morían entre las paredes de la tumba, Olivia vio una imagen de su futuro: se arrastraría a paso lento hasta la puerta de su casa, igual que Batista Neri, con el pelo sin lustro por el tinte negro que utilizaría para taparse las canas. Quizá también se pondría unas zapatillas hechas polvo. Recibiría a sus alumnos uno a uno y daría lo mejor de sí para formarlos, aunque fuera incapaz de reprimir la amargura por no tener ya la voz y el vigor para interpretar a Amneris o a Azucena. Por no tener la agilidad para hacer de Cherubino. Por las risas con que la bajarían

del escenario si intentaba ser una Carmen voluptuosa.

Aquel era su futuro. A no ser que…

—¿A qué vienen estas ganas de cocinar para mí? —le preguntó Clint desde uno de los taburetes de su sofisticada cocina.

—Me siento culpable por haberte lanzado a la cara mis problemas con Thad. —Olivia preparaba unas ensaladas maravillosas y unas tortillas decentes, así que improvisar una salsa para la pasta no sería tan complicado, ¿no? Echó un vistazo al desastre que había hecho al trocear una enorme cebolla amarilla. No se parecía en nada a lo que se veía en los programas de cocina.

—No se te da bien manejar el cuchillo —dijo Clint.

—Se me da genial manejar el cuchillo. Es que sobre todo lo utilizo para apuñalar a gente. O, en función del papel, a mí misma.

—Pero sí que sabes preparar pasta, ¿verdad? Has dicho que tu salsa especial era una receta que habías heredado de tu bisabuela italiana.

—Más o menos. —De hecho, su bisabuela era alemana.

Clint miró hacia el paquete de pavo ecológico que había comprado, además del resto de los ingredientes.

—No sabía que los italianos añadieran pavo a la boloñesa.

—Es una receta del este de Italia. En lugar de quedarte ahí como un pasmarote criticando mi cocina, ¿por qué no compruebas las ventanillas de mi coche? Creo que las he dejado bajadas, y se supone que va a llover.

—¿Quién habría dicho que serías una cita tan mala?

—Así aprenderás a no perseguir a mujeres mayores.

—¡Oye! ¡Qué me has llamado tú!

—Las ventanillas, porfa.

Clint levantó las manos y salió por la puerta de atrás. En cuanto hubo desaparecido, Olivia corrió hacia la encimera, donde él, imprudentemente, había dejado el móvil.

La pasta estaba cruda y la salsa era demasiado dulce por el azúcar de más que había añadido para contrarrestar el exceso de tomillo y orégano. Tras dar un par de bocados, Clint dejó el tenedor.

—¿De qué parte de Italia has dicho que era tu bisabuela? Por causalidad no será una zona en la que había mucha hambruna, ¿no?

—Soy novata en esto de la cocina. —Olivia jugueteó con el caos que llenaba su plato.

—La próxima vez, practica con otra persona.

En ese momento, sonó el timbre. Olivia dobló los dedos de los pies alrededor de la barra del taburete en el que estaba sentada.

—Si es una de mis amiguitas —dijo Clint al levantarse—, te largas.

—Desagradecido.

En cuanto Clint se hubo marchado de la cocina, Olivia corrió hacia la puerta, pero la casa era del tamaño de un portaaviones, y no pudo poner la oreja. ¿Cómo era posible que un tío soltero viviera en esa monstruosidad?

Fue incapaz de descifrar nada de lo que decían, ni siquiera un murmullo, hasta que de pronto…

—¡Olivia!

Era Clint.

De repente, estaba más nerviosa que antes de subir al escenario. Quería huir por la puerta trasera, meterse en el coche y que aquello terminara de una vez. Sin embargo, se obligó a salir de la cocina, girar por tres pasillos y recorrer el larguísimo vestíbulo hacia las dos altas siluetas que la esperaban. Una de ellas estaba quieta, mientras que la otra se había enfadado mucho.

—¡Me has cogido el móvil! —exclamó Clint—. ¿Se puede saber qué coño te pasa, Livia?

El mensaje que envió había dado justo en el blanco.

T-Bo, me he roto la muñeca. ¿Puedes venir a mi casa ya mismo?

—Solo te lo he cogido prestado —murmuró. Era consciente de que la pregunta de Garrett no iba por ahí.

—¡Le has dado falsas esperanzas de que empezaría la temporada jugando él con los Stars! —Clint levantó las manos.

En eso no había caído.

Clint subió las escaleras, hecho una furia.

—Toda tuya —le espetó a Thad.

Capítulo Veintitrés

Olivia se vio a sí misma como la veía él: con los ojos desorbitados, los pies descalzos y la camiseta blanca manchada de salsa de tomate. El humo del agua al hervir la pasta le había encrespado el pelo alrededor de la cara. Estaba hecha un cuadro y como una cabra, y prepararle a Thad una emboscada como esa había sido un error descomunal.

Thad había verbalizado sus intenciones muy pero que muy claramente, y ella había ignorado el mensaje directo que le había mandado al hacerle el vacío. Olivia se había presentado en casas de amigos de él, en el despacho de su agente y —que Dios la perdonara— en la puerta de sus padres. Ahora, viendo a Thad con rostro impertérrito y los puños apretados a los lados, se dio cuenta demasiado tarde de que no era mejor que la acosadora que en su día lo había perseguido.

Se llevó una mano a la boca, horrorizada consigo misma. Echó a correr por el pasillo hacia la cocina y salió de la casa por la puerta trasera.

En ese momento, se encendieron las luces de seguridad. Olivia miró las llaves que había agarrado de la encimera en plena huida. No eran las suyas. Eran las llaves del Cadillac Escalade negro de Clint, aparcado en el garaje. Se metió en el coche y se marchó de la casa.

Thad se había alejado demasiado de ella. No tenía la intención de ignorarla para siempre, solo el tiempo suficiente para reforzar su propia cautela antes de escuchar otra de las disculpas de Olivia; el tiempo suficiente para ser capaz de poner cara de póker y convencerla de que a él no le había llegado a importar tanto; el tiempo suficiente para recomponerse y poder decirle que no debía sentirse culpable por haberlo dejado. Ahora se daba cuenta de que había cometido un terrible error.

La expresión afectada que vio en su cara… No se parecía en nada a la culpa. Se parecía a…

Thad empezó a correr detrás de ella hacia la parte de atrás de la casa. Una de las puertas estaba abierta. Las luces de seguridad iluminaban la piscina y los parterres con plantas en pleno florecimiento. Siguió los caminitos sinuosos alrededor de la fuente del jardín, dejó atrás la piscina y cruzó los arbustos llamándola a gritos. No oyó respuesta alguna.

Corrió hacia la puerta principal de la casa. El coche de ella seguía allí. No pensaba irse hasta que la hubiera encontrado.

Al cabo de media hora, Garrett le informó de que su Escalade había desaparecido, y Thad supo que Olivia se había ido.

Olivia esperó en las sombras oscuras de la calle contigua con los faros del Escalade apagados hasta que vio a Thad pasar con su coche. Apoyó la mejilla en la ventanilla del vehículo. Las gotas de lluvia que salpicaban el parabrisas hacían las veces de lágrimas de los dioses. La única manera en que podría compensar la angustia que le había provocado a él sería no volver a contactarlo jamás.

Thad condujo hasta el piso de Olivia y aparcó en la calle que quedaba cerca del garaje del edificio. Salió del coche y se adentró en la lluvia. La barrera naranja del aparcamiento estaba bajada, pero el interior quedaba a la vista. El Cadillac Escalade negro de Garrett no estaba allí. Olivia no había vuelto a casa.

El viento le revolvía el pelo. La lluvia le azotaba el rostro. La había cagado muchísimo. Algo malo había ocurrido. Lo había visto en la cara de ella. Se dirigió al Starbucks de la acera de enfrente para hacer guardia.

Un trueno estalló al otro lado de las puertas correderas que daban a la terraza del piso de Olivia. Sentada al piano, jugueteaba con las llaves. Su ropa seguía empapada por el aguacero que le había caído encima cuando devolvió el coche de Clint y entró a hurtadillas en casa de él para recuperar sus llaves. Por suerte, no había visto a Clint. No habría podido soportar enfrentarse a otra persona a la que había causado problemas por su locura.

Era demasiado tarde para que un educado inquilino se pusiera a tocar el piano, pero lo tocó de todos modos. Algo suave, el *Preludio y fuga en do mayor* de Bach. Sin embargo, la música no la calmó en absoluto.

Era irónico. Había recobrado la voz y, ahora que Thad había salido de su vida, no había ningún enredo personal caótico que se alzara entre su ambición y ella. Intentó tragar el nudo que tenía en la garganta. Nada le impedía alcanzar la grandeza, solo debía entregarse al cien por cien y trabajar muchísimo.

Una lágrima le recorrió la mejilla. El portero la había llamado media hora antes para decirle que Thad Owens estaba en el vestíbulo. No quiso que subiera. Necesitaba que él comprendiera que ya se había librado de ella. No le mandaría más mensajes. No visitaría a amigos ni a familiares suyos. Quería hacerle un regalo: que supiera que iba a dejar de perseguirlo.

Un sollozo intentó abrirse paso. Olivia apretó los labios con fuerza para que no surgiera. Si empezaba a llorar ahora, quizá no pararía nunca.

El estrépito de otro trueno hizo vibrar la banqueta del piano, seguido por un golpe contra las puertas de la terraza. Al dar media vuelta, Olivia soltó un grito.

Un hombre, su silueta recortada contra la luz de un relámpago, se encontraba en la terraza de su piso de la planta veintidós. Era alto. Era esbelto. Se apoyaba en el cristal con los brazos.

Olivia corrió hacia la puerta y se peleó con el pestillo. Cuando por fin cedió, la golpeó una ola de lluvia y el olor a ozono.

—¿Qué estás haciendo? —El terror la hizo separarse de él y acercarse a la barandilla de la terraza. Miró hacia abajo; esperaba ver… ¿una escalera? No había escaleras tan altas y sí más de cuatro metros y medio entre su terraza y la del vecino más cercano. La calle quedaba muchísimo más abajo. ¿Cómo había…?

Levantó la vista hacia la lluvia. La anciana de pelo blanco que vio un día en el ascensor se apoyaba en la ventana que estaba justo encima, ajena a la lluvia, y la saludaba alegre. Thad arrastró a Olivia al interior y cerró la puerta corredera.

En el piso reinaba el silencio.

Se miraron el uno al otro. El pelo oscuro y mojado de él le cubría la cabeza a la perfección. De la punta de la nariz le caían gotas de lluvia, y llevaba la camisa pegada al pecho. El miedo que sentía Olivia por el riesgo que había corrido Thad —y por lo que le podría haber sucedido— le impedía pensar en nada más.

—¡No puede ser! —Sus palabras sonaban roncas—. ¡No puede

ser que hayas saltado desde la ventana de mi vecina de arriba!

—Es una mujer muy agradable. Me la he encontrado en el vestíbulo. —La nuez de su garganta se sacudía mientras tragaba saliva—. Tiene ochenta y cuatro años, es viuda. Me ha invitado a subir.

Thad estaba allí, en su piso. Olivia era incapaz de asimilarlo.

—¿Te ha dejado saltar por la ventana? Te podrías haber matado.

—Me ha prestado las cortinas de su habitación en plan cuerda. —Su voz resultaba nerviosa y arrepentida—. He bajado una parte haciendo rápel.

—¿Una mujer de ochenta y cuatro años ha metido en su casa a un hombre al que no conocía y lo ha ayudado a hacer rápel desde su dormitorio? ¿Es eso lo que me estás contando?

—Puede que le haya comentado que era tu sorpresa de cumpleaños —dijo—. Y, en su defensa, la pobre creía que era su hermano muerto.

—Por Dios. —De pronto, Olivia reparó en el reguero rojizo que le recorría el brazo a Thad—. ¡Estás sangrando!

—Es solo un rasguño.

—No hacía falta que vinieras. —Olivia se apretó los ojos con los dedos—. Voy a dejarte en paz. No te mandaré más mensajes, no te llamaré más ni volveré a presentarme en casa de tus padres. No pondré más plazos para luego incumplirlos. ¡Lo siento! No sé en qué estaba pensando. —No podía evitar seguir—. Bueno, sí que sé en qué estaba pensando. Creía que, si al final conseguía hablar contigo, a lo mejor habría una gran reconciliación. Te darías cuenta de que estabas enamorado de mí, igual que yo de ti. Nos lanzaríamos a los brazos del otro y todo saldría bien, y entonces bajaría el telón y seríamos felices y comeríamos perdices. —Se retorció las manos—. Pero eso no es real. Eres una persona mucho más despreocupada que yo. Mi vida es demasiado grande y complicada para un hombre como tú. Es lo que has intentado decirme, pero en lugar de escucharte te he atosigado. Y ahora me disculpo por última vez, me trago la humillación, te prometo que no volveré a molestarte nunca y te dejo marchar.

Thad la miraba con tanta pena. Olivia no podía aceptar su lástima. Parpadeó con fuerza y se dirigió hacia la puerta.

—Lo entiendo. De verdad que sí. Te importo, pero no me

quieres, y sobre todo no quieres ni mi drama ni mi carrera. La idea de ir por ahí siendo el marido de Olivia Shore sería una humillación para los dos.

—¿Y ya está? —le dijo él desde detrás—. ¿Te rindes?

Olivia agarró el pomo de la puerta. No pensaba llorar. No. Pensaba. Llorar.

—¿Qué se supone que voy a hacer si no? —susurró—. ¿Seguir torturándonos?

—Amneris luchaba por lo que quería. —La mano de Thad se colocó encima de la suya en el pomo.

—¡Y terminó matándolo!

—Eso es en la ópera. —Su rostro estaba teñido de una amabilidad, una curiosidad y una ternura dolorosas—. La noche que te saqué del río… La noche que creí que te habías ahogado… Fue el peor momento de mi vida. Tuviste que estar a punto de ahogarte para que me diera cuenta de que eres muy importante para mí. De que eres mucho más importante que ganar un partido o jugar en el equipo. De que te quiero mucho.

—¿Me quieres? —Le dio la impresión de que sus palabras surgían del extremo más alejado de la platea de un teatro.

—¿Cómo no iba a quererte? —Acarició su rostro como si jamás fuera a cansarse de él—. Lo tienes todo. Eres inteligente, y preciosa, y divertida, y talentosa. Sexi. Dios, qué sexi eres. Cuando no te encontré en el agua, quise morir. —Olivia se había esforzado tanto por no llorar y ahora era Thad el que tenía lágrimas en los ojos—. Te quiero, Liv. Te quiero tanto que no puedo verbalizarlo con palabras.

Olivia siempre había sabido que él tenía un corazón sensible, por más que procurara esconderlo con ahínco. Alzó una mano y le acarició suavemente la mandíbula con el pulgar. Le recogió una lágrima sin decir nada, tan solo escuchando.

Thad buscó su rostro con las manos y absorbió cada detalle.

—Necesito saber que para ti siempre seré el número uno. Y tú tienes que saber que nunca te haré escoger entre tu carrera y yo.

Cualquier otra persona se habría quedado confundida al oír aquella afirmación, pero Olivia lo entendió y se sintió mareada de tanto amor.

Thad le agarró la mano y le dio un tierno beso en el interior de

la muñeca.

—No habrá más plazos, Liv, ¿vale?

—No habrá más plazos —susurró—. Nunca.

Y se besaron. Un beso que ella recordaría para siempre. Intenso, dulce, anhelante. Todo lo que quería una mujer. La clase de beso en que se cimentan los sueños, con que se construyen las vidas. Un beso que era una promesa de eternidad.

La dulzura del beso se transformó, y pasó a ser ardiente y feroz. Se arrastraron hacia el dormitorio, se arrancaron la ropa y quitaron las mantas de la cama, desesperados por sellar con sus propios cuerpos las palabras que habían pronunciado.

Llegaron al éxtasis al mismo tiempo; dos atletas, campeones en sus respectivos mundos, dos cuerpos que se movían al unísono, que se elevaban al unísono, alcanzando el *crescendo* perfecto, la carrera perfecta. La perfecta unión entre cuerpo y alma.

Más tarde, saciados ambos, Thad le pasó los labios por el pelo.

—Nos esperan unos añitos bastante ocupados.

—Pues sí. —Olivia le recorrió la deliciosa longitud de su abdomen con los dedos.

—Has firmado contratos para los próximos dos años, y a mí me quedan un par aún para que venza el mío. —Le pellizcó la curva de la cadera—. Ya sé qué voy a hacer cuando se termine. Nunca pensé que lo diría, pero me muero de ganas. Aun así, no hay nada seguro. Estos dos años serán importantísimos para nosotros. Serán nuestro campo de entrenamiento.

—El tiempo en que haremos que funcione nuestra logística. —Era la analogía perfecta—. Y en que descubriremos cómo lograr que encajen nuestras vidas —dijo Olivia.

—Cometeremos errores. —Thad le cogió la mano y le besó el lóbulo de la oreja—. Será un período de ensayo y error.

—Será un caos. —Le dedicó una débil sonrisa; le daba igual que viera sus lágrimas, porque eran de felicidad—. Necesitaremos muchísimo comunicarnos abiertamente.

—Algo que se nos ha dado bien hasta hace unos pocos días. —Thad se incorporó sobre un codo y se la quedó mirando—. Por suerte, los dos somos disciplinados. Sabemos cómo marcarnos objetivos y trabajar para alcanzarlos.

—Así es —asintió ella mientras le acariciaba el hombro con la

nariz.

—La semana que viene tienes el miércoles y el jueves libre entre actuaciones. ¿Te va bien el jueves?

—¿El jueves? —Olivia se perdió admirando el arco oscuro de las cejas de él.

—O el miércoles, si lo prefieres. Para que nos casemos.

Las palabras de Thad por fin calaron en su interior y Olivia dio un brinco en la cama. Se llevó la sábana hasta el pecho.

—¿Quieres que nos casemos la semana que viene?

—¿No es eso lo que acabo de decir? —Le arrebató la sábana de las manos.

—¡No, no es lo que acabas de decir! Estábamos hablando de que durante los próximos dos años veríamos qué tal va.

—Ya. —Thad le dio un beso en la clavícula—. Cuando nos hayamos casado, habrá que ver qué tal va, claro.

Olivia tiró de la sábana mientras se adentraban en su primera discusión poscoital.

—¡No somos imprudentes! No haremos algo tan importante así como así. Somos sistemáticos. Nos tomamos nuestro tiempo. Nos preparamos.

—Liv, corazón, ya estamos preparados. —Thad se rio y la tumbó sobre la cama a su lado—. Sabemos perfectamente el caos al que nos asomamos, y también sabemos que, por nuestra ética profesional y nuestro gran ego, tendremos que lograr que funcione, porque ninguno de los dos encaja bien el fracaso.

Era cierto, pero…

—Eres escurridiza, cariño, y no pienso volver a arriesgarme a perderte. —Le apretó la sien con los dedos—. Necesito un compromiso. Un compromiso de verdad. El suficiente compromiso para saber que no se te irá la olla otra vez y no me dirás que has decidido que no harás de Fígaro o de quien sea que te apetezca hacer si yo estoy en tu vida.

Fígaro era un hombre, pero Olivia entendió a qué se refería. Le acarició el pelo con las manos.

—Nunca te haría eso. Te lo prometo.

—Bien. La semana que viene, pues.

Y fue la semana siguiente, en efecto. La noche del jueves, cuando no había ninguna función programada en la Ópera Municipal, los dos

subieron al escenario rodeados de sus amigos y familiares. La novia estaba bellísima con un vestido largo egipcio que era una versión moderna de la ropa de Aida. El novio resplandecía con un esmoquin de corte perfecto y un pañuelo de bolsillo hecho con el mantón favorito de su amada.

Los padres de Thad viajaron a toda prisa desde Kentucky. Coop era el padrino. Clint escoltó a la novia hasta el altar improvisado mientras Rachel cantaba, y ni la novia ni el novio fueron capaces de pronunciar los votos sin quedarse sin habla —y eso que eran dos personas acostumbradas a trabajar bajo presión—.

Fue una ceremonia preciosa. Las flores, los invitados, la música. Mientras Thad y Olivia se daban el beso que sellaba su unión, Cooper Graham se inclinó hacia el hombre que estaba sentado a su lado y le susurró:

—Un matrimonio. Dos divas. Les irá a las mil maravillas.

Clint Garrett no podía estar más de acuerdo.

Epílogo

Thad se encontraba entre bastidores de la Ópera Lírica de Chicago, con los brazos cruzados sobre el pecho para evitar que se le saliera el corazón mientras veía a Liv cantar la mejor «*Habanera*» de su vida. Su Carmen era una rebelde testaruda, una mujer seductora, sexi e insensata que solo respondía ante sí misma; todo lo que Liv no era, a excepción de lo de seductora y sexi.

Habían pasado tres años y seguía dejándolo sin palabras.

A Thad le gustaba ayudar a la gente a ser la mejor, ya fuera motivando a Liv para alcanzar nuevas metas en su carrera o animando al imbécil en cada partido. Pero cuánto quería a aquel tío, coño.

Sobre el escenario, Carmen había llamado la atención del viejo Don José. Liv sobresalía al fingir que se moría, y Thad había convertido en costumbre no ver nunca el último acto. Además, le habían prohibido que se quedara mucho tiempo entre bambalinas, porque ponía nervioso al tenor que hacía de Don José.

El primer año de matrimonio fue tan caótico y frenético como vaticinaron en su día. Él empezaba los entrenamientos el día exacto en que Liv tenía que estar en Múnich. Cuando los Stars jugaron el primer partido, ella estaba en Tokio, y luego en Moscú. Hablaban sin parar y competían para ver quién era el que daba con la manera más innovadora de conseguir que su vida sexual siguiera siendo interesante, aunque aquello significara instalar un montón de programas para protegerse contra los hackers.

Después de Moscú, Liv regresó a Chicago y se sentó en el palco de Phoebe Calebow a ver cómo Thad ganaba dos partidos consecutivos —Clint se había torcido el tobillo—. Uno de los hijos de Calebow la había fotografiado gritando como una posesa cada vez que Thad anotaba un punto. Era embarazoso, pero la señora Calebow era una gran amante de la ópera y no parecía darle

ninguna importancia.

El segundo año de matrimonio fue más complicado, puesto que se terminó el contrato de Thad, y empezó a organizar su nueva vida. Se convirtió en un asesor financiero certificado para desempeñar un papel más activo y evitar que los novatos atolondrados derrocharan el dinero; era una tarea satisfactoria, pero no su principal trabajo. Era el socio de Piper a tiempo completo en su cruzada voluntaria para poner fin al tráfico sexual de niños. «Rastrear el dinero». Era algo que se le había dado especialmente bien, y siempre que ayudaba a meter entre rejas a uno de aquellos malnacidos, se sentía mejor de lo que nunca se había sentido al ganar un partido de fútbol americano.

Estaba más ocupado de lo que quería, pero lo positivo era que su trabajo era portátil, así que podía viajar con Olivia tanto como desearan, que era casi siempre.

—Yo entretengo a la gente. Tú salvas vidas —le encantaba decir a La Diva.

Y entonces, cuando la situación fue un poco más tranquila, La Diva decidió que quería tener un hijo.

La ovación la envolvió como si de una ola interminable se tratara. Aquella noche había sido una Carmen espectacular, y el público lo sabía. Estaba eufórica, triunfante, satisfecha y agotada, más que dispuesta a ir a casa con su hija y con el hombre al que quería con todo el corazón.

Sería su última interpretación de Carmen durante un par de años. Ahora que crecía su familia, iba a reducir el número de óperas que le consumían el tiempo y se dedicaría a dar conciertos. Le encantaban los conciertos. Así pasaba muchísimo menos tiempo viajando, entraba en contacto con más público y también podía experimentar con un repertorio mayor. Tenía la intención de aumentar sus sesiones de grabación, empezando por una selección de las baladas que ensayaba delante de Theodosia Shore Owens, su adorable ángel diabólico de pelo oscuro.

—Será una soprano, está clarísimo —había dicho Thad después de que a Sia le hubiera dado una pataleta especialmente dramática cuando su padre no le dejó comerse el estropajo de la cocina.

Olivia jamás había cantado mejor que cuando estuvo embarazada de Sia. El bebé le había proporcionado apoyo adicional

en el abdomen y en el diafragma, algo que le facilitaba cantar incluso los pasajes más complicados —hasta el último mes de embarazo—.

A diferencia de Dennis, el exmarido de Rachel, Thad no tenía ningún interés en controlar la carrera de Liv. Suficiente le costaba ya estar al cien por cien en su trabajo. Olivia no se desentendía de la carrera de él con la misma tranquilidad. Le apasionaba la profesión de Piper, y le gustaba que la mantuvieran al corriente de todo. También desarrolló cierta debilidad por algunos de los novatos a los que Thad ayudaba. Según él, solamente les echaba una mano con su dinero, pero ¿desde cuándo la gestión económica suponía ver vídeos de partidos con ellos durante horas?

A veces, en plena función, Olivia miraba hacia bastidores o entre el público, buscándolo. Ver el atractivo rostro de su marido y ser consciente de lo que habían creado juntos les daba un significado extra a sus canciones.

Hablaban, hacían planes, ajustaban y reajustaban la vida que pasaban juntos. Ninguna soprano habría podido esperar un esposo más perfecto. Y a él seguía encantándole que le cantara desnuda.

Mientras Thad se dirigía hacia casa, recordó las serias dudas que tuvo acerca de la aptitud de Liv como madre de sus hijos. ¿Cómo no iba a tener dudas después de haberla visto interpretar a Azucena en *El trovador*? ¡La loca de Azucena lanzaba a su propio bebé al fuego! Presenciar la alegría de La Diva al prepararse para aquel papel, y después verla en el escenario haciendo de aquella loca con más entusiasmo del debido, le hizo pensar en una vasectomía. Cuando le confesó sus dudas de dejarla a casa sola con un bebé, Olivia estalló en carcajadas, se sentó en su regazo de un salto y empezó a besarlo.

Nueve meses después nació Sia.

La luz de su vida, Theodosia Shore Owens, ya debería de estar dormida, y era hora de que él llegara a casa y relevara a la canguro.

Ahora había otro bebé en camino; es decir, que iban a enfrentarse a más caos de ese que se les había dado tan bien desenredar. Se moría de ganas.

Thad subió el volumen de su emisora de música clásica favorita. Hoy reproducían una grabación del bel canto de Olivia, y su mujer acometió un pasaje de Rossini que le produjo escalofríos por todo el cuerpo.

—Sin ti, no sería capaz de cantar como canto —le había dicho más de una vez.

Thad no se lo creía, pero había algo de lo que estaba seguro: cuando finalizaba el día, cuando se quitaba el maquillaje y el disfraz, a Liv le encantaba ser la esposa de Thad Owens. Casi tanto como a él le encantaba ser el marido de Olivia Shore.

Nota de la autora

Estoy en deuda especialmente con las tres mujeres que me ayudaron en mi viaje por el mundo de las sopranos y de la ópera. Ramona Wis estuvo conmigo al inicio del viaje. Marianna Moroz, la relaciones públicas de la célebre Ópera Lírica de Chicago, contestó a mis preguntas con suma amabilidad. Y la espléndida autora Megan Chance, que sabe exactamente lo que necesita otra escritora, me ayudó a darle forma a esta historia. Gracias a las tres, y perdonad las licencias que me haya tomado con este preciado arte y con aquellos que lo mantienen vivo.

Como siempre, estoy más agradecida de lo que las palabras me permiten expresar con mi equipo de HarperCollins, William Morrow y Avon Books, liderado por Carrie Feron, mi querida amiga y editora desde hace muchos años.

Espero que las lectoras que no conozcan la historia de Cooper Graham y de Piper disfruten de *La primera estrella de la noche*. En mi página web (www.susanelizabethphillips.com) encontraréis una lista de todos los libros de la serie Chicago Stars. ¡Os doy las gracias por ser las mejores lectoras que cualquier escritora aspira a tener!

SUSAN ELIZABETH PHILLIPS (11 de diciembre de 1948, Cincinnati, Ohio, Estados Unidos) es autora de numerosas novelas que han sido *bestsellers* del *New York Times* y se han traducido a varios idiomas. Entre ellas se cuentan *Toscana para dos* y *Ella es tan dulce*, publicadas por Vergara, y *Este corazón mío*, por Zeta Bolsillo.

Phillips ha ganado el prestigioso premio Rita, y mereció en dos oportunidades el premio al Libro Favorito del Año de Romance Writers of America. *Romantic Times* la hizo acreedora del Career Achievement Award, un premio a su carrera literaria. Ella confiesa que comenzó a escribir por pura casualidad. Trabajó como profesora de instituto hasta que por cuestiones laborales, tuvo que trasladarse con su familia a Nueva Jersey donde conoció a Clare, una amiga con la que le gustaba comentar sobre los libros que leían y que la animó a escribir un libro juntas por diversión.

Aunque al principio nadie hubiera dado nada por ellas finalmente la obra de Justine Cole (pseudónimo elegido por Susan y su amiga) vio la luz y fue publicado en 1983 con el título *The Copeland Bride*. Aunque no es de sus mejores libros Susan reconoce sentirse muy orgullosa de él ya que supuso todo un reto para Clare y ella.

Posteriormente, Clare se trasladó de ciudad y Susan decidió continuar su carrera como escritora en solitario… convirtiéndose en todo un referente en la literatura romántica contemporánea. Vive en las afueras de Chicago con su marido y sus dos hijos.

Índice de contenido

Cubierta

Cuando colisionan las estrellas

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidós

Capítulo Veintitrés

Epílogo

Nota de la autora

Sobre la autora